

POR LA SUAVE BRISA DEL ESPÍRITU

VIAJAR HACIA ADENTRO

Hay dos maneras de viajar. Muchos viajamos para enriquecernos en el diálogo con nuevos paisajes y nuevas culturas. Viajamos para salir de nuestra limitada patria chica y crecer hacia fuera: crecer en conocimientos, en experiencias de vida, en todo aquello que supuestamente distingue al hombre civilizado.

Pero algunos elegidos –muy pocos– recorren el mundo de otro modo: viajan para descubrir ese eco de Dios que a todos nos habita desde que nacimos y que, sin embargo, no siempre logramos percibir con claridad. Es decir, viajan para crecer hacia adentro, para pisar la huella de otros que pasaron antes y para reconocer, en cada rastro y en cada camino, la señal que nos acerca al núcleo esencial de nuestra propia realidad interior. A esta segunda clase de viajeros perteneció, fuera de toda duda, el padre José Barbich, autor de los bellísimos e iluminadores relatos de viaje que contiene este volumen.

Quienes tuvimos la oportunidad de conocer al padre Barbich lo recordamos como un espíritu superior, abierto a todas las dimensiones de la vida cristiana. Fue no sólo un pastor excepcional, como lo sabe bien la comunidad de San Miguel, provincia de Buenos Aires, que tuvo el privilegio de contarlo durante tanto tiempo como párroco y que supo de su entrega apasionada y sin límites al servicio de Dios y de su solidaridad activa y permanente con las víctimas de la injusticia, la pobreza o la exclusión social. Fue, además, un descubridor incansable del silencioso mensaje de trascendencia que se esconde detrás de las cosas minúsculas y cotidianas.

Las páginas que siguen nos ofrecen la posibilidad de viajar con el padre Barbich a los más variados rincones del planeta. Nos

invitan a ir con él a la España que canta, llora y reza en sus inagotables baluartes de fe; a la Italia que nos regala las claves supremas del arte y de la historia; a la Francia que ilumina el pensamiento libre y dialoga con Dios en sus más antiguos monasterios. Nos invitan, asimismo, a descubrir con él las raíces profundas de la fe en los países de Oriente, abarcamos en un mismo abrazo al Egipto milenario y a la Jerusalén prodigiosa y eterna. Nos invitan a recorrer –siempre con la guía invalorable del padre Barbich– los pueblos más remotos del Asia y las entrañas cercanas y dolientes de esta América inagotable, donde los manantiales de la fe apuntan por igual a los dioses de la cultura precolombina y a los símbolos de la fe que atravesó los océanos y los siglos para edificar este Nuevo Mundo de esperanza, base tal vez de la prometida civilización del amor.

Las crónicas de viaje del padre Barbich no tienen un tono iniciático ni magistral. Son relatos sencillos, que se detienen a describir los detalles mínimos y cotidianos de cualquier travesía o de cualquier aventura turística. Pero detrás de la cotidianeidad de sus relatos, detrás de la aparente simplicidad de los datos que nos va entregando, el padre Barbich va redescubriendo para nosotros el inmenso territorio de la fe. En sus narraciones conviven lo pequeño y lo trascendente, lo pasajero y lo eterno, la simplicidad y la grandeza. Vale la pena viajar con él. Sobre todo por una razón: porque sus crónicas de viaje incluyen una travesía a lo más íntimo y profundo de nosotros mismos.

Bartolomé de Vedia

LOS VIAJES

EUROPA - 1987

Es el 30 de diciembre y estamos volando desde hace media hora en un avión Boeing 707 rumbo a Madrid; dentro de ocho horas y media estaremos en Las Palmas, en las Canarias, y luego seguiremos hacia Madrid. Y pienso que si bien hice otros viajes anteriormente, esta vez quiero dejar consignadas mis impresiones en estos cuadernos. De manera que empiezo contando el extraordinario amanecer que nos esperaba; claro, con tres grados bajo cero, una temperatura casi desconocida para mí.

1 de enero – Ayer por la tarde conocí Madrid... fue un paseo muy superficial pero quedé encantado con la Plaza Mayor. Ya caída la tarde, me hallaba en la catedral frente a la tumba de san Isidro Labrador, patrono de la ciudad; ante ella pedí por mi parroquia y por mis seres queridos. Oré también ante la imagen de la Virgen; no pude celebrar mi misa allí pero en cambio pude concelebrar con el párroco en la iglesia de Santa Cruz. ¡Todo era tan tradicional! En el altar se venera el *Lignum Crucis*, la madera de la cruz.

Pasé el Año Nuevo junto al Señor y con Él brindé en la casa de mi hermana María Antonia, recordando a mis familiares y amigos.

Cuando viajé a Zaragoza fui directamente a su basílica, lugar que me impresionó fuertemente. Allí me encontré con dos sacerdotes, a quienes pregunté por la imagen de la Virgen; me la señalaron y me ofrecieron celebrar la misa en el altar dedicado a san Antonio que tiene una de sus reliquias. Había también imágenes de varios santos y entre ellos san Miguel Arcángel... ¡La Providencia del Señor me hizo celebrar donde está el patrono de nuestra ciudad!

Es un templo realmente extraordinario; diré que me impresionaron el coro, en el que cada una de las sillas es un primor de dibujo, talla y armonía (mientras escribo esto, desde un local contiguo se oye: *Desde que se fue, triste vivo yo; caminito amigo, yo también me voy*. ¡Ya estoy añorando Buenos Aires!).

A su vez me gustó el gran retablo del altar mayor con escenas de la vida de la Virgen. Está hecho de alabastro y es realmente majestuoso. ¡Y qué decir de las pinturas de la cúpula y de las bóvedas, de Goya, de González y de Velázquez!

Al postrarme ante la imagen de la Virgen del Pilar recordé que en el mismo lugar oró el primer Papa que visitó la basílica, Juan Pablo II. Dice la tradición que la santísima Virgen, cuando todavía moraba en Jerusalén, vino a consolar y a animar al apóstol Santiago que estaba predicando a las orillas del Ebro.

2 de enero – A la mañana viajé a Montserrat buscando el monasterio; cuando llegué, había una misa conventual; de manera que concelebré junto a otros noventa presididos por un monje. ¡Qué impresión más honda!

Igualmente sentí que el monasterio era muy especial, con esa Virgen negrita... Veneré su imagen y le supliqué por todos nosotros.

Por su parte, los monjes me recibieron muy bien, almorcé con ellos y con un grupo de jesuitas de Barcelona. Asistí luego al rezo del *Regina Coeli* y al canto del *Virolai* (himno de Montserrat, del pueblo catalán).

Por este monasterio pasaron muchos santos, entre ellos san Pedro Nolasco, fundador de los mercedarios; se dice que aquí recibió la inspiración para fundar esa Orden; seguramente fue así porque el aire que se respira es de santidad, de elevación, de cielo... También pasó por aquí el que fuera caballero y que luego emprendió una nueva vida y fundó la Compañía de Jesús; hablo de san Ignacio de Loyola. Como buen hombre de batalla, veló las armas en el altar de la Virgen.

El museo de Monserrat es extraordinario; hay muchas huellas de la antigüedad y reminiscencias bíblicas.

Luego llegué a la cueva de Manresa; allí me quedé una hora meditando sobre la contemplación de san Ignacio. *Tomad Señor y*

recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y poseer. Vos me lo diste; a Vos Señor lo doy; todo es vuestro, disponed a vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y vuestra gracia, que esto me basta, así rezó el santo y yo lo repetí. Y por último, celebré misa en el altar de la cueva frente a dos religiosos que hacían sus ejercicios espirituales.

3 de enero – Como siempre, escribo apenas termino de cenar; en este caso, en Marsella; lo hago así porque la comida me da fuerzas y un cuarto de vino anima mi espíritu. Salí hoy muy tarde en la mañana para visitar a un pariente del padre Juan Guiteras. Aunque yo quería salir por la autorruta me confundí y tomé el camino de la costa. ¡Mucho mejor! Pude ver toda la ribera catalana con el Mediterráneo a mi derecha; llegué a Gerona y a la frontera con Francia.

Ya en Francia, disfruté el paisaje de sus afamados viñedos, luego atravesé tierras áridas, y otra vez campos verdes y ciudades: Perpignan –presente en mi recuerdo como lugar donde Fangio ganó su segunda carrera, por los años 50–, luego Montpellier, Nîmes y Arlés, y por fin Marsella. ¡Y qué sorpresa! ¡Entiendo el idioma! ¡Estoy contentísimo!

4 de enero – No pude dormir anoche pensando en si podría ubicar la abadía de San Víctor, que tenía tanto interés en conocer... y además quería ver la sepultura del fundador de la espiritualidad de San Víctor: Juan Casiano. Pues, sí. Finalmente preguntando y dando vueltas encontré la abadía; escuché misa y, al terminar, fui a la sacristía a presentarme y me recibieron muy bien. Cuando les dije que quería ver dónde estaba sepultado Juan Casiano, me acompañaron a una cripta donde además me mostraron los restos de la antigua abadía, sobre los cuales se construyó la actual de estilo románico-gótico.

Casiano está enterrado debajo del altar. A un costado de la abadía, detrás de un vidrio, se ve su cráneo y diversos huesos de su cuerpo. ¡Cuánto he deseado llegar a este lugar y venerar esos sagrados restos! Había leído mucho de él. Casiano viajó por distintos lugares, estuvo en Belén y en Egipto, visitando a los monjes, tanto a los cenobitas, monjes retirados en comunidades,

como a los eremitas, monjes en soledad. Junto con su amigo Germán recopiló todo lo que escuchó y lo transcribió en sus famosas *Colaciones*. Quizá por eso se me ocurre humildemente hacer estos apuntes...

En sus libros –*Instituciones* se llama el otro– trató de adaptar el espíritu de los monjes de Oriente a los de Occidente. Si pudiéramos resumir su doctrina, tendríamos que decir que identifica la perfección con la caridad que es la virtud del mismo Dios. En la conferencia primera, precisa esto más aun y declara que el fin de la vida religiosa es conducir al alma, por la pureza del corazón y por la caridad perfecta, a la contemplación, que es una anticipación de la bienaventuranza.

Habla de los obstáculos para alcanzar la perfección, como la concupiscencia de la carne y la del espíritu, los pecados capitales, las diversas tentaciones y el demonio, cuyo poder es limitado.

Y frente a esos obstáculos nos propone los medios para vencerlos; la oración, que es uno de los puntos esenciales de toda la vida cristiana; el renunciamiento a los bienes del mundo, a sí mismo y a todo bien sensible; además en nuestro auxilio están el ayuno, la mortificación y la penitencia.

Pienso que lo que más me gusta de Casiano es que para él la oración ocupa un lugar preferencial. En la novena conferencia dice: *Todo el edificio de las virtudes no se levanta más que para alcanzar la perfección de la oración, y si no llega ese coronamiento, que une y traba todas sus partes conjuntamente, no tendrá ninguna solidez ni duración. Sin las virtudes es imposible adquirir esta pacífica y continua oración; y sin esta oración, las virtudes que son el fundamento no alcanzarán jamás su perfección.*

Me despedí de los padres y partí hacia Génova.

5 de enero – Mientras estaba terminando de cenar, entró una familia argentina y se sentó al lado mío; por supuesto ellos no saben que soy argentino, pero ya lo sabrán porque los voy a saludar. ¡Cómo tira la sangre!

Hoy salí de Génova y llegué a Livorno, pasé por Rapallo y por Carrara, donde observé los famosos mármoles– dicen que Mi-

guel Ángel los iba a elegir allí mismo—; seguí hasta Grosseto y por fin, Roma. ¡Qué alegría experimenté al llegar!

Traté de ir al Vaticano a celebrar misa, pero el tráfico era lentísimo, de manera que fui al Gesù donde está enterrado san Ignacio y allí la escuché simplemente porque no me dio el tiempo para celebrar. Pensé que al día siguiente lo haría en el altar donde está enterrado san Pío X, en el Vaticano.

6 de enero – Recibí un magnífico regalo de Reyes: dos ubicaciones para la misa que celebrará Juan Pablo II en la consagración de diez nuevos obispos. Al llegar me postré ante los restos del papa san Pío X, con mucha emoción. Me sentí muy solemne frente al cuerpo incorrupto de este gran Papa. ¡Cómo no recordar su encíclica *Pascendi dominica gregis*! Su lema fue *Instaurare omnia in Christo* y por eso introdujo grandes renovaciones en la Iglesia, como por ejemplo la comunión de los niños a los siete años.

Bueno, a pesar de mis deseos no pude celebrar misa allí. Seguí mi recorrido: al costado de la capilla de san Pío X, está Benedicto XV, restaurador del Código de Derecho Canónico. En esta basílica de la cristiandad, que surgió en el lugar donde según la tradición estaba la tumba de san Pedro, a cada paso hay un grande y una historia. La primera basílica fue hecha por Constantino en el año 324; en 1452 Nicolás V, al verla amenazada por la ruina, ordenó a Rosellino reconstruirla; fue una obra que duró alrededor de cien años.

Me impresiona la grandiosidad; y no sólo espiritual y de contenido sino en lo material; tiene 186,36 metros de largo y 137,50 metros de crucero, con la nave mediana cubierta por mármoles colorados, que se abren en nichos que contienen estatuas de santos fundadores. He visto las de san Juan Bosco, san Juan Bautista de La Salle y santa Teresa. Al fondo, a la derecha, está la estatua de san Pedro (s. XIII). Inmediatamente se puede admirar la cúpula de Miguel Ángel. En la parte inferior de la cúpula hay cuatro nichos adornados con estatuas majestuosas y además conmovedoras por lo que significan, como la de Longines, el soldado romano que lanceó a Jesús en la cruz y luego se convirtió; la de santa Elena, la madre del emperador Constantino; la de la Verónica, que enjugó el rostro de

Jesús, y la de san Andrés, con la cruz inclinada. Todas rodean el baldaquino de Bernini, donde hoy celebró Juan Pablo II. Y al fondo del ábside se ve dominante la cátedra de San Pedro que hizo en bronce aquel gran escultor. Esta cátedra está sostenida por cuatro estatuas que representan a grandes padres de la Iglesia, dos de Oriente y dos de Occidente. La cripta de los papas estaba cerrada pero divisé sin embargo la urna con los restos de san Pedro.

Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Recordé esas palabras y pensé en todo aquello que había pasado desde entonces y de qué manera la grandiosidad material de esta basílica muestra la grandiosidad del mensaje. ¡Dos mil años!

Apacienta mis ovejas.

Estas palabras están en la parte superior del templo como una especie de guarda y en letras de oro. Cuando salí, el infernal tráfico de Roma era ya otro mundo.

7 de enero – ¡Nápoles! Su Vesubio, la península de Sorrento, la isla de Capri... Estoy en un hotel que tiene una vista extraordinaria; veo el golfo y la ciudad puesta sobre colinas o montes. Aunque es de noche, me atrapa y embelesa. Y hubo tantas historias aquí...

Este mediodía llegué a la abadía de Montecassino después de una hora de marcha en ascenso en medio de la niebla. Al llegar, la encontré cerrada y no vi a nadie a quien pedir que abriera. Me volví muy apenado por no poder ver las tumbas de san Benito y santa Escolástica. Quizá mañana pueda hacerlo.

Cuando volví llovía en Nápoles y me dirigí a la basílica de S. Domenico Maggiore. Me contacté con el padre Luis Salerno, prior del convento, a quien le entregué una carta del padre Basso, provincial de los dominicos en la Argentina.

El padre es una persona encantadora y él mismo me explicó todo lo relacionado con santo Tomás.

Me mostró primero unos tapices sobre la vida de santo Tomás donados al convento por la familia, luego la celda que ocupó el santo; allí se lee *Celda abitata di S. Tomasso negli anni 1272-1274*.

La verdadera celda es un pequeño oratorio; entrando por la derecha hay una pared y otro pequeño habitáculo. Sobre uno de los muros se puede ver el original en el cual Pío V (1567) proclamó al

Aquinate Doctor de la Iglesia. Vi la firma del Papa y de san Carlos Borromeo.

En el vestíbulo, siempre de la habitación, está la pequeña campana que anunciaba el inicio de las lecciones del santo.

Bajamos a la iglesia. Allí, el padre me mostró el lugar de la antigua capilla, ya que la actual es posterior a santo Tomás. En la antigua me mostró el lugar donde tomó los hábitos y donde tuvo la visión de Cristo: El Papa le había pedido que compusiera himnos a la Eucaristía. Antes de mostrarlos al Pontífice, se los presentó a un Crucifijo bizantino. Y cuentan que Jesús le dijo:

– *Bene scripsisti de me Thomas. (Bien has escrito de Mí, oh Tomás)... ¿Qué quieres?*

– *Tan sólo a Ti, Señor* –contestó Tomás

En estos momentos, el Cristo está en una capilla lateral de la actual basílica. Allí celebré misa en italiano, teniendo frente a mí el mismo Cristo que le habló a Tomás. Conocí también el aula donde enseñó durante esos dos años.

Me dijo el padre que, además, durante la Cuaresma del año 1273 habló en la iglesia sobre el Credo, el Padre Nuestro y el Ave María, usando el lenguaje popular, no el latín de la Escuela de Teología; ¡qué avanzado! Cuando dejó el convento en 1274 fue para participar del Concilio de Lyon, pero murió *in itinere* en la abadía de Fossanova.

Me habló el padre de una reliquia que tiene S. Domenico Maggiore. Se trata de un hueso del brazo de santo Tomás, asignado al convento por el Capítulo General celebrado en el año 1372 en Tolosa; se la venera el día de la fiesta del santo. Lamentablemente no pude verla.

El padre me regaló postales del Cristo, del brazo, etc. Gracias, padre; nos despedimos con un sentido abrazo, deseándonos vernos en el cielo.

8 de enero – Me hubiera gustado ver a Maradona en Nápoles pero no lo logré; también tenía la intención de ver la sangre de san Genaro. Preferí salir rápido y ver la abadía de Montecasino, a la que llegué alrededor de las 11. Me encontré con un padre que accedió a mi deseo de celebrar misa en el altar donde están enterrados san Benito y santa Escolástica; celebré en una pequeña cripta, debajo del altar mayor donde están enterrados los dos hermanos santos.

Cuando volví a la sacristía, un padre me pidió confesión. Lo confesé y me agradeció mucho.

Pedí a san Benito y a santa Escolástica que nos diesen el espíritu benedictino que se define con toda simplicidad en el lema *Ora et labora* y, sobre todo, humildad; esos doce grados de humildad que están en la *Regula Monachorum*, que dice: *Clama, hermanos, la Divina Escritura, diciéndonos: Todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.*

Al llegar a Florencia desde Nápoles me apresuré hacia la catedral; a decir verdad, me impresionó más por fuera que por dentro. Fue comenzada en 1296 por Arnolfo Di Cambio y consagrada en 1436. Claro que es impresionante la cúpula de Brunelleschi, que tiene 106 metros. Junto a la catedral, vi el Campanile, construido por Giotto.

Frente a la casa donde vivió Dante Alighieri, imaginé el paso de Beatriz Portinari; la que junto a Virgilio guió al poeta en su incomparable visión del Infierno, Purgatorio y Paraíso narrada en su *Divina Comedia*. Macchiavello y Savonarola fueron también famosos florentinos que aún en la actualidad siguen siendo fuentes de especulación ¡Qué ciudad y qué genios!

9 de enero – En una fría mañana, viajé durante una hora de Florencia a Siena y llegué a la iglesia de Santo Domenico. Al entrar me encontré no sé si con un sacristán o un novicio, muy simpático y accesible. ¿Dónde está la testa de santa Catalina?, pregunté. Me llevó a una capillita donde se ve la cabeza de la santa, en un tabernáculo de mármol de la época del Renacimiento (Giovanni Stefano, 1466). Santa Catalina nació en Siena en 1347 como vigésima cuarta de los veinticinco hijos de Jacobo, un tintorero de pieles, y Lapa. No recibió ninguna instrucción; ni siquiera sabía escribir, tan es así que cuando quiso dejar sus pensamientos tuvo que recurrir a secretarios y amanuenses. Y sus obras dan cuenta de que fue perseguida por su familia por el voto de virginidad que había hecho. Finalmente, consiguió de su padre autorización para seguir su vocación y cuando tenía dieciséis años tomó el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo.

Su vida oculta, de maduración espiritual, culminó en su desposorio místico con Cristo, alrededor de los veinte años (la señal

externa fue el misterioso anillo colocado por el mismo Cristo en el dedo de Catalina).

Hacia los veinticuatro años (1371-1372) empezó de lleno la acción pública de la santa. Pero fue en 1376 cuando consiguió que el papa Gregorio XI abandonase Aviñón y volviera a Roma.

Siguieron las luchas. Santa Catalina sufrió mucho al producirse el cisma de Occidente. Predicó una cruzada de santidad, único remedio para los males de la Iglesia. Acudía diariamente al Vaticano; era tan inquieto su espíritu que apenas podía ya ser contenido por la fragilidad de un cuerpo. Rezaba arrodillada, estática, durante horas.

Su libro más importante es *Diálogo*, escrito en forma de coloquio entre el Padre Eterno y la santa. Ésta dirige a Dios cuatro peticiones. La primera por ella misma, porque antes de santificar a los demás es preciso santificarse uno mismo. Dios responde enseñando la discreción espiritual, que, por el conocimiento de sí y de Dios, hace que se rinda a cada uno —a Dios, al prójimo y a sí mismo— lo que le es debido.

En segundo término, la santa se refiere a la salvación del mundo y a la paz entre los cristianos. El Señor asegura a Catalina que quiere salvar al mundo, como lo prueba el don que ha hecho a la tierra del Verbo encarnado y de todos los otros medios de santificación. En la tercera petición se trata de la reforma del clero. El Padre Eterno habla a la vidente de la dignidad de los sacerdotes, de los buenos pastores y de los vicios de los malos. En fin, la respuesta a la cuarta petición tiene por objeto la divina providencia, que dirige todos los acontecimientos en orden a la salvación de las almas.

Este tratado es una especie de Apocalipsis, donde aparece Dios hablando por boca de Catalina, arrebatada en éxtasis, para reprochar a los mundanos sus vicios y a los pastores eclesiásticos sus desórdenes. Todos son invitados a hacer penitencia. Las críticas más acerbas de las costumbres del siglo XIV alternan con un impulso del más apasionado amor a la Iglesia y a la salvación de las almas. Se encuentra también en este *Diálogo* una doctrina muy rica sobre las virtudes, el pecado y sus castigos, la penitencia y el Verbo encarnado.

En una vitrina está escrito *Ditto police de la mano destra di S. Catalina* (dedo pulgar de la mano derecha de S.C.). *Custodisce le discipline che S. Catalina usava per flagelarsi allo scopo di ottenere il perdono ai peccatori e la pace alla Chiesa* (Custodia de las disciplinas que santa Catalina usaba para flagelarse a fin de obtener el perdón de los pecadores y la paz de la Iglesia). Lo que sigue puede sorprender pero así fue, hay un *Breve pontificio di papa Gregorio XI che concede a S. Catalina il privilegio di far celebrare dunque la S. Messa* (Breve pontificio del papa Gregorio XI que concede a S. Catalina el privilegio de hacer celebrar la santa misa). Murió el 29 de abril de 1380.

10 de enero – Acabo de visitar San Marcos en Venecia, en un día congelado. Hoy ha nevado todo el día; salí de Florencia con lluvia y al subir los Apeninos encontré nieve y más nieve.

Llegué a Bolonia, donde está enterrado santo Domingo; lo enterraron allí porque murió en ese lugar volviendo de Venecia de fundar conventos; al llegar a Bolonia, enfermó con fiebre y murió. Luego fui a la iglesia de San Protonio que es el protector de la ciudad; por fin, un poco abrumado por la densa nevada, arribé a Padua, donde está sepultado san Antonio. Conmovido, me postré en la capilla que contiene sus reliquias.

En el punto siguiente de mi plan de viaje me esperaban Venecia y la basílica de San Marcos, donde concelebré con los canónigos. Esta basílica fue construida para custodiar el sepulcro de san Marcos Evangelista y yo lo evoqué todo el tiempo mientras celebraba donde dicen está su cuerpo. Recordé su Evangelio, tan didáctico, con ese esquema tan útil... empieza con Jesús en Galilea, luego Jesús en país pagano, la vuelta a Galilea y en Judea, su muerte y resurrección. ¡Gracias Marcos por relatarnos la vida de Jesús!

Venecia es un pasaje entre Oriente y Occidente, hecho histórico que me confirmaba el rector de la basílica en nuestra conversación. ¡Cuánto me hizo acordar a Estambul! De la misma manera, la basílica de San Marcos tiene ecos de Santa Sofía de Estambul. Y así me sentí, totalmente integrado entre Oriente y Occidente.

Me gustaron mucho los mosaicos de la basílica, de inspiración bizantina (siglos XII y XIII) y también de la época del Renacimiento.

Cuando salí, nevaba otra vez. De manera que manejé los doscientos ochenta kilómetros hasta Milán bajo una intensa nevada. ¡Esa sí que es una impresión para nosotros que casi nunca vemos nevar! Dejé en el trayecto Vicenza, Verona, Brescia (lugar donde nació Pablo VI), y finalmente llegué a Milán, segunda ciudad de Italia por población y la primera por actividad económica.

Fue aquí donde Constantino promulgó el edicto con el cual se dio libertad al culto cristiano; además en el año 375 san Ambrosio dio inicio a un rito litúrgico que después llevó su nombre; san Ambrosio, el que bautizó al gran san Agustín. Recuerdo también que san Carlos Borromeo fue obispo de esta ciudad.

Fui al Duomo... es inmenso, pero debo decir que palidece frente a la basílica de San Marcos, en Venecia. De todos modos es austero e imponente. Hoy no pude ver la cripta donde está enterrado san Carlos Borromeo, pero me prometieron que mañana podría celebrar la misa allí.

Comí y me fui al albergue a leer las *Confesiones* de san Agustín.

12 de enero – Estoy sentado, viendo a través de un vidrio los cuerpos de san Ambrosio, san Gervasio y san Protasio; los tres están juntos. Esta basílica fue consagrada por Ambrosio en el año 386. El edificio actual es de estilo románico-lombardo. Me impresionó el altar mayor; creo que la parte delantera es de oro, como no lo sea todo el altar. San Ambrosio me interesa mucho entre otras cosas porque fue el instrumento de la conversión de san Agustín. Así lo relató el propio Agustín en sus *Confesiones*:

Llegué pues a Milán; fui a ver al obispo Ambrosio, fiel siervo nuestro, varón celebrado y distinguido entre los mejores del mundo; quien en sus pláticas y sermones ministraba entonces diestra y cuidadosamente a nuestro pueblo nuestra doctrina, que era para las almas pan que las sustentaba, aquel óleo que les daba alegría y aquel vino que sobria y templadamente las embriagaba. Pero Vos erais quien me conducía y llevabais a él ignorándolo yo, para que después sabiéndolo me llevase y condujese él a Vos.

Al mismo Ambrosio le consideraba como un hombre dichoso y feliz, según el mundo, viéndolo tan honrado de los grandes y poderosos de la tierra, si bien el celibato que él observaba me parecía cosa dura y trabajosa.

Cuanto no estaba con aquellas ocupaciones y negocios –cosa que era por muy poco tiempo–, lo gastaba en dar a su cuerpo el sustento necesario o en la lección, que es el alimento del alma. Pero cuando leía, llevaba los ojos por los renglones y planas, percibiendo su alma el sentido e inteligencia de las cosas que leía para sí, de modo que ni movía los labios, ni su lengua pronunciaba palabra.

Qué alegría poder leer estos pasajes de las *Confesiones* ante el cuerpo de san Ambrosio.

Llegué a la basílica luego de haber estado por segunda vez en el Duomo de Milán; finalmente pude ver la cripta de san Carlos Borromeo. Está su cuerpo embalsamado y se lo puede ver a través de los vidrios de la urna. Pude admirar la famosa cruz que el santo llevó para pedir el cese de la peste en la ciudad.

Tuve la intención de visitar el sepulcro de san Agustín en Pavía, pero la Chiesa di San Pietro in Ciel d'Oro está cerrada hasta las 15. Así que fui a visitar el Duomo que también estaba cerrado y la iglesia de San Miguel, que sí estaba abierta. Tiene una fachada muy linda, es del siglo XII y de estilo románico... en esta iglesia fueron coronados Carlomagno, Enrique II y Federico Barbarroja, nada menos. Como capital que fue de los reyes longobardos, es famosa también por su universidad, por cuyas aulas pasaron Petrarca y Cristóbal Colón.

13 de enero – Terminé de cenar en un restaurante de Lyon y mientras me traen un café, escribo. Dije ayer que esperaba que abriesen las puertas de la iglesia de San Pietro in Ciel d'Oro, donde está enterrado el gran Agustín; pues bien, abrieron a las tres de la tarde y encontré un sacerdote agustino a quien le comenté mi deseo de celebrar misa en el altar donde está el ara de san Agustín. Accedió, y así, mientras celebraba sobre los restos del gran obispo de Hipona, entre la admiración que siempre tuve por él y la atención que debía prestar como celebrante, pensé muchas cosas: en sus *Confesiones*, sus *Narraciones sobre los Salmos*, su *Ciudad de Dios*.

Terminada la misa le pregunté al padre cómo era que san Agustín estaba enterrado ahí. Me contestó que lo trajo un rey longobardo para sacarlo de las manos de los sarracenos; hablamos

un poco de Agustín, luego compré unas tarjetas y me despedí del padre. Y viajé a Turín, la ciudad de Don Bosco.

Después de dejar las cosas en el hotel, fui rápido a la basílica de María Auxiliadora, pero llegué tarde: ya había sido cerrada.

De vuelta en el hotel, consulté los mapas ya que debía pasar a Francia a través de los Alpes. Tenía miedo de la nieve, por mucho que pusiera cadenas.

Por la mañana, cuando me desperté, abrí las ventanas de mi cuarto y vi la plaza de San Carlos toda nevada. Y la nieve seguía cayendo abundantemente. El cielo estaba cerrado; si nevaba así en Turín, ¿qué sería en los Alpes! De manera que fui otra vez a la basílica de María Auxiliadora donde encontré un padre muy simpático que me llevó al lugar donde Don Bosco comenzó su obra aquí en Turín con los niños abandonados. Me guió hasta el lugar donde murió: la habitación, la cama, sus enseres, el sillón donde fue puesto después de su muerte, sus casullas y sus libros. El padre me mostró el sepulcro de la madre María Mazzarello y el de Domingo Savio. Finalmente, los restos de Don Bosco, que están en un altar lateral en un cofre de vidrio, a través del cual se puede ver perfectamente el cuerpo recubierto por lo que, creo, es un tipo de terracota; se ve su faz sonriente. El padre me dijo que murió a los 73 años en 1888; por lo tanto, dentro de poco se cumplirá el centenario de su muerte. Me invitó a venir en 1988, para el centenario. ¡Veremos! Nos despedimos hasta el cielo.

Salí cuando empezaba a sentirse el sol. ¡No lo podía creer! Había cesado la nieve. A las cuatro y media estaba en Lyon, la ciudad de los Concilios; recordé aquel al cual no pudo llegar santo Tomás porque murió en Fossanova.

Pregunté en el hotel dónde había una iglesia para celebrar y me señalaron la de San Buenaventura, donde, según me dijo el párroco, estuvo el santo. También estuvo enterrado en esta iglesia, pero ¡los protestantes arrojaron el cuerpo al Ródano!

Concelebré con el padre, quien me presentó a los fieles como sacerdote de la Argentina.

14 de enero – Estoy en Ars, otra ciudad bendita, que tuvo el privilegio de tener a Juan María Vianney, el cura de Ars. Ahora estoy sentado junto al Señor y al cuerpo del santo. Digo esto por-

que tengo presente al Señor en la Eucaristía, y sobre el Señor está el arca que contiene el cuerpo de Juan María. Un cartel dice que el cuerpo del santo cura se conserva intacto; sólo su rostro ha sido recubierto de cera. Juan María fue tan limitado en inteligencia como enorme en el amor al prójimo, la comprensión y la dedicación. ¡Pensar que casi no logra ser sacerdote porque no podía terminar de aprender el latín! ¡Y qué humildad y aceptación! Como pobrísimos que fue, se ocupó de los olvidados y de los rechazados. Es posible que no pudiera con el latín, es posible que se olvidara de lo que estaba diciendo a mitad del sermón, pero la gente venía desde lejos y lloraba al escucharlo, y él lloraba con ellos. Los hombres más rudos encontraban su camino y se convertían por la influencia de Juan María. ¡Fue un santo increíble!

Llegué esta mañana desde Lyon. Entré en una pequeña parroquia y me encontré con un hermano de la Sagrada Familia que había estado en Buenos Aires cerca de cuarenta años, por lo que habla perfectamente el español. Comenzó a mostrarme la pequeña iglesia, la sacristía, con el confesionario donde el santo confesaba a los hombres y el escritorio donde preparaba sus sermones. Tenía aparte dos confesionarios para mujeres y otro para los discapacitados. En la capilla de Santa Filomena está el baptisterio. Y el cura de Ars estuvo enterrado allí mismo durante cuarenta años; hoy, una piedra color gris oscuro señala el lugar.

Me dispuse a dar misa en el mismo altar donde ahora estoy escribiendo. Tuve la dicha de celebrar con el mismo cáliz y la misma patena que utilizaba Juan María Vianney. Pensé en nuestra diócesis; también allí la pobreza de cuerpo y alma es enorme. Recé por nuestros sacerdotes y sobre todo por nuestros seminaristas.

Luego del almuerzo en la Casa de la Providencia fundada por el santo, me llevaron a ver la casa, la cocina con sus enseres, el cuarto, la cama, biblioteca, zapatos y cuadros y la mesa donde escribía sus sermones. En otro lugar hay una cama chamuscada, dicen que por el demonio, pero el hermano que me acompañaba aclaró que no hay nada de eso. Y finalmente me mostró el cajón donde estuvo enterrado.

Vi al cura párroco y lo saludé; pensar que es el sucesor de Juan María en ese cargo... Posteriormente me llevaron a una pe-

queña capilla donde está el corazón incorrupto junto a una estatua de Emilio Cabuchet y de allí vine al altar donde escribo estas líneas.

¡Todavía estoy impresionado por mi estadía en Ars! Visité los confesionarios donde durante largas horas cumplía su deber. Su ejemplo me animará a mejorar mi misión de perdonar en nombre de Cristo.

Hay una anécdota que dice lo que se vivía en Ars en tiempos del santo cura: hubo un viejito que pasaba horas frente al sagrario y Juan María le preguntó qué hacía.

– *¡Él me mira y yo lo miro, Él me ama y yo lo amo!* – fue la respuesta.

Cuando vi el púlpito me pareció verlo predicar y perderse a medio camino como le pasó tantas veces; entonces bajaba del púlpito para después retomar. ¡Qué lección de humildad, o mejor, cuántas lecciones de humildad! Esto me anima en mi misión de predicar el Evangelio, siempre tratando de ser fiel a la palabra de Jesús y a su verdadera intérprete que es la Iglesia. ¡Lo mismo digo del catecismo! Hay otro pequeño púlpito a la derecha, pero a la altura del piso, donde enseñaba el catecismo. Trataré de ser fiel a la enseñanza elemental de nuestra fe, sobre todo en cuanto a los niños y a los catecúmenos.

De los cuarenta y tres años que fue sacerdote en esta tierra, cuarenta y uno lo fue como párroco de Ars. ¡No sé si salió alguna vez de esta ciudad!

Fue siempre fiel a su misión de sacerdote en esa población que se halla a 35 kilómetros de Lyon y que se llama oficialmente Ars-sur-Formans. Trocha, en su libro *El cura de Ars*, describe así la zona:

Los montes apacibles del Beaujolais limitan el horizonte de Ars. La campiña que rodea el pueblecito forma extensas ondulaciones de las que, de cuando en cuando, emergen como ramilletes pequeños grupos de árboles; no es la llanura lista y monótona, en la que abundan los charcos, pero tampoco las ricas vertientes que se inclinan hacia el Saona.

Volví a Lyon pensando en estas cosas que me elevan y en estas vidas que me consuelan.

15 de enero – Acabo de llegar a París; salí de Lyon con el propósito de visitar la abadía de Cluny. Llegué después de dejar la auto-ruta a París y desviándome en Marcón hacia la derecha. En medio de una tormenta de nieve llegué a Cluny, donde vi que todo el edificio de la abadía está en manos del Estado. Dejé rápidamente el lugar y me dirigí a Taizé donde está la comunidad ecuménica, a unos diez kilómetros, con el temporal de nieve creciendo en fiebre. Taizé está en una pequeña lomada de la población. Entré en un lugar donde vendían tarjetas y cosas artesanales; allí vi un joven al cual expresé mis deseos de conocer la iglesia y rezar con los hermanos. Me dijo que la iglesia mayor estaba en obras, por lo que había que dirigirse a otra más pequeña; él mismo me acompañó. Me dijo que a mediodía rezaban a las 12.20. Entré en las penumbras de la pequeña iglesia. Había algunos jóvenes rezando en cuclillas frente a una imagen de la Santísima Virgen (parecía Nuestra Señora del Socorro) y un pequeño tabernáculo con la lámpara del Santísimo.

Taizé es una comunidad de hermanos para la cual la oración en comunidad tres veces al día es el centro de la vida; busca la reconciliación de la humanidad y no se resigna ante los disensos de la familia cristiana. Comenzó con el hermano Roger que en 1940 se instaló solo y empezó a reunir refugiados. Estos hombres que quieren vivir en el celibato y la vida en común forman una comunidad ecuménica que tiene hoy hermanos católicos y también no católicos de veinte naciones distintas. El espíritu religioso se desparrramó y en la aldea vecina se instalaron un sacerdote católico y un grupo de hermanas que viven según el espíritu de san Ignacio.

En la oración del mediodía son unos veinte minutos de lectura de textos evangélicos, canto de himnos y luego un gran silencio; verdaderamente sentidos.

Seguí viaje a París.

16 de enero – Hoy estuve en Lisieux; llegué luego tres horas de viaje, siempre con nieve. Pregunté y encontré el Carmelo cerca del mediodía. Como las hermanas estaban rezando en la capilla me dirigí allí; recé *Nona* con las diecinueve monjas que hay en el convento. A la derecha, en un arca se ve la representación de santa Teresa muerta, debajo de la cual están sus huesos.

En la parte superior de esa pequeña capilla se ve la verdadera imagen de la Santísima Virgen que curó milagrosamente a santa Teresita en Les Buissonnets y en el piso de la misma capilla están enterradas las hermanas de ella. A la izquierda está la sacristía en donde ofició de sacristana; allí celebré con el cáliz y la patena que ella preparaba para la misa. Vi el lugar donde Teresita se confesaba y la puerta por donde entró al Carmelo tras despedirse de su padre. En la sala de las reliquias están los cabellos que la santa se cortó al entrar al Carmelo así como su hábito para grandes celebraciones, su hábito común, su delantal para el trabajo, elementos para la comida y su equipo de pinceles y témperas.

Después fui en coche a Les Buissonnets, lugar donde la pequeña Teresa pasó su infancia. Al entrar al vestíbulo, se ve a la derecha el comedor. En el primer piso está la habitación donde Teresa, gravemente enferma, fue curada por la Santísima Virgen. Al costado, la habitación de su padre. Sobre el jardín de atrás en una gran vitrina están expuestos los juegos y objetos familiares de la familia Martin. Y una estatua de Teresita y su padre señala el lugar donde ella expresó sus deseos de entrar al Carmelo.

Sé que quedaron muchos lugares sin ver, como la catedral de San Pedro, donde Teresita asistía a misa y donde hizo su primera confesión, así como la abadía de los benedictinos, donde cursó sus primeros estudios.

Al volver a París, pensaba en la gran Teresita, cuando le dijo a su madre que quería que muriese porque en el cielo se es enteramente feliz; pensaba también en cómo con su oración consiguió el arrepentimiento del criminal Pranzini.

Ella decía que había encontrado su vocación en la Iglesia; su vocación era el amor ya que la oración es hablar sencillamente con Dios, como un hijo habla con su padre.

Y tantas otras cosas. *¡Santa Teresita, ora pro nobis!*

17 de enero – Acabo de llegar de Nôtre Dame donde concelebré con el párroco. Éste me indicó que tras la consagración dijera en español las plegarias correspondientes. Después de la misa me buscaron dos mujeres que se alegraron de que hubiese concelebrado un sacerdote argentino; una de ellas es profesora de psicología en la Universidad Católica. Conversé un rato y volví al hotel, donde me puse a escribir.

El día de hoy lo podría dividir en tres partes: en primer lugar, la visita al Louvre que, sencillamente, me encantó. Me concentré especialmente en las antigüedades orientales, egipcias, helénicas y romanas. Supe de la estela de Vantours (2450 a.C.), que inmortaliza la victoria de un rey sumerio de Lagash; también vi el famoso Código de Hammurabi (1792-1750 a.C.) con sus 282 leyes de la época de los babilonios.

En la parte que corresponde a los egipcios hay infinidad de sarcófagos y momias correspondientes al antiguo y al nuevo imperio, además de restos de la época de la conquista de Alejandro.

¡Qué puedo agregar al mirar a la Atenea de Fidias que adornó el Partenón junto con otras estatuas; al igual que la gloriosa Venus de Milo, considerada el prototipo de la belleza femenina griega! La Victoria hallada en Samotracia –*circa* 150 a.C.– me resultó tan triunfal como si aún conservara la cabeza y los brazos...

Finalmente, fui a visitar Nôtre Dame, la catedral de París que fue escenario de sucesos importantes como el momento en que San Luis –Luis IX– depositó la corona de espinas que había traído de Venecia (1239), y la reunión de los primeros estados generales del reino en la época de Felipe el Hermoso (1302). Allí tuvo lugar también la coronación de Enrique IV de Inglaterra como rey de Francia, y fue el sitio donde se abrió el proceso de rehabilitación de Juana de Arco en 1455.

Y así, en la catedral, terminó mi día; pero antes fui a Versalles a ver ese boato y fasto... Era una modesta población hasta que en 1624 Luis XIII hizo levantar allí un pabellón de caza, que fue sucesivamente transformado y ampliado por Luis XIV hasta que sustituyó a París como sede de la corte del reino permitiendo al *rey Sol* ejercer su completo absolutismo sobre la nobleza. Tantas historias, tantas iniquidades que terminaron tan mal... ¡en la guillotina!

18 de enero – Seguí recorriendo París; Dios me lo concedió sin merecerlo, por supuesto. Fue encantador, lo primero la plaza cercana al sitio de la muerte de Federico Chopin. Luego, la famosa Ópera. Me pareció de una gran belleza el exterior de la iglesia Saint Germain de l'Auxerrois. Pero siempre es la historia la que da sentido, al margen de la belleza; me estremecí sabiendo que allí, en

la noche del 24 de agosto de 1572, sonaron las campanas como señal para masacrar a los protestantes. Fue la Noche de San Bartolomé, en la que murieron tres mil reformistas.

Igualmente, pasé por la *Conciergerie*, adonde en la época del Terror eran llevados los que iban a ser ajusticiados; como María Antonieta, que fue conducida a la guillotina el 16 de octubre de 1796. En su celda se ve una cama, una silla y una mesa para toilette; el crucifijo ante el cual rezaba y un cuadro que la representa recibiendo la comunión.

Apenas una mampara separaba a la desdichada austriaca de los dos gendarmes que la vigilaban noche y día; para que tengamos una idea de lo que fue aquello, también está exhibida la carta en la que pide a la hermana de su marido que cuide a sus hijos; fue escrita a las 4.30 de la mañana, pocas horas antes de ser ejecutada.

Vi luego una celda vecina, en la que estuvieron Danton y después Robespierre, enfermos. Este último pasó allí la noche que precedió a su ejecución.

Por tercera vez fui a Nôtre Dame porque quería ver el lugar donde se convirtió Paul Claudel, el día de Navidad de 1886. Hay una placa que lo recuerda, junto a objetos personales del gran escritor; su rosario, su devocionario y algunas cartas. También se cumplen cien años de la conversión de Charles de Foucauld, de quien pude ver algunos objetos personales.

En el museo de la catedral me detuve ante la túnica de san Luis (Luis IX), su maxilar y un hueso de su brazo, los objetos de disciplina, así como un relicario donde se expone la corona de espinas, traída por ese rey santo desde Constantinopla.

Por la tarde, fui por cuarta vez a Nôtre Dame, esta vez a concelebrar con el cardenal Luis Linier, arzobispo de París. Me gustó por su humildad y su sencillez; al predicar conmueve a la gente. Cuando me despedí de él, como con tantos en mis viajes, dijimos *¡Hasta el cielo!*

Los paseos que siguieron fueron los que se supone debe hacer quien llega a París: la Sorbona, el Arco de Triunfo, la Torre Eiffel, Saint Germain de Prés, la Bastilla y el Panteón, que fuera una iglesia hasta que la revolución la transformó en el templo de la gloria para alojar los despojos de los grandes hombres. Allí están, entre otros: Victor Hugo, Emilio Zola y Voltaire.

Los Inválidos, de Napoleón, cuyos restos los ingleses devolvieron a Francia después de siete años de la muerte en Santa Elena. El retorno del emperador muerto fue apoteótico; fue enterrado como un faraón egipcio en seis ataúdes... Es un misterio cómo hay destinos tan diversos...

Proseguí mis visitas en el Museo de Armas y la Sainte Chapelle. ¡Eso sí que es majestuoso! Finalmente llegué a la capilla superior, en la que hay quince vitrales que reúnen 1.134 escenas bíblicas y evangélicas.

19 de enero – Rumbo a Toulouse pasé ciudades que me recuerdan algo significativo para mí; en Le Mans por supuesto, la carrera de las 24 horas. En Tours recordé al patrono de Buenos Aires y le encomendé la arquidiócesis de esa ciudad. Poitiers es la patria chica de Hilario de Poitiers, uno de los primeros teólogos de la Iglesia. Siguiéron las ciudades de Rochefort, Cognac, Arcachon, desde donde salió el argentino Vito Dumas en su primer viaje solitario en el mar. Y por fin, Toulouse, donde está enterrado santo Tomás de Aquino; en realidad, he venido para ver esto.

20 de enero – Atravesando pequeñas callejuelas llegué a la majestuosa iglesia de los Jacobinos donde está la urna que contiene las preciadas reliquias. Debajo del altar están los restos del Angélico con un escrito que reseña su vida y el destino de su cuerpo desde la iglesia abacial de Fossanova, el convento de los hermanos predicadores de Toulouse, luego a la iglesia de Saint-Semin, hasta su actual lugar. Con emoción, pienso que se trata del más grande teólogo de la Iglesia, al tiempo que santo. Él es honor de la orden dominicana y de la Iglesia toda. ¡Y a mí me cabe la bendición de presenciar este sitio, personaje y obra!

Es inevitable recordar las célebres *questiones* de su *Summa*, que hoy por hoy siguen tan vigentes: La primera, si la ciencia sagrada, la teología, es superior a las otras ciencias.

– Sí, responde el Angélico, y hace distinción entre las ciencias especulativas y las prácticas. Entre las especulativas, la ciencia sagrada es superior a las otras por su objeto –Dios– y por el medio para conocerlo, la inteligencia iluminada por la fe.

Y en el segmento de las prácticas, dice que la ciencia superior es la que conduce al fin último; por lo tanto, la ciencia sagrada es superior a las otras ciencias prácticas.

Siempre me gustó cómo dispuso sus famosas cinco vías para llegar a la existencia de Dios: en primer lugar, por el movimiento: Las cosas se mueven, pero nada se mueve si no es movido por otro. Luego, hay que llegar a un primer motor.

En segundo lugar, por la causalidad: Todo efecto postula una causa, porque nada se hace a sí mismo. Esta realidad supone una causa primera.

De la misma manera, lo contingente y lo necesario: Toda realidad contingente postula un ser necesario. Y así las otras dos: los grados de ser y la finalidad.

Cómo no recordar que las perfecciones de los seres creados se contienen de modo eminente en la causa primera.

Todo esto, y su tratado sobre Cristo y sobre la Trinidad me resultan una maravilla.

He llegado a Lourdes y estoy escribiendo en un bar luego de ver la basílica y la gruta; había celebrado en la cripta y después bajé a la gruta cuando era ya de noche y el frío se hacía más crudo. ¡Estaba frente a la auténtica caverna donde la Santísima Virgen se apareció a Bernardita Soubirous!

La gruta, situada a orillas del río Gave, es grande y está iluminada por unos potentes focos; se ve una fuente de donde mana abundante agua; las paredes son brillantes y los peregrinos las tocan.

Cuenta Bernardita en una carta que dirige al padre Goudrand, que un día fue a buscar leña con dos niñas más, cuando escuchó un ruido. Levantó la cabeza y vio a una Señora vestida con una túnica blanca y un ceñidor azul; sobre cada pie tenía una rosa de un tono entre blanco y amarillo, igual al de su rosario. Creyó ella que era un engaño, tomó su rosario y comenzó a rezar. La Señora hizo lo mismo. Luego Bernardita preguntó a las otras niñas si habían visto algo y ellas le contestaron que no.

Volvió el domingo movida por una fuerza interior. La Virgen le pidió que transmitiera a los presbíteros su deseo de que le edificaran una capilla en el lugar y le mandó beber de la fuente.

Bernardita volvió durante quince días y la Señora se le apareció siempre, excepto un lunes y un viernes. Insistió en que se le edificara una capilla y dijo además que debía rogar por la conversión de los pecadores. Bernardita le preguntó varias veces quién era pero ella se limitó a sonreír dulcemente. Finalmente, poniendo los brazos en alto y levantando los ojos al cielo, le dijo que era la Inmaculada Concepción. Todo esto está en la carta de la Liturgia de las Horas.

21 de enero – Finalmente, a pesar de mis deseos no pude concelebrar en la gruta y decidí salir directamente hacia Pamplona. Pasé por Pau, Bayona y San Sebastián y allí comenzó el camino por los Pirineos españoles.

Tras casi quince días, hoy ha salido el sol. Después se oscureció nuevamente y cuando estaba por cruzar la frontera con España volvió a salir, ya de una manera estable. Así pude ver en plenitud las montañas. ¡Un camino realmente bonito!

Cuando llegué a Pamplona –bastante temprano– visité la iglesia de San Ignacio, que está emplazada en el lugar donde fue herido el santo; una placa así lo dice y concluye: *Ad Maiorem Gloriam Dei*. Este lema fue tomado por el fundador de la orden de Jesús.

En esa iglesia confesé y celebré misa en una pequeña capilla (muy simpático el padre que me confesó y el sacristán de nombre Prudenciano, con su cara de santo).

Mañana iré a Loyola a conocer la casa en que nació Ignacio, ubicada cerca de Azpeitia.

Ya que estaba en Pamplona quise conocer el lugar donde se celebran los sanfermines, San Fermín, pero estaba cerrado. En cambio, pude ver las murallas de la ciudad.

22 de enero – Hoy ha sido un día signado por la espiritualidad ignaciana; visité Javier y Loyola.

En el castillo de Javier hay una maqueta que abunda en detalles. Paseé por el comedor, los cuartos y finalmente vi el famoso Cristo frente al cual solía rezar Francisco Javier y que sudó sangre en el mismo momento en que éste moría en el Oriente.

Vi además la parroquia donde fue bautizado y donde oraba delante de una imagen de la Virgen parecida a la de Montserrat,

pero de color blanco. Francisco Javier nos enseñó lo que debe ser un apóstol; lo dejó todo para entregarse en un trabajo total por la causa de Cristo.

Luego, un camino montañoso me llevó al castillo de Loyola. Allí hubo dos habitaciones que me conmovieron y mucho: aquella donde nació Iñigo en 1491 y la de su convalecencia y conversión.

¿Cómo no recordar el momento en que lee la vida de Jesucristo y la de los santos? Así dirá, al concluir la lectura de las vidas de san Francisco y de santo Domingo: *Si ellos eran santos, ¿por qué Iñigo no podrá serlo?*

Pude ver además un pequeño altar, oratorio de la familia Loyola, donde celebró su primera misa san Francisco de Borja. Allí mismo le dio la comunión a uno de sus hijos (había enviudado). Él se convirtió al ver el cadáver en putrefacción de la reina de Portugal, famosa por su belleza. Así fue como constató la vanidad de este mundo. *¡Yo quiero servir a un Señor que no muera!*, pensó Francisco de Borja. Y yo con él.

23 de enero – Estoy en Madrid, en la casa de mi hermana María Antonia y su esposo Alfredo. En esta vuelta pasé por Vitoria y por Burgos. ¡La patria del Cid Campeador!

También visité la Cartuja de Miraflores y celebré misa en una pequeña capilla mientras los cartujos rezaban las Vísperas; claro, eran las tres de la tarde...

La de los cartujos es una vida contemplativa. Más allá del cuidado de las cosas de este mundo, más allá de todo ideal humano y de la propia perfección, el cartujo busca a Dios. Vive sólo para Dios, no desea más que a Dios y no posee más que a Dios. Quien comprenda que Dios es el valor supremo de la vida comprenderá la vida del cartujo.

– *¿Se puede entrar a la clausura?*

– *No, por las reglas. Además, no hay nada que ver. Las celdas son solamente el lugar donde se ora y se trabaja.*

Así concluye ese diálogo con un cartujo. Nunca había hablado con uno así como jamás había estado en una cartuja. Los cartujos son una mezcla de cenobitas y ermitaños. Como los eremitas, viven en departamentos aislados e independientes. Su celda es de estudio, oración y trabajo; son talleres, en realidad. Como los ce-

nobitas, se reúnen en el coro para el rezo largo y solemne de *Maitines* y *Laudes* a media noche, para la misa conventual y para vísperas, y las demás horas rezan en privado. Su liturgia es sencilla, austera, sin elementos decorativos ni cánticos; lo pude comprobar porque vi a los treinta y tres cartujos de Miraflores rezando.

Luego volví a Burgos y visité la catedral... *De los sos ojos tan fuertemiente llorando / tornava la cabeça e estavalos catando*, así salió de Burgos el Mío Cid.

24 y 25 de enero – En Toledo me perdí un poco entre tantas callejuelas, de manera que pasé por el Alcázar y no me di cuenta, en fin... Mi hermana María Antonia, su marido Alfredo y yo fuimos a Ávila y Segovia. En Ávila sentí que las murallas encierran un gran misterio; en realidad, tantos misterios como vidas y siglos transcurrieron por aquí; son realmente imponentes. Por una de sus puertas nos dirigimos a la iglesia de los padres carmelitas, donde estaba la casa de don Alonso Sánchez de Cepeda, padre de santa Teresa de Jesús. Allí pudimos ver el huerto donde jugaba Teresa y la habitación donde nació, actualmente una capilla.

En una sala, a continuación de una librería, había objetos personales de la santa y un dedo de su mano.

Y repica en mi memoria su famosa exhortación poética

*Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda,
la paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta:
sólo Dios basta.*

Seguimos nuestra recorrida y llegamos al convento de San José de Ávila, que fue el primero que reformó la santa; allí celebré misa. En un pequeño museo hay recuerdos de Teresa, como la montura de su caballo, el cajón donde estuvo enterrada y originales de sus escritos.

Recuerdo también:

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*

En su libro de *Las Moradas* después de ponderar la hermosura de un alma en gracia de Dios, Teresa escribe: *Pues consideramos que este castillo tiene –como he dicho– muchas moradas; unas en lo alto, otras debajo, otras a los lados y en el centro y en la mitad de todas pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma* (*Moradas*, Primera, n. 3).

Seguimos nuestro paseo por la Encarnación y a la catedral. En la Encarnación vimos una celda de la época en que la santa era priora y la escalera donde se encontró con el Niño Jesús.

- ¿Quién eres?– le preguntó el Niño Jesús.
- Teresa de Jesús. ¿Y Vos?– preguntó la santa.
- Yo soy el Niño Jesús de Teresa.

Vimos la catedral y ya de noche salimos hacia Segovia; me gustaron mucho el acueducto, la catedral y el Alcázar.

25 de enero – Ahora sí, estuve todo el día en Toledo y visité la iglesia de Santo Tomé, que guarda la obra más famosa y admirable del Greco: *El entierro del conde de Orgaz*, pintada hacia 1586. El tema está inspirado en una leyenda toledana del siglo XIV, y representa el momento en que san Agustín y san Esteban bajan a enterrar al difunto señor de Orgaz.

También visité la casa y el museo del Greco; entre las pinturas hay un san Pedro Penitente, un san Francisco, un Fray León, el famoso Cristo del Greco, los doce Apóstoles, san Pablo y un Bernardino de Siena. A esto se suma una vista y plano de Toledo muy minucioso y realista.

En la catedral celebré misa en la capilla de los Reyes Nuevos, así llamada porque en el lugar están enterrados Enrique II, Enrique III, Juan I, Juan II y sus esposas.

El Alcázar fue la primera fortaleza construida por Alfonso VI, recién reconquistada la ciudad. Tuvo como primer gobernador al Cid. En el siglo XIII se reformó y embelleció, adquiriendo la

forma que actualmente tiene. Carlos I decidió construir allí su residencia, para lo que confió la restauración a Covarrubias entre 1538 y 1551; con todo, siguió sufriendo destrozos durante las guerras.

Visité el sótano en el que se refugiaron durante el asedio republicano en la guerra civil española los familiares de los combatientes falangistas; en el primer piso está el despacho del coronel Moscardó, desde donde mantuvo la famosa comunicación telefónica con los republicanos que le exigieron la rendición del Alcázar a cambio de la vida de su hijo. Ante la negativa, un mes después fue ejecutado el joven Moscardó.

26 de enero – Salí con lluvia de Madrid en dirección a Salamanca; sin embargo, quise pasar otra vez por Ávila para ver el convento de las agustinas donde santa Teresa estuvo un año y medio. También me desvié hacia Fontiveros, lugar natal de san Juan de la Cruz. En una plaza, la suscripción popular erigió una estatua. Me dirigí a la capillita que recuerda el exacto lugar donde nació. Allí celebré misa mientras la guía la escuchaba y los dos ofrecimos al Padre Celestial la rememoración y la actualización de la Pasión y Muerte del Señor.

Dirigiéndome hacia Alba de Tormes (donde está enterrada santa Teresa), voy pensando, meditando no tanto la biografía de san Juan de la Cruz, nacido Juan Yepes, sino más bien su doctrina que siempre me ha conmovido porque toca algo que me interesa mucho: el deseo de purificación. Expresado en otras palabras: Ante Dios debemos presentarnos totalmente *sine macula*.

El principio fundamental es éste: Dios es todo; la criatura, nada. De donde se desprenden con lógica inevitable dos consecuencias:

- 1) Es necesario desprenderse totalmente de las criaturas: son la nada.
- 2) Luego hay que unirse íntimamente con Dios por el amor: es el todo.

Para comentar la primera de estas dos consecuencias, escribió san Juan sus primeras dos obras, de orientación y tipo marcadamente negativos: *Subida al Monte Carmelo* (lo que debe hacer el alma para vaciarse de todo lo que no es Dios a fin de que Dios la llene de Él; es su famosa doctrina de las nada) y *La noche oscura* (donde habla de las purificaciones pasivas, que vienen directamente de Dios).

Para comentar la segunda de las consecuencias escribió san Juan otras dos obras de orientación francamente positivas: *Cántico espiritual* (el tema son las relaciones amorosas entre Dios y el alma, desde los comienzos de la vida espiritual hasta la unión transformativa) y *Llama de amor viva* (es un comentario a cuatro bellas estrofas de sus poesías, en las que el alma transformada canta la grandeza y sublimidad del estado al que ha sido elevada por Dios).

Y así me fui acercando a Alba de Tormes. El tiempo era feo; lloviznaba tristemente cuando entré a la iglesia donde murió y está enterrada Teresa de Jesús. Un fraile carmelita me mostró el primer dormitorio donde pusieron a santa Teresa ya muy enferma y otra habitación, donde murió. Teresa venía de una fundación en Burgos y se sintió mal cuando se dirigía hacia Alba de Tormes.

En un cofre sobre el altar está su cuerpo al cual, me dice el fraile, en 1914 se hizo un reconocimiento y lo encontraron en mal estado.

¡Cuánto bien hizo santa Teresa con su doctrina!

Dicen que le preguntaron si quería que la llevaran a Ávila para ser enterrada allí, pero ella contestó: *¡Acaso en Alba de Tormes no hay tierra!*

Llegué a Salamanca ya entrada la noche.

27 de enero – Fui directamente a la universidad; en realidad primero pasé por la pontificia y luego por la que todos conocemos, con el aula en la que enseñó Fray Luis de León. En las clases de Teología no permitía ser interrumpido sino hasta el final (yo podría tomar su ejemplo).

Me recordaron que fue despojado de su cátedra por la Inquisición por haber traducido el *Cantar de los Cantares* al castellano y fue cuando se reincorporó que pronunció su famoso *Decíamos ayer*, restándole importancia a los largos años de persecución y cárcel. Sus restos descansan en la capilla.

Con lluvia, me dirigí a la iglesia de San Esteban, de los padres dominicos.

Allí, en la antigua Sala Capitular del convento, están enterrados los ilustres teólogos dominicos que dieron brillo de la Universidad de Salamanca, como Francisco de Vitoria, Domingo de Soto y el padre Ramírez.

Pensando en aquello de santa Teresa de que cuando el alma busca a Dios, *siente un deleite grandísimo y suave*, me fui a Medina del Campo, Tordesillas y Valladolid que son fundaciones de santa Teresa. De todos modos, mi espíritu se concentró sobre todo en san Juan de la Cruz.

Recorrí la Plaza Mayor de Medina del Campo donde se celebraban las famosas ferias en las que vendía sus tejidos Catalina Álvarez, la madre de san Juan de la Cruz, y el hospital donde sirvió el propio Juan. Me dirigí, finalmente, a la iglesia de Santiago, que es cuanto queda de la fundación de los jesuitas en cuyo colegio estudió Juan.

¡Oh, almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas! ¿Qué hacéis, en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas, vuestras posesiones, miserias. ¡Oh, miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces, sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y glorias, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos! Esto escribió el santo y yo trato de asimilarlo...

28 de enero – Hoy se celebra a santo Tomás de Aquino. Abandoné Salamanca sin dejar de pensar que allí estudió san Juan y fui rumbo a Santiago de Compostela. Pasé por Zamora –tan original al momento de celebrar Semana Santa–, Benavente, Astorga –famoso lugar por donde pasaban los peregrinos jacobitos– y Ponferrada, la del puente de hierro del siglo XI. Ya después de Ponferrada es la Galicia, una bella tierra donde el suelo casi nunca es llano.

Atravesando esa tierra celta llegué a Santiago de Compostela. Llovía otra vez. Inmediatamente fui a la catedral y pedí celebrar misa en el lugar donde está enterrado el Apóstol. Después me hospedé en el Hogar Sacerdotal, donde encontré al párroco de Villa Adelina en San Isidro; cenamos juntos recordando la Argentina.

29 de enero – En una apacible tarde estoy en La Coruña, en un bar junto al mar. ¡Cuánto hace que no veía el mar! Hace dos horas que llegué de Santiago de Compostela y me propuse ver lo

más importante. Me sugirieron que viera la Torre de Hércules que se construyó en el siglo II; es el faro más antiguo en funcionamiento hoy en el mundo. Pero no fui porque quedaba lejos y prefería ver otras cosas.

En el centro está el Fuerte San Carlos (otros lo llaman Jardín San Carlos), donde reposan los restos del general John Moore, muerto en la batalla de Elviña en la que lucharon ingleses y españoles contra los franceses de Napoleón. Cerca del lugar hay un cuartel donde en un frontispicio se habla de la lucha contra el invasor francés.

En 1589 La Coruña sufrió el asalto del pirata Drake; cuando los ingleses escalaban la muralla, la heroína nacional María Pita derribó al portaestandarte inglés que entraba en la ciudad, y arrancándole la bandera dio la voz de alarma. Así se salvó la ciudad.

De La Coruña partió en 1588 la gloriosa Armada Invencible y a su puerto volvieron, después de la derrota, sus ruinas. Felipe II exclamó: *¡Envié a mis barcos a luchar contra los hombres, no contra los elementos!* Sí, sabemos que los hombres pueden ser terribles, pero la naturaleza es a veces implacable...

¡Preciosa la iglesia de Santiago! Es románica y con la portada gótica; hay una bellísima imagen de María esperando al Niño. Celebré misa ante la tumba de Santiago.

Según la tradición, el apóstol vino a predicar *finis terrae*, en el confín de la tierra. Durante siete años se dedicó a evangelizar España y después regresó a Palestina, donde fue decapitado por Herodes Agripa. Sus discípulos huyeron de Tierra Santa con su cuerpo, trasladándolo a España en una embarcación y enterrándolo cerca de Iria Flavia, donde construyeron el Arca marmórea y un altar. Un padre de Lugo, con quien tomé el desayuno esta mañana, me decía que a los grandes apóstoles, evangelizadores, se los sepultaba en el lugar donde habían predicado.

La historia es larga, pero solamente diré que el sepulcro se perdió por distintas circunstancias, pero el obispo Teodonuro finalmente lo encontró.

A partir del siglo XI, Santiago de Compostela conoció un extraordinario desarrollo. Cuando el poderío turco hacía peligroso el viaje a Tierra Santa, la peregrinación jacobea se hizo tan merito-

ría como la de Jerusalén o la de Roma. Las peregrinaciones en la Edad Media eran organizadas por los abades de Cluny, de Citeaux... Cada año, quinientos mil jacobeos de toda Europa occidental comenzaban su peregrinación hacia Compostela.

30 de enero – Recuerdo que, cuando yo tendría unos ocho años, veraneábamos en la localidad de Los Cocos. Allí venía una hermana de alguna congregación a vender libros de santos y mi madre siempre le compraba alguno. Uno de esos fue la historia de las apariciones de Nuestra Señora de Fátima a los pastorcitos Lucía, Francisco y Jacinta. A pesar de mi corta edad, ese libro me gustó: me conmovieron las personalidades de los pastorcitos y, sobre todo, la temprana muerte de Francisco y de Jacinta. Hoy –después de cuarenta y tres años después– he llegado a Fátima. ¡Así lo ha dispuesto la Providencia! Es una tarde fría de invierno, con abundante lluvia.

Empecé visitando el lugar de las apariciones de la Virgen, donde posteriormente tuve la dicha de celebrar la misa. La iglesia guarda los restos de Jacinta y de Francisco: éste, a la derecha y así dice su tumba: *Francisco Marto, a quien se le apareció Nuestra Señora...* A la izquierda, Jacinta, con otra lápida que repite la leyenda. Compré las *Memorias* de la hermana Lucía, que vive y está en un convento en Coimbra, luego de haber estado en Pontevedra; escribió estas memorias obedeciendo al pedido de su obispo.

2 de febrero – Estoy en el avión de regreso a Buenos Aires. Antes, y ya en el último contacto con Europa, dejé Fátima y llegué a la frontera con España a través de un camino montañoso; pasé por la amurallada Cáceres y por Trujillo, lugar donde nació Pizarro. También visité Talavera, la de las famosas cerámicas. Ayer visité el museo del Prado y fui al Escorial junto a María Antonia y su marido. Al bajar a la cripta, sentí lo que seguramente muchos: la solemnidad de ver allí enterrado a Carlos V, en cuyo reino no se ponía el sol, y su hijo Felipe II, entre otros reyes.

Hoy todavía visité con María Antonia el Valle de los Caídos, donde están enterrados Primo de Rivera y el general Francisco Franco, siempre con la lluvia como compañía; fuimos otra vez al Prado y por la tarde visitamos el Palacio Real y ahora... ya despegamos.

TRAS LAS HUELLAS DE SAN PABLO EN MEDIO ORIENTE - 1988

4 de marzo – En una mañana nublada llegamos mi madre y yo a Madrid donde vive María Antonia que, por supuesto, nos estaba esperando. Esta vez tenía la idea –desde hacía tiempo, en realidad– de conocer a un sacerdote dominico que a través de sus libros influyó mucho en mi formación teológica y sacerdotal. Se trata del reverendo padre Antonio Royo Marín (O.P.) quien, a pesar de sus años y enfermedades, está trabajando en la elaboración de otro libro; además, ha enseñado en Salamanca.

En nuestro encuentro le pregunté cuál era su obra más lograda, la que más lo había satisfecho, y él respondió que sin dudas era la *Teología de la perfección cristiana*, en la que trató de hacer conocer en qué consistía la santidad; dijo también que, a pesar de eso, una de sus obras más queridas era *Grandes maestros de la vida espiritual*, en donde desarrolló las corrientes de espiritualidad en la Iglesia. Sus fuentes y autores favoritos fueron santo Tomás, san Juan de la Cruz, santa Teresa y Teresita de Lisieux.

5 de marzo – Despegamos desde el aeropuerto Charles de Gaulle hacia Damasco, en Siria; el tiempo estaba frío y París se veía cubierta de nieve. Con gran alegría me enteré de que había una escala en Chipre, isla que atravesó san Pablo en su primer viaje apostólico. Así, descendimos en Lárnaca. La isla de Chipre, situada en el Mediterráneo oriental, era llamada en la antigüedad isla Makaria (isla feliz). Homero la llamaba Kupros (cobre), por sus famosos yacimientos. A su vez, la isla le dio nombre a los cipreses, hoy casi extinguidos allí. Fue colonizada por los hititas

primero, luego por fenicios y griegos y, tras sucesivos imperios, en el 58 a.C. fue conquistada por Roma.

Fue Chipre el primer escenario de la actividad misionera de Pablo, como se describe en el cap. 13 de los *Hechos de los Apóstoles*. Cuando misionaban Pablo y los suyos encontraron un mago, un falso profeta llamado Bar Jesús que estaba con el procónsul Sergio Paulo. Éste hizo llamar a Bernabé y a Pablo, deseoso de escuchar la palabra de Dios. Pero se les opuso el mago, quien finalmente quedó ciego apenas Pablo hubo pronunciado sus palabras. Este signo convirtió al procónsul, por lo cual Chipre fue el primer país del mundo gobernado por una autoridad cristiana.

6 de marzo – Damasco, la ciudad de la conversión de san Pablo, es la ciudad más antigua habitada sin interrupción, y allí numerosas civilizaciones dejaron su huella: arameos, romanos, bizantinos y árabes.

Visitamos la mezquita de los Omayad, construida en el siglo IX en el lugar donde antes había un templo dedicado a Júpiter que fue destruido por los bizantinos. Dentro de la mezquita hay un mausoleo donde según dicen está la cabeza de san Juan Bautista, aunque las fuentes confiables lo niegan absolutamente. De todos modos, es una mezquita muy grande donde se ve la piedad del musulmán que tiene como principio fundamental de su vida religiosa el monoteísmo; Alá es su único Dios y el enviado Mahoma es el más importante de los profetas; los otros son Jesús, David y Moisés. Así, para el Islam, Jesús no es el Hijo de Dios sino uno de los grandes profetas.

La oración es importantísima en su vida y la hay de dos tipos: ritual o *salat* y personal o *dua*. Esta oración es obligatoria en cinco momentos de la jornada. Para recitar la oración, el fiel debe ponerse en estado de limpieza legal, por eso lava parte de su cuerpo o todo si sus pecados han sido graves. Esto explica la gran cantidad de baños públicos en el mundo islámico. Tras la purificación, el musulmán recita sus oraciones volviéndose hacia La Meca (algunos usan pequeñas brújulas de bolsillo). Normalmente todo musulmán posee una alfombrilla o una estera sobre la que arrodillarse, y esto encierra un alto contenido religioso: al hacerlo, se separa de las suciedades del mundo y se pone en contacto directo con la

divinidad. La mezquita es el lugar que ofrece más garantías para hacer bien la oración y que ésta sea válida. El imán –director de la oración, pero no sacerdote, pues el Islam carece de una jerarquía institucionalizada– ora de cara a la gente, que a su vez imita sus gestos y sus palabras. La oración en la mezquita sólo es obligatoria los viernes al mediodía.

La tercera obligación moral del musulmán es la *zakat*, es decir, la limosna legal. Era un impuesto sobre los bienes de los fieles, tal como el diezmo judeo-cristiano, pero ha sido sustituida por los impuestos de los distintos estados. De todos modos, el musulmán es muy afecto a dar sobre todo a los pobres y enfermos. No hay colectas en las mezquitas.

El ayuno del Ramadán, llamado *sawm*, consiste en la abstinencia diaria y diurna –desde el despuntar del alba hasta que se pone el sol– de alimento, bebida, contactos sexuales, perfumes, tabaco; en suma, de todo aquello que pudiera deleitar al cuerpo.

Finalmente, el peregrinaje a La Meca que debe realizarse por lo menos una vez en la vida durante el último mes del año musulmán. Esta obligación tiene excepciones, desde luego, por ejemplo: el tener que dejar una familia numerosa o sufrir enfermedades graves. Los musulmanes suelen usar una especie de rosario –el *crespi*– que llevan en su mano desgranándolo durante todo el día, mientras elevan elogios a Dios.

Dejamos la mezquita de los Omayad y luego de entrar a la tumba del sultán Saladino (famoso por su triunfo sobre los cruzados en las cuevas de Hattin cerca de Nazareth) entramos en la calle Recta citada por Lucas en los *Hechos*; es la misma por la que entró san Pablo luego de su conversión. Pregunté por la casa de Judas que cita Lucas, pero de ella no se sabe más que la calle, Cardo Maximus, hoy llamada Recta. Pasamos por el Arco de Triunfo, centro donde se unían las vías Cardo Maximus y Decumanus. Por allí debió pasar san Pablo. Así llegamos al lugar en que según la tradición estaba la casa de Ananías. Hoy es una pequeña iglesia franciscana, que data de 1822.

Sobre el lugar de la conversión, hay una opinión que lo sitúa a diez kilómetros de la ciudad y otra a medio kilómetro de la muralla oriental de la antigua ciudad. Esta localización es la más pro-

bable porque, según los *Hechos*, los compañeros de Pablo lo condujeron tomado de la mano desde allí a la casa de Judas; esto es, no estaban muy lejos. En ese lugar hay hoy una moderna iglesia franciscana, cuyo párroco nos llevó al jardín del convento donde está la gruta en la que de acuerdo con la segunda versión Pablo se convirtió en apóstol. El relato de lo que hizo luego también tiene dos versiones: en una, san Pablo después de su visión permaneció un tiempo en la gruta para luego entrar en la ciudad, mientras que en la segunda, san Pablo se refugió en la gruta tras haber huido por el muro de la ciudad para escapar de los judíos que se habían propuesto matarlo, y al alba partió hacia el desierto. Eso es lo que fuimos a ver *a posteriori*; el lugar donde según la tradición tuvo lugar la huida de san Pablo, que sería una puerta de la muralla conocida como Bab Kisán.

Por la tarde fuimos a Malula, donde vimos la iglesia de San Sarquis (Sergio) y la de Santa Tecla, discípula de san Pablo. Al verse perseguida esta santa por unos soldados, entró en una piedra que se abrió milagrosamente dejando estupefactos a sus perseguidores. También se dice que está enterrada allí.

Además, escuché a la gente hablar en arameo, la lengua de Jesús. Esa fue otra emoción que se sumó a todas las que estoy viviendo.

7 de marzo – Salí temprano hacia Aleppo, la segunda ciudad de Siria, con el propósito de visitar la basílica de San Simeón el Estilita. Cuando estaba estudiando en el colegio secundario, leyendo vida de santos me impresionó la de Simeón, quien después de su conversión y varios ensayos de alejarse del mundo mandó construir una columna de diecisiete metros instalándose en su remate, haciéndolo inaccesible al resto la población, en la que permaneció orando y meditando hasta su muerte.

8 de marzo – Mientras estábamos en Aleppo, visité por la mañana con mi guía –el musulmán Nouri Derquisli– la mezquita Aljama, donde me dijeron que estaban los restos de Zacarías y de Ana, los padres de Juan el Bautista; por la tarde, el párroco de la iglesia de San Antonio negó esta versión.

De regreso a Damasco pasamos por Hama, famosa por sus norias; se trata de inmensas ruedas de madera que desde hace si-

glos no han cesado de sacar agua del río Orontes y de verterla en canales de riego. Luego llegamos a Homs, que es la tercera ciudad de Siria; allí almorzamos.

9 de marzo – Dejé Damasco en un avión de Royal Jordania y llegué a Amman, ciudad construida sobre siete colinas, al igual que Roma y Jerusalén. Yo la creía pequeña, pero es una ciudad grande, luminosa, limpia y con gran actividad. Tras visitar la Citadella, el anfiteatro de la época de Adriano y el Museo Arqueológico nos dirigimos a Madaba. Allí, en la iglesia ortodoxa de San Jorge, pude observar el famoso mapa de la Palestina (la ciudad de Jerusalén con sus siete puertas, el río Jordán, etc.).

A siete kilómetros está el Monte Nebo, desde donde Moisés vio la Tierra Prometida sin poder entrar en ella (*Deuteronomio* 32,48). Estuve en ese mismo lugar y no me fue difícil imaginar la escena y las emociones encontradísimas del profeta. Según el *Deuteronomio*, su tumba también estaría allí, pero no se sabe dónde. Y volvimos a Amman, probablemente por el mismo camino por el cual los israelitas entraron a la Tierra Prometida cruzando el Jordán.

10 de marzo – De Amman hasta El Cairo hay una hora y media de avión. Tuve especial interés en observar todo el gran desierto con montañas de piedra. Posiblemente ese fue el camino que hubo de hacer la Sagrada Familia hacia Egipto, país clásico de refugio político donde había muchos judíos en colonias florecientes que prestaban socorro a sus conciudadanos.

Había dos rutas para llegar. La más fácil bordeaba la costa hasta llegar al Wadi-el Arish, el límite con Egipto, pasando por Ascalón, Gaza y Raphia hasta Casium y Pelusa; la otra era la del desierto, donde el peligro de ser interceptado era menor pero las penurias mayores.

Nada se sabe del lugar donde la Virgen, José y el Niño se establecieron, aunque se señalan lugares como El Cairo –y ahí tal vez la iglesia de San Sergio–, Kosham o Hermópolis, en el Alto Egipto. Pero donde sea hubieron de permanecer hasta que llegó el nuevo aviso del ángel. Mateo dice que se cumplía lo que el Señor había anunciado por el profeta: *de Egipto llamé a mi hijo* (Oseas 11,1), frase que tanto podía referirse al pueblo de Israel como al propio Hijo de Dios.

Llegué a El Cairo después del mediodía, con bastante calor. Es una ciudad densamente poblada –más de doce millones de habitantes– y tardamos una hora en llegar al hotel, atravesando el puente del Nilo, por cuyas orillas me puse a caminar ni bien me hube acomodado.

Pensaba en los hechos bíblicos; José en Egipto, el encuentro de José con sus hermanos, la muerte de Jacob y el nacimiento de Moisés.

11 de marzo – Suerte que hoy me tocó un guía en español, porque hacía varios días que no escuchaba el idioma de nuestra América, totalmente desconocido por estos lares. A la Argentina se la conoce sobre todo por Maradona; del austral no ha oído nadie. Ni en televisión ni en los diarios he visto noticias de nuestro país, aunque algunas personas conocen la situación y la lamentan.

El tour comenzó en las pirámides de Gizeh como uno de los espectáculos más hermosos creados por el hombre. Fueron construidas alrededor de 3.000 años antes de Cristo: *Todo el mundo le teme al tiempo, pero el tiempo le teme a las pirámides*, dice un refrán egipcio.

Gizeh es el nombre moderno de la gran necrópolis de El Cairo, que ocupa una meseta de unos dos mil metros cuadrados y comprende la Esfinge y las tres grandes pirámides: Keops (la mayor), Kefrén y Micerino, cada una de las cuales tiene un templo funerario abajo.

La gran Esfinge, a unos trescientos metros de la pirámide de Keops, es la representación de un león con cabeza humana. Hay quien dice que es el retrato del faraón Kefrén que monta guardia en su tumba.

Luego nos dirigimos a Menfis, capital del imperio antiguo situada a treinta kilómetros; en ella sólo se ven ruinas. Se conserva sí una estatua de Ramsés II que mide unos trece metros. Me dijo el guía que este soberano tuvo treinta y tres esposas, aparentemente con el propósito de extender la sangre egipcia en su imperio que por entonces se dilataba hasta Siria e Irak.

Después de este breve recorrido llegamos a Saquara, la necrópolis más extensa de todo Egipto. En el centro, se levanta el conjunto funerario de Zoser, fundador de la tercera dinastía, con su gran pirámide de gradas.

12 y 13 de marzo – Escribo mientras estoy cenando en El Cairo. Ayer estuve en Sinaí y subí al Monte o *montaña de Dios*, como lo llama la Biblia. Durante la subida de dos horas, recordé por supuesto el episodio de la zarza ardiente (*Éxodo*, 3) que culminó con la revelación del Nombre Divino: *Yo soy el que soy*. Y también el momento en que Moisés recibió las Tablas de la Ley.

Hoy por la mañana me fui corriendo al monasterio de Santa Catalina, donde no había podido entrar ayer. Estuve golpeando las manos cerca de una hora y cuando ya desesperaba, un monje inglés muy alto con larga barba me abrió la puerta. Como pude le expliqué lo que buscaba y le di una carta del arzobispo ortodoxo griego en Buenos Aires, monseñor Genadios. Acto seguido, el monje me condujo ante el superior de la casa, a quien le pedí conocer la biblioteca y el Códice Sinaítico del Nuevo Testamento, pedido al que, tras larga conversación, finalmente accedió. Con un monje simpatiquísimo que *parlaba* italiano me dirigí a la biblioteca a ver la copia del códice, ya que el original está en el museo de Londres: Lo prestaron y no volvió más.

Y así me fue mostrando libros antiquísimos. Por ejemplo, una Biblia del siglo IX escrita en pergaminos, un evangelio del siglo XII y una fotocopia del escrito en el que Mahoma pide que el monasterio sea protegido por los musulmanes; como no sabía escribir, imprimió su mano sobre el papel.

Me despedí de Silvano (así se llamaba el monje), no sin antes hablar un poco de la historia del monasterio, en el cual está enterrada santa Catalina de Alejandría.

Pasado el mediodía tomé el bus para El Cairo, recorriendo durante seis horas en sentido inverso el camino que hicieron los israelitas hasta llegar a Sinaí. Creo haber visto la llanura donde acampó el pueblo israelita; es el *Nadi ad Deir*. Una hora antes de El Cairo se cruza por un puente el Canal de Suez. ¡Cómo no recordar el paso del mar Rojo!

14 de marzo – Viboreando las calles de El Cairo salimos hacia Alejandría, la ciudad fundada por el gran conquistador Alejandro Magno. De los doscientos treinta kilómetros de trayecto, la primera parte es desierto, arena, arena, arena... pero llegando a la ciudad se ve algo de verde. Es una localidad muy ruidosa, con

el tráfico insoportable y bastante suciedad. Hay un pequeño anfiteatro romano que se usaba solamente para escuchar música, el Odeón. También fui al museo Greco-Romano y luego, bordeando la costa, pasamos por el lugar donde estaba la biblioteca de Alejandría. Más adelante, se veía la mansión y los jardines del rey Farouk, destronado en los años '50.

Alejandría tiene recuerdos cristianos; en ella evangelizó y murió san Marcos, según dice la tradición. Por eso hay tres iglesias con el nombre de ese santo; una griega, que es la más antigua de las tres y donde probablemente murió el santo, una católica y la otra protestante.

Recordé a Atanasio, gran campeón de la fe de Nicea, que nació aquí. Grande fue su lucha contra el poder imperial y contra los arrianos que negaban la divinidad de Cristo. La espiritualidad de san Atanasio es de una elevación extraordinaria, según la cual nuestra deificación en Jesucristo tiene por término necesario nuestra unión íntima con Él; y por Jesucristo nos unimos con el Padre y el Espíritu Santo. Este profundo conocimiento de los misterios divinos es fruto de un ascetismo que purifica el espíritu. Juntamente con el estudio profundo de la Sagrada Escritura son necesarias una vida honesta, un alma pura y una virtud cristiana para que el alma pueda, en la forma asequible para la naturaleza humana, ser instituida sobre el Verbo de Dios. Sin un pensamiento puro y sin la imitación de sus vidas no se puede comprender bien las palabras de los santos.

Recordé también la famosa Escuela de Alejandría, cuyos máximos representantes han sido Clemente de Alejandría y Orígenes. Acerca de Clemente, me gustaría comentar brevemente sus *stromata*: se trata de un género literario que consiste en intercalar extensos y brillantes estudios de detalle con un estilo fácil y agradable; ese género era el preferido de los filósofos de entonces y les permitía tratar de las más variadas cuestiones sin tener que sujetarse a un orden o un plan estrictos. Los diferentes temas quedaban entrelazados en la obra como los colores de un tapiz.

En cuanto a Orígenes, fue un gran maestro de la antigüedad cristiana que dio claridad a diversos conceptos como imagen de Dios, cristología, eclesiología, sacramentos, escatología y preexistencia de las almas. Sería bueno resumir su doctrina mística, que

nos recuerda muchas veces la de san Bernardo o la de santa Teresa de Ávila, pero no hay tiempo para esto. A quien quiera emprender esta tarea, lo remito a la *Patrología* de Juan Quasten.

15 de marzo – Regresé a El Cairo al anochecer del día de ayer y tuve que levantarme a una hora insólita –la una y treinta de la mañana– para abordar el avión que me llevaría a Aswan y luego a Luxor.

Me interesó todo lo que vi de la historia y la cultura egipcias, pero más me interesaban los padres que vivieron en el desierto de Egipto. Entre ellos, san Antonio abad, Paladio (autor de la *Historia Lausíaca*) y Makario el Grande. La doctrina ascética de estos monjes puede reducirse a tres puntos fundamentales:

- 1) El combate espiritual, base de su concepto de la vida cristiana, cuyos enemigos son los vicios y los demonios.
- 2) Las armas, que son principalmente tres: oración, trabajo y ayuno.
- 3) El fruto de la victoria: Fortalecidos contra el demonio y contra sí mismos por esta fuerte ascesis, los monjes llegaban poco a poco al pleno dominio de sí que los antiguos expresaban con una palabra tomada del estoicismo pero que tiene una significación muy cristiana: la *apateia* o, como diríamos hoy, la *paz espiritual*.

16 de marzo – Al llegar a Luxor, es difícil imaginar que allí se levantó la gran ciudad de Tebas, por siglos capital del imperio egipcio y tan célebre por sus riquezas. Era la metrópoli del Nuevo Imperio y lugar donde se veneraba con suntuosas ceremonias al dios Amón en tríada con Nut y Khonsu. Con cada victoria, con cada triunfo se erigían nuevos y grandiosos templos en honor del dios. El saqueo al que Asurbanipal sometió a la ciudad en 627 a.C. marcó el inicio de la declinación, que se completó con la destrucción total en manos de los Ptolomeos, de modo tal que en tiempos de los romanos no quedaba otra cosa que ruinas.

Luxor se divide en dos partes: la ciudad de los muertos y la ciudad de los vivos. En la primera se encuentra el Valle de las Reinas, que comprende ochenta tumbas, de las cuales solo visité una, la de la reina Titi, esposa de un faraón de la XX dinastía. Allí se conservan hermosas pinturas. También en esta zona están los

almacenes de José, el hijo de Jacob, así como el monumento funerario Deir-El Bahari, que la reina Hachepsut mandara a construir para su padre Tutmosis I y para ella misma. Eligió para ello un valle consagrado a la diosa Hathar. En cuanto a las numerosas tumbas que están en el Valle de los Reyes, sólo visité dos: la de Ramsés VI y la de Tutankamón, que fuera descubierta en 1922 por Howard Carter y que pasó a la historia por la enorme cantidad de tesoros que colmaban la cámara funeraria.

Por su parte, los famosos templos de Luxor (comenzado por Amenofis II y terminado por Ramsés II) y Karnac se encuentran en la *ciudad de los vivos*. El último es el más antiguo santuario dedicado al dios Amón. También en él hay un santuario consagrado a Montu –dios de la guerra–, y a la diosa Mut, esposa de Amón.

17 de marzo – Pronto a dejar Egipto para viajar a Tierra Santa, quisiera hacer un breve relato del día de hoy. Fui al museo de El Cairo, que me impresionó mucho. Como no tenía tiempo, fui a lo esencial. Así, estuvimos en la sala del Antiguo Imperio y vimos la estatua de Kefrén, autor de una de las pirámides. Sobre su cabeza, como protegiéndolo, hay una figura del dios Halcón. Los dioses egipcios solían encarnarse en animales: En Saquara, por ejemplo, existen sepulcros donde están enterrados los bueyes sagrados (Apis), pero no pudimos ver estos mausoleos porque estaban en reparación.

Luego nos dirigimos a la sala del Nuevo Imperio, donde está el tesoro de Tutankamón, faraón que murió a los dieciocho años por causas que no se conocen. Su tumba, como ya dije, está en el Valle de los Reyes en Luxor, pero su tesoro fue trasladado aquí. Así pude ver, entre otras cosas, su mobiliario, la máscara funeraria y dos de sus sarcófagos (los otros dos quedaron en su tumba).

Si el sepulcro de este soberano que murió tan joven estaba lleno de tesoros, ¡lo que debe haber sido el de faraones más importantes, como Ramsés II! En general, todas esas tumbas fueron saqueadas.

Frente a las pirámides, mastabas (tumbas de funcionarios) y tumbas en general, discurro que fueron creadas para albergar el alma del difunto, protegidos sus restos por Anubis, el dios chacal.

He oído hablar del juicio que se hacía al muerto: la pesada del corazón, prueba que consistía en colocar el corazón del difunto

en un plato de la balanza; en el otro, se colocaba una pluma, símbolo de la diosa Naat. Si el difunto había obrado más el bien que el mal, se le juzgaba *Justo de voz* y podía participar en el cuerpo místico de Osiris, ingresando al *Ialu*, paraíso o campos Elíseos. En caso contrario, su corazón era devorado por un monstruo con cabeza de cocodrilo y cuerpo de chacal y no le quedaban posibilidades de vida en el otro mundo. ¡Cuántas son las religiones que remiten a un juicio!

Dejé el museo y me dirigí a la Mezquita Muhamet Alí, o Mezquita de Alabastro. Al entrar, seguía pensando en el misterio del más allá. ¿Qué dice el Corán de eso? Dice que cuando suene la hora, Dios resucitará a sus siervos que volverán a ser como eran antes. Dios ha decidido multiplicar en favor de sus siervos creyentes el mérito de sus buenas acciones y ser indulgentes con sus pecados graves si se arrepienten. Perdonará todos los pecados veniales si se han abstenido de cometer pecados capitales. Aquellos que hayan sido condenados al fuego del infierno (lugar de tortura, sufrimiento y agonía) serán sacados de allí si durante su vida han tenido algo de fe. El paraíso es un lugar de paz y de felicidad donde todo deseo será realizado eternamente...

Finalmente, visitamos el Viejo Cairo donde está la iglesia de San Sergio. Según la leyenda, allí habrían vivido los miembros de la Sagrada Familia, aunque no se sabe con certeza, como dije anteriormente.

18 y 19 de marzo – Ayer me levanté ansioso porque en estos dos días de que disponía en Jerusalén, estaba urgido por llegar al Pozo de Jacob en Samaria, lugar que no pude visitar en el año 80 por el problema palestino. Quise averiguar cuál era la situación ahora y unos me dijeron que era peligroso y otros que no, si tomaba las precauciones pertinentes. Decidí ir, para lo cual me dirigí a la puerta de Jaffa y me conseguí un chofer árabe, con el que llegué en una hora a Nablus. Tuvimos que atravesar puestos militares y teníamos helicópteros sobre nuestras cabezas pero, gracias a Dios, llegamos al Pozo de Jacob, lugar donde Jesús se encontró con la samaritana.

Nos abrió la puerta el único cristiano de Nablus que casualmente es el padre José, mi homónimo. El lugar del encuentro de Jesús con la mujer es una pequeña excavación en una iglesia em-

palizada pero no terminada (el padre me habló de los graves problemas que tenía con ciertos judíos fanáticos, motivo por el cual las autoridades no le permitían terminarla).

Tomé agua del pozo (que tiene unos cuarenta metros) mientras, absorto, recordaba lo que tantas veces hube de predicar: *Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva.* (Jn. 9,10).

Cerca de la puerta de Jaffa está el Santo Sepulcro, hacia el cual me dirigí por segunda vez en el día (por la mañana había celebrado misa allí mismo, en el altar del encuentro de Jesús con la Magdalena). Mientras subía al Calvario, iba recordando las palabras de Jesús en la Cruz: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* y luego al discípulo *ahí tienes a tu madre* (Jn. 19, 26-27)... *Tengo sed* (Jn. 19,26)... *Padre, en tus manos pongo mi espíritu* (Lc. 23,4)... Eran cerca de las tres de la tarde y todo invitaba al recogimiento.

Después de haber estado un rato en el Calvario, me fui a la edícula (capilla) del santo Sepulcro. ¡Pensar que debajo del mármol que tenía ante mis ojos estaba la piedra cavada donde estuvo el cuerpo del Señor durante tres días!

Creo firmemente, Señor, en lo que decías a tus apóstoles: *Y al tercer día resucitaré.* Esta resurrección de Cristo es el fundamento de la nuestra, según se desprende de *Corintios I, 15.*

19 de marzo – Tomé el desayuno rápidamente y con mayor rapidez aun tomé un taxi hasta Getsemaní. Vi los viejísimos olivos y luego entré en la lóbrega basílica, entristecida por los *vitraux* de color violáceo oscuro.

¡Padre, si es posible aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya! ¡Cómo ayudan estas palabras de Jesús en medio de las pruebas, esa prueba que Dios tiene preparada para purificarnos!

Subí al monte y llegué al lugar de la Ascensión; aquí concluyó Jesús su vida terrena. Y del mismo modo como Jesús subió a los cielos, nosotros, miembros de su cuerpo místico, también lo seguiremos. Ésta es una de las ideas fundamentales de Pablo. Continuando mi recorrido llegué a la iglesia del Pater Noster, en donde según la tradición Jesús enseñó a sus discípulos el Padrenuestro, que allí está escrito en sesenta y dos idiomas, incluso en Braille.

Dice san Agustín en una carta a una tal Proba que *en esa oración está todo lo que debemos pedir y en el orden en que debemos pedirlo*.

Bajando y serpenteando algunos caminos del Olivete llegué a mi querida capilla del *Dominus flevit* (donde Jesús lloró). Tiene la forma de una lágrima para recordar el llanto de Jesús sobre esa ciudad que lo rechazó. Desde este lugar, el Señor profetizó la destrucción de Jerusalén en el año 70 y habló del fin del mundo.

Lo que es realmente importante es la contemplación y la oración. *Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá...* (Jn. 11,25). Yo espero una vida mejor, una vida que es la Eterna, la inmortalidad, la saciedad infinita. Pensaba en eso sentado en una roca, frente a la visión del desierto de Judá que se tiene desde el monte; puede verse hasta las montañas de Moab. Luego centré mi vista en Betania y pensé en la familia amiga de Jesús. *Marta, Marta, te preocupas por muchas cosas...* (Lc. 10,38).

No dejé el Monte sin antes bajar a la tumba de Nuestra Señora de Getsemaní, en la que, a través de un vidrio, se ve la piedra donde –según la tradición y el protoevangelio de Santiago– estuvo un tiempo el cuerpo de la Virgen. ¡*Acordaos, oh piadosísima Virgen María...*! Luego, empecé a bordear el Valle del Cedrón; atrás fui dejando las llamadas tumbas de Absalón, de Josafat, de Santiago y de Zacarías. Llegué a las ruinas de la antigua ciudad de David, bajé una pronunciada colina y encontré la piscina de Silo; allí me uní a un grupo que con mucha unción estaba leyendo el texto evangélico de la curación de un ciego por parte de Jesús. Esa zona se llama Ofel; es el sitio de la primitiva Jerusalén.

Subiendo por un camino pavimentado traspasé las murallas por una de las puertas; allí me encontré con el Muro de los Lamentos, lugar sagrado especialmente para los judíos. Luego el Templo y Betezda, donde Jesús curó al paralítico; visité la iglesia del Nacimiento de la Virgen y transité la vía Dolorosa que concluye en el Santo Sepulcro. También tuve tiempo para visitar el Cenáculo en la colina de Sión, donde se recuerdan hechos importantes como la celebración de la Última Cena, la aparición de Jesús resucitado a los discípulos y la venida del Espíritu Santo sobre María y los apóstoles. Yendo a la sala de la Última Cena, muchos pensamientos se

agolpaban en mi cabeza mientras veía al Señor lavando los pies a sus discípulos; le oí decir que uno de ellos lo iba a traicionar, y también lo imaginé exhortándolos a que se amaran como Él los había amado y diciéndoles que ésa debía ser la señal distintiva de que eran sus discípulos. Luego de coronar su obra redentora les dio su cuerpo y su sangre, consagrándolos sacerdotes. Cuando resucitó, allí mismo les dio el poder de perdonar los pecados, y también en ese lugar fue donde los apóstoles y María recibieron el Espíritu Santo.

Al dejar ese recinto tan frío en apariencia pero de tanta trascendencia y significación, le pedí al Señor que me diera la gracia de serle fiel hasta la muerte.

Hice una rápida recorrida por la iglesia de la Dormición de la Virgen María, donde junto a un grupo de colombianos, canté y recé a aquella que dijo a los sirvientes *Hagan lo que Él les diga* (Jn. 2,5).

Finalmente, llegué a donde se dice está enterrado el rey David. La tumba está cubierta con un crespón rojo con la estrella de David bordada en hilos de oro. Lo que sí se puede afirmar es lo que dice Pedro en su primer discurso: *Hermanos, permitidme que os diga con toda claridad cómo el patriarca David murió y fue sepultado y su tumba permanece entre nosotros hasta el presente* (Hechos 2,29). Por allí será...

Así concluyó este día, pleno de emociones y sobre todo de Gracia.

20 de marzo – En un pequeño escritorio, teniendo a mi derecha el golfo de Acaba en la ciudad de Eilat, después de haber cenado y conversado con la dueña del hotel que es argentina, me dispongo a escribir. Hoy por las dificultades con los palestinos no tomamos el camino tradicional por Hebrón (el guía Alberto me dijo que hoy habían matado a un soldado israelí en Belén); lástima, porque no pude conocer la cueva de Macpelá donde están enterrados los patriarcas. Así que, por un camino más cercano a la costa llegamos a Berseba (en hebreo significa *pozo del juramento* o *pozo de los siete corderos*). Se ve todavía el pozo donde Abraham y Abimelek hicieron un pacto de paz.

Esta ciudad, asignada a la tribu de Judá y de Simeón, era el límite de la Tierra Santa en dirección al sur y también un santuario célebre en la época de los patriarcas y de Samuel, como se puede leer en el *Génesis*.

Dejamos Berseba y después de visitar la casa de Ben Gurión, fundador del estado judío, cerca de Sede Boquer nos encontramos con el desierto de Sin, lugar del amotinamiento de los israelitas contra Moisés y Aarón. Este hecho se recuerda no sólo en *Números* 20,1 al 5 sino en el salmo 94 que los clérigos rezamos todos los días al comienzo del oficio divino.

Pasamos por las imponentes ruinas de Avdat, ciudad nabatea, luego habitada por romanos y bizantinos sucesivamente; más allá, en pleno desierto, se eleva el *Mitapeh Ramon*, un sitio arqueológico. Luego descendimos por el valle de Parán, el más largo de la Palestina, que parte del sur de la península del Sinaí y va hacia el mar Muerto. Allí acamparon los hebreos en su travesía hacia Canaán. *Yahvé habló a Moisés y le dijo: “Envía algunos hombres, uno por cada tribu paterna, para que exploren la tierra de Canaán que voy a dar a los hijos de Israel. Que sean todos principales entre ellos”*. Los envió Moisés según la orden de Yahvé desde el desierto de Parán (Núm. 13, 1-3). Finalmente, llegamos a Eilat, construida sobre el golfo de Acaba.

21 de marzo – Mientras espero el café en la última noche en la tierra de Jesús, más precisamente en Tel Aviv, rememoro los acontecimientos de este día. Hoy conocimos las minas de cobre del rey Salomón, pasamos por el sur del mar Muerto, donde estaban Sodoma y Gomorra, las dos ciudades pecadoras destruidas por Yahvé.

Llegamos a Ein Bakek, zona de baños terapéuticos. Allí, por sugerencia de mi guía, entré al agua y sin quererlo estaba flotando; ¡qué experiencia! La densidad del agua es tal que resulta difícil permanecer dentro de ella. Al salir, sentía como si me hubiera bañado en aceite. El viento levantaba torbellinos de tierra en las laderas del monte de Judea, que en la parte sur son de sal. Se veían también cuevas, que me recordaban la que David usó para esconderse, cuando era perseguido por el rey Saúl. Más tarde, transitando una ruta que divide el desierto de Judá del de Negueb y que

pasa por Arad, llegamos a Tel Aviv. Antes de dormir, recordaré la actividad de Pablo en esta ciudad: la curación de un paralítico, la resurrección de Tabita y la conversión del centurión en Cesarea Marítima.

22 y 23 de marzo – En el camino a Ankara trasbordé en Estambul. Ankara fue famosa cuando se llamó Ancira y era la capital de los gálatas. Hoy es la capital de Turquía y como en todas las ciudades turcas de importancia se destaca el comercio, minorista, personalizado y ruidoso, al igual que la presencia de innúmeros lustrabotas y vendedores ambulantes de todo tipo de productos; también en todos lados la posibilidad de comer el *sis kebab*, carne de cordero asada en forma de cono. No me privé de esa delicia.

Visité el museo llamado de las Civilizaciones de Anatolia, nombre que lo describe en verdad porque se ven obras paleolíticas y neolíticas, de los hititas y de los frigios... Visité luego el mausoleo de Mustafá Kemal Atatürk, quien fuera el fundador de la Turquía moderna después de la primera Guerra Mundial; el monumento está situado en una colina que domina toda Ankara.

Salí rumbo a Capadocia. Fueron más de trescientos kilómetros de llanura desolada con rebaños dispersos aquí y allá; cada tanto, pequeños pueblos rurales con su correspondiente mezquita. Aquí –me dijo el guía– el noventa y nueve por ciento del pueblo es musulmán y el resto se divide entre católicos y ortodoxos; por su parte, no hay protestantes. Más de la mitad de los musulmanes concurre a la mezquita y practica lo dispuesto; por el camino vi un hombre que al lado de su camión oraba sobre una alfombra, dirigido a La Meca. En cuanto a la familia, me dijo que el matrimonio es una obligación de los creyentes, mientras que el celibato está visto como una falta grave. Al llegar a Urgup, vimos las célebres formaciones rocosas donde hay casas construidas dentro de la piedra; es realmente muy bonito.

Además de bella, esta tierra es la de dos grandes de la fe, san Basilio Magno, el organizador de la vida cenobítica, y su hermano menor, Gregorio Niceno.

San Basilio nació en Cesarea de Capadocia (la actual Kayseri) en una familia profundamente cristiana. Siendo muy joven sintió una decidida vocación hacia la vida ascética de renuncia al mundo

y de retiro a la soledad. Recorrió Egipto, Siria y la Mesopotamia y observó la vida de los monjes. Una vez vuelto a su lugar natal, vivió como monje hasta que fue elevado al episcopado. Su fama era grande, por lo que muchos anacoretas se pusieron bajo su dirección; él los agrupó siguiendo el régimen cenobítico de san Pacomio pero formando conventos mucho menos numerosos. San Basilio no estimaba tanto la mortificación del cuerpo como la sujeción del espíritu; de allí sale la tan conocida *regla de san Basilio*, que concede la mayor importancia a la obediencia. Ya en el noviciado insistía en someter el propio juicio al de los demás, sobre todo al del superior...

Basilio, quizás no podamos vivir materialmente tu regla, pero sí danos vivir el espíritu de ella. *¡Ora pro nobis!*

Su hermano Gregorio de Nisa (la actual Nigde), fue místico y filósofo. Como místico mostró una constante preocupación por conducir a sus discípulos por grados hasta las cumbres de la unión con Dios. ¿No nos recuerda esto los grados de ascensión mística de san Agustín, san Bernardo, santo Tomás o santa Teresa de Jesús?

Como filósofo se considera el más especulativo de los padres griegos del siglo IV; se dedicó con preferencia a demostrar de qué manera los datos de la razón y los que nos proporciona la fe, lejos de contradecirse, se armonizan maravillosamente: la razón es la facultad humana que tiene por objeto lo que son las cosas. La fe es la revelación divina que nos da a conocer lo que está más allá de la razón. ¡Gregorio, ayúdanos a investigar la verdad con esos dos medios que Dios nos dio: la razón y la fe!

24 de marzo – ¡Maravilloso lo que he visto hoy! Algo inesperado... primero la naturaleza de Capadocia, ¿cómo explicarlo? Aquí el paisaje es único y se presenta como algo insólito, incomparable y mágico. Mi guía me explicó que en tiempos remotos una serie de volcanes entró en erupción y la zona quedó llena de lava. Las lluvias, los vientos, el frío, el calor, hicieron que esta lava recibiera formas diferentes, particulares, extraordinarias. ¡No sé! ¡Pienso que hay que verlo! ¡Es algo inaudito! Espontáneamente vinieron a mí las palabras de Sabiduría 13,3: *Que si, seducidos por su belleza, los tomaron por dioses, sepan cuánto les aventaja el Señor de todos ellos, pues fue el autor mismo de la belleza quien los creó.*

Entramos en lo que se llama valle de Goreme, zona fascinante donde la belleza natural se une a la riqueza histórica. Aquí encontraron refugio seguro los primeros cristianos y construyeron viviendas, iglesias y conventos cavando la tierra y las rocas; la entrada a esos recintos consiste en un simple arco con forma de herradura. Hay varios monasterios –de hombres y de mujeres– y también muchas iglesias, construidas una al lado de la otra. Son pequeñas pero guardan pinturas que llegan a lo hondo del corazón humano, frescos que representan a Jesús Pantocrátor –todopoderoso– y escenas de su vida como su propio bautismo y la resurrección de Lázaro; otras pinturas memoran a los apóstoles, la Virgen y algunos profetas.

En Zelve hay casas en que todo, los cuartos, los baños, las cocinas y hasta el lugar de los animales, está cavado en la roca. ¡Algo fascinante! También conocí Kaymakli, una ciudad subterránea que sirvió de refugio durante las invasiones al Asia Menor.

25 de marzo – Cerca del mediodía llegamos a Nidge y vimos una mezquita de la época de los Seldjoukides, que cerca del año 1070 lucharon contra el imperio bizantino. Luego una familia tomó el poder con el nombre de otomanos y fue uno de ellos, Mehmet Fatih, quien tomó Constantinopla en 1453.

Dejamos Nidge y empezamos a cruzar la cadena montañosa del Tauro, por un desfiladero llamado *las puertas de Cilicia*, único paso para llegar a la altiplanicie de Anatolia. San Pablo pasó por aquí varias veces. Por de pronto, en su segundo y su tercer viaje apostólico.

En Antioquía –en el año 49– surgió la controversia de los judaizantes, que fue zanjada en el Concilio de Jerusalén: No son necesarios para salvarse ni la circuncisión ni la observancia de la ley de Moisés. De Jerusalén, Pablo y Bernabé regresaron a Antioquía con el decreto conciliar. Había que llevar a las iglesias de Anatolia el documento para prevenir los ataques de los judaizantes.

En el segundo, Pablo viajó solo ya que tenía desavenencias con Bernabé. Partió de Antioquía dirigiéndose a Tarso, luego atravesó el Tauro por donde hoy lo hice yo, y visitó Derbe, donde se sumó a la comitiva de Gayo. En Listra se agregó Timoteo, quien iba a ser uno de sus más grandes colaboradores. Luego estuvieron

juntos en Iconio (actual Konya), Antioquía de Pisidia (actual Yalvac) y quizás Perge.

26 de marzo – Tras haber celebrado misa en mi pieza contemplo el panorama de Antioquía mientras anochece y comienzan a encenderse las luces; más allá veo el famoso río Orontes. Esta mañana salí en dirección a Tarso, en cuya entrada vimos el Arco de Cleopatra, único resto romano anterior a Pablo. En realidad, los primeros habitantes de Tarso fueron los hititas, a los que sucedieron los asirios, pero la verdadera historia comenzó con Alejandro Magno y especialmente con Seleucis, uno de sus generales; fue muy próspera entonces. Luego de un período de dominación armenia, Pompeyo la conquistó para Roma. Recorrí minuciosamente la ciudad en que nació el Apóstol de los Gentiles, a quien se puso el nombre de Saúl en memoria del personaje más importante de la historia de la tribu, nombre que adoptando la terminación griega se convirtió en Saulos: Saulo. Sólo más tarde adoptó el nombre de Paulus o Pablo.

Dentro del judaísmo, Saulo fue fariseo, cuya traducción es *separado*, seguidor ferviente de la Torah, y como tal frecuentó la Beth Hasefer, la escuela sinagoga, donde aprendió las primeras letras y se inició en el aprendizaje de la ley. A los trece años recibió la investidura de Benha Torah (hijo de la ley) y le impusieron sobre los hombros el *talih*, paño rectangular de lana blanca con franjas negras y flecos de lana azul que habría de ponerse en adelante para rezar en la sinagoga.

Saulo también aprendió el oficio más común en Tarso: el de tejedor de lanas. A los quince años comenzó la carrera de rabino, donde fue instruido por Gamaliel, aquel gran rabino que intervino benéficamente en los primeros momentos del cristianismo en Jerusalén. Por ejemplo, mandó soltar a Juan y a Pedro diciendo que los dejaran en paz, porque si lo de ellos era cosa de hombres, el plan se disolvería; pero que si era cosa de Dios, no lograrían detenerlos. *No vayáis a encontraros con que estáis luchando contra Dios.*

Caminé por la ciudad, como dije, tratando de empaparme de su espíritu y en eso pensé durante los doscientos cincuenta kilómetros que viajé para volver a Antioquía. ¡Qué grandes hombres y mujeres tuvo la Iglesia!

27 de marzo – Quise conocer la que posiblemente haya sido la primera comunidad cristiana del mundo gentil, en la que san Pablo trabajó tan ardorosamente. Me llevaron a la iglesia de San Pedro, adosada a las rocas de Silipo (una colina con una gran vista de la ciudad). Fueron los cruzados quienes hicieron la primera capilla de esta iglesia. Y, según reza un pequeño cartel en italiano, desde esta roca san Pedro predicó la nueva fe. Dicen que este templo fue el escenario de la disputa que tuvieron san Pedro y san Pablo, a la que se refiere este último en su carta a los Gálatas.

Dejamos la iglesia y a través de pequeñas callejuelas de la Antioquía antigua llegamos a lo que ahora es una mezquita, pero que fue antes una iglesia cristiana, donde dicen algunos que fue martirizado Bernabé. Sin embargo, por lecturas que hice, tengo entendido que Bernabé fue martirizado en Chipre y que allí está enterrado, no lejos de Salamina... Como sea, recordé con mucho afecto a Bernabé, porque fue él quien hizo conocer a Pablo a los apóstoles y porque lo acompañó en su primer viaje, además de haberlo ayudado en la evangelización de Antioquía.

28 de marzo – Hemos salido de Aldana pasando nuevamente por Tarso. Toda la mañana hemos viajado por la costa mediterránea de Turquía y he conocido Mersín, uno de los principales puertos comerciales. Probablemente, Pablo embarcó aquí para dirigirse a Jerusalén, porque ése era el trayecto más típico: desde Tarso a Mersín y de allí por mar a Cesarea, siguiendo luego por tierra hasta Jerusalén. Llegando a Silifque, la ruta se desvía de la costa hasta llegar a Iconio (Konya). La primera parte de este camino es montañoso –se cruza la cadena del Taurus– y la segunda es llana. Así llegamos a Iconio, ciudad situada en una planicie donde también estuvieron Pablo y compañía, en su primer viaje apostólico, llevando la fe a grandes multitudes. Pero debieron salir de la ciudad perseguidos, y así tuvieron que huir hacia Licaona, Listra y Derbe.

29 de marzo – En la época en que Pablo y Bernabé estuvieron en Listra se trataba de un pequeño pueblo de agricultores, con un destacamento de tropas romanas. Una leyenda frigia que recoge Ovidio en sus *Metamorfosis* dice que en un caserío cercano llamado Tiraion bajaron un día del Olimpo Zeus y su hijo Hermes con forma humana, buscando hospedaje. Nadie se los dio, excepto un

matrimonio de pastores, Filemón y Baucis. En agradecimiento, los dioses, dándose a conocer, les prometieron la gracia que solicitaran. Ellos pidieron salud hasta la vejez y morir juntos, cosa que Zeus concedió. Una vez muertos, los transformó en árboles para que uniesen sus raíces bajo la tierra para siempre.

La popularidad de esta leyenda se refleja en el primer episodio de Pablo en Listra, donde la gente, al ver el milagro obrado por los apóstoles, pensaron que se trataba de Zeus y Hermes (*Hechos*, 14, 8-10). Tanto el pueblo como el sacerdote del templo de Zeus se disponían a ofrecerles un sacrificio, ante lo cual Pablo dijo: *También nosotros somos hombres sujetos a las mismas miserias que vosotros y os traemos la buena noticia de que debéis convertirlos de estas vanidades al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra y el mar y todo cuanto hay en ellos.*

Aparecen aquí los principales temas de predicación a los gentiles: contraposición entre los ídolos inertes y el Dios vivo. ¡Pensar que cuando Pablo habló a los gentiles primero debía de tratar de sacarlos del politeísmo a la aceptación de un Dios único para decirles luego que Dios ha intervenido en la historia humana enviando a su propio Hijo Jesucristo!

30 de marzo – Estamos en Atalía, actualmente Antalya. Se trata de una ciudad muy linda, con bellos parajes, situada en la costa mediterránea turca. No he visto playas; toda la costa es piedra, que semeja balcones asomándose al *Mare Nostrum*. Por aquí Adriano hizo la puerta que lleva su nombre con relieves de hojas de acanto y de cabezas de león. Es precisamente el lugar por donde desembarcaron Pablo, Bernabé y Juan Marcos para luego dirigirse rápidamente hacia Perge, a unos quince kilómetros.

En Perge todavía pueden verse ruinas de esa Roma dominadora, como la espléndida calle porticada que termina con la estatua de una ninfa, el gran teatro, uno de los mejor conservados, y el templo dedicado a Artemisa.

Fue aquí donde Juan Marcos se separó de los otros dos y se volvió a Jerusalén. ¿Cuál habrá sido la causa de este abandono? ¿Quizás le atemorizó el peligro de contraer las fiebres palúdicas, tan frecuentes en aquella región pantanosa? ¿Sería el miedo a los piratas que infestaban las montañas? ¿Se sintió molesto por la visible preeminencia que Pablo iba conquistando sobre su primo o por

su decisión de abandonar tan pronto Chipre? ¿Extrañaba su Jerusalén natal? No es posible saberlo. Pensé libremente en todo esto ya que los *Hechos* nada dicen al respecto.

31 de marzo – Hoy es Jueves Santo, día en que el Señor instituyó el sacramento de su cuerpo y de su sangre, nos dio el mandato del amor e instauró el sacerdocio. Quise ubicar Colosas a cuyos habitantes Pablo se dirigió en sus epístolas, pero no aparecía en el mapa y el guía no tenía noción de esa ciudad. En la oficina de turismo después de rastrear mucho, ubicamos una región llamada Kolosai, a unos diez kilómetros. Ahí hay en la actualidad una población llamada Honas: eso es Colosas, me dijeron. Y cuando consulté el libro de William Barclay que comenta la carta a los Colosenses, encontré que mientras Hierápolis y Laodicea son hoy identificables por las ruinas de sus grandes edificios, no hay una sola piedra que indique dónde estaba Colosas; su ubicación es sólo materia de conjeturas.

En la época de Pablo, Colosas era una ciudad de la Frigia; él no predicó allí personalmente, sino que se cree que el fundador de la comunidad cristiana de esa localidad fue Epafros, un rico comerciante de la zona, él sí convertido por Pablo. Cuando san Pablo estuvo preso en Roma (años 61-63) vino a visitarlo Epafros y le trajo noticias de la iglesia de Colosas. No todas las noticias eran buenas, pues se habían infiltrado entre los cristianos algunos falsos maestros que propagaban ciertas prácticas ascéticas de origen judío y un extraño culto a los ángeles, oscureciendo y así negando la soberanía universal de Cristo. Para combatir estas desviaciones y fortalecer los vínculos con aquella iglesia es que san Pablo escribió la carta.

Fuimos hacia Laodicea, ciudad fundada en el siglo III a.C. por Antíoco III con el fin de que fuese una ciudadela del helenismo en los confines de la Frigia. Y le puso el nombre de su mujer. En sus cercanías brotaban abundantes aguas termales (lo que es hoy Pamukkale y antiguamente Hierápolis), y era un centro industrial y comercial muy activo. Se distinguía sobre todo por la fabricación de un tejido especial de lana negra. También era importante su escuela de oculistas, donde se preparaba un colirio hecho de una piedra frigia pulverizada que se exportaba a todo el Imperio Romano. Por eso toda Laodicea estaba llena de bancos y casas de

comercio. A esto parece que se alude en la carta de san Pablo: Laodicea había recibido el Evangelio desde la vecina ciudad de Colosas pero en tiempos del Apocalipsis había caído en la mediocridad. Y Pablo los recrimina por tibios.

Terminó el día y si aquí son las diez de la noche pienso que en San Miguel son las cuatro y se deben estar preparando para el oficio de la Institución de la Eucaristía; voy a unirme espiritualmente a nuestro obispo monseñor Lorenzo, y a mis hermanos en el sacerdocio, especialmente Raúl, Carlos y nuestro diácono Héctor María.

1 de abril – En este Viernes Santo en que Jesús murió por nosotros, lo recordé permanentemente. Temprano me bañé en las tibias aguas termales de Hierápolis y mientras estaba en el agua pensaba en las palabras de Jesús en Laodicea: *porque no eres frío ni caliente, porque eres tibio...* Después de recorrer esa ciudad y su impresionante necrópolis, tomamos la ruta que nos llevaría a Sultanhisor, la antigua Nicea. Allí fue convocado el famoso Concilio en el que fue condenada la herejía de Arrio, que negaba la divinidad de Cristo. Nicea queda a tres kilómetros de la ciudad nueva, subiendo una colina.

Volvimos a Sultanhisor y allí almorzamos. Luego fuimos a la cercana Aydin (Trolia), una de las ciudades a las cuales escribió Ignacio de Antioquía. Proseguimos nuestra marcha y llegamos a Magnesia, del Meandro. Esta es otra ciudad a la cual escribió Ignacio. Pero, ¿quién fue este san Ignacio de Antioquía? Probablemente haya sido discípulo de los apóstoles, sobre todo de Pedro y Pablo. Parece que el propio san Pedro lo nombró sucesor suyo como obispo de Antioquía, según declara san Juan Crisóstomo. Comenzó su episcopado alrededor del 69 y se prolongó hasta el 107, año probable de su cruento martirio en Roma; durante su viaje a esa ciudad escribió seis cartas.

Conocí Mileto, patria de Tales, Anaximandro y Anacimano y en la que Pablo pronunció su famoso discurso de despedida a los presbíteros de Éfeso. Luego alcanzamos Didyma, donde se pueden ver los restos bien conservados de un templo dedicado a Apolo.

Ya bastante tarde, llegamos a la capilla antiguamente llamada Pananguia Kapulú, hoy llamada Meryem Ana, que recuerda la

estada de la Virgen en Éfeso. Allí hice la conmemoración de la muerte del Señor.

Es sumamente discutible si la Virgen estuvo o no aquí. No voy a entrar a considerar razones a favor o en contra, pero sí puedo decir que en este lugar delicioso y recogido del monte Corescos todo habla de María. Me fui de allí al caer la tarde, en el día de la Soledad de la Virgen ante su hijo muerto. Estaba muy conmovido.

2 de abril – Después de mirar un partido de fútbol por televisión en el hall del hotel –para mí el fútbol siempre ha sido una recreación, ya sea que lo juegue o que lo mire– he subido a mi cuarto frente al mar Egeo y pienso en que hoy fue el día de la Virgen, de Pablo y de Juan. En Éfeso, que es donde estoy, Pablo tuvo su tercera estadía y la más importante de su misionar.

Situada en las márgenes del río Caistro, Éfeso existía ya desde el tercer milenio antes de Jesucristo; era célebre por el culto a la diosa madre Cibeles, que los griegos identificaron con su Artemisa. Destruída y reconstruida cinco veces, cambiaba de sitio a medida que el fango de arrastre del río iba modificando el cauce de éste. La ciudad en que vivió san Pablo fue la que hacia el 287 antes de Cristo había fundado Lisímaco, el general de Alejandro. Éfeso había sido conquistada por los romanos en el año 190 de una manera pacífica ya que estaba en poder de los reyes de Pérgamo. Sólo a partir del testamento de Atalo III (133 a.C.) Augusto la convirtió en capital de la provincia senatoria de Asia Proconsular.

Al desembarcar, Pablo se encontró con una bella vía porticada llamada Arcadiana que conducía directamente al teatro, desde donde salían las procesiones de Artemisa. Y desde el teatro partía la famosa *Via Marmore* que tantas veces habrá recorrido el apóstol en sus tres años de estadía...

Al llegar a mi cuarto, celebré la Pascua solo. No tan solo en realidad, ¡estoy con Dios, que es mi Padre, mi amigo, mi todo! En la celebración me uní a todos mis seres queridos. Recordé a mi comunidad de la catedral de San Miguel y pedí por todos ellos.

3 de abril – Domingo de Pascua en Esmirna.

Ayer no terminé de explicar lo de Juan de Éfeso. A poco más de dos kilómetros al nordeste de las ruinas de la tercera Éfeso –la que vio y en la que vivió Pablo– se encuentra la cuarta Éfeso, que es la

ciudad de san Juan. En lo que ahora es una zona bañada por aguas estancadas, estaba el famoso templo a la diosa Artemisa, considerado una de las siete maravillas del mundo.

Subiendo una pequeña colina se encuentra la basílica de san Juan, hoy parcialmente restaurada. Como se sabe, Juan vivió en Éfeso durante el último tercio del siglo I, y allí murió y fue sepultado a principios del siglo II. Desde ese lugar escribió el cuarto Evangelio.

Con unción entré en las ruinas de la gran basílica de ciento treinta y nueve metros de longitud, que fuera construida por Justiniano y su esposa Teodora en el siglo VI, sobre una pequeña iglesia donde la tradición señala el lugar de la sepultura del apóstol.

En la recorrida vimos un altar en el que un letrero señala el lugar probable de la tumba; en una placa se dice que el papa Pablo VI ha orado aquí en 1967. Vimos también una preciosa pila bautismal por inmersión y en forma de cruz griega. Cuando bajamos por las escaleras a la piscina recordaba las palabras de Pablo a los romanos: *¿O es que ignoráis que cuando fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte?*

Desde el atrio se puede ver el lugar donde estaba emplazado el templo de Artemisa y una mezquita del tiempo de los chelchuquis dedicada a Jesús, llamada Isa Bey. Al salir junté unas piedras para llevar a la Argentina como recuerdo del lugar donde reposa san Juan.

Después de comer rápidamente una comida turca fuimos a conocer la iglesia Mariana, donde se reunió el Concilio de Éfeso (año 431) que proclamó a María como Madre de Dios, en contra de la herejía de Nestorio.

¿Está enterrado san Lucas en Éfeso? Hay un lugar donde se dice está su tumba. Antiguamente había una iglesia; ahora lo que se ve son restos, ruinas. No me interesa si está enterrado aquí o no, pero recuerdo con emoción al autor del tercer *Evangelio* y de los *Hechos de los Apóstoles*.

Y finalmente estuve en Sardes –la actual Salihli– a unos sesenta kilómetros de Esmirna; capital del antiguo reino lidio que tuvo su apogeo durante el reinado de Creso.

4 de abril – Vuelvo de caminar por la costa de Esmirna en esta tarde apacible, recordando que en esta ciudad vivió y fue mar-

tirizado san Policarpo, el discípulo de san Juan, a quien escuchaba sentado a los pies. Los apóstoles lo nombraron obispo de la ciudad y murió en el año 156, negándose a maldecir a Cristo como le pedía el procónsul Estacio Cuadrado. ¡Policarpo, desde el cielo intercede por nosotros, para que, como tú, seamos fieles al Señor hasta nuestra muerte!

Hoy estuve en Pérgamo, a unos noventa kilómetros de Esmirna. La ciudad está erigida sobre una colina solitaria desde la que se domina el amplio valle del Caico. Era famosa por sus monumentos religiosos a Zeus; también era notable el culto de Asclepio. Gobernada primero por los seléucidas, formó parte luego del reino de los atálidos, que duró hasta el año 133 a.C., año en el cual el rey Atalo III se sometió al dominio de Roma. En la época de gran esplendor de Roma, san Juan les escribió a los cristianos de Pérgamo.

5 de abril – Dejé Turquía y llegué a Atenas, que para mí no es sólo la ciudad de Sócrates, Platón y Aristóteles sino la de Pablo.

Estuve mucho tiempo sentado sobre las aristas de una roca en el Areópago, con la vista hacia el Ágora. Imaginaba a Platón enseñando en su Academia, Aristóteles conversando con los discípulos sobre la metafísica... Miraba el lugar donde filósofos epicúreos y estoicos habían debatido sobre cosas que parecían tan importantes... y ahora sólo quedaban las ruinas.

Como he llevado mi Biblia de bolsillo, busqué el capítulo 17 de los *Hechos*.

– *¿Podemos saber cuál es esta doctrina nueva de la que tú hablas? Porque tú traes algo que suena nuevo a nuestros oídos. Nos gustaría saber lo que esto quiere decir.* –le dijeron a Pablo y éste comenzó a hablarles de Dios. Y más que fundarse en la Revelación, afirma la posibilidad racional de conocer a Dios, como habían defendido en aquel mismo lugar los principales filósofos de Atenas (principio de causalidad de Aristóteles). No hace siquiera una cita del Antiguo Testamento y menciona en cambio a poetas griegos como Epiménides de Cnosos o Arato. Pero los griegos no dejaron a Pablo terminar su discurso. ¡Hablarles de la resurrección! Esto provocó la burla de los que lo escuchaban y su discurso fracasó. Cuando se marchó a Corinto, cambió de táctica.

Bajé lenta y cuidadosamente por los quince resbaladizos pedregales excavados en la roca y me senté en el sitio exacto en donde ocho años atrás el padre Rivas nos explicó este discurso de Pablo. Cuando la noche cayó sobre la Acrópolis me volví lentamente al centro de la ciudad.

6 de abril – Hoy tuve libre todo el día en Atenas, debido a un cambio de programa. Tendría que haber viajado a Patmos, pero los miércoles no hay barco para la isla.

Por un momento pensé en ir a Corinto o a Delfos, pero decidí quedarme para conocer el museo Arqueológico, donde pasé toda la mañana. Hay cosas realmente muy interesantes, como por ejemplo la famosa máscara funeraria que el arqueólogo Schliemann atribuyó a Agamenón. También, el famoso Poseidón de bronce, encontrado en el fondo del mar en 1928 cerca de la isla Eubea.

Por la tarde conseguí entrar a la Acrópolis, donde pude ver el templo de Atenea Niké, construido por Calícrates (430 a.C.). También, los Propileos, pórtico monumental que daba a la Acrópolis, erigido por Mnesikles por pedido de Pericles. En el interior, cinco puertas abrían paso a caminos distintos, de los cuales el del medio, la vía sacra, era utilizado para las grandes ceremonias religiosas. Por supuesto que visité la obra más importante de toda la arquitectura griega: el Partenón, dedicado a Atenea Pártenos. Había existido antes un templo más pequeño, destruido por los persas, sobre el cual Pericles, entre sus primeras medidas de gobierno, ordenó la construcción del nuevo, que había de ser de mármol. Fidias fue el encargado de la dirección artística, Ictinos fue el arquitecto y Calícrates el encargado de la construcción.

Vi luego el Erectión, donde se veneraba a Atenea Polias y a diversos personajes míticos atenienses y el Pórtico de las Cariátides (muchachas vestidas con largas túnicas jónicas soportando sobre sus cabezas los capiteles), tras lo cual emprendí el descenso y otra vez visité rápidamente el Areópago.

Vamos a las dos cartas a los Corintios: el discurso de Pablo en Atenas fue un fracaso. Por lo tanto, salió hacia Corinto, ciudad famosa por la inmoralidad que se vivía en ese tiempo; el relajamiento de las costumbres era tal que *corintizar* vino a significar hacer vida lujuriosa. En la cima del Acrocorinto había un santuario

consagrado a Afrodita, servido por mil prostitutas sagradas, que vivían lujosamente en villas esparcidas por las laderas de la montaña. A este mundo de dinero y lujuria llegó Pablo en el año 50. Muy pronto conoció a Aquila y Priscila, un matrimonio que había sido expulsado de Roma por un decreto del emperador Claudio.

Así Pablo –con Silas y Timoteo, recién llegados de Tesalónica– comenzó su labor predicando a los judíos, que eran muy numerosos en la ciudad. Pero habiendo éstos rechazado con ultrajes su predicación, el apóstol se volcó a los gentiles y así durante dos años realizó una obra evangelizadora que le permitió fundar una de las más florecientes comunidades cristianas en Acaya.

Pablo dejó Corinto en el 52 y, pasando por Éfeso, recaló en Antioquía. En el 53 comenzó su tercer viaje, y se quedó en Éfeso dos años y tres meses, desde donde escribió a los corintos la primera carta, en la que condena las facciones o bandos que dividían a los cristianos de esa ciudad a la vez que toca el tema de la moralidad pública.

7 de abril – Estoy sentado en el bar del buque que dentro de una hora saldrá para Patmos; hay mucha gente y no es para menos: en Grecia la iglesia ortodoxa festeja el Jueves Santo, por lo que, aprovechando el fin de semana largo, la gente escapa para las islas. Con todo, desde los altoparlantes transmiten lo que creo es la ceremonia del Jueves Santo; por lo menos, las oraciones semitonadas son características.

Llegué temprano al Pireo, el puerto donde está anclado el buque, y lo recorrí palmo a palmo. Creí recordar que a este puerto llegó Pablo cuando dejó Metone y así lo corroboré en mi Biblia de bolsillo. Una vez desembarcado, Pablo recorrió a pie los diez kilómetros que hay del puerto al centro de la ciudad, hasta el ágora donde cuatro siglos antes habían enseñado Platón, Sócrates y Aristóteles.

8 y 9 de abril – Llevo casi dos días en esta pequeña isla de Patmos. El barco me dejó en Skala, principal puerto y centro comercial. La subida de seis kilómetros hasta Patmos o Choza (la capital) se hace en taxi o en ómnibus. En el camino se halla el convento del Apocalipsis donde está la cueva en la que san Juan vivió tras ser desterrado en tiempos del emperador Domiciano. Allí me

detuve y pregunté por la gruta; un señor me condujo por una escalera, y luego de trasponer una puerta, me encontré con el lugar sagrado. Mi acompañante me señaló el lugar donde Juan posaba su cabeza para pensar o descansar, y la esquina rocosa que servía de apoyo al discípulo Prochoros cuando escribía lo que Juan le dictaba.

Quise quedarme en la gruta para leer el Apocalipsis, pero no era posible: la puerta debía ser cerrada nuevamente. ¡Qué lástima! ¡Cómo me hubiera gustado permanecer allí un rato largo! Pero al menos pude quedarme por más de una hora en las proximidades y leí una parte del Apocalipsis.

Finalmente, llegué a Patmos, que está coronada por la arquitectura imponente del monasterio fortificado de *Haghios Jannanis Theologus*, es decir, San Juan Teólogo. Es del siglo XI y muy bello.

A este monasterio llegué cuando los monjes estaban conmemorando la muerte de Jesús, y participé de la ceremonia que fue larguísima y transcurrió entre lecturas y cantos semitonados.

¡Cuántas cosas tenemos en común con la ortodoxia griega! Vi ayer por la noche cómo llevaban el cuerpo yacente de Jesús lleno de flores por las calles de Skala y recordé nuestras procesiones nocturnas de Viernes Santo. También compartimos la fe de los apóstoles y una profunda devoción a María.

Un padre me llevó con un grupo al tesoro del monasterio y allí con gran devoción me mostró las cadenas con las que llegó Juan a la isla, además de huesos de san Juan Crisóstomo, de san Gregorio Nacianceno, de Basilio el Grande, la cabeza de Antipes (el primer mártir de Asia Menor), la de san Felipe diácono...

Con los ortodoxos hay una diferencia importante: no aceptan el poder de jurisdicción del Papa, aunque lo veneran como el patriarca de Roma. Y hay también discrepancias teológicas, como el problema de la filiación divina, y también morales, sobre todo acerca del celibato de los sacerdotes. ¡Oremos por el verdadero ecumenismo!

Dejo de escribir y me voy a participar de la misa de Resurrección con los ortodoxos. ¡Felices Pascuas!

11 de abril – Estuve en misa de Pascua de Resurrección, que comenzó a las nueve de la noche con lecturas y cánticos de la liturgia

ortodoxa y finalizó con una procesión hacia el patio del monasterio presidida por el obispo; al dar las doce todos se desearon Felices Pascuas en medio de efusivos abrazos. Finalmente, me despedí del obispo con el beso de la paz.

12 de abril – Anoche dejé Patmos en medio de una verdadera tempestad: el barco se balanceaba fuertemente y me puse en manos de la Virgen; gracias a Dios, después de tres horas amainó el temporal.

Llegué a Tesalónica, región de Alejandro Magno, de Filipos, de Aristóteles y también de Pablo; recorrí lugares históricos y honré a san Demetrio, mártir de la época romana. Estuve en una iglesia pequeña llamada *Iglesia Nuestra Señora des Chondronies*, típicamente bizantina en forma de cruz griega, con torre central y fachada a dos torres sobre el nártex. ¡Qué bonita! ¡Cómo me emocionó!

Visitando el puerto, la estatua de Alejandro Magno y la plaza Aristóteles, iba pensando en esas dos primeras cartas que fueron escritas en el Nuevo Testamento. El tema de estas cartas fundamentalmente es el misterio de la Parusía. Los tesalonicenses habían escuchado a Pablo hablar durante tres sábados acerca del misterio del mensaje cristiano: El hijo de Dios asumiendo una naturaleza humana ha venido a salvarnos con su muerte y su resurrección y ha de volver para juzgar a los vivos y a los muertos. El hecho es que la conocida expectación de los judíos que hablaban de un día inmediato, sumada a los malos augurios que los paganos, según Suetonio, creían descubrir en los accidentados últimos años de Claudio, hicieron que los tesalonicenses consideraran inminente esta segunda venida de Cristo que Pablo les había esbozado. De ahí las dos cartas que les escribió el apóstol.

13 de abril – En este día recorrí Tesalónica y Kavala –la antigua Neápolis–. Allí estuvo Pablo según se relata en *Hechos*, 16: *Zarpando de Tróade, navegamos derecho a Samotracia; al día siguiente llegamos a Neápolis*. Saqué fotos del puerto donde debe haber desembarcado Pablo con los suyos y por supuesto leí el texto donde Lucas nos narra ese desembarco.

Me dirigí a Filipos, unos quince kilómetros al norte. Recorrí en primer lugar las ruinas de la antigua población, donde pude ver

el Foro, que está bastante bien conservado y forma un rectángulo de cien metros por cincuenta. A un costado, está la famosa Vía Egnatia, que fotografié. Sobre las ruinas romanas, a ambos lados de esa vía, los bizantinos construyeron dos basílicas cuyos restos pueden verse todavía. Y allí la cárcel de san Pablo. Me dijo un guía que desde el siglo V se la considera como la prisión de san Pablo y de Silas. En *Hechos* 16 se puede leer el porqué de esa prisión y también cómo fue la conversión del carcelero.

Dejé las ruinas y me fui a un lugar a orillas del Gangites que me conmovió; se trata del lugar donde Pablo bautizó a Lidia y su familia. Allí, bajo el sol de la tarde, leí el pasaje que habla de esto:

Llevábamos ya varios días en esta ciudad cuando el sábado salimos extramuros, junto a un río donde sospechábamos que estaría el lugar destinado a la oración y, sentados, empezamos a hablar a las mujeres que se habían reunido. Escuchaba una de ellas, por nombre Lidia, traficante en púrpura, de la ciudad de Tiatira que adoraba a Dios, y a la cual el Señor abrió el corazón para atender a lo que Pablo decía (Hechos 16, 12-15).

Respecto a la carta a los filipenses, que es la carta más corta después de la de Filemón, Pablo agradece todos los socorros recibidos y entabla una afectuosa conversación con un padre de familia, en la que junto con noticias personales da una serie de consejos sobre la vida cristiana, exhortando a la caridad, la humildad y a vivir alertas contra las insidias de los judaizantes.

15 de abril – Fui a un centro de estudios de Patrología, donde hay una pequeña capilla bizantina que recuerda la estadía de Pablo; a un costado se señala el sitio donde predicaba el apóstol y bajando una colina, hay una pequeña iglesia que recuerda el lugar donde vivía. En Berea –la actual Veria–, que está al pie de la cadena del Olimpo, llovía intensamente y tardamos hora y media en llegar, pero al fin encontramos una mezquita donde la tradición dice que Pablo predicaba.

Honramos al apóstol y ya en el coche leímos en voz alta el pasaje de los *Hechos* donde se narra la llegada a la sinagoga de Berea. Dice que estos judíos aceptaron su palabra de todo corazón. Diariamente examinaban las Escrituras para ver si las cosas eran

así... Evidentemente, el que busca, encuentra. Buscaban la verdad y la encontraron en Aquel que era la Verdad.

No sabemos cuánto tiempo duró este apostolado tranquilo en Berea, pero la persecución no podía faltar; efectivamente, enterados los judíos de Tesalónica de que Pablo estaba predicando en Berea, enviaron algunos para alborotar la ciudad. A fin de prevenir ulteriores complicaciones, los hermanos de Berea hicieron partir a Pablo hacia Atenas.

20 de abril – Me gustó mucho Croacia, lo poco que pude ver en el día y medio que estuve. Conocí, sobre todo, la parte más antigua de Zagreb que está subiendo la montaña. Estuve varias veces en la catedral, donde concelebré misa el domingo ante una numerosa concurrencia. Después de celebrar, me fui hacia la costa del Adriático porque quería conocer la isla de Silba, de donde partió mi abuelo paterno para la Argentina; hace siglos que los Barbich vivían allí. Pero no tuve tiempo de llegar. Dejé la patria de los míos y llegué a Madrid, donde me esperaban mis seres queridos. Conversamos mucho del viaje.

Aproveché dos días en España para visitar Córdoba, con su hermosa mezquita, ahora catedral. Estuve en la casa donde nació el famoso filósofo judío Maimónides. También visité Sevilla y su grandiosa catedral, donde están enterrados Cristóbal Colón, Fernando III El Santo y Alfonso El Sabio, entre otros. Allí celebré misa en la capilla mayor. En Granada, fui a la maravillosa Alhambra y honré a los Reyes Católicos en su tumba de la capilla real. Y luego estuve en la casa donde nació el jesuita Francisco Suárez y hubiese querido honrar a san Juan de Dios, fundador de los Hospitalarios, pero no llegué a tiempo.

Ahora estoy volando junto a mi madre, de regreso a Buenos Aires.

EUROPA - 1991

3 de enero – Después de desayunar en la casa de las hermanas de Fraterna Domus donde me estoy hospedando, salí a caminar por los alrededores del *albergo*.

Recorrí Piazza Navone, dirigiéndome enseguida a la iglesia de San Agustín, donde está enterrada la madre del santo. En la nave lateral izquierda, al fondo, hay una urna de un color verdoso con sus reliquias. Ante ella, recordé el diálogo de Agustín con su madre en Ostia Tiberina, poco antes de su muerte: *¿Cómo será la vida eterna de los santos? Aquello que ni ojo vio, ni oído escuchó, las cosas que Dios tiene preparadas para los que lo aman...* Y concluían Mónica y Agustín que, frente a la felicidad de aquella vida, el placer de los sentidos físicos por más grande que fuera no tenía parangón, porque allá en el cielo seremos alimentados con el eterno pasto de la verdad, la vida y la sapiencia divina.

Posteriormente, Mónica dijo: *Hijo mío, por mi parte ya esta vida no tiene atractivo ninguno. Mi esperanza ya ha concluido. Una sola cosa me hacía desear la vida: el verte cristiano católico antes de morir. Dios me ha satisfecho ampliamente este deseo.*

Me quedé mirando el sepulcro, en cuya parte inferior dice: *S. Monica, ora pro nobis*. Seguía pensando en esas palabras que siempre me han ayudado cuando me represento el momento de mi muerte.

Salí de la iglesia admirando entre otras cosas un fresco del profeta Isaías de Rafael, la Madonna de los Peregrinos de Caravaggio (1605) y la Madonna del Parto de 1521.

Me encaminé hacia el Vaticano; era *mezzo giorno* cuando entré en la basílica, donde había muchos preparativos que hacían pen-

sar que habría un acontecimiento; en efecto, el Papa iba a ordenar un grupo de diáconos por la tarde.

Hice una rápida recorrida centrando mi atención en una tumba o urna funeraria, la del papa Gregorio Magno, de quien diré algo más adelante.

Volví a Piazza Navone porque quería entrar a la *chiesa de Santa Agnese in Agone* (la iglesia de Santa Inés en Agonía) donde, según una tradición firme anterior a san Ambrosio, santa Inés fue expuesta desnuda al ludibrio de la gente. Pero sus cabellos crecieron milagrosamente en un instante y escondieron su cuerpo a las miradas del público; luego fue martirizada. Me decía un padre con quien conversé que estas tradiciones no se pueden probar científicamente –como lo quisiera el racionalismo moderno–, pero están muy adentradas en la fe del pueblo cristiano.

Bajé a la cripta donde se dice la santa murió mártir... Para mí, Inés es el prototipo del mártir de las persecuciones romanas.

Caminando me dirigí luego hacia la iglesia de Santa María sobre Minerva y me encontré con mi antiguo profesor de Teología, el padre Ricardo Ferrara, quien se encontraba en Roma en un congreso de filosofía.

4 de enero – Estuve todo el día en el Vaticano. Hasta el mediodía recorrí los museos que no había podido visitar en viajes anteriores; hoy los quería estudiar bien, pero dada la extensión de la tarea, me circunscribí a dos o tres cosas:

Museo egipcio: Sarcófagos, momias y estelas son los objetos principales que se exponen. Una cosa que me llamó la atención fue la colección de *canopes*, ánforas donde se conservaban las vísceras que se extraían durante la momificación. Vi una estatua de Anubis, divinidad de las momias y guía de los muertos, con su cabeza de chacal. También vi una estatua de la reina Tiis, madre de Ramsés II (XIX dinastía - 1250 a.C.).

En la Biblioteca pude ver la *Vida de Jesucristo* de Ludolphus de Sajonia, obra editada en 1507 que influyó mucho en san Ignacio de Loyola. También vi las dimisorias para la ordenación sacerdotal de san Ignacio y sus compañeros (1537), así como la constitución de la Compañía de Jesús, manuscrito con correcciones autógrafas de S. Ignacio (1550). Me llamó la atención lo linda que su letra.

Como había estado en contacto directo con el manuscrito del libro de los Ejercicios, durante el día me rondó el tema de la espiritualidad ignaciana, así que me dirigí a una librería y compré esa obra. Volví a leer y reflexionar sobre el principio y fundamento.

Según dice Ignacio, *el hombre ha sido creado para alabar, adorar y servir a Dios Nuestro Señor y salvar así su propia alma; las otras cosas sobre la faz de la tierra han sido creadas para el hombre, para ayudarlo a conseguir el fin para el cual fue creado. De modo que el hombre, en tanto ha de valerse de ellas en cuanto lo ayuden a conseguir su fin, por el contrario debe alejarse en cuanto sean impedimento para ello. Razón por la cual es necesario hacerse indiferente a todas las cosas creadas, en la medida en que se le concede a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; de este modo no quiera de parte nuestra más salud que enfermedad, más riqueza que pobreza, más honor que infamia, una larga vida o breve y así para todo el resto; deseando y escogiendo solamente aquello que más lo lleva al fin para el cual ha sido creado.*

Mientras comía y tomaba algo, seguía pensando en estas cosas. El tiempo estaba frío y nublado en la Plaza Vaticana. Me levanté y mientras caminaba compré *L'Osservatore* romano para enterarme de la situación en el Golfo Pérsico. ¡Ojalá se encuentre la solución con la ayuda de Dios!

Hoy celebré misa en el Vaticano, en el altar donde están los restos del papa Gregorio Magno (540-604). Este papa ha escrito cosas sublimes sobre la contemplación. En resumen, se puede decir que hay una preparación para la contemplación, que consiste en la consideración de diversos objetos propios para elevar el alma a Dios. Eso ayuda, pero no es todavía la meta, sino que todavía es necesaria la meditación de las Escrituras para alcanzar la contemplación. Ésta es comparada con una montaña, como término de la ascensión ascética, y también con una tumba, a causa de los renunciamentos que exige. La denomina también reposo o silencio, porque es más bien recibida que producida. San Gregorio la considera sobre todo como una sabiduría sobrenatural o como una suerte de intelección de Dios.

A las diez me esperaba el cardenal Eduardo Pironio, antiguo profesor mío en el seminario, a quien quiero y respeto mucho. Recor-

damos tiempos del seminario y, de paso, le pregunté algunas cosas para conocer Roma. Le pedí información sobre monseñor Jorge Mejía, también mi profesor de Sagrada Escritura en el Seminario de Villa Devoto, que ahora es vicepresidente de la comisión *Justitia et Pax*. Me comunicó con él y así pude manifestarle mi interés por conocer los manuscritos más antiguos de la Biblia de los que se tiene noticia. El lunes trataré de verlos.

Fui a la basílica de Santa Cecilia, pero estaba cerrada; pensando en volver más tarde, me dirigí a la Vía Apia, donde está la capilla que recuerda aquello de *¿Quo Vadis, Domine?*, que dice que Pedro, huyendo de Roma perseguido por Nerón, encontró en ese lugar a Cristo; Pedro le pregunta:

– *¿A dónde vas, Señor?*

– *A Roma, para ser crucificado por segunda vez*–. Pedro entendió y volvió a Roma, donde fue martirizado.

En la pequeña iglesia pude leer un corto discurso del Papa, quien estuvo aquí en marzo de 1982. *Es una leyenda, pero una leyenda que ha encontrado en el corazón del cristiano una profunda acogida y una especial credibilidad*. Yo lo vivo tal como el Papa dice.

Proseguí por la *Vía Apia Antica* y llegué a la basílica de San Sebastián, donde me sumé a un grupo de argentinos que eran guiados por un mexicano. Juntos nos adentramos en la catacumba de San Sebastián, donde se ve el lugar de la antigua sepultura del santo, trasladado luego a la basílica. Recordemos que san Sebastián fue un soldado romano que se convirtió al cristianismo y por eso fue martirizado en la época de Diocleciano (284-305). La tradición cuenta que fue herido a flechazos y después muerto a golpes de hierro.

Durante la recorrida pude ver los símbolos cristianos inscriptos en los mármoles y piedras que hacían de sepultura: las dos primeras letras de la palabra griega *Cristo*, el delfín alrededor del ancla, símbolo de Cristo que conduce las almas al paraíso, Jonás, símbolo de la resurrección, la cruz gamada, símbolo persa del Sol; girando a la izquierda indica vida; girando a la derecha, la muerte; también el pez, símbolo de Cristo, cuyas letras en griego, *ΙΧΘΥΣ*, significan Jesús, Cristo, Dios, Hijo, Salvador. Caía la tarde, momento ideal para ir al Transtévere, donde está la basílica de Santa Cecilia.

6 de enero – Por la mañana de este día de Epifanía me dirigí a la basílica de Santa María la Mayor, construida sobre una de las siete colinas de Roma, en una zona llamada del Esquilino. Había poca gente en la calle.

La basílica es una de las cuatro de Roma que reciben el título de *Mayores* (la otras son San Juan de Letrán, San Pablo Extramuros y San Pedro en el Vaticano) y que gozan del privilegio de la extraterritorialidad, conferido por los acuerdos de Letrán en 1929.

En esta iglesia es muy destacable el altar de la confesión, donde, dentro de una caja metálica, se pueden observar los cinco trozos de madera que son las célebres reliquias del Pesebre. Por su parte, el mosaico del ábside que representa al Jesús coronando a la Virgen es precioso. Son muy interesantes también las dos capillas laterales; la de la derecha alberga las tumbas de san Pío V y de Sixto V, este último famoso porque durante sus cinco años de reinado construyó, reformó y restauró muchísimos monumentos en Roma. En la de la izquierda, llamada también paulina porque la mandó a construir Pablo V, están sus restos y los de Clemente VIII. El altar principal de esta capilla es de una riqueza incomparable; es una joya hecha de jaspes, lapislázuli y ágatas. Recordé que en 1980 el grupo de los que fuimos a Israel concelebró y escuchó misa en esta capilla.

En el retablo, se ve una representación de la Virgen y el Niño, obra que la tradición popular atribuye a Lucas el Evangelista, pero que en realidad es del siglo XII.

Está también en esta iglesia la tumba del gran Bernini.

A punto de concluir la visita y tras escuchar una misa cantada honré a la Madre del Salvador rezando la oración atribuida a san Bernardo: *Acordaos, oh piadosísima Virgen María, de que jamás se ha oído decir que haya sido abandonado de Vos el que ha implorado a Vuestro favor. Animado con esta confianza me presento a Vos. No queráis, Madre del Verbo Eterno, despreciar mis ruegos; oídlos favorablemente y escuchadlos, ¡oh clemente, oh dulce Virgen María!*

Por la tarde me fui a ver el partido del Roma versus el Cagliari Olímpico de Roma; empataron cero a cero, pero igual me agradó, ¡tenía tantas ganas de ver fútbol!

7 de enero – La Biblioteca Vaticana está situada en el patio del Belvedere; allí vería a monseñor Paulo De Nicolo, subprefecto de la biblioteca (el cardenal prefecto está muy enfermo), quien gracias a la recomendación de monseñor Jorge Mejía me recibió enseguida y me atendió muy bien. En una útil conversación que mantuvimos, me recordó que el Códice Vaticano es el único que se conserva íntegro, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. El otro código, el sinaítico, no está completo y se halla disperso en diversos lugares, entre otros en el British Museum de Londres. Ordenó luego que me hicieran una cédula por un mes para concurrir todos los días y puso a mi disposición al encargado del lugar. Así es como pronto tuve la profunda alegría de encontrarme delante de los originales del código más antiguo que se conserva de la Biblia.

Hoy pude ver manuscritos de partes de los Evangelios de Mateo y de Marcos. Vi y transcribí cuanto pude antes de que cerraran la biblioteca.

Lo que había visto en el año 1988 en el monasterio de Santa Catalina en Sinaí era una fotocopia del mencionado manuscrito sinaítico. Hoy tuve ante mis ojos los originales del Códice Vaticano B. Ya sabemos que no existe ningún original de la Biblia como tampoco existe ningún original de las obras clásicas de la humanidad. Pero sí existen manuscritos íntegros o fragmentarios (pensemos en los descubrimientos de Qumram en 1947). Para el Nuevo Testamento y para las versiones griegas del Antiguo Testamento, disponemos de manuscritos de los siglos IV y V. El Código que vi hoy es del siglo IV.

También vi los originales de la 1-2 y 2-2 de la *Summa*, los cuales revisé brevemente antes de que cerraran.

Por la tarde me hice una escapadita a la oficina de excavaciones de la basílica vaticana para pedir una visita guiada, la cual haré mañana.

Al anochecer, compartí la mesa donde cené con un profesor de química de la Universidad de Milán, con un estudiante de Bari y con un turco de Estambul. Gracias a Dios, todos hablaban italiano. Con ellos conversé de muchas cosas, especialmente de la vida en Italia.

Antes de dar por terminado este día, profundamente marcado por la palabra de Dios, quisiera transcribir las palabras del papa

Paulo VI al inaugurar una exposición de manuscritos de la Biblia pertenecientes a la Biblioteca Apostólica Vaticana, en 1972: *La Iglesia ha hecho suyo el libro de los libros, si así podemos hablar; es el libro que ha sido traducido a todas las lenguas, impreso en millones de ejemplares, difundido y leído en todos los países del mundo; una especie de «best-seller» permanente de la humanidad (Acta Apostolicae Sedis 64 -1972- 306).*

8 de enero – Llegué a la Biblioteca Vaticana luego de haber recorrido y estudiado minuciosamente la tumba de Pedro. Pedí el original del Códice Vaticano que corresponde al Evangelio de Juan. La antigua tradición eclesial afirma que éste, el cuarto Evangelio, fue escrito por el apóstol cuando había llegado a la vejez, en la comunidad de Éfeso, en Asia Menor. La raíz palestina del evangelio se descubre en el lenguaje, claramente arameico.

No obstante lo característico de la distancia de este escrito de los otros tres, Juan intentó escribir, como sus predecesores, un Evangelio: aunque el esquema sea distinto, comparte con las escrituras de Marcos, Mateo y Lucas la identidad del cuadro general y de los hechos fundamentales, lo mismo que la geografía.

Juan escribió cerca de setenta años después de la muerte de Cristo y prefirió escoger algunos hechos de la vida de Nuestro Señor, dándoles una explicación simbólica. Así penetra profundamente en el misterio de Cristo bajo la guía del Espíritu Santo; es la nota típica de su Evangelio.

A la luz de la experiencia sobrenatural de la Iglesia, Juan conserva fielmente la sustancia de las enseñanzas de Jesús, aunque guardando su propia forma literaria.

Se puede hablar de una tradición joánica en parte paralela y en parte complementaria de la tradición reflejada en los tres primeros evangelios. En el sublime prólogo enuncia el tema que va a desarrollar. Del capítulo 1 al 5 desarrolla el tema de la manifestación de la naturaleza y el poder divino de Cristo; en los capítulos 5 al 12 desarrolla el tema de la polémica con los judíos, profundizando el punto esencial del misterio de la persona y de la misión del Hijo de Dios, mientras que del 13 al 21 se ocupa de la pasión, muerte y resurrección, con la inserción de la última confianza a los discípulos (es el libro de la *Hora*).

En cuanto a mis actividades de la mañana, quisiera contar que recorrí las excavaciones que se han hecho en la basílica Vaticana junto con un grupo formado en su mayoría por mexicanos y guiados por una monja perita en estas cosas. Así, vimos los muros que sostenían la basílica de Constantino y la necrópolis que el emperador hizo nivelar para construir aquélla; este lugar formaba parte de un cementerio pagano situado en las laderas del monte Vaticano; vimos muchísimas tumbas de los siglos I al IV separadas por un camino. En muchas de ellas hay símbolos paganos. Otras, originalmente paganas, fueron luego decoradas por los cristianos con sus símbolos; por ejemplo, en el mausoleo de los Julio se representa a Jesús como el Dios Sol.

Así llegamos a la tumba de Pedro, que está justo a los pies del altar papal, bajo el baldaquino de Bernini. El lugar estaba señalado en la necrópolis por un monumento con nicho situado en el llamado *campo P*, un área funeraria limitada al oeste por el llamado *muro rojo*, en el cual se había cavado el monumento. La basílica fue construida de manera que aquél se encontrara en la línea de la luz del arco del ábside, cerrado con planchas de mármol y puesto en realce con una pérgola.

Me encontré con un matrimonio de San Miguel con el cual conversé, y luego me dirigí a la Pontificia Universidad Gregoriana, fundada por Ignacio de Loyola en 1553. Averigüé sobre programas de estudio y otras cosas; también quería escuchar alguna clase, no importaba sobre qué tema, y por esto entré en un aula y pregunté al profesor el tema de su clase, a lo que me respondió que iba a tratar sobre el Antiguo Testamento. Pero enseguida agregó que la clase sería dictada en alemán, por lo que rápidamente me fui.

Cruzando pequeñas callejuelas llegué a la iglesia de San Ignacio, que fue por mucho tiempo la capilla del Colegio Romano fundado por Ignacio. Allí veneré las tumbas de san Roberto Belarmino, san Luis Gonzaga y san Juan Berchmans, que están en las naves laterales.

9 de enero – Esta mañana estaba en la disyuntiva de volver a la Biblioteca Vaticana o ir a la audiencia con el Santo Padre en la sala Nervi. Me decidí por esto, para lo cual me habían dicho que tenía que conseguir un *biglietto* (entrada); pero los guardias me

dijeron que no se llenaría la sala, por lo que podría entrar sin problemas. En uno de los accesos me revisaron el bolso y, como al resto, me palparon de armas.

Ya en la espaciosa y moderna sala, busqué la ubicación más cercana que pude. Se escuchaba música de conjuntos corales; entraron unos novios (ella con el vestido blanco y él de frac negro), que fueron aplaudidos por toda la sala. Vi también a los miembros de un circo con su ropaje tradicional. Los porteros también vestían frac.

Anunciaron en varios idiomas el tema acerca del cual versaría la audiencia. Mientras, intermitentemente se escuchaba por los parlantes el Himno Vaticano y el *Aleluya* de Haendel. Estábamos cerca de las once, hora del comienzo de la audiencia, y se percibía que para todos era un momento muy especial. Finalmente entró el Papa y la gente lo aplaudió y vivó hasta que se sentó en el sillón.

Leyeron el texto de los *Hechos de los apóstoles*, 20, 18: *Vosotros sabéis cómo me he comportado con vosotros cuando llegué a Asia... He servido al Señor, con toda humildad, con lágrimas y con las pruebas que me han procurado los insidiosos de los judíos...*

Mientras leían esto en italiano, francés, alemán e inglés, el Papa tenía la mano sobre su cabeza; bajó luego los dedos sobre sus ojos, escuchando atentamente. A continuación, le dieron el texto de su discurso que pronunció en italiano y que versaba sobre la apostolicidad de la Iglesia y sobre el Espíritu Santo. Él mismo leyó un resumen de su discurso sucesivamente en francés, inglés, alemán y español, dirigiéndose especialmente a cada grupo de visitantes de las diferentes naciones que hablaban esos idiomas. También saludó a un grupo de checoslovacos, polacos, portugueses... Al concluir, se levantó y pidió rezar un Padre Nuestro (se hizo en latín), por la paz. Insistió mucho en esto: ¡Por la paz!

Tras dar la bendición final, bajó del trono y empezó a saludar a todos. Fue pasando y saludando, hasta que llegó a mí; yo estaba un poco lejos pero le extendí la mano y me la dio. Traté de decirle algo pero me fue imposible por la distancia y la gran cantidad de gente. ¡Nunca había estado tan cerca de un sucesor de Pedro!

¿Quién es este hombre al cual he dado la mano? Es: *El Papa*, padre común, palabra originada del griego. Es el *Pontífice Romano*, el que hace de puente, y que tiene su sede en Roma, donde

murió Pedro. Es el *Soberano Pontífice*, es decir que dispone en plenitud el poder legislativo, ejecutivo y judicial. Es el *Vicario de Cristo* en la tierra: Vicario es *el que hace las veces de*, es decir, representa a Jesucristo. Es el *Santo Padre*, es *Su santidad*, es el mismo que se da a su vez el título de *Siervo de los siervos de Dios o servidor de los servidores de Dios...* ¡A ese hombre le he dado la mano!

10 de enero – Esta mañana ha sido impensada para mí. Hace dos días, me había comunicado con el Vaticano para hablar con monseñor Stanislao, el secretario privado de Papa, con el fin de manifestarle mi deseo de concelebrar con el Santo Padre cuando él dispusiese. Me contestó que eso era difícil pero que, de cualquier forma, se lo pidiera por escrito. Al día siguiente llegué hasta la Puerta de Bronce para efectivizar el pedido, pero había olvidado papel y sobre. ¡No importa! ¡Hay que ser audaz, con prudencia! Les pedí papel a los guardias suizos y me lo facilitaron junto con un sobre con la rúbrica de la guardia suiza. Así quedó la cosa, hasta que ayer, al llegar a Fraterna Domus, la hermana Merilena me comunicó que habían llamado de la secretaría papal para decir que mañana concelebraría con el Papa. ¡Aleluya!

Me acosté temprano porque tenía que estar en la Puerta de Bronce a las seis y treinta. Al llegar, me pidieron el pasaporte, que cotejaron con la lista que tenían. Muchas hermanas concurrían a la misa papal. Subimos unas escaleras, pasamos por el patio y en un ascensor arribamos a los aposentos papales; los dos sacerdotes que íbamos a concelebrar nos revestimos con los ornamentos. Tras algunos momentos de espera, monseñor Stanislao nos hizo pasar a la capilla, en la que el Santo Padre estaba arrodillado en profunda oración; me impresionó su diálogo (así como suena) con el Señor en el Sagrario, ¡hasta escuché gemidos!

A las siete el Papa comenzó a revestirse sin interrumpir su diálogo, ahora con el crucifijo. La primera lectura se hizo en italiano, el salmo en español. Al llegar al Evangelio, monseñor Stanislao se dirigió a mí para pedirme que leyera. Me pregunté con expectación si tendría que hacerlo en italiano, pero cuando llegué al ambón, vi con alivio que se trataba del texto de Lc. 4, 14-22 en español. De reojo veía que el Papa escuchaba atentamente. Siguió un gran silencio para meditar las lecturas bíblicas. ¡He leído el Evangelio ante el Vicario de Cristo!

Después de la consagración se rezó la plegaria eucarística III, en la cual yo recé el número I. Al concluir la plegaria, el Papa me dio el cáliz consagrado para que lo elevara. *La paz esté con vosotros*. El Papa se dirigió a mí y me dijo *la pace sia con voi. Y con tu espíritu*, le contesté. También le di la paz a monseñor Stanislao. Después de la comunión hubo un gran silencio en acción de gracias y por último, el Santo Padre dijo *ha finitto la Messa*.

Estanislao nos hizo retirar a una gran sala donde el Pontífice iba a saludarnos uno por uno; cuando llegó a mí, le dije que era argentino, de la diócesis de San Miguel. *La conozco*, me dijo; le pedí la bendición para nuestros seres queridos, nuestro obispo, sacerdotes y laicos que trabajan en la labor apostólica. *Los bendigo*, me contestó, y me regaló un rosario. Luego se retiró entre aplausos.

Ahora estoy en la Biblioteca Vaticana. He pedido el manuscrito de la *Suma Teológica (prima secundae)*, que consiste en un pergamino escrito a dos columnas por dos copistas, en tinta negra, con signos paragrafales azules y rojos.

Anteanoche estaba en la fraterna Domus cenando con tres diáconos de Schöenstatt y me decían con tristeza que en Alemania no se enseñaba a santo Tomás. ¡Qué lástima!

En mi larga vida siempre he buscado síntesis teológicas; evidentemente que hay tratados muy buenos, maravillosos; pero como síntesis no he encontrado otra mejor que la de la *Suma Teológica*.

11 de enero – Por la mañana dejé Roma y me dirigí a Nápoles, con la intención de hacer principalmente cuatro cosas: en primer lugar pasar la tarde en Montecassino, donde san Benito fundó la orden benedictina, pero no fue posible porque llegué a mediodía y estaba cerrado. Quería además volver a San Domenico Maggiore, donde santo Tomás pasó sus dos últimos años de vida. Pensaba ver el partido Nápoli-Roma y saludar a Maradona y a su familia. Y por fin, estudiar el milagro de san Genaro.

En lo que se refiere a Maradona no lo pude ver, sí hablé con Claudia quien me dijo que Diego no estaba y que no jugaría el domingo porque estaba suspendido. Entonces, le dejé saludos para ella y su familia, diciéndole además que rezaría por el papá de Diego que estaba internado en Buenos Aires.

12 de enero – En San Domenico encontré a un padre bibliotecario que me llevó a conocer el aula donde enseñó el Angélico durante los dos últimos años de su vida. Cuando Tomás tenía cuarenta y siete años escribió la tercera parte de la *Suma*, el *Tratado del Verbo encarnado* y los *Sacramentos* (hasta la penitencia). También escribió el comentario a la *Metafísica de Aristóteles* y las lecciones sobre los Salmos 1 a 54. Con toda seguridad, la fuente de estas lecciones fueron san Jerónimo, glosas y el comentario a los Salmos de san Agustín. Lo hizo al tiempo que enseñaba en el aula donde estábamos ahora.

El 6 de diciembre de 1273, fiesta de San Nicolás, ocurrió algo que cambió el rumbo de su vida: en plena misa se conmovió y experimentó un gran cambio tras lo cual no escribió ni enseñó ya nunca más.

¿Por qué? –le preguntó su secretario y amigo fray Reginaldo– *¡esta es una obra tan grande para la alabanza de Dios y para la enseñanza del mundo!*, a lo cual Tomás respondió solamente que no podía. Algún tiempo después, pidiéndole secreto, el santo explicó: *No puedo escribir, porque todo lo que he escrito es como paja para mí.*

El padre Salerno me mostró una reliquia de Tomás: el húmero de su brazo izquierdo, que besé con veneración. Me quedé toda la mañana en la biblioteca del convento, donde leí una obra crítica sobre la vida, pensamiento y obras de Tomás, escrita por James Weisheip, O.P.

Con respecto a san Genaro, pude ver que en una cripta hay una especie de olla de barro donde se ven sus huesos; el sacerdote que había celebrado la misa me explicó el tema de la licuefacción de la sangre de este santo y después me dio una hojita con el detalle del hecho, que voy a transcribir en parte:

En dos ampollas, una de cerca de sesenta centímetros cúbicos de capacidad y otra más pequeña, encerrada en una teca de plata con tapa de cristal, se conserva un poco de sangre de S. Genaro, obispo de Benevento nacido en Nápoles en el siglo III y decapitado en la persecución de Diocleciano en el 305, en Pozzuoli.

Y sigue explicando que en 1389 la sangre se licuó durante una procesión, y desde entonces este prodigio se repite cada año, en épocas determinadas y a veces en circunstancias especiales.

Generalmente la reliquia está encerrada en una custodia detrás del altar mayor de la capilla del Tesoro en la catedral de Nápoles; cuando se expone a la veneración de los fieles contiene en la ampolla grande una masa dura de color rojo oscuro que ocupa buena parte de ella. Entonces, rápida o lentamente la masa dura se licua, totalmente o en parte. Rarísimo ha sido el caso en que el fenómeno no se haya verificado.

Por la tarde se encierra la reliquia en la custodia; al día siguiente, por lo general, se encuentra el contenido nuevamente endurecido; otras veces todavía está líquido. Alguna vez ha quedado así, líquido, por meses o años.

El fenómeno de licuefacción no tiene necesidad de especiales condiciones para reproducirse: acaece en temporadas y ambientes muy variables; en una gran aglomeración del pueblo, ante pocas personas o dentro de la custodia. No se usa ningún medio o artificio para aprovecharlo. Se produce espontáneamente en las más variadas circunstancias.

La licuefacción adviene en temperaturas ambientales que varían de los 5 a los 35° grados Celsius; con una misma temperatura, puede variar el tiempo que la sustancia emplea en licuarse. Así, pues, ésta no tiene un punto constante de fusión, lo que se opone a la ley física que exige una temperatura determinada para la fusión de una sustancia o de una determinada mezcla de sustancias, quedando constante la presión. Después de la licuefacción, la sustancia presenta una gran variación de volumen; a veces disminuye y a veces aumenta hasta casi el doble, sin seguir la ley de los mínimos coeficientes de dilatación. Varía también en color y en peso, lo cual es contrario a la ley física de conservación de la masa.

Cualquiera sea la sustancia contenida en la ampolla, su licuefacción de la manera descrita no puede tener una explicación natural, hecho que se hace más maravilloso porque la sustancia contenida, según la tradición apoyada con documentos irrefutables y pruebas electroscópicas que se han hecho, es verdaderamente sangre.

Además, la sangre coagulada, en caso de que pudiera licuificarse por alguna causa natural, debería unirse para ello con el suero del que se ha separado durante la coagulación, líquido que en la ampolla no existe. Constituye, pues, un milagro.

Más tarde, llegué al monasterio fundado por san Benito, Montecasino, y pedí al padre abad que me permitiera quedarme unos días; accedió con gusto y así fui instalado con los monjes en una pieza en la clausura.

Aquí estoy, escribiendo y mirando desde mi escritorio el maravilloso valle del Lazio, en el mismo monasterio donde fue *oblato* santo Tomás de Aquino. Ser *oblato* significa dos cosas: La práctica de la regla monástica y el estudio de materias fundamentales. Tal vez los padres de santo Tomás lo preparaban de este modo para ser abad de Montecasino. Pero posteriormente, la abadía fue ocupada por tropas imperiales y Tomás volvió a su casa.

14 de enero – En estos días viví como uno de los tantos monjes; así, anoche, después de *Completas*, me acosté temprano, para levantarme a las cinco de la mañana para rezar en el coro *Maitines*, lo que hoy es el oficio de lectura, y a continuación *Laudes*; todo eso duró hora y cuarto. Después asistí a la misa en la basílica. Para un monje benedictino, no hay cosa más importante que el oficio divino; así dirá san Benito en el capítulo 43 de su regla: *Nada se anteponga a la obra de Dios*.

El meollo de la espiritualidad benedictina está en algo que pude estudiar y meditar en el libro de Royo Marín, *Los grandes maestros de la vida espiritual*. Dice allí: *La regla constituye, en efecto, un término medio de moderación y sentido práctico, unido al conocimiento profundo del alma humana, que da cierta libertad a cada uno, pero conserva la más estricta vida común típica del cenobita*.

Ante todo, Benito enumera las distintas clases de monjes: cenobitas (que viven en un monasterio y militan bajo una regla y un abad), ermitaños o anacoretas (que están bien adiestrados en las filas de sus hermanos para la lucha solitaria en el desierto), sarabaitas (que guardan en sus obras fidelidad al mundo y mienten a Dios con su tonsura) y giróvagos (son esclavos de sus deseos y de los placeres de la gula y peores aun que los sarabaitas).

El núcleo de la doctrina benedicta estriba en el espíritu de renuncia, silencio y humildad que pondrá al monje en la mejor disposición para el trato con Dios, para la oración y contemplación que es la ocupación fundamental del monje benedictino. De ahí

que el santo insistía de una manera especialísima en la oración litúrgica, el *Opus Dei* por excelencia, regulando hasta en sus detalles mínimos el rezo del oficio divino y todo lo que se refiere al culto público. Por ello la orden benedictina debe ser clasificada entre las órdenes contemplativas.

Pienso que la pobreza, la castidad, la obediencia, el silencio y la humildad disponen para el trato íntimo con Dios, que es la contemplación. En otras palabras, para llegar a la mística, es necesario pasar por la ascética. Aquí creo que está la sustancia del espíritu benedictino.

Acabo de llegar de la basílica donde hemos rezado *Vísperas* ¡en esas famosas sillerías tan típicas de las catedrales europeas!

A las doce y cuarenta y cinco habíamos rezado *Sexta* –la oración del mediodía–, esta vez no en la basílica sino en el *coretto*. A la una fue el almuerzo en el amplio comedor y a las dos se rezó *Nona*. Las *Vísperas* duraron treinta y cinco minutos y consistieron en un himno cantado, al que siguieron varias antífonas, salmos, el responsorio, el *Magnificat*, y otras preces y oraciones. Concluyó con la bendición del abad, tras lo cual se cantó el himno en honor de san Benito y santa Escolástica, junto al sepulcro de estos dos hermanos.

Este es el lugar al cual llegó Benito en 529 luego de dejar su cueva del Subiaco. Aquí tuvo que comenzar por convertir a unos paganos que habitaban en la región vecina y derribar un templo dedicado a Apolo que se levantaba en la cumbre del monte.

San Benito nació en Nursia, cerca de Espoleto, en la Umbría. Estudió en Roma y se retiró a Subiaco donde hizo vida eremítica; allí se le juntaron muchos discípulos, entre ellos Plácido y Mauro. Benito los organizó en grupos o colonias de doce monjes a la manera de los lauros de Palestina o los cenobios de san Pacomio.

Ya en Montecassino construyó una iglesia dedicada a san Martín de Tours, que es venerado como cultor de la vida monástica en Occidente, así como otra dedicada a san Juan Bautista, sobre la cual se erigió después la basílica.

Aquí escribió su famosa regla, cuyo original fue llevado a Roma en 577, cuando se produjo la invasión de los longobardos, pero más tarde se perdió. Para unificar la observancia monástica

en sus estados, Carlomagno pidió una copia fiel de la regla; esa copia, llamada *ejemplar normal*, está hoy en Aquisgrán junto con los restos del santo.

El código considerado autógrafo pereció en un incendio (896) en Teano, donde los monjes se habían refugiado después de la segunda destrucción del monasterio en 883 (destrucción que no sería la última: el monasterio tuvo que ser totalmente reconstruido tras el bombardeo del año 1944).

15 de enero – Me despedí del abad Bernardo y comencé a bajar del altísimo monte que alberga el monasterio y llegué a Aquino, región donde nació santo Tomás. Lo primero que visité fue el cementerio ya que no sabía cómo era un cementerio en Italia.

Y luego a la plaza principal, que tiene el nombre y la estatua del santo y finalmente me llegué a la parroquia. Pregunté por el castillo de los condes de Aquino; está a una cuadra de la plaza y un letrero anuncia *casa de santo Tomás*. Sin embargo, no hay seguridad sobre si nació en ese castillo o en el de Roca Seca.

Ya cayendo la tarde llegué a Florencia, donde me hospedé en la casa de las Hermanas Franciscanas Misioneras quienes me pidieron que celebrara al día siguiente y así lo hice ¡Toda la misa en italiano!

A orillas del Arno llegué al Ponte Vecchio –*Yo fui nato e cresciuto sopra il Bel Fiume D'Arno alla gran via*, consignó Dante en *Inferno* XXIII 94-95– y atravesando la calle de la Galería degli Uffizio llegué al Duomo. Primero visité la cúpula; luego de ascender y ascender me encontré de pronto con un pasadizo a una gran altura, desde el que la gente que estaba abajo se veía muy pequeña. Caminé un poco y me volví ¡no estoy hecho para las alturas! De todos modos es magnífica esa cúpula que se alza sobre la nave central, cúpula que demandó catorce años de trabajo.

Por una escalera en la parte trasera de la basílica se accede a la cripta de Santa Reparata; se trata de restos de una basílica románica demolida durante la construcción de la actual catedral. Las excavaciones han revelado también restos de una iglesia paleo-cristiana, así como la tumba de Brunelleschi, el arquitecto de la catedral.

Con un frío que arreciaba, tomé la calle Ricasoli hasta llegar a la Galería de la Academia, donde las principales obras son de Miguel Ángel. Allí vi por ejemplo cuatro mármoles de prisioneros, dice en un cartel *Statua incompleta di un prigionero* –prisionero– *per la tumba del papa Giulio II*; además, un boceto del apóstol Mateo y una *Pietá*, distinta a la que está en el Vaticano. ¡La expresión del Cristo es impresionante! Finalmente, el famoso *David*, que tardó tres años en hacerse (1501-1504), símbolo de la fuerza juvenil y admirable testimonio de la concepción humanística del escultor. También vi algunas obras de Filippo Lippi, por ejemplo una Magdalena, Juan Bautista y una bajada de la Cruz de Il Perugino.

Pensé en que nos admiramos de que hombres como Brunelleschi y Miguel Ángel puedan haber hecho esto o aquello y decimos ¡es admirable la capacidad de estos hombres!, eso que Aristóteles dirá del arte *Recta ratio factibulum*, la recta razón de hacer las cosas bien. Pero mejor preguntemos de dónde tienen ese talento. ¡Alguien tiene que habérselos dado! Así que respondo con el apotegma tomista *Todo lo que está en el efecto está en la causa de un modo más excelente y eminente*. Mi pensamiento va hacia Dios, fuente primera de toda la armonía y la belleza que admiramos en estos grandes artistas.

Otra vez el Arno me dirigió al Palazzo Pitti de los famosos rivales de los Médici. Todo está allí: Brunelleschi en el diseño, Caravaggio, Fra Filippo Lippi y Rafael di Sanzio en las pinturas.

Quiero consignar mi visita al Baptisterio del Duomo cuyas puertas de bronce son extraordinarias; la del sur –por donde se ingresa actualmente– evoca en estilo gótico la vida de san Juan Bautista, además de las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales. La puerta norte (1403-1424) fue realizada por Lorenzo Ghiberti, vencedor de un concurso en el que participaron Brunelleschi, Donatello y Jacobo Della Quercia. Son escenas de la vida de Cristo. Y frente al Duomo está la puerta Este –el propio Miguel Ángel la llamó *Puerta del Paraíso*– con escenas del Antiguo Testamento.

El interior del edificio es grandioso; tiene una cúpula revestida con magníficos mosaicos que me recordaron la basílica de San Marcos en Venecia. Se ve a Cristo en el Juicio rodeado de ángeles,

asimismo temas del *Génesis*, de la vida de José, de Jesús, de la Virgen y de san Juan Bautista.

También en la iglesia de la *Santa Croce* todo es majestuoso, como que es el panteón de las glorias italianas: están las tumbas de Miguel Ángel, Maquiavelo, Rossini, Julia (la esposa de José Bonaparte) y Galileo Galilei, entre otros casi trescientos. Vi también pinturas del Giotto, sobre todo escenas de la vida de san Francisco de Asís, de quien también se ve un pedazo de la túnica y del cingulo en una vitrina de la sacristía, así como la bendición de Francisco a Fray León. *Il signore ti benedica e ti custodisca / Mostri a te il suo volto e abbia misericordia di te. Volga a te il suo sguardo e ti dia pace.*

Terminé el día en la Galleria degli Uffizi entre originales de Rafael, Miguel Ángel, Caravaggio y Rubens.

17 de enero – Al llegar a la capilla de las hermanas franciscanas para celebrar misa dije que iba a pedir por la paz.

– *Ya han bombardeado Bagdad* –me dijo la superiora. Con tristeza le dije que iba a rezar la oración para tiempos de guerra. La televisión me confirmó después que los norteamericanos habían atacado esa noche.

En Milán visité su Duomo y busqué enseguida el baptisterio de san Juan a la fuente, lugar donde fue bautizado san Agustín. Fue excavado en los años 1961-62 y hecho accesible a partir de los años 1964-68. Se ve una gran fuente bautismal, con una escalinata, la inscripción en un mármol dice:

En la Pascua de 387, el obispo Ambrosio dio a Aurelio Agustín el lavado de la regeneración cristiana (...); también fueron bautizados Adeodato y Alipio.

Ya que los catecúmenos debían recibir el bautismo la noche de Pascua y la cuaresma del año 387 comenzó el 10 de marzo y la Pascua cayó el 25 de abril calculé que ése fue el día del bautismo. Resonaban en mi cabeza las palabras de Agustín en sus *Confesiones*: *Tarde os amé, hermosura tan antigua, tan nueva, tarde te amé.*

18 de enero – Hoy he ido a la iglesia de Santa María de la Gracia, en el refectorio de cuyo convento está la celebre *Última Cena* de Leonardo da Vinci, pintada entre los años 1495 y 1497

por encargo de Ludovico el Moro. Es una pintura dramática que evoca el momento solemne en que Cristo acaba de anunciar a los apóstoles que uno de ellos lo entregaría; y éstos se miran unos a otros diciendo: *¿seré yo?*

No soy un artista, y por eso no tengo autoridad para hablar de colores, sombras o espacios; el arte me llega o no me llega. Y tengo que decir que este cuadro me conmovió muy vivamente, sobre todo, Cristo con su mirada dulce y mansa.

Ambrosio, obispo de Milán que bautizó a Agustín, nació en Augusta Trevirorum (hoy la alemana Trier), en las Galias, donde su padre Probo, ciudadano romano, era prefecto. Probo fue destinado a Milán como gobernador de Liguria y Emilia, en los tiempos en que murió el obispo arriano Ausencia y la sucesión se encontraba en disputa. Ambrosio, como era deber de su oficio, fue a la iglesia para calmar el tumulto; habló de la paz y del bien de la nación con tanta capacidad de persuasión que de repente la población lo aclamó obispo. Ambrosio se rehusó, pero finalmente accedió cumpliendo la voluntad del emperador Valentiniano. Como era sólo catecúmeno, tuvo que bautizarse e iniciarse en los ritos sacros. Después de ocho días, el 7 de diciembre de 374 recibió la consagración episcopal.

Como obispo, su máximo empeño estuvo siempre en la intrépida defensa de la fe católica y de los derechos de la Iglesia, así como en la conversión de muchos arrianos y otros herejes a la verdadera fe; entre éstos, condujo hacia Jesucristo a Agustín.

Atento al bien de todas las iglesias, supo intervenir con energía y constancia, y fue infatigable en cumplir con las obligaciones de su ministerio, administrando personalmente el bautismo a casi todos los candidatos, al punto que, después de su muerte, cinco obispos hacían su trabajo con dificultad. Amó intensamente a los pobres y a los cautivos; donó todo el oro y la plata que poseía, así como sus tierras. Así se volvió soldado de Cristo, que *de rico se hizo pobre para nosotros, para que nosotros nos hiciéramos ricos por medio de su pobreza*. Gozaba con los que estaban en la alegría y lloraba con los afligidos; cada vez que alguna persona le confesaba sus pecados, tanto lloraba que hacía llorar al penitente, estimándose pecador con el pecador.

Decidido y justo, prohibió el ingreso a la iglesia al emperador Teodosio por causa de las muertes en Tesalónica, hasta que no hiciera humildemente penitencia.

Consumido por el gran trabajo, el cuidado y el cargo de la Iglesia, aun antes de caer enfermo predijo el día de su propia muerte. Onorato, obispo de Vercelli, llamado tres veces por la voz de Dios, corrió a su lecho de muerte llevándole el Cuerpo del Señor. Después de haber comulgado, puso Ambrosio sus brazos en cruz y rindió el alma a Dios el 4 de abril del año 397.

Como al lado de la basílica está la Universidad Católica del Sagrado Corazón con la cartelera de carreras, se me ocurrió pensar en el objeto de las ciencias. Cada una se especifica por su objeto formal *quod*, que la distingue de las demás; por ejemplo: el hombre es el objeto material de la anatomía, la psicología, la ética, pero cada una estudia distintas formalidades en el hombre. La anatomía estudia el cuerpo, la psicología el psiquismo y la ética la moralidad. A eso llamamos objeto formal *quod*.

Pero no me conformé con esto y pensé que tenía que haber ciencias madres, origen de las otras. En el plano natural, la filosofía, que tiene por objeto la realidad última de las cosas, que es el ser, desde donde las otras realidades tienen su sustentación. Pero alguien tiene que haber dado ser a las cosas, entonces estamos ante la realidad suprema, Dios, que da el ser y lo conserva. La ciencia que estudia esto es la Teodicea, Dios como fuente y principio del ser (desde el punto de vista de la razón natural). Pero al mismo tiempo Dios habló a los hombres y le manifestó su interioridad, y a eso se dedica la ciencia de las ciencias, la Teología, que estudia a Dios revelándose e iluminando nuestra razón. Pensaba en estas cosas frente a la cartelera cuando recibí un empujón; ya eran varios los que querían leer la cartelera. Así me fui cavilando, mientras sobre las paredes veía letreros que hablaban de la guerra, de agrupaciones católicas, de izquierda, etc. *La guerra es una aventura sin retorno*, dice Juan Pablo II.

19 de enero – Dejé Milán en dirección a Turín; quería llegar a Annecy, lugar donde están los restos de san Francisco de Sales y de santa Juana Francisca de Chantal. Fueron seis horas de viaje,

durante las cuales iba mirando continuamente el sistema montañoso de los Alpes; por allí estarían el Monte Blanco y el Monte Rosa que recuerdo haber estudiado en el secundario. También iba observando la gran llanura intensamente cultivada que atraviesa el río Po. Hay numerosas centrales hidroeléctricas que dan la energía necesaria para importantes industrias textiles, metalúrgicas y mecánicas (no hay que olvidar que Turín es la capital del automóvil).

Pasé por la entrada de esta última ciudad y recordé a san Juan Bosco –allí está enterrado– y su método pedagógico llamado *preventivo* que consiste en incentivar las virtudes antes que castigar los vicios.

Así empecé a subir los Alpes hasta llegar a un túnel de doce kilómetros de largo llamado Frejus, límite entre Italia y Francia. Al salir, todo fue bajada hasta llegar a Chamberie, y pocos kilómetros después estaba Annecy.

Allí me hospedaría en el centro de peregrinos de la Visitación llamado Tressum, donde me recibieron muy bien. Encontré también un grupo de jesuitas que tienen una pequeña comunidad junto a la Visitación. Es un centro de espiritualidad.

Celebré misa y recé vísperas con las visitandinas que desde 1911 viven en el monasterio dependiente de la basílica. En el atrio de la Visitación leí la famosa frase de san Francisco: *No pedir nada, no rehusar nada, a ejemplo del Niño Jesús en la cuna.*

20 de enero – Conforme me lo había propuesto, concelebré la misa dominical en la Visitación. De Francisco, leí que nació en Thorens, a 20 km de Annecy, en 1567. Estudió aquí y luego en París con los jesuitas, donde fue influenciado por la espiritualidad ignaciana. Más tarde se graduó de Doctor en Derecho y en Derecho Canónico en Padua; también estudió teología.

En 1593, ya ordenado sacerdote, fue designado para la misión de convertir a los habitantes de Chablais (que eran calvinistas) al catolicismo, cosa que logró en cuatro años. Más tarde fue nombrado obispo de Ginebra y emprendió una gran labor pastoral. En la vitrina pude ver su bonete de doctor en jurisprudencia, su roquete, su cruz de misionero, su estola obispal y la sotana que santa Juana fileteó. En 1608 escribió la *Introducción a la vida devota*,

que yo leí por primera vez al terminar el colegio secundario y que me impresionó mucho. Ese libro tiene por finalidad enseñar la verdadera devoción, la perfección en los estados en que Dios nos ha puesto. Pude ver una fotocopia del original. En 1616 escribió el *Tratado del amor de Dios*, que a diferencia del anterior, más influido por la ascética y por los Ejercicios Espirituales de san Ignacio, se vuelca a la mística, campo al que lo había llevado su contacto con las carmelitas de Dijón a través de santa Juana. En esos tiempos comenzó a leer a santa Teresa y a san Juan de la Cruz.

San Francisco murió en Lyon de un ataque cerebral a los cincuenta y cinco años. Pude ver la camisola que llevaba en el momento de su muerte.

21 de enero – Dejé Annecy internándome en el norte de la Saboya francesa, de un paisaje muy bonito; disfruté la vista de los montes, colinas, valles, ríos sobre las montañas, el sol que aparecía y desaparecía... Me recordó el cántico de los tres jóvenes en Daniel (cap. 3, 51-55): *Bendecid sol y luna al Señor / Alabadlo y ensalzadlo en los siglos / Bendecid hielos y nieves al Señor / Alabadlo y ensalzadlo en los siglos / Bendecid montes y colinas al Señor / Alabadlo y ensalzadlo en los siglos / Bendecid mares y ríos al Señor / Alabadlo y ensalzadlo en los siglos.*

En tres horas llegué al monasterio cisterciense de Citeaux, donde me esperaban, ya que uno de los jesuitas de Annecy había anunciado mi llegada. Tenía la intención de vivir el espíritu de la orden cisterciense, orden abrazada por san Bernardo y que había sido fundada unos años antes por san Roberto, abad de Molesmes (monasterio benedictino de Borgoña). Molesto por la vida poco austera de sus hermanos en religión, Roberto abandonó un día el monasterio, seguido por unos cuantos discípulos, y se retiró a un paraje solitario en medio de los bosques llamados Cistersium; allí echaron los cimientos de una nueva abadía el 21 de marzo de 1089. Vivieron en una austeridad que los hizo famosos; la gente los llamaba *los nuevos caballeros de Cristo*, pero las vocaciones eran escasas. Reclamado san Roberto en Molesmes, le sucedió en el cargo de abad el prior Alberico, y a su muerte, Esteban Harding.

Pocos años después, a la escasez de vocaciones se unió la peste que en poco tiempo se llevó a la mayor parte de los religiosos. En 1112, cuando la orden parecía extinguirse, llegó san Ber-

nardo con sus compañeros. Bernardo permaneció allí sólo tres años, tiempo de formación espiritual y de progreso en esa vida. Es de esta época la famosa pregunta que se hacía: *Bernardo, Bernardo, ¿a qué has venido aquí?* Y la Biblia le daba la respuesta: *A despojarme del hombre viejo, a crucificar la carne y a no desear otra cosa que el amor de Cristo.*

En este ambiente austero he rezado *Sexta, Vísperas y Completas* con los monjes.

22 de enero – Por la tarde me encontré con un monje muy simpático que me describió la vida cotidiana del cisterciense, basada en tres pilares: la oración –tanto comunitaria como privada–, la lectura de la palabra de Dios en la Biblia y la tradición y el trabajo manual para ganarse el propio pan y ayudar a los pobres. Todo esto lo he podido comprobar personalmente hoy. Me contó también la historia del monasterio, cuyos comienzos he relatado ayer. Del Citeaux medieval sólo queda un edificio así como la biblioteca; luego la revolución francesa dispersó a los monjes, que volvieron en 1898. La comunidad actual está compuesta por cuarenta y cinco de ellos. Son famosos los quesos de allí.

Le pregunté por los originales de las obras de san Bernardo, pero no supo responderme. El punto de partida de la ascesis bernardiana es la postración por el pecado, desde el cual debemos subir a lo más elevado del amor, a la unión mística con Dios. Este ascenso tiene dos principios impulsores: la voluntad divina y nuestra propia voluntad. Dios nos llama a sí por el amor, y nosotros debemos ir a Él. Para los paganos posee Dios el título de Creador y de dispensador de todos los bienes naturales y espirituales que poseen; para los cristianos tiene además otro título más hermoso y sublime: el de Redentor. Debemos pues amarle con un amor sin medida, *Ved aquí lo que en principio recuerdo haber dicho: que el modo de amar a Dios, es amarle sin modo (Tratado del amor de Dios, cap. VI, n. 16).* ¿No recuerda esto a S. Agustín: *El amor a Dios es amarlo sin medida?*

23 de enero – Los monjes cistercienses se levantan a las tres y cuarto de la mañana, yo bastante más tarde. Hoy, después de rezar el oficio divino me puse a mirar el trabajo de los monjes que estaban potabilizando el agua de las acequias.

24 de enero – Hoy por la mañana dejé Citeaux y después de un viaje de tres horas y media llegué a París, donde me alojé en la hostería de la abadía Santa María.

Lo primero que hice fue ir al Louvre, porque tenía interés en conocer las colecciones del Oriente Medio (civilizaciones mesopotámicas). He visto una estatuilla neolítica llamada Tell es-Sawwan que data del 6000 a.C. También he visto objetos del período calcolítico (c. 4500 a.C.) y de la época protourbana (3700 a 2800 a.C.), donde se dio el nacimiento de la escritura (vi una tablita pictográfica), así como de la cultura sumeria (2850 a 2340 a.C.). También pude ver la colección que corresponde al imperio de los acádicos con las ciudades de Nínive, Assur, Mari, Lagash y Nippur), donde está la estela de Naram-Sin, en la que se ve al rey que, marchando sobre los cadáveres de sus enemigos, sube una montaña.

De la época del renacimiento sumerio vi por ejemplo la estatua del príncipe Gudía y de su hijo Ur-Niriguisu. Los asirios sucedieron a los babilonios y luego siguieron el imperio de Nabucodonosor y el de los persas. Más tarde vinieron Alejandro y los seléucidas. De todas estas civilizaciones he visto cosas hoy. Esto me interesa mucho porque tiene una relación muy grande con el mundo bíblico. Así por ejemplo, a Abraham hay que ubicarlo en la misma época que a Hammurabi, mientras que los profetas Daniel, Jeremías y Ezequiel vivieron en el tiempo del imperio asirio y en el de Nabucodonosor.

25 y 26 de enero – Cuando llegué a Colonia, Alemania, encontré un sacerdote que había estado en Argentina, precisamente en la diócesis de San Miguel. ¡Se sorprendió tanto cuando le dije que yo era párroco de la catedral de esa diócesis! Enseguida me preparó un cuarto y me dijo que estaba a mi disposición en todo lo que quisiese.

Me fui a conocer la catedral y encontré un diácono que hablaba italiano y gracias a eso pude concelebrar. Luego el diácono me explicó algunas cosas, por ejemplo acerca del relicario (una obra maestra de la orfebrería) donde se dice que están los restos de los Reyes Magos. También acerca de la sillería del coro, que con sus 104 asientos es la mayor de Alemania; está decorada con espléndidas tallas y tiene reservado un asiento para el Papa y otro

para el emperador, por su condición de miembros del coro por nacimiento. El papa Juan Pablo ocupó su lugar alguna vez, mientras que el sitio imperial fue ocupado por personajes de alto rango que visitaron la catedral, como por ejemplo la reina Elizabeth y los presidentes Eisenhower, Kennedy y Carter.

Volví a la casa de los padres del Espíritu Santo, donde cené con el buen padre Gregorio. Me comentó la propicia situación de Alemania, donde todos pueden tener su propio auto. Colonia está en una zona agrícola-ganadera y en ella vive cerca de un millón de habitantes. Le pregunté por el lugar donde enseñaba san Alberto Magno a su discípulo santo Tomás; me dijo que era en lo que hoy es el correo: allí fui.

San Alberto está enterrado en la cripta de iglesia de los dominicos llamada San Andrés. Sobre su tumba, de piedra, típicamente medieval e iluminada por cirios encendidos, se lee: *Aquí yace san Alberto Magno, doctor de la Iglesia. Nacido en 1193, adscripto a la orden dominicana en 1223, fue profesor de Teología en París y en Colonia en 1248. En 1260-62 obispo de Ratisbona. En 1280 emigró al cielo. El 16 de diciembre de 1931 fue canonizado por Pío XI – ¡Alégrate feliz y santa Colonia y también toda la Germania que tú sola lo mereciste poseer!*

¡Cómo no recordar frente a la tumba del gran maestro aquella anécdota de su discípulo Tomás! Dicen que éste era muy callado, por lo que sus compañeros lo llamaban *el buey mudo*. Y Alberto Magno les dijo a los que así hablaban: *Este buey va a dar tales mugidos que se va a escuchar por todo el mundo*. ¿Y no fue así?

El padre Gregorio me contó que en Colonia la mitad de la población es católica, y que allí el que es católico es católico. Pero hay grandes problemas de droga; tuve oportunidad de ver un grupo de jóvenes en la puerta de la casa de los padres, quienes hacen lo que pueden por ellos.

Al día siguiente me despedí del padre Gregorio para volver a París, atravesando Bélgica. Pero antes de irme, me dirigí a la iglesia de Santa Úrsula (patrona de Colonia) donde veneré su tumba. Frente al sarcófago se ve también una estatua de ella; según la leyenda, santa Úrsula, junto con un grupo de santos y su novio Alterius, fue muerta a orillas del Rin por el rey de los hunos.

27 de enero – Después de rezar *Maitines* y *Laudes* con los benedictinos de París salí para conocer la catedral de Chartres, pero equivoqué el camino, de modo que no pude realizar mi deseo. También quise conocer Paray le Monial, lugar de las revelaciones del Sagrado Corazón a santa Margarita María Alacoque, mas no encontré el camino (mejor dicho, me pasé). Eso sí, llegué a Ars cayendo la tarde. Como siempre, nublado y con mucho frío; ya he hablado de ese santo modelo de sacerdotes quien algunas veces le dijo a su obispo: *Si quiere convertir su diócesis, haga que los párrocos sean santos.*

Sólo quiero agregar que, cada año, alrededor de cuatrocientos mil personas vienen a buscar a su lado la paz del alma y la realización de las gracias que imploran.

Y algo más que siempre decía el santo de Ars: *Dios perdonará solamente a quienes hayan perdonado. Ésa es la norma.*

28 y 29 de enero – Estuve diez horas viajando desde Ars hasta Asís; cuando llegué, me dirigí a la basílica de Santa María de los Ángeles, en cuyo interior está la capilla de la Porciúncula, reconstruida por san Francisco. Allí celebré misa. *Este es el lugar en el cual Francisco, por una inspiración divina, dio principio a la orden de los frailes menores* (San Buenaventura, *Vida de san Francisco*, cap. II, 8). Cerquita está la enfermería donde murió el 3 de octubre de 1226, después de haber agregado el último verso a su *Canto de las creaturas*:

Alabado seas mi Señor por nuestra hermana muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar; ¡ay de aquellos que mueren en pecado mortal!; felices aquellos a quienes encuentre cumpliendo su santísima voluntad, porque la muerte segunda no le hará mal.

En el camino a Asís hice un alto en el lugar donde Francisco bendijo a la ciudad: *Bendita seas del Señor ciudad santa, fiel a Dios porque por ti muchas almas se salvarán y en ti muchos servirán al Altísimo y de ti muchos serán elegidos para el reino eterno*, así reza el cartel que está en el camino.

Llegué a la basílica de San Francisco donde vi su tumba, a cuyo lado se encuentran sus más fieles compañeros: fray León, Rufino, Ángel y Maseo.

También me interesa la exposición de las reliquias de Francisco donde se ve la regla franciscana aprobada por el papa Honorio III y la bendición a fray León, además de la túnica y las sandalias del santo, que conmueven por su pobreza. También vi el *Francisco de Cimabue* en una pintura donde él está a la derecha de la Virgen y el Niño.

Fui luego a la iglesia superior, en el trayecto a la cual hay varias pinturas más de Cimabue, como la *Vida de la Madonna*, *Pedro y Pablo*, *Cristo en la Gloria* y la *Transfiguración*.

En las paredes de la nave central de la iglesia de arriba hay frescos de Giotto que ilustran la vida de san Francisco. De ellos me impresionó sobre todo el que representa al santo de joven, en la iglesia de San Damián, recibiendo del crucifijo la orden de restaurar su casa que estaba yendo a la ruina; también la imagen del momento en que Francisco renunció a la heredad paterna y se despojó de sus vestiduras: *En adelante, Dios es mi Padre*, y la representación de la ocasión en que Francisco recibió los estigmas sobre el monte Verna.

Para concluir, quisiera recordar algunos hechos de su vida, como el día en que compró unos corderos que iban hacia el matadero a fin de salvarles la vida; en invierno cuidaba a las abejas para que no perecieran y cuando encontraba algún gusano en el camino lo apartaba para que no fuera pisado, porque Cristo sufriente fue llamado *gusano de la tierra*.

Los animales parecían mostrar su agradecimiento por el amor que les tenía; así, las golondrinas cesaban de cantar para no interrumpir su predicación. Y el fuego no le causó ningún dolor cuando un médico hubo de cauterizarle los ojos.

Llegan ya a su fin estas vacaciones peregrinas por la tierra de nuestros santos, a los que tanto ruego por mí como por los que quiero. Mientras está cayendo la noche en Roma, voy disponiéndolo todo para marchar hacia al aeropuerto.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón (Salmo 137).

TRAS LAS HUELLAS DE LOS PROFETAS EN TIERRA SANTA - 1991-1992

23 de diciembre – Otra vez llegué a Roma, ahora con el Fiumicino sumido en la niebla. Sobrevolamos el aeropuerto durante media hora hasta que finalmente la torre dio el permiso de aterrizaje. Fue un verdadero susto porque no se veía nada. Al tocar la pista, agradecí a Dios que hubiéramos llegado bien. De allí embarqué hacia Tel Aviv.

24 de diciembre – Hemos aterrizado en Israel, la patria de Cristo: tengo una gran alegría y hasta ansiedad por celebrar aquí el nacimiento de Jesús. Sería muy largo relatar las dificultades que encontré para llegar a la iglesia de santa Catalina donde el Patriarca de Jerusalén celebraba; baste decir que, entre otras cosas, las reiteradas revisiones por parte del ejército son muy desalentadoras.

A las diez de la noche me encontraba a una decena de metros del altar principal. Cada tanto el coro cantaba villancicos, mientras los padres franciscanos leían en diversas lenguas textos alusivos a la Navidad. A las once y cuarto entraron en procesión cerca de cuarenta concelebrantes y entre ellos tres obispos, e inmediatamente comenzó el oficio de lectura, precedido por los salmos.

La primera lectura estaba tomada de *Isaías 11,1 1-10: Saldrá un vástago del tronco de Jesé / y un retoño de sus raíces brotará. / Se posará sobre él el espíritu de Yahvé...* La segunda lectura provenía de los sermones del papa san León Magno. Comenzó la misa y al *Gloria* se elevó el sonido del órgano y de las campanas, mientras el patriarca incensaba al Niño, el cual sería llevado des-

pués de la misa en procesión al pesebre que está en la iglesia contigua, llamada de la Natividad.

Ya terminando la misa, pensaba que los que habíamos participado de ella habíamos estado física pero sobre todo espiritualmente en el lugar mismo donde la misericordia de Dios comenzó a hacerse historia. Habíamos estado aquí en Belén de Judá participando del gozo espiritual que produce en el alma revivir el acontecimiento del nacimiento de Jesús, hijo de la Virgen María.

25 de diciembre – Fui a la iglesia del Santo Sepulcro y celebré misa en el altar de la aparición de Jesús a la Magdalena. Conversé un rato con los padres que atendían la sacristía y al buscar el coche encontré que le habían puesto el cepo. Pensé que iba a tener que arreglármelas solo, porque ¿a quién acudir un 25 de diciembre? Todos los padres franciscanos estaban en las celebraciones.

Tras dos horas de gestiones, me sacaron el cepo y así me dispuse a partir hacia el Monte de los Olivos (Betfagé), donde vive el padre Ignacio Peña, director de la revista *Tierra Santa*. No lo encontré y de regreso vi que cuatro muchachones estaban apedreando el auto; traté de pedirles que dejaran de hacerlo, pero no podía hacerme entender, y si me hubieran entendido, creo que hubiera sido lo mismo. En medio de la lluvia de piedras conseguí entrar en el coche. ¡No me alcanzaban las manos para ponerlo en marcha y salir! Agradecí a Dios que ninguna piedra me hubiera alcanzado; por suerte no tenía ni un rasguño.

Pero al tiempo que estoy agradecido al Señor, pienso que hoy he podido ver lo que es la saña y el odio. Muchas veces en la clase de moral había tenido que explicar el odio como vicio que se opone a la virtud de la caridad. Pero hoy lo he palpado de cerca, con una ferocidad inaudita.

Sin embargo, sigo creyendo que el camino para la solución de los problemas es el amor que predicó Jesús y también el perdón, aunque éste sea difícil.

26 de diciembre – Esta mañana me levanté preocupado porque debía resolver el problema del coche dañado. En la agencia no me quisieron dar otro, ya que estoy viviendo en Casa Nova de los franciscanos y es una zona peligrosa; entonces, de común acuerdo, rescindimos el contrato. Fui a ver a mi querido padre Ángel en el

convento del Salvador. Con su cigarrillo en la boca comenzó a hablar. Le conté mi problema de ayer y me dijo que anduviera con cuidado, si bien por mi sotana me iban a respetar. Y vi que es así: cuando voy caminando los árabes me saludan en inglés, *good morning, father*. Aunque también he notado el efecto contrario; cuando entré al Muro de los Lamentos, algunos judíos ortodoxos me miraban con cara de pocos amigos.

Le planteé al padre mi deseo de conocer más a los profetas y profundizar en sus vidas y sus doctrinas. Le pregunté en primer lugar por Isaías y me dijo que nació en Jerusalén en el siglo VII a.C. Según la Biblia, en la fuente de Guijón (que proveía de agua a la antigua Jerusalén), Isaías salió al encuentro del rey Acáz, con su hijito. Y allí profetizó la concepción de una doncella: *Oíd, pues, casa de David: ¿os parece poco cansar a los hombres que cansáis también a mi Señor? Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: He aquí que la doncella ha concebido y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel. Cuajada y miel comerá hasta que sepa rehusar lo malo y elegir lo mejor* (Is. 7, 13-15).

Al llegar aquí interrumpimos la conversación, nos despedimos y prometimos encontrarnos al día siguiente.

Este pasaje de Isaías estuvo rondando mi cabeza durante todo el día. El mesianismo, la promesa de un Salvador, penetró toda la historia de Israel y sostuvo su fe. Pero su expresión quedó en el misterio hasta la venida de Aquel que realizó plenamente las profecías y concilió sus divergencias: Jesús el Cristo, es decir el Mesías, descendiente de David, el niño Emmanuel anunciado por Isaías y también el hijo del hombre de origen celeste contemplado por Daniel. El Nuevo Testamento ha aplicado a Jesús todos estos textos proféticos, que ahora dicen a los cristianos infinitamente más que a sus primeros oyentes.

Había dejado atrás la fuente de Guijón, en la parte sur de Jerusalén, donde según la tradición está enterrado Isaías, y había bordeado todo el templo, cuando en la capilla ortodoxa que recuerda el martirio de san Esteban –cuya muerte se conmemora justamente hoy–, encontré a los padres franciscanos que iban a hacer una celebración. Me uní a ellos y con unción recordé al protomártir. El padre Rabanelli comentó en la celebración que Esteban murió perdonando, como Cristo: *Señor, no les tengas en cuen-*

ta este pecado y diciendo esto se durmió (Act. 7,60). ¡San Esteban, ora pro nobis!

27 de diciembre – Esta mañana finalmente conversé con el padre Peña, que me habló de la importancia de la tradición en oriente y me puso por ejemplo el recuerdo que se guarda del camino que baja de Betfagé a Jerusalén, recorrido generación tras generación. Hablamos también de la mentalidad oriental, que suele basarse en comparaciones y en parábolas para explicar algo. Así lo hacía Jesús.

Me despedí del padre para dirigirme al Instituto Bíblico de la Flagelación, donde hay un museo arqueológico. Siempre me ha gustado la arqueología como otra fuente de conocimiento para llegar a la verdad y me hubiera gustado dedicarme a esa ciencia; siempre trato de leer sobre ello. Y, claro está, me encanta recorrer los museos.

En este había cosas muy interesantes. Me gustó sobre todo la sala dedicada a Nazareth, donde se ve el fruto de las excavaciones hechas por el padre Bogatti; vi fotos de grafitos escritos por peregrinos en la iglesia judeo-cristiana de esa localidad, que dicen, por ejemplo *Jaire María* (Dios te salve, María), entre otras inscripciones. También en la sala de Cafarnaúm, en la casa de Pedro, vi grafitos de este estilo.

Luego me fui al templo de Jerusalén, donde, sin duda, predicaba Isaías. Hay un tema realmente destacable en *Isaías 6,1*, que plantea la santidad de Dios y el pecado del hombre: *Y se gritaban el uno al otro* (los querubines): *Santo, santo, santo Yahvé Sabaot / llena está toda la tierra de tu gloria*. Esa santidad de Dios exige que también el hombre esté santificado, es decir, separado de lo profano, limpio, purificado de pecado.

Dejé el área del templo bajo una fina lluvia y fui a conversar con un hermano franciscano llamado Daniel Barrera, adscripto a la custodia del Santo Sepulcro. Me mostró la zona de las tres principales comunidades que conviven en ese lugar sagrado: latinos (católicos), ortodoxos griegos y armenios.

28 de diciembre – Después del desayuno salí hacia la redacción de la revista *Tierra Santa* porque quería leerle al padre Ignacio un artículo que había escrito sobre el problema palestino. Le

gustó mucho y dijo que lo iba a publicar. Charlamos también de otras cosas, por ejemplo acerca de que en Jerusalén la población cristiana representa menos del tres por ciento del total de 550.000 habitantes. Por mi parte, le conté que en San Miguel hay unos ciento veinte mil cristianos.

Tras despedirme, fui por segunda vez al Instituto Bíblico de la Flagelación a hablar con el padre Rabanelli, un experto en la Biblia. Le volví a preguntar por los lugares donde vivió Isaías y por la tarde estuve en la zona Ofel, donde se ubica el lugar de la profecía del Emmanuel. Es una zona habitada por palestinos pero está fuertemente vigilada por soldados judíos, a quienes pregunté si había algún problema para ir a la fuente de Siloé. *Se puede ir*, me contestaron. También llaman a esta fuente la de la profecía de la Virgen. Frente a ella, me senté a reflexionar sobre el misterio del mesianismo vivido en el corazón. Allí estaban dos soldados que me daban seguridad y protección. Cerca de mí, había un grupo de niños palestinos que corrían y jugaban.

El sol ya estaba cayendo y el frío recrudecía; me fui despacio, saludé a los soldados que me habían cuidado y a los chiquitos palestinos que con caras sonrientes me dijeron *Leila saida!* (buenas tardes).

29 de diciembre – Siempre me impresionó mucho la vocación del profeta Jeremías, que era apenas un muchacho cuando Yahvé le dijo: *Mira que he puesto mis palabras en tu boca. Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para perder y derrocar, para reconstruir y plantar* (Jer. 1, 4-9). Por eso quise ubicar el lugar donde nació: si nos atenemos a la Biblia fue en Anatot (Anata para los árabes), una población situada cuatro kilómetros al norte de Jerusalén. Es pequeña, de árabes en su mayoría, y el centro parece ser la mezquita. Hay una basílica del siglo V que recuerda a Jeremías.

Jeremías se vio envuelto en acontecimientos difíciles y le tocó, sobre todo, predecir desgracias; tenía ansias de paz y hubo de estar siempre en lucha: contra los suyos, contra los reyes, los sacerdotes, los falsos profetas, contra todo el pueblo. *¡Ay de mí, madre mía, por qué me diste a luz! Varón discutido y debatido por todo el país, ni les debo, ni me deben ¡pero todos me maldicen!* (Jer 15,10).

Se vio desgarrado por una misión a la que no podía sustraerse y sus diálogos interiores con Dios están sembrados de gritos de dolor: *¿Por qué ha resultado mi penar perpetuo y mi herida irremediable, rebelde a la medicina? ¡Ay! ¿Serás tú para mí como un espejismo, aguas no verdaderas?* (Jer 15,18).

30 de diciembre – Me despedí por unos días de Jerusalén para trasladarme al norte de Israel. Debía pasar por Jericó, así que tomé la carretera que desciende de Jerusalén al Mar Muerto. La ciudad se encuentra a setecientos metros sobre el nivel del mar, mientras que el Mar Muerto está a casi cuatrocientos metros por debajo del mismo; esto hace una diferencia de casi dos toneladas y media de aire haciendo presión sobre el cuerpo humano; las molestias que surgen de esto son múltiples. En el kilómetro dieciocho se encuentra Khan Hathrour, conocida como la *Posada del Buen Samaritano*. Según la tradición, aquí fue traído el herido por el samaritano de la parábola. *Ve, y procede tú también de la misma manera*, es el mensaje para nosotros.

La Jericó moderna está construida sobre la ciudad de bizantinos y cruzados; yo la encontré de poco interés a no ser por sus hermosos jardines. Atravesándola se llega a la antigua Jericó (Tell-el-Sultan), donde se han hecho muchas excavaciones, según las cuales ésta habría sido la primera ciudad amurallada del mundo (se han hallado diecisiete murallas superpuestas). Tiene una historia de diez mil años. ¡Pensemos que Josué la tomó en 1200 a.C.!

Es aquí donde según la tradición Jesús ayunó durante cuarenta días sobre la montaña que se eleva al oeste de la Jericó antigua y en ese desierto el demonio trató de tentarlo.

Llegué finalmente a Nazareth y me alojé en un convento. Desde allí fui a la antigua Gath-Hepher, hoy llamada Mahhsad, patria del profeta Jonás, quien según los musulmanes está enterrado en la mezquita de la pequeña población. Pero cierta vez el padre Antonio Peyronnet me dio una versión según la cual estaría en un barrio de Mosul, en Irak.

Una vez en Mahhsad, leí el comentario que hace la Biblia de Jerusalén al libro de Jonás, en el cual, para resumir, se dice que el libro es diferente de los demás textos proféticos porque es una simple narración que cuenta la historia de un profeta desobediente

que primero quiere sustraerse a su misión y luego se queja a Dios del éxito inesperado de su predicación. El héroe a quien se atribuye esta aventura es un profeta contemporáneo de Jeroboam II, pero el opúsculo no es obra suya, sino que es muy posterior (*circa* s. V). Es un libro didáctico que muestra un Dios misericordioso e indulgente hasta con su rebelde profeta Jonás.

31 de diciembre – Llovía copiosamente cuando me desperté en el convento franciscano de Nazareth. Tras desayunar, celebré misa y me quedé meditando en la Gruta de la Anunciación. Hice luego una rápida recorrida por la parte arqueológica de la basílica; bajo la construcción actual hay silos y cuevas naturales, una de las cuales es la de la Anunciación. Durante las excavaciones que tuvieron lugar entre 1955 y 1968 se hicieron importantes descubrimientos entre los que se cuenta la inscripción *Αὐτὴ Μαρία* sobre una columna y que quiere decir Ave María.

Puse en marcha mi pequeño coche para dirigirme a Haifa, pero antes de arribar a esa ciudad doblé a la izquierda para llegar a Beit She'arim, población sede del sanedrín por muchos años y donde están enterrados el compilador de la Mishná del siglo II, el rabbi Yehuda Hannasi y el rabbi Gamaliel. Finalmente llegué a Haifa y subí al Monte Carmelo. Entré en la iglesia que allí se sitúa, donde un guía explicaba en español las notas más destacables del lugar. Cuando se fueron, me quedé solo en la gruta de Elías; según la tradición, aquí habitó cuando se retiró al Monte. Y aquí fue donde se mostró como profeta del verdadero Dios, oponiéndose a una multitud de falsos profetas.

Ya de vuelta en mi cuarto del convento de Nazareth, estoy leyendo dos libros sobre los profetas: una introducción al profetismo de la Biblia de Jerusalén y un pequeño opúsculo de monseñor Jorge Mejía (*Guía para la lectura de la Biblia*).

En primer lugar, me pregunto si las grandes religiones de la antigüedad tuvieron profetas. Y la respuesta es sí: En Mari, junto al Éufrates, en Biblos de Fenicia, hubo profetas. Y así Ajab, casado con Jezabel de Tiro, consultó a cuatrocientos profetas (no yahvistas): *¿Debo atacar Ramot de Galaad, o debo desistir?* Esto está narrado en *Reyes 1*.

En segundo lugar, cabe preguntar qué es un profeta y cuál es su misión. Esto puede contestarse ya desde la palabra que designa

al profeta: él es un mensajero y un intérprete de la palabra divina. Así le dice Yahvé a Moisés en el Éxodo: *¿No tienes a tu hermano Aarón el levita? (...) Tú le hablarás y pondrás estas palabras en su boca; yo estaré en tu boca y en la suya y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo, él será tu boca y tú serás su Dios.* Los profetas tienen conciencia del origen divino de su mensaje, por eso lo presentan diciendo *así habla Yahvé, o palabra de Yahvé.*

Hoy es el último día del año 1991 y he cenado con una familia muy simpática de Trento (Italia). Él es médico homeópata y su esposa es enfermera. Rezamos todos con el padre Mario un rosario agradeciendo a Dios los beneficios recibidos y pidiendo ayuda para el año 1992.

1 de enero – Al amanecer el primer día del año siguió lloviendo y, según me han dicho, ha nevado en Jerusalén y en el lago de Tiberíades. Me uní a un grupo de sacerdotes italianos que concelebraban en la gruta de la Anunciación. Predicó un franciscano de Udine, Italia, quien nos recordó el misterio de la Encarnación y repitió lo que Lucas consigna en su primer capítulo: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Estábamos ante el misterio de la Inmaculada Concepción. Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos de los siglos y su reino no tendrá fin.*

Meditamos el misterio de la maternidad divina de la Virgen, en cuyo seno se encarnó el Hijo (la segunda persona), asumiendo una naturaleza humana; veneramos la virginidad perpetua de la Madre del Señor y la intervención sobrenatural de Dios en la concepción de Cristo. El padre franciscano nos recordó también que era el primer día del año y nos exhortó a pedir por la paz en la tierra de Jesús.

Luego fui a la sinagoga situada en el mercado junto a la parroquia de los griegos católicos. Según una tradición del siglo VI, está construida en el mismo lugar donde enseñó Jesús, y donde anunció que en Él se cumplía la profecía de *Isaías 61,1-2*. Los profetas habían hablado durante siglos del Mesías, del ungido, que

sería del linaje de David y nacería en Belén. Era la gran esperanza del pueblo de Israel que Jesús se aplicaba a sí mismo.

Tomé el coche y me fui a Naím donde leí en Lucas el milagro de la resurrección del único hijo de la viuda: *...al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le dijo “no llores”, y acercándose tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon y Él dijo: “Joven, a ti te digo: levántate”*.

Dejé Naím en medio de una gran neblina y mucha lluvia y me dirigí al Monte Tabor donde también llovía. Subí a pesar de todo y frente a la iglesia hice memoria de la transfiguración: *Se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos blancos como la luz*, como relata Mateo. Jesús quería alentar a sus apóstoles, ya que les había anunciado su mesianismo doloroso, y les mostró su gloria.

Bajé del monte con cuidado porque había mucha agua y me encaminé a Meggido pasando por Agula. Allí se ven ruinas de la época de Salomón (970-930) y también vestigios de ciudades de los siglos XV, XVIII y XX a.C. También vi un templo de la época calcolítica y la famosa cisterna que proveía de agua a la ciudad.

Volví a Nazareth por una ruta que cruza el torrente de Quisón, escenario de la muerte de los falsos profetas según se narra en *Reyes 18: Echad mano a los profetas de Baal; que no se escape ninguno de ellos: le echaron mano a Elías y los hizo bajar al torrente de Quisón y los degolló allí*.

2 de enero – Estaba todo blanco en Nazareth y desde mi ventana veía el parque del convento y mi pequeño auto, todos cubiertos de nieve. Recordé al profeta Daniel en el *Cántico de las creaturas: Rocíos y nevadas, bendecid al Señor / Escarchas y nieves, bendecid al Señor / Noche y día, bendecid al Señor*.

Celebré la misa de ocho en la gruta de la Virgen y mientras esperaba en la sacristía aparecieron varios sacerdotes latinoamericanos, entre ellos cuatro argentinos (a dos de los cuales conocía: son los padres Puigari y Abreu). Presidía un sacerdote de Costa Rica, quien insistió en el tópico de la Encarnación en una tierra pobre.

El tema de este viaje es el profetismo, que la gente atribuyó a Jesús. Vemos en *Mateo 16: Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pregunta a los discípulos: “¿Quién dicen los*

hombres que es el Hijo del Hombre?”. Ellos le dijeron, unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas... .

Y en otra ocasión Jesús dijo: *Un profeta sólo en su tierra y en su casa carece de prestigio.*

Este título tenía un valor mesiánico, porque el espíritu de profecía, extinguido desde Malaquías, debía reaparecer según esperaba el judaísmo como señal de la era mesiánica o en la persona de Elías o en forma de efusión general del Espíritu.

Sucedirá en los últimos días, dice Dios. Derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán sus hijos y sus hijos.

Muchos falsos profetas se presentaron en tiempos de Jesús pero Juan Bautista fue, sí, verdadero profeta, a título de precursor con el espíritu de Elías, y él mismo negó ser el profeta que anunció Moisés en *Deuteronomio 18*.

Para la fe cristiana sólo Jesús es ese profeta: *Al ver la gente la señal que había realizado, decía: “Éste es sin duda el profeta que iba a venir a este mundo”*, narra Juan en el capítulo 6. Sin embargo, habiéndose difundido el carisma profético en la Iglesia primitiva después de Pentecostés, este título de Jesús cayó pronto en desuso ante otros títulos más específicos de la Cristología.

Ha cesado de nevar...

3 de enero – Jerusalén amaneció esta mañana toda blanca, aunque ya no nevaba; todo se veía inmaculado en la ciudad sagrada. Me encaminé al Santo Sepulcro donde celebré en la capilla del Encuentro de Jesús con su Madre. De tal aparición no habla el Evangelio, pero una antigua tradición se ha perpetuado en la Iglesia. En esta capilla se venera desde hace siglos la columna de la flagelación (un tronco de pórfido de 0,75 m).

Hoy quise retornar a dos lugares donde había estado en el año 89: Kefar Zachariya y Moreset. Kefar es el lugar donde, según una tradición que viene del período bizantino, está enterrado el profeta Zacarías. La iglesia, construida en su honor, está indicada en la carta de Madaba. Zacarías procedía de una familia de sacerdotes y junto con Hageo estuvo íntimamente ligado a la reconstrucción del Templo, tras el regreso del cautiverio. Al igual que Daniel y Ezequiel, fue un visionario; su libro transmite la sabiduría

de muchos de los profetas anteriores y al mismo tiempo pone en clara perspectiva los sucesos del futuro lejano. Contiene detalladas alusiones al Mesías, que se cumplen claramente en la vida de Cristo: *Después les dije: “Si os parece bien, dadme mi jornal, si no, dejadlo”*. Ellos pesaron mal mi jornal: treinta siclos de plata. Mateo cita esta profecía de Zacarías así como aquella en la que el profeta habla del rey de Sión, que viene montado en un asno, entre otras. Los rasgos que Zacarías anunció en el Mesías fueron armonizados en la persona de Cristo y por ello en el Nuevo Testamento se lo cita con frecuencia.

Dejé Kefar Zachariya y atravesando el valle del Terebinto –donde los israelitas derrotaron a los filisteos y David degolló a Goliat–, fui en dirección de Moreset, donde nació Miqueas, uno de los profetas del siglo VIII a.C., contemporáneo de Amós, Oseas e Isaías.

Su mensaje es para Samaria y Jerusalén, ciudades capitales de los dos reinos. Y si se compara con el texto de Amós, es evidente que Judá se había contaminado con los mismos pecados que dominaban Israel. Por eso también Miqueas denunciaba a los gobernantes, sacerdotes y profetas: deploraba la explotación avariciosa de los indefensos, la falta de honradez en los negocios y la falsa religión. El juicio de Dios caería sobre Samaria y Jerusalén; sólo después de esto habría restauración.

Pero Miqueas veía también un futuro glorioso, en el que Jerusalén llegaría a ser el centro religioso del mundo y Belén daría nacimiento al Mesías que gobernaría sobre todo el pueblo de Dios. Mateo recoge una de sus profecías: Ellos le dijeron: *En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo, que será pastor de mi pueblo Israel”*.

Quería llegar a Belén, atravesando las austeras colinas de la Judea, pero a medida que iba subiendo, veía más nieve. Además debía pasar pueblos árabes, por lo que no me pareció conveniente seguir; de modo que di la vuelta y regresé por el mismo camino por el que había venido.

Cerca de Jerusalén, entrando desde el oeste, está Abu Gosh (Kiryat-Ye-Arim), lugar donde estuvo el arca de la Alianza hasta que fue trasladada al templo de Salomón. Es la Emaús de los cruzados.

Leí el relato de los discípulos de Emaús según san Lucas, que transcribo porque tiene que ver con Cristo profeta: *Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que en estos días han pasado en ella?”. Él les dijo: “¿Qué cosas?”. Ellos dijeron: “Lo de Jesús de Nazareth, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él quien iba a librar a Israel...”* (Lc 24, 18-20).

4 de enero – He llegado a Belén temprano con la intención de visitar la gruta donde nació Jesús, pero también tenía especial interés en recorrer los lugares, muy cercanos a la gruta, donde vivió san Jerónimo con sus amigos, san Eusebio de Cremona y las dos santas matronas romanas Paola y Eustaquia. También quería volver a Técoa, lugar donde nació el profeta Amós.

Fui a la gruta del Nacimiento; debajo de un altar griego se ve una estrella de plata que dice así: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est*” (Aquí de la Virgen María nació Jesucristo). Un grupo de peregrinos escuchaba una explicación en inglés; en sus rostros se notaba la emoción del momento; algunos se arrodillaban y besaban la estrella, otros hacían gestos con la cabeza. Una monjita se arrodilló y besó largamente la estrella de plata... ¡cuántas cosas pasarían por su mente y su corazón!

En la gruta encontré a fray Fernando Aquino, O.P., a quien conozco de la Universidad Católica de Buenos Aires; un franciscano chileno le estaba explicando los detalles de la basílica. Nos pusimos de acuerdo los tres y fuimos al campo de los pastores, a tres kilómetros de la gruta. Había ruinas de un antiguo monasterio bizantino, construido alrededor del siglo IV o V. El franciscano nos fue mostrando tres pinturas muy lindas que hay en el santuario del *Gloria in excelsis*. Una representa al ángel presentándose a los pastores para darles la buena nueva; otra, los pastores ante el niño, y la última, el regreso de los pastores glorificando y alabando a Dios.

Volvimos a Belén y allí me encontré con el padre José María Martín de Santos, quien me había hecho de guía en la Galilea, en 1989. Después de almorzar, salimos para el Herodium, fortaleza

que hizo construir Herodes el Grande. Sólo este lugar es seguro porque es zona judía. Los demás sitios a donde quería ir me fueron prohibidos; así, no pude ir a Técoa ni a Ain Dirwe o fuente de San Felipe (el agua de esa fuente, según la tradición, habría servido para bautizar al eunuco de la reina de Candace, soberana de los etíopes). De todos modos, pude observar la zona de Técoa desde el Herodium, donde Amós era pastor. El profeta fue tomado por Yahvé de detrás de su rebaño y enviado a profetizar a Israel. Tras un corto ministerio que tuvo como marco principal, y quizás único, el santuario cismático de Betel, fue expulsado de Israel y volvió a sus antiguas ocupaciones.

Amós predicó en el reino del Norte bajo Jeroboam III (783-743 a. C.), en una época de gran esplendor y lujo; lujo que era un insulto para los desposeídos. Y el esplendor del culto encubría la ausencia de una religión verdadera. Amós denunció todo esto: *Yo detesto, desprecio vuestras fiestas y no gusto el olor de vuestras reuniones. Si me ofreciereis holocaustos, no me complazco en vuestras oraciones...* (Am. 5, 21-22).

Treinta años después de la muerte de Jeroboam, los asirios destruyeron Samaria y se llevaron al pueblo al cautiverio. Israel dejó de existir.

Dejamos el Herodium y volvimos a Belén, donde me despedí del padre José y del sacerdote chileno. Empecé con Fernando Aquino la vuelta a Jerusalén.

5 de enero – Hoy es domingo y concelebré en la parroquia católica de Jerusalén en la misa de nueve. Toda la celebración fue en árabe, de manera que entendí sólo tres palabras: *abba* (al comienzo del Padrenuestro), *aleluya* y *amén*. Yo mentalmente seguía las partes del sacrificio eucarístico en nuestro idioma.

Después de la concelebración me dirigí a Anatot; me preguntaba a propósito de Jeremías o de cualquier otro profeta cómo reconocerían los oyentes que era auténtico. Porque en la Biblia se relata con frecuencia la existencia de falsos profetas: ya se trate de hombres sinceros que sufren ilusiones o de simuladores, lo cierto es que su comportamiento exterior no los distingue de los verdaderos profetas. Así es como engañan al pueblo y los verdaderos profetas tienen que polemizar contra ellos, como hacía Jeremías contra Ananías.

Entonces, ¿cómo saber que el mensaje procede verdaderamente de Dios? ¿Cómo distinguir la verdadera profecía? Según la Biblia, hay dos criterios: el cumplimiento de la profecía y la conformidad de la enseñanza con la doctrina yahvista.

Con estos pensamientos, dejé Anatot y llegué a Ramá (hoy Ar-Ram), lugar donde Jeremías fue liberado mientras estaba con los deportados que iban a ser conducidos a Babilonia.

Era mediodía cuando llegué a Betel, pero decidí regresar ya que estaba cerca de Samaria y me aconsejaron que no subiera más. Volví a Jerusalén, bordeé la ciudad Vieja y me fui en dirección a Jericó, siguiendo el camino que probablemente hacía Jesús por el Wadi Al Qelt. Regresé por la ruta principal y paré en la casa de Lázaro, Marta y María en Betania.

6 de enero – Ya cae la noche y he terminado de hacer las valijas. Le agradezco al Señor por estos catorce días que tuve la gracia de pasar en la tierra de Jesús. He revivido el misterio de la Encarnación, del Nacimiento, de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor a la luz de los profetas, esos hombres que inspirados por Dios anunciaron su venida mucho tiempo antes. Fui tras las huellas de los profetas en Tierra Santa: Dios me ha concedido la doble gracia de celebrar la misa de Nochebuena en Belén y la de contarla.

7 de enero – Ayer dejé Israel y llegué a El Cairo donde quería visitar los monasterios coptos de Wadi-el-Natrum, y los monasterios de San Antonio y de Pablo el Ermitaño, junto al Mar Rojo. Por la tarde fui a la abadía copto-ortodoxa para tramitar la visita; a pesar de que ellos hoy celebran Navidad, amablemente me dieron una nota de recomendación para los monasterios.

8 de enero – Acabo de cenar en la hospedería del monasterio copto Deir Ampta Bishoi; me dieron de comer dos huevos pasados por agua, caldo con un poco de carne, queso con pan negro y de postre dulce de naranjas y por fin, té.

Llegué a este monasterio por la mañana y me quedé todo el día a compartir la vida de los monjes; ellos usan un hábito negro con un capuchón dividido en dos campos por una línea bordada. Esta indumentaria les recuerda que deben tender a la infancia evangélica, fruto de la victoria en la lucha entre el espíritu de Jesús y el

espíritu del mundo. Doce cruces laterales simbolizan a los apóstoles y una en la nuca, el yugo de Cristo.

Recorrí el monasterio; para entrar en la iglesia me quité el calzado como ellos, manifestando así el deseo de que allí queden los cuidados de la tierra y el pecado. Atravesé dos pequeñas estancias; una llamada *el plato de la iglesia* porque desde el púlpito baja al fiel el alimento de la palabra. Si la puerta de entrada es pequeña, la puerta de la segunda sala, que lleva al sitio donde se recibe la Eucaristía es, por el contrario, considerablemente grande, como grande debe ser la fe por la cual accedemos a los santos misterios. Con unción fui recorriendo lo que creo es el corazón del monasterio.

Salí de la iglesia y fui observando lo que hacen estos monjes en medio del desierto: plantaciones de olivos, toda clase de verdura y trabajos agrícolas.

Luego del almuerzo fui a ver otro monasterio, el Deir Suriani (“de los sirios”). Fui caminando y en un rato estuve allí. Me atendió un monje (todos son muy simpáticos y agradables a pesar de que la comunicación lingüística es prácticamente nula) que me hizo pasar a una santería del monasterio donde pidió unas tarjetas; luego tomó un lápiz y un bloque de papel. Así, con las estampas, me fue mostrando los originales que estaban en las paredes y en el bloque iba escribiendo las fechas. Nos despedimos con el clásico *chu-cran* (muchas gracias) y *masalame* (adiós).

Volví al monasterio Deir Ampta Bishoi, con sus ciento cincuenta monjes y sus ingenuos y hermosísimos frescos coptos que representan la Anunciación, la entrada a Jerusalén el Domingo de Ramos, y a algunos santos monjes.

A las cuatro sonaron las campanas y los monjes se reunieron en un atrio interior a cantar las alabanzas del Señor en lengua árabe. No me atreví a entrar, de modo que permanecí escuchándolos sentado a unos cincuenta metros.

9 de enero – Los monjes se levantan al sonar de las campanas a las cuatro de la mañana y a las seis comienzan la celebración litúrgica dirigidos por un *abuna*, padre. El sacerdote permanentemente incesaba el altar, la imagen de la Virgen con el Niño, el sepulcro de san Pichot (ermitaño que vivió aquí) y la imagen de Juan el Bautista y los Apóstoles. Mientras tanto seguían las lectu-

ras semitonadas, ahora acompañadas con un platillo y otro instrumento desconocido.

En una capilla lateral había un bautismo, según me pareció. Haciendo una especie de procesión le ofrecieron al sacerdote pan y vino que fueron incensados y depositados sobre el altar, cubriéndolos con paños rojos. ¡En qué momento fue la Consagración no lo sé, debido a la dificultad con el idioma! Repartieron una especie de servilleta a los que iban a comulgar. El *abuna* dio la comunión bajo las dos especies. Terminando la ceremonia, el celebrante nos roció a todos con un hisopo con agua. Entonces me retiré: no sé si la ceremonia siguió pero ya se había prolongado por tres horas.

Tomé un café en la hospedería y me puse a caminar, saliendo del monasterio. Estaba en el desierto y allí iba meditando la vida de los antepasados de estos monjes coptos. Ante todo, Antonio abad, quien dio comienzo a la vida eremítica en el desierto.

Según san Atanasio, Antonio era un hombre de sabiduría divina, lleno de gracia y cortesía, aunque nunca hubiera aprendido a leer o escribir. Cuando la gente se burlaba por este defecto, él solía contestar: *Bien, ¿y qué me dices? ¿Qué es antes, el entendimiento o las letras? ¿Y quién es la causa de quién? ¿El entendimiento de las letras o las letras del entendimiento?* Cuando le reconocían que el entendimiento estaba antes, Antonio replicaba: *Por lo tanto, uno que tiene el entendimiento sano no tiene necesidad de letras.*

San Atanasio observó que Antonio nunca ganó renombre por sus escritos, ni por sabiduría humana, ni por ningún arte, sino únicamente por su servicio a Dios (*Vita*, 93). Enseñaba que la meditación de los novicios fortalece el alma contra las pasiones, el demonio y las impurezas. Si viviéramos, decía, como si hubiésemos de morir cada día, no pecaríamos jamás. Para luchar contra el demonio son infalibles la fe, la oración, el ayuno y la señal de la cruz; los monjes coptos se persignan constantemente. También decía Antonio que los peores enemigos del hombre no son los externos. En la soledad más estricta, el hombre lleva consigo su naturaleza caída, propensa al orgullo, a la soberbia interior, a la lujuria, a la que es preciso vigilar y mortificar constantemente si el alma quiere verse libre de sus flaquezas y encontrar a Dios en la paz.

Por otra parte, el demonio se encarga de afligir con sus tentaciones al más retirado de los ermitaños. Es decir que la vida

cristiana es esencialmente lucha. Podemos huir del mundo pero no podemos despojarnos de nosotros mismos ni podemos evitar los asaltos del demonio que da vueltas en torno de nosotros buscando a quién devorar.

Por la tarde volví al monasterio Deir Suriani. Un monje me dio un prospecto en francés en el que leí que uno de los discípulos de san Antonio, san Macario, secundado por san Amón, estableció en 330 la vida ascética en Wadi Natrum. Sobre la doctrina de estos monjes del desierto ya tuve oportunidad de hablar en el relato de mi viaje a Medio Oriente en 1988. Hoy he podido observar la puesta en práctica en estos monjes. A pesar de las dificultades del idioma, hay otra comunicación por medio de los ojos y los gestos que muestra paz interior, alegría y plenitud.

Cuando volví al monasterio Deir Ampta Bishoi vi a los ciento cincuenta monjes dirigirse a una casa; es que había llegado Su Santidad, el papa Chenouda III, patriarca y padre de todos los coptos-ortodoxos.

10 de enero – La zona donde están situados estos monasterios es lo que antiguamente se llamaba el Valle de Nitria, hoy llamado Wadi ad Natrum. El nombre le venía por los yacimientos de nitrógeno –y por lo que he visto también de sal– que allí había. Aquí, como decía antes, se establecieron los primeros eremitas, san Macario y san Amón. Habitaron celdas separadas y no tuvieron regla común; cada uno organizó sus ocupaciones como le pareció mejor. El sábado y el domingo todos se reunían en la iglesia, levantada en el centro del valle, para participar de la Eucaristía y escuchar la palabra de Dios (*Historia Lausíaca*, 7). Debe haber sido un espectáculo impresionante el de las celdas dispersas en los flancos del valle, de las que por la mañana y por la tarde se escapaban los ecos de la salmodia.

Más allá del valle de Nitria se encontraba un desierto más abrupto todavía: el de las Celdas.

Allí vivió el célebre Macario de Alejandría, que quería superar a todos en la mortificación; aun más lejos se extendía el gran desierto de Escita, donde se estableció Macario el Grande, del cual se contaban tales prodigios y maravillas que Paladio vacila en referirlas por miedo de no ser creído (*Historia Lausíaca*, 17). La vida

de estos monjes era, en efecto, extraordinaria, más incluso por la austeridad que por los hechos maravillosos. Se hablaba mucho en los desiertos de algunos eremitas que para hacer penitencia no comían y apenas dormían.

Pero ahora yo debía volver a El Cairo, luego de estos días tan lindos en el desierto junto a Dios.

11 de enero – Hoy me vino a buscar una guía egipcia que iba a enseñarme El Cairo copto-cristiano. Así, tomamos un taxi y nos dirigimos al barrio cristiano. Ante todo visitamos la iglesia Moallaqua (suspendida), llamada así porque está construida sobre las torres de una fortaleza romana. Data de fines del siglo III y en la puerta se ve un mapa del posible itinerario de la Sagrada Familia en Egipto. Me explicó la guía que el arte musulmán de las mezquitas tomó motivos del arte copto; un ejemplo se ve en el portal que separa el santuario de la iglesia propiamente dicha. Se ven íconos muy antiguos, como el de san Marcos Evangelista y otro de la Virgen con Jesús y Juan el Bautista.

Encontramos una gran pila bautismal; allí los bautismos se realizan a los cuarenta días de nacido el niño o al año y se hace por inmersión total y con agua bendita.

Hicimos una escapada a una sinagoga muy cercana a Abou Serga, donde según dicen estaba el palacio de Faraón en la época de Moisés. ¿Habrá vivido él allí? Podría ser...

Caminando llegamos a la primera mezquita construida en El Cairo. La guía tuvo que ponerse un vestido largo, porque sólo ataviadas de esa forma pueden entrar las mujeres. Vimos el lugar de las purificaciones, donde el imán preside las ceremonias; me pareció claro lo que me había comentado la guía acerca de lo que toma el Islam del arte copto.

Luego atravesamos la ciudad en un taxi para llegar a *El Matariah*, lugar donde, según un evangelio apócrifo, la Virgen lavó las ropas de Jesús durante su estadía en Egipto.

A propósito, me gustaría hacer algunas consideraciones sobre María en la fe copta. Ella ha nacido con el pecado original como todo el mundo pero ha sido purificada en la Anunciación del Ángel y ha llegado a ser Madre de Dios; la *Theotocos* (madre de Dios, en griego). Ella es Virgen en todo momento, hasta su muerte.

Jesús salió del cuerpo de su madre como el rayo de sol que atraviesa el vidrio sin causar molestias o dolor. En cuanto a los hermanos de Jesús que se mencionan en Jn. 2,12, se trata de sus primos.

Es realmente conmovedor el amor que le tienen los coptos a la *Theotocos*. En sus iglesias está permanentemente al lado de su Hijo. Estuvimos más tarde en una iglesia copta llamada *de la Aparición*. Allí, según se dice, apareció la Virgen en el año 1968 y, desde entonces, es un lugar de peregrinación.

12 de enero – Hoy por la tarde estuve en las pirámides; entré en la de Keops, para lo cual tuve que subir unas escaleras estrechas y bajas (para mí, que soy alto, eso fue muy incómodo). Al entrar, se ve un lugar amplio donde se ponían los sarcófagos con las momias. Como ya he comentado en mi viaje anterior, los egipcios creían en una existencia después de la muerte en la que el hombre sobrevive en su forma material; de este modo se comprende el empeño y los gastos de proveer las tumbas con toda clase de objetos de culto, así como de riquezas y alimentos. La idea de una muerte eterna era algo inconcebible: Una vez atravesado el umbral de la muerte, el difunto seguía viviendo en el *Hermoso Occidente*.

Llegamos a una vitrina donde hay una gran colección de dioses. Siempre me interesó la mitología, el endiosamiento de las fuerzas naturales, de las virtudes y de los vicios de los hombres. Entre las divinidades que vi, estaba Horus, con cabeza de halcón; el soberano era para su pueblo una manifestación de este dios. También la diosa Athor, que había visto antes junto al rey Micerino, el constructor de la tercera pirámide. Es reconocida fácilmente por el disco solar entre dos cuernos de vaca. La diosa del cielo, Nut, está representada tocando el suelo con la punta de los dedos e inclinándose con su cuerpo lleno de estrellas sobre su esposo Geb, dios de la tierra. Nut es la que da a luz a los astros y al sol.

13 de enero – Dos horas tardó el avión de El Cairo a Atenas. Tuve por compañero a un griego especializado en refinamiento de petróleo que me dijo que la situación en su país era buena aunque había cierto temor de que se extendiera la guerra de la ex Yugoslavia; tampoco la relación con Turquía era del todo tranquila, porque siempre hay problemas con algunas islas. También me enseñó al-

gunas palabras en griego: *kalimera* (buenos días), *kalispera* (buenas tardes) y *agios* (santos), entre otras.

14 y 15 de enero – Me pongo a escribir después de que el padre Dimitrios me ha dejado en el albergue. Con él fui a la parte antigua de Corinto, ciudad en la que vivió san Pablo un año y seis meses, según se cuenta en los *Hechos*. En el centro del ágora me llevó a un lugar llamado *bema* (tribuna, en griego), donde Galión juzgó a san Pablo (probablemente en el año 52). Y es que en el mundo griego, incluso entre los cristianos, la doctrina de la Resurrección encontró muchas dificultades.

16 de enero – El padre Dimitrios me llevó hoy a un convento de monjas griegas en la ladera de los montes Geroncia y Macryplagi. Entramos en una pequeña iglesia donde vimos el cuerpo de *agios* Patapios, eremita que vivió muy cerca de allí. El padre me mostró la iglesia y luego tomamos café con las monjas. Bajamos luego del monte hasta el lugar donde según la tradición local predicaba san Pablo; hay una iglesia en el lugar y también un hogar para ancianos perteneciente a la iglesia ortodoxa.

Pensé en la Segunda Epístola a los Corintios. Respecto de los motivos que lo llevaron a escribirla, éstos se relacionan con que Pablo no había tenido respuesta de la primera que había enviado por medio de Tito. Es probable que Pablo hubiera tenido que adelantar su salida de Éfeso a causa de la rebelión de los plateros y por eso se desencontró con Tito en la Tróade.

Más tarde se reunieron sí en Macedonia y las noticias eran buenas, pero el mal no había pasado del todo, porque había algunos elementos infiltrados que acusaban a Pablo de ambicioso e inconstante y de que se atribuía indebidamente la misión de apóstol. Para salir al paso de estas calumnias y hacer que su próxima visita a Corinto fuera más tranquila es que les envió la segunda carta, que de entre todas es la que nos revela más al vivo la grandeza de su alma en lo que tenía de humano y sobrenatural a la vez. Al defenderse, dio rienda suelta a los diversos sentimientos que agitaban su alma, dando como resultado una carta con pasajes de un colorido y un dramatismo difícilmente superables.

El padre Dimitrios siguió guiándome por un pensionado para niños sin recursos, el museo de la catedral y una iglesia en la anti-

gua Corinto donde está escrito el himno a la caridad que Pablo escribió: *Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad soy como bronce que suena o símbolo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios, toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad nada soy...*

Almorzamos cerca del ágora donde posiblemente haya hablado el apóstol. Luego nos despedimos y lo hicimos con un beso en cada mejilla. ¡Gracias padre Dimitrios!

17 de enero – Salí de Atenas mirando el bellissimo puerto del Pireo que muestra el mar a la izquierda y la costa a la derecha. Como a los treinta minutos de vuelo, el comandante comunicó que estábamos sobrevolando una isla cuyo nombre no entendí; sin embargo, sabía que era la costa de los croatas que en este momento están sufriendo tanto...

18 y 19 de enero – Desde Munich fui al campo de concentración de Dachau, el primero de los creados por Himmler en 1933, como parte de la política que limpiaría a Alemania de *indeseables*. Vi cosas que hielan la sangre: las barracas donde vivían los prisioneros, el crematorio, la cámara de gas, entre otras cosas. ¡Hasta dónde llega la maldad humana!

20 de enero – Puse rumbo hacia Fulda donde está enterrado san Bonifacio, el gran apóstol de Alemania. De chico había leído resúmenes de su vida; sabía que nació en Inglaterra hacia el 673 y que vivió como monje en el monasterio de Exeter hasta el año 719 cuando partió hacia Alemania para predicar incansablemente la fe cristiana. Fue ordenado obispo y gobernó la Iglesia de Maguncia; restauró iglesias y convocó concilios.

Llegué a Fulda y ubiqué el Duomo al que entré con gran devoción. En una cripta está el cuerpo del gran Bonifacio; ante él, medité acerca de una de sus cartas, extraída del oficio del santo, que habla de la necesidad de seguir el ejemplo de los primeros padres en Roma en la persistencia en el gobierno de la Iglesia, no importa las pruebas que haya que atravesar. *Torre fortísima es el nombre del Señor, en Él espera el justo y es socorrido*. Habla también de la confianza en Dios y dice que lo que no podemos llevar

nosotros mismos, llevémoslo con la fuerza de Aquel que es Todopoderoso. *No seamos perros mudos; no seamos centinelas silenciosos; no seamos mercenarios que huyen del lobo, sino pastores solícitos que vigilan sobre el rebaño de Cristo y anuncian el designio de Dios a los grandes y a los pequeños, a los ricos y a los pobres, a los hombres de toda condición.* En esta misión de pastor incansable encontró la muerte: fue asesinado por unos paganos mientras estaba predicando a los frisonos.

El seminario está junto a la catedral; allí pasé la noche como en familia: cené con los seminaristas y después concelebré con el rector. Los seminaristas son cerca de cuarenta y vienen de distintos países; encontré un croata nacido en Bosnia-Herzegovina.

21 de enero – Después de haber celebrado en la cripta de la catedral junto a los restos de san Bonifacio, los diáconos José y Sebastián me explicaron minuciosamente el viaje que debía hacer y que tanto he anhelado: llegar a Schöenstatt.

Hace tiempo que conozco la obra, sobre todo a través del padre Alfonso en la parroquia de san Rafael, así como del diácono Pablo en Roma y muchos otros que admiran la labor del padre José Kentenich.

Al llegar me atendió un padre que inmediatamente me contactó con la hermana Élida –que es argentina–, que me llevaría a conocer los centros importantes de la obra. En primer lugar, me mostró una capillita cercana a la casa de formación, llamada *Schulungsheim*, donde las hermanas hacen retiros y jornadas durante cinco meses. Caminando llegamos luego a la casa generalicia, cuyo nombre es *Mutterhaus der Marienshwerten*.

Volvimos a pasar por donde estoy alojado, que es la *Missionhaus*, que tiene por función específica atender a los chicos y chicas que vienen de otras partes del mundo a conocer la espiritualidad de Schöenstatt; aquí trabajan y se les da dinero para pequeños gastos.

El padre Kentenich quería *casas con sol, en la altura y que fuesen de María*; estas son así en verdad.

Llegamos a la iglesia en cuya sacristía está enterrado el padre Kentenich. La iglesia se construyó entre 1965 y 1968 y fue consagrada ese año por el obispo de Tréveris. Hay un rico simbo-

lismo en su forma: Es una fortaleza construida en piedras, trabajadas una por una como símbolo de la pluralidad y solidaridad de los destinos de los schöenstatteanos entre sí y con el mundo sobrenatural. Como toda fortaleza, esta expresa la seguridad y protección divinas, mientras que sus tres torres simbolizan la Santísima Trinidad, a la vez que refieren la tendencia del hombre hacia lo alto y su actitud filial hacia Dios.

Además, la fortaleza recuerda a la Iglesia edificada sobre la roca viva que son los apóstoles y los sucesores de Pedro. También, indica la *guerra espiritual* que debemos emprender contra el Maligno, siempre insurrecto en nuestro mundo. Y toda fortaleza es, interpretando religiosamente, un símbolo de la Virgen, pues ella lleva en su interior a Cristo y es por tanto templo vivo del Altísimo. Seguramente habría que decir más sobre esta iglesia, pero me falta tiempo.

En la mañana del domingo 15 de septiembre de 1968, fiesta de los Siete Dolores de María, el padre Kentenich celebró su primera y última misa en esta iglesia. Al finalizar, estando en la sacristía, sufrió un ataque al corazón y falleció. Fue enterrado en el mismo lugar donde murió. Sobre el sepulcro, se leen las palabras que él mismo deseaba como epitafio: *Dilexit Ecclesiam* (Amó a la Iglesia). Es una buena definición de su existencia y sus desvelos. Un tapiz rojo señala el lugar exacto donde el fundador murió y dos franjas moradas están ahí para recordar al peregrino el sentido del lugar: *Hacia el Padre va el camino*. Un poquito más tarde tuve el gran privilegio de celebrar la misa junto al sarcófago que guarda sus restos.

22 de enero – Por la mañana, junto con la hermana Élida fuimos a la capillita donde tuvo su origen la obra de Schöenstatt. En 1914, Kentenich era director espiritual del seminario de los padres palotinos, cerca de Koblenz, Alemania. Los alumnos participaban en una *Congregación Mariana* de cuño jesuita, muy conocida en Europa por aquellos años.

Los jóvenes recibieron como sede una antigua y pequeña capillita que servía para guardar las herramientas del jardín. Una vez restaurada, fue inaugurada el 18 de octubre de 1914 y en esa ocasión el Padre dijo unas palabras memorables que han llegado a considerarse el *Acta de Fundación* de la obra de Schöenstatt:

No podríamos realizar una acción apostólica más grande, ni dejar a nuestros sucesores una herencia más preciosa que inducir a Nuestra Señora y Soberana a que erija aquí su trono de manera especial, que reparta sus tesoros y obre milagros de gracia. Sospecharán lo que pretendo: quisiera convertir este lugar en un lugar de peregrinación. Todos los que acudan acá para orar deben experimentar la gloria de María y confesar “¡qué bien estamos aquí! ¡Establezcamos aquí nuestra tienda! ¡Este es nuestro rincón predilecto!”.

Así sellaron una alianza de amor con la santísima Virgen María y ese acto puso los inicios y llegó a ser el fundamento permanente de la obra de Schöenstatt.

A las nueve celebré misa en esta capillita frente a un grupo de chicas de habla hispana, a quienes prediqué diciendo que para mí esto era una gracia más que Dios me había concedido: renovar el sacrificio de Jesús junto a la tumba del padre y en la capillita donde comenzó este centro de transformación para la Iglesia y para el mundo actual.

Una vez terminada la misa, seguimos el recorrido. Vi las tumbas de los héroes de Schöenstatt: la del padre Reinsch, decapitado en 1942 por oponerse al régimen de Hitler; la del padre Eise, que murió en el campo de concentración en Dachau (1942); también la de José Englis, que está vacía porque murió durante la guerra y no pudieron encontrar su tumba. Todos ellos se habían contado entre aquellos primeros estudiantes que sellaron un pacto de amor con la santísima Virgen.

Después nos dirigimos a la *Pater Kantenich Haus* donde se pueden encontrar los recuerdos que ponen en contacto con el espíritu del padre y por lo tanto con el de su obra. Así, una película de veinte minutos hacía un resumen de su vida. Se ve la imagen de nuestra Señora de Pompeya, lugar donde su madre lo consagró a la Virgen y él mismo se consagró a la Madre de Dios. Su anhelo de Dios era muy fuerte y por ello renunciaba a un bien natural por un bien más alto y desde chico sintió vocación por el sacerdocio.

Su vida estuvo marcada por la experiencia de la cruz; durante el régimen nazi permaneció por más de tres años encarcelado y luego prisionero en el campo de concentración de Dachau. Más

tarde fue separado de su obra por la Iglesia y estuvo exiliado muchos años en los Estados Unidos; sus últimos años los vivió dedicado a su misión.

24 de enero – Dejé Colonia en la mañana de ayer para dirigirme a Aachen, antigua capital del Imperio Románico Germánico que en la Edad Media se llamaba Aquisgrán. La catedral, que fue construida por Carlomagno como capilla de su palacio (hacia el año 788), me gustó mucho, especialmente por dentro.

Desde el octógono que forma el centro de la iglesia se ve hacia arriba la cúpula con mosaicos cuyas representaciones están basadas en el capítulo V del *Apocalipsis* de san Juan: en el cenit el cordero rodeado por cuatro seres alados parecidos a un león, un toro, un hombre y un águila. Veinticuatro ancianos vestidos de blanco están ante el trono y ofrendan coronas de oro al cordero.

Del centro de la cúpula baja una lámpara llamada *de Barbarroja* porque fue él quien la donó. Dos bandas metálicas la rodean y en ellas hay inscripciones en latín en las que Federico Barbarroja expresa su devoción por la Virgen y le implora protección y clemencia para él, los suyos y su patria.

El frente del altar data de la época de Carlomagno y está compuesto de planchas de mármol blanco. De la mesa de oro se dice que el emperador Otón III la donó, y que su oro procede del que encontró en la tumba de Carlomagno cuando mandó abrirla en el año 1000.

En el coro está la tumba de el Gran Carlos. Sus restos están en un relicario de madera de roble con figuras de plata trabajadas en relieve y sobredoradas (fue construido hacia el año 1200). Desde el coro se puede ver en el primer deambulatorio –primer piso del octógono– el trono de Carlomagno y sus sucesores. Su forma es extraordinariamente simple, al contrario de otros exponentes del arte carolingio.

En el tesoro de la catedral está el relicario de la Virgen, donde permanecen guardadas las cuatro grandes reliquias de Aquisgrán que según la tradición son el vestido de la Virgen en la Natividad, los pañales del Niño Jesús, el paño ensangrentado del Señor en la cruz y el paño de la decapitación de san Juan Bautista. Según dicen, fue entregada por el patriarca de Jerusalén a los seis emisarios que había enviado Carlomagno a efectos de conseguirlas.

Viajé a Londres cerca del mediodía de hoy. Fui a dar un pequeño paseo por el Museo Británico para tener una aproximación de lo que veré mañana en la visita guiada.

25 de enero – En efecto, hoy estuve casi siete horas en el museo y, claro, podría ir varios días más porque es único en el mundo por la variedad y cantidad de sus colecciones; nació en 1753 para albergar las colecciones de sir Hans Sloane, la de sir Robert Cotton (de la época isabelina) y los manuscritos Harley de los condes de Oxford. Luego, se fueron añadiendo otras varias colecciones.

Las obras más imponentes de la enorme serie egipcia figuran dispuestas cronológicamente en la planta baja. Allí está la Piedra Roseta, cuyas inscripciones jeroglíficas, demóticas y griegas proporcionaron, a través del conocimiento que se tenía de las dos últimas, la clave para descifrar los jeroglíficos.

Vi espléndidas inscripciones del *Libro de los Muertos* en los sarcófagos y en las mastabas. También vi estatuas gigantescas de Ramsés II y de Tutmosis III. En las galerías superiores la colección egipcia continúa y allí hay sarcófagos, momias, canopes, entre muchísimas otras cosas.

También es importante el espacio dedicado a la Mesopotamia; mucho tiempo pasé conmovido e impresionado frente a las fotos y objetos provenientes de una tumba real de Ur de Caldea, así como las diferentes versiones de los poemas acádicos de la creación (*Enuma Elis*) y del diluvio (*Gilgamesh*).

Del mundo asirio he visto entre muchas otras cosas los colosales leones alados con cabeza humana del palacio de Asurbanipal II así como su blanco obelisco real y las puertas de bronce del templo de Balawat.

En cuanto a la biblioteca, tiene cosas interesantísimas, entre las que se cuenta el Código Sinaítico, ¡he aquí el original que tanto he buscado! Como el Códice Vaticano, está escrito en griego y en el siglo IV y por eso uno es tan importante como el otro. El Antiguo Testamento no está completo, pero el Nuevo está perfectamente conservado y está seguido de otras dos obras no canónicas: la *Epístola* de Bernabé y el *Pastor de Hermas*. Este manuscrito fue descubierto en 1859 por un especialista alemán en el monasterio

griego del Sinaí. Cuarenta y tres páginas del Antiguo Testamento se encuentran en Leipzig.

También vi el Código Alejandrino del siglo V, otro manuscrito de la Biblia aunque menor en importancia a los otros dos por ser de más reciente escritura.

Además está allí la Biblia de Gutenberg, así como muchos escritos anteriores a la imprenta. También vi las obras de Shakespeare y originales de Bach y de Beethoven.

26 y 27 de enero – Me reuní con el matrimonio chileno que había conocido en Israel y con ellos recorrí buena parte de Londres; juntos visitamos la catedral de Westminster, donde celebré misa. Luego fuimos a la Torre de Londres que cubre una superficie de dieciocho acres y está construida sobre una antigua fortaleza romana, según lo prueban los grandes fragmentos de muralla que pueden verse. Esta torre fue construida por Guillermo el Conquistador, y me interesa mucho porque aquí fueron decapitados dos grandes santos y mártires, cuyo triunfo celebra la Iglesia el 22 de junio. Me refiero a Juan Fisher y Tomás Moro. Lo único que ha quedado de Tomás es su cabeza, que su hija imploró a los ejecutores. Actualmente, ésta se guarda en la catedral anglicana de Canterbury.

Di varias vueltas alrededor de la Torre y me fijé sobre todo en dos cosas: La Torre de la Campana de principios del siglo XIII, donde permanecieron encerrados Juan Fisher y Tomás Moro hasta su decapitación. También observé un pasadizo de agua, a través del cual antiguamente se obligaba a los prisioneros a entrar a la Torre; entre éstos, además de los ya nombrados, estuvieron Ana Bolena y Catherine Howard (ambas esposas de Enrique VIII). Se ingresaba desde el río Támesis por una puerta sobre la cual se leía *Traitor's Gate* (Puerta de los traidores).

Vino a mi memoria la carta que le escribió Tomás Moro a su hija Margarita antes de morir, en la que habla de su confianza en la bondad de Dios y de su esperanza en que el Altísimo inspirara al rey para que no fuera más allá de mantenerlo encerrado. Cito una parte: *Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor.*

Vi también el lugar donde estaba situado el patíbulo; a ese lugar lo llaman *Green*.

También fuimos a la abadía de Westminster, construida por Eduardo el Confesor sobre un monasterio benedictino. Aquí están enterrados muchos soberanos ingleses y también es aquí donde son coronados aun en la actualidad. La abadía fue punto de partida de las peregrinaciones a Canterbury y a los lugares sacros de santo Tomás Becket. Este santo, nacido en 1118, fue clérigo en Canterbury y canciller del reino. Elegido obispo, defendió con valentía los derechos de la Iglesia contra el rey Enrique II. Fue desterrado a Francia y una vez vuelto a su patria, fue muerto en la catedral por los hombres del rey.

Decía antes que en la abadía comenzaban las peregrinaciones hacia Canterbury, donde estaba el cuerpo del santo; pero en la época de la Reforma, su tumba fue destruida por haber sido opositor del rey.

La abadía posee gran número de sepulcros y monumentos de personas ilustres de varias épocas. Delante de la entrada principal se ven las losas del *Soldado desconocido*, de Winston Churchill y de su colaborador en el Gabinete de Guerra, sir Clement Attlee.

El presbiterio, separado por una crujía, es el lugar de coronación de los reyes.

Visita al Papa

Este viaje llega a su fin con una cosa muy importante para coronarlo: la audiencia con el Papa. Con el *ticket* que conseguí ayer y gracias a la intervención espontánea de monseñor Leonardo Sandra, mi antiguo compañero de seminario, pude ingresar en la Sala Nervi; una vez allí me senté muy cerca del Papa.

Leyeron un texto de los *Hechos* que el Papa comentó luego en diferentes idiomas. Cuando terminó, comenzó a saludar, y al llegar a mí me preguntó de dónde era:

- ¡De San Miguel! – dije yo.
- ¿San Miguel en Brasil?– me preguntó.
- No, San Miguel de Argentina.
- Lo bendigo a Ud. y a los suyos.

Y siguió saludando...

ISRAEL - 1994

Estoy otra vez en Jerusalén, y en esta ocasión fui directamente a la iglesia del Santo Sepulcro; besé el lugar donde estuvo la cruz del Señor, así como el mármol que cubre su sepultura. Inmediatamente celebré misa en la capilla donde la tradición sitúa el encuentro de Jesús con su madre.

En la sacristía, una piedra llevaba inscripto: *De Boullon a Jerusalén, una piedra de su castillo, a vuestro duque Godofredo Aove, del santo Sepulcro, que en estos muros él reposa en paz.* Godofredo fue el jefe de la primera cruzada.

Tenía interés en llegar al Instituto de la Flagelación, donde me encontraría con un fraile amigo, Daniel Becerra. Mientras iba recorriendo la Vía Dolorosa, entré en una casa religiosa de las *Petites Soeurs*. En ese lugar se señala la VI estación, donde la Verónica enjugó el rostro de Jesús. En una placa se lee: *4 de enero de 1964. El papa Pablo VI peregrinó y oró en este lugar, donde la tradición conmemora el encuentro de la Verónica con Cristo.*

Pensaba en Jesús, con la pesada cruz, atravesando este trayecto de camino que va de la Fortaleza Antonia hasta el Gólgota; ni un lamento, ni un grito, ninguna rebelión contra Dios, tampoco una queja contra los hombres que lo habían mandado a crucificar; ni siquiera contra los amigos que lo habían abandonado.

Sobre su vía dolorosa, Jesús quiere vernos a nosotros sus seguidores llevando también nuestra cruz con un *Sí, Padre* pero con la esperanza de la meta: la Vida Eterna.

Mientras esperaba la hora de almorzar con los padres franciscanos, me hice una escapada a la piscina de Bethseda, donde conversé con uno de los *padres blancos*, quienes hicieron las excavaciones aquí. A esta piscina, llamada *de las ovejas*, venía antiguamente toda clase de enfermos porque se pensaba que las aguas tenían virtudes curativas; debía estar alimentada por una fuente subterránea intermitente, que producía un borbotear, atribuido a un ángel.

El padre me hizo ver el lugar donde probablemente Jesús curó al paralítico (hay un cartel en inglés que así lo refiere).

Vi restos de un templo romano de la época de Adriano dedicado a Esculapio. Adriano quiso construir sobre Jerusalén una ciudad pagana llamada la Aelia Capitalina. También pude ver lo que queda de la basílica bizantina y de la de los cruzados.

Mañana comenzaré un curso sobre arqueología bíblica...

Clase de arqueología

Esta mañana llegué puntual al Instituto Bíblico de la Flagelación para asistir al curso del P. Pietro Kaswalder, que se iba a dictar en italiano; éramos ocho alumnos.

Durante la primera hora, nos habló de excavaciones hechas en Isbet Sartah. Gracias a ellas se sabe que ese lugar estaba habitado en el siglo XIII a.C. Explicó cómo era la ciudad, las casas, los patios, establos, etc. Nos mostró fragmentos de documentos escritos, que serían los primeros en tierra de Israel. También nos mostró fotografías. Luego de esta introducción, bajamos al Museo de la Flagelación, y fuimos recorriendo las diversas salas:

1. Sala de Nazareth. La ciudad de Jesús ha sido objeto de mucha investigación y se sabe que estaba habitada por lo menos desde el 1200-1300 a.C. Se extendía sobre una colina, que hoy está ocupada en gran parte por la basílica de la Anunciación, el convento franciscano y la iglesia de San José. Sobre la pequeña gruta de la Anunciación se construyeron cuatro iglesias: la paleocristiana, lugar del cristianismo primitivo, del cual quedan rastros en las inscripciones de grafito hecha por peregrinos; luego la iglesia bizantina, y más tarde la cruzada, de la que se ven cinco capiteles descubiertos en 1909; finalmente, la actual basílica, construida en 1955 sobre las otras tres.

2. Sala de Cafarnaúm: Aquí me interesaron sobre todo dos cosas: la ínsula sagrada (la casa de Pedro) y la sinagoga. La casa de Pedro fue venerada desde el período romano y durante el período prebizantino se la rodeó con un muro y se convirtió la parte central en un santuario; ya en el período bizantino se construyó allí una iglesia octogonal. Hoy por hoy esta última fue reemplazada por otra construida por los franciscanos.

En cuanto a la sinagoga, la actual –de piedra calcárea blanca– es del siglo IV. En un muro hay una inscripción que dice que fue construida sobre las ruinas de la sinagoga de Jesús (que era de piedra basáltica).

Después de celebrar misa en el Santo Sepulcro, me encaminé a pie hacia la iglesia patriarcal de Santiago el Mayor, en el barrio armenio. Aquí es donde Santiago fue decapitado en el año 44 por orden del rey Herodes Agripa I, nieto de Herodes el Grande.

Llegué en plena ceremonia litúrgica y así pude observar el amor con que esta comunidad ortodoxa glorifica a Dios. Pensé cuántas cosas nos unían y qué pocas nos separaban. Como no podía entender lo que decían, me dediqué a mirar la maravilla de este templo, en el que principalmente llamó mi atención una antigua *seggiola* –silla– de la cátedra de Santiago, que la devoción de los fieles venera como aquella en la que el apóstol predicaba. Y también una capilla ricamente decorada, situada en el lugar donde habría sido decapitado ese apóstol.

Al salir pregunté a un sacerdote armenio si era posible conocer la casa de Anás y el olivo donde según la tradición fue atado Jesús para ser interrogado, pero me contestó que no (¿será esto lo que nos separa?).

Acordándome de Almafuerte y aquello de *no te des por vencido, ni aun vencido* empecé a pensar cómo podía hacer para llegar a la casa de Anás. Se me ocurrió ir al Museo Armenio contiguo a la iglesia y hablé con el encargado, quien amablemente se ofreció a mostrarme todo. Así atravesamos la Biblioteca Patriarcal y pasando delante del seminario, bajamos por unas escaleras a un recinto cerrado llamado Der-az zeitun (el convento del olivo). Y allí estaba el olivo de la tradición. En cuanto a la casa de Anás (a donde fue llevado Jesús luego de haber estado atado en el olivo), se cree que estaba en lo que hoy es la iglesia *deglo Angeli*.

Cerca de la catedral de Santiago, pero entrando en el barrio hebreo, vi la iglesia de San Marcos, construida sobre la casa de María, madre de Marcos. Allí llegó Pedro luego de haber sido liberado de la cárcel por un ángel. La iglesia pertenece a la comunidad siriana ortodoxa, que se separó de la fe del Concilio de Calcedonia; es decir que son monofisitas (la naturaleza humana es absorbida prácticamente por la naturaleza divina). Allí me atendió un señor muy amable que me mostró las reliquias del evangelista.

Dejé la iglesia de San Marcos y penetré más profundamente en el barrio hebreo; allí se encuentra el palacio de los Asmoneos (descendientes de los Macabeos). En la época de Jesús pertenecía a la familia de Herodes Antipas y ahí fue conducido el Salvador durante su proceso, remitido a Herodes por Pilatos.

Así concluí esta recorrida por la parte norte de la vieja ciudad. He visto lugares relacionados con Jesús o con personas que lo conocieron (amigos o enemigos) y al día siguiente celebré en una capillita en lo que fuera la casa de Lázaro, en Betania. En ella se ven restos de tres iglesias anteriores; una constantiniana, con mosaicos; una segunda que data de antes de la ocupación árabe y luego otra construida por los cruzados, quienes también hicieron un gran monasterio benedictino.

Entré luego en el santuario donde estaba celebrando el padre Ignacio Peña (la misa era en árabe). Pensaba en las palabras de Jesús a Marta: *Te preocupas por muchas cosas y pocas son necesarias*. Este es el ideal, la mejor forma de vida en esta tierra, y recordé a los grandes maestros que hablan de la contemplación: por supuesto, los monjes del desierto, además de Juan Casiano y san Agustín. Y pensé que sus doctrinas estaban inspiradas en el diálogo de Jesús con Marta.

Comencé a subir la ladera oriental del Monte de los Olivos, pasando por la tumba de Lázaro. El recorrido se hace en veinte minutos hasta llegar a Betfagé. Este es el camino que iba de Jerusalén a Jericó. ¡Cuántas veces lo habrá recorrido Jesús! Y aquí es donde Marta salió en busca de Jesús, para contarle de la muerte de su hermano. Desde aquí Jesús comenzó la procesión de Ramos.

Pasé luego por la iglesia del Pater Noster pero estaba cerrada.

Clase de tipografía bíblica – Getsemaní

Llegué al Instituto de la Flagelación para mi curso con el padre Lofreda, quien explicaría la tipografía del templo de Jerusalén. Lamentablemente tuvo que hacerlo sin diapositivas, ya que la luz estaba cortada en ese sector de Jerusalén.

Comentó el padre que en la parte sur del templo había un gran edificio, precisamente donde David comenzó a construir la ciudad. En el período asmoneo había un gran edificio con cisternas. El de abandono que sufrió durante el período romano se compensó en la época bizantina con grandes construcciones (entre ellos, monasterios con seiscientas monjas). Fue destruido en el 614 por los persas y después cayó en poder del imperio otomano. También hizo consideraciones interesantes acerca de la construcción del templo de Salomón y del templo herodiano.

Hicimos un corte para almorzar luego del cual la clase seguiría en el Muro de los Lamentos; entretanto, yo aproveché para ver cosas. Llegué a Getsemaní (de *Gath-schemani*, que significa prensa de aceite) e ingresé en la penumbra violácea y triste de la nueva basílica. Tuve las mismas sensaciones que en mi visita anterior y así mis pensamientos se dirigieron hacia la angustia y el sufrimiento de Cristo y en él a la de todos los hombres: *Padre, por qué me has abandonado*. La única respuesta está en la voluntad de Padre Celestial que es el único que sabe lo que conviene.

Finalmente se hizo la hora de continuar el curso y nos reunimos como habíamos acordado. El muro es la pared occidental del templo de Herodes, que Jesús frecuentó. Se ven las piedras alargadas de ese período, que alternan con algunas de la época bizantina. El padre comentó que entre el muro y los restos de negocios pasaba una vía que iba a la fuente de Siloé donde Jesús curó al ciego de nacimiento.

Fuimos a la parte sur, donde estaba la escalinata por donde se entraba al templo desde el Ofel. Posiblemente por esas escalinatas subieron María y José para presentar al Niño en el templo. Bajando, nos encontramos con ruinas del período bizantino. Según dijo Lofreda, en esa zona estaba anteriormente

el palacio de la princesa Eudoxia y después sobre él se construyó un gran monasterio.

La tarde era desapacible, lloviznaba y yo me sentía afiebrado así que me despedí y me fui al albergue.

La gruta de Jeremías – Las cuevas de Salomón

Durante la tarde fría pero soleada, comencé a bajar hacia la puerta de Damasco, en el norte de la ciudad. Esa zona es palestina y así se ven hombres y mujeres que venden comida árabe, entre otras cosas.

Muy cerca hay una estación de ómnibus y allí según la leyenda lloró el profeta Jeremías, al ver su ciudad invadida por los caldeos. Seguramente alguno me diría que no se puede saber dónde lloró el profeta y que es aventurado afirmar que fue en ese lugar. Y yo contestaría que en algún lugar de Jerusalén fue, porque allí predicaba sobre todo, y no está mal recordar el hecho en algún lugar. La leyenda dice que fue aquí, y bueno, por aquí será.

Casi frente a la estación de ómnibus hay unos muros de piedra llamados *las cuevas de Salomón*, de donde según la leyenda se habrían sacado las piedras para la construcción del primer templo.

El período salomónico fue uno de gran apogeo; las descripciones bíblicas de que, por ejemplo, Salomón logró que la plata fuera en Jerusalén por su abundancia como las piedras y los cedros como los sicomoros que crecen en la Sefelahah, son desde luego hiperbólicas, pero no obstante reflejan la impresión que produjo a las generaciones siguientes aquel período de prosperidad, cuyas obras más importantes fueron el templo, el palacio del rey y el millo (un terraplén que nivelaba la colina cerca del templo y del palacio).

Con la conversión de Jerusalén en ciudad santa y centro religioso nacional, los sacerdotes y levitas ocuparon un puesto sobresaliente en la vida de la población y otro tanto puede afirmarse de los cantores, entre cuyas obligaciones se cuenta la de consagrarse a las cosas de Dios para exaltar su poder, con acompañamiento de címbalos, salterios y cítaras para el servicio de la casa de Dios. Así se sumó a la ciudad un movimiento de creación.

Volví bordeando las antiguas murallas y pasé por la puerta de Damasco, llamada por los árabes *Bab el Amud* porque los romanos en la reconstrucción de Jerusalén colocaron aquí el foro dominado en el centro por una imponente columna.

Nazareth

Esta mañana dejé Jerusalén para dirigirme a Nazareth. Pasé por Betania y volví a ver por la posada del buen samaritano; había estado allí en 1992, como ya conté. También estuve en el sitio donde Jesús fue tentado tres veces. Seguí subiendo en dirección a Galilea, con el Jordán a mi derecha. Pasé por Beth Semes, lugar donde estuvo colgado el cadáver de Saúl, luego de su derrota a manos de los filisteos. Finalmente llegué a Nazareth, la ciudad de la flor.

Allí me recibieron los padres franciscanos, a algunos de los cuales conocía de mi viaje anterior. Llovía mucho cuando salí después de almorzar con el padre Ángel para el lago de Jesús. Pasamos por Caná y luego llegamos a Corozáin, donde vimos la sinagoga a medio construir. De allí nos dirigimos a Betsaida Julia, cruzando el Jordán. Se trata de una zona muy bonita, llena de eucaliptos y otros árboles que forman bosques; ése es el lugar de la segunda multiplicación de los panes. Luego tomamos hacia Golán y finalmente llegamos al lago; bordeando la llanura de Genosar, llegamos a Magdala y allí emprendimos el regreso a Nazareth.

Lago de Jesús

Esta mañana me levanté temprano y a las siete estaba celebrando en la gruta donde Gabriel se apareció a María. Cuando me encontré con el padre Ángel, me dijo que estaba cansado por la excursión de ayer así que no saldría conmigo (recordemos que este padre tiene 80 años), de manera que comencé mi recorrido solo.

En primer lugar, fui al Monte de las Bienaventuranzas; en la cúpula de una iglesia que hay allí pude leer las ocho bienaventuranzas. Luego fui a unas excavaciones en la que se descubrió un pequeño santuario sobre una gruta.

Se discute si la predicación de las bienaventuranzas fue allí o en la iglesia que recién había visitado.

Fui a Taghba, escenario de la primera multiplicación de los panes. Me puse a hablar con los padres benedictinos que allí se encontraban y ellos me dijeron que en tiempos de Jesús este lugar se llamaba probablemente Magadan (aguas de fortuna) y era indudablemente un paraje desierto al borde del mar, a donde Jesús tenía costumbre de retirarse.

Durante los primeros siglos, los cristianos de Cafarnaúm (a tres kilómetros de allí) se transmitían de padres a hijos los recuerdos de Jesús y lo ligaban a tres peñascos importantes: El primero, al borde de la vía Maris, recordaba la primera multiplicación de los panes; al otro lado de la carretera, una gruta cavada en la roca evocaba la proclamación de las Bienaventuranzas, y una tercera roca cerca del mar rememoraba la aparición de Jesús resucitado a Pedro y a sus compañeros.

Sentado mirando hacia el mar de Galilea, pensé en la multiplicación de los panes, en la misericordia del Señor que se había compadecido de esa multitud; en esa anticipación de la Eucaristía, signo a la vez de su poder.

Al fin llegué a Cafarnaúm, la ciudad de Jesús, y allí me encontré con Levy, quien fuera nuestro guía el año pasado, en la peregrinación que hicimos con el grupo de San Miguel. Nos abrazamos y nos quedamos charlando un rato.

Luego me senté junto a la sinagoga y saqué mi Biblia para leer todos los textos que hablan de Jesús en Cafarnaúm, mientras miraba a la gente pasar en grupos. Para dar una idea de cómo eran las casas en ese tiempo, puedo decir que –según sé por el libro del padre Lofreda– los muros eran contruidos con bloques de basalto y reforzados en los intersticios con piedra menuda y barro. Sólo para las puertas y las ventanas así como para alguna columna de sostén se usaban bloques tallados.

La parte más espaciosa de la casa era el patio donde estaba el horno circular hecho de tierra refractaria, además de molinos para el grano y la escalera para subir a la terraza (esto me recuerda al paralítico que fue subido al techo - Mc. 2, 1-12). En torno del patio abierto se disponían humildes celdas que recibían luz a través

de una serie de aberturas o ventanas bajas. Aquí es donde vivió Jesús, pobre entre los pobres, durante un año y siete meses, según se calcula.

Se hacía tarde y tuve que dejar la Cafarnaúm de Jesús, lugar donde nos dejó la anticipación de su Eucaristía en su discurso del pan de vida (Jn 6, 24-63). Gracias a esa Eucaristía podemos seguir peregrinando a través de la vida.

No podemos caminar, con hambre bajo el sol; ¡danos siempre el mismo pan, tu cuerpo y sangre, Señor!

Templo

Hoy es mi último día en Jerusalén y, tras despedirme de las autoridades del Instituto Bíblico y de mi amigo fray Daniel Barrera, me fui a dar un paseo más por esta tierra que tiene tanto para decir. El día era luminoso y yo caminaba lentamente; crucé las puertas de las ovejas, rodeé el valle del Cedrón y entré en el Templo.

Quedé sentado frente a la mezquita Al-Aqsa, en la parte sur de la explanada del Templo. Vi en la parte sudoeste el pináculo del Templo donde tuvo lugar la segunda tentación de Jesús, en la que el Maligno lo instó a arrojarle hacia abajo diciéndole que si era el hijo de Dios no sufriría daño, porque así estaba escrito. A lo que Jesús respondió: *También está escrito: “No tentarás al Señor tu Dios”*, rechazando el mesianismo de opulencia, de gloria y de poder humano. Luego caminé hacia la imponente mezquita de la Roca (Qubbet as-Sakhra), dentro de la cual está la Roca de Moría, donde Abraham iba a sacrificar a su hijo Isaac por orden de Yahvé. ¿Habría estado justo aquí el famoso templo de Herodes?

Seguí recorriendo el Templo y vi el atrio de los gentiles, de donde Jesús echó a los mercaderes (*No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado*). Imaginé el patio de las mujeres, con el gazófilo donde se ponía el dinero de las donaciones. Allí Jesús vio a unas mujeres ricas echando donativos y vio también a una viuda pobre que puso dos moneditas y dijo: *De verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos, porque éstos han echado de lo que les sobra, pero ésta ha echado de lo que necesita para vivir*.

En el atrio de los hombres estaba el altar reservado a los holocaustos, donde seguramente tuvo lugar la visión de Zacarías (Lc 1, 8-22). Y así llegué a las dos salas más importantes: el Santo, donde se conservaban el célebre candelabro de los siete brazos (*Menorhá*), la mesa con los panes de la propiciación y el altar del perfume; y el *Sancta sanctorum* donde estaban las Tablas de la Ley, que desaparecieron con la destrucción del templo en 587, *¿Veis todo esto? Yo os aseguro, no quedará piedra sobre piedra que no será destruida*, profetizó Jesús. Estas dos salas estaban separadas por un velo; el que se rasgó cuando murió Jesús.

Me retiré hacia el este de la explanada desde donde se ve el Monte de los Olivos. Allí estaba el pórtico de Salomón, donde fue traída frente a Jesús la mujer adúltera. También ése es el lugar del encuentro de Jesús niño con los doctores de la ley.

En estas cosas pensaba cuando un guardia me indicó que tenía que irme porque cerraban el templo. Salí por una puerta que me dejaría en el Santo Sepulcro mientras, imitando a María, trataba de conservar todas estas cosas en mi corazón.

Roma – Audiencia papal

Hace dos días que estoy en Roma y ayer pude concurrir a la audiencia papal en el Vaticano. Me encontré con varios grupos de Argentina y entre ellos uno con el que había coincidido antes, en Israel. El Santo Padre habló de la unidad de los cristianos (la próxima es la semana de oración por la unidad de todos los discípulos de Jesús).

Hace unos días yo había estado en el lugar donde Jesús le dio el poder a Pedro: se trata de Banyas, otrora Cesarea de Filipo, ubicada en la parte superior de Galilea. Allí hay una gran piedra, de la cual surge una de las fuentes del río Jordán. Este lugar estaba consagrado al Dios Pan (deidad caprina naturalista, pastoril). Se ve que Jesús en una de sus recorridas apostólicas llegó de Cafarnaúm hasta Cesarea de Filipo (unos 50 Km. en línea recta). Y allí, frente a la roca y la surgente del Jordán, Jesús dijo: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia. A ti te daré las llaves del reino de los cielos y todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo y todo lo que tú desates en la tierra será desatado en el cielo* (Mt 16, 13-20).

Santa María Goretti

Corría el año 1950 y yo estaba en segundo año de mi bachillerato cuando llegó a mis manos el diario oficial del Vaticano, *L'Osservatore Romano*; en la portada leí que el papa Pío XII había proclamado santa a una niña llamada María Goretti que tenía sólo doce años cuando murió. Recuerdo que decía que en el año 1902, puesta en trance de defender su castidad, esa niña había preferido morir antes que pecar: el joven que atentaba contra ella puso fin a su vida con un punzón.

Hoy había decidido llegar a los lugares donde vivió y murió María Goretti. Su cuerpo está sepultado en Nettuno, una población balnearia cerca de Anzio, a unos sesenta kilómetros al sur de Roma. Entré con unción en el santuario llamado Nuestra Señora de las Gracias; allí en la cripta está su cuerpo.

Supe por un padre que los hechos habían ocurrido cerca de Le Ferrieri y fui allí. Es una zona de llanura y viñedos. Vi en su casa la habitación donde dormía la niña, la habitación de sus hermanos y la cocina en la que ocurrieron los hechos; allí hay una verja con flores que indica el lugar donde fue herida mortalmente. Estuve leyendo en un libro sobre María Goretti el testimonio de su asesino Alessandro. Leí también que ella murió perdonándolo y deseando que él también pudiera alcanzar el paraíso.

San Felipe Neri

Hoy fui a saludar a los jesuitas argentinos que están en el *Gesù* de Roma. Me encontré con el hermano Mario Rauch a quien conocía del Colegio Máximo de San Miguel. Me contó que san Felipe Neri vivió y murió en lo que hoy es la *chiesa* de Santa María in Vallicella. Cuando entré allí había un novicio con un grupito de señoras rezando el rosario; tuve que conformarme con ver el cuerpo de Felipe a través de la rendija de unas tablas porque estaban remodelando esa parte.

Mario Rauch me había dicho también que podía verse las habitaciones del santo, así como la capilla donde celebraba misa siendo ya viejo. Esperé a que terminara el rosario y le pregunté al

sacristán si se podía ver aquello. Entonces el novicio me mostró la capilla con sus paredes rojas, lugar donde por años estuvo enterrado Felipe; también vi la silla donde predicaba. Las habitaciones de san Felipe son una reproducción bastante fiel del lugar donde vivía y consisten en una capilla, un oratorio y su pequeña habitación.

El día de Pentecostés de 1544, después de una larga y fatigosa jornada de ministerio sacerdotal, se sintió invadido de pronto por un impulso de amor a Dios tal que se vio obligado a echarse al suelo. Su corazón se ensanchó con tal violencia que curvó dos costillas. Cuando murió en 1595, su nombre era venerado en Roma como uno de los más insignes de su tiempo y su oratoria era en manos de la Iglesia un instrumento de eficaz y poderoso de apostolado.

La Verna

El monte La Verna es el lugar donde Francisco de Asís recibió los estigmas en el cuerpo. En lo alto hay un monasterio y allí una monjita se ofreció a mostrarme el santuario donde Francisco recibió los estigmas; se trata de una iglesia común, en la que hay algunas reliquias del santo y dentro está la capillita del milagro.

También pasé por la celda que ocupó san Buenaventura, sucesor de Francisco al frente de la orden, y donde escribió su opúsculo sobre el itinerario de la mente hacia Dios.

Me hubiera quedado algunos días en la soledad de ese monte, soledad que invitaba a la unión con Dios y con su creación, pero debía irme. Mientras bajaba la pendiente, veía cómo el sol del mediodía derretía la nieve. Una belleza que me remitió a entonar el cántico de Francisco: *Lado seas por toda criatura mi Señor y en especial lado por el hermano sol que alumbra y abre el día y es bello en su esplendor y lleva por los cielos noticias de su autor.*

Trento

Llegué a Trento desde Asís y me fui rápidamente al castillo del Buen Concilio, que era residencia de los príncipes obispos; hasta el Concilio Vaticano II, por el hecho de haber sido elegido obispo, *ipso facto* se era príncipe. Yo creía que en ese castillo se

había realizado el concilio, pero no es así: éste se realizó en una capilla de la catedral que después visité. Pese a eso, el castillo es muy interesante en sí mismo: sus patios, salones y escaleras son muestra de exquisito arte.

La catedral es un majestuoso edificio de estilo románico lombardo de los siglos XII y XIII. Allí se desarrolló como dije el concilio que duró entre 1545 y 1563, aunque también algunas reuniones tuvieron lugar en la iglesia de Santa María Mayor.

Ya en mi cuarto en la casa del clero, pensaba en la situación previa al concilio: por una parte, la herejía luterana que atacaba principios vitales de la fe católica; a esto se sumaba el hecho de que los príncipes de la época estuvieran muy ocupados en guerras mientras el pueblo cristiano titubeaba y era presa de la incertidumbre; y para completar, el clero no brillaba por aquella virtud y disciplina debidas a sus sagrados deberes. El catolicismo se encontraba así muy atribulado y oprimido.

En este escenario y cumpliendo con el mandato del Señor de apacentar las ovejas, Paulo III convocó el concilio. Los fines eran dos: volver a la genuina fe y revertir la indisciplina del clero y del pueblo cristiano para retornar al espíritu del Evangelio. Así, durante dieciocho años se discutieron temas que habían sido puestos en crisis por Lucero, como el pecado original, la justificación por las obras y no sólo por la fe, la redención, la gracia y los sacramentos.

San Benito de Nurcia – Santa Rita de Casia

Por un camino montañoso llegué a Nurcia, una pequeña ciudad amurallada en cuyo centro está la iglesia que recuerda el lugar de nacimiento de san Benito y santa Escolástica. Bajé a la cripta donde se recuerda esto y no había nadie; todo invitaba al recogimiento y a pensar en la espiritualidad benedictina basada en la soledad y el silencio, en la humildad y en obediencia.

Fui luego a Casia, la tierra de santa Rita, a quien en Argentina se tiene mucha devoción como abogada de causas imposibles. El santuario –muy moderno– se encuentra en la parte más alta de la ciudad; allí está el cuerpo de la santa. Pude ver el monasterio donde profesó como agustina y allí varias pinturas de santos que ella veneraba, así como otra donde se ve la estigmatización de la

santa: hasta su muerte llevó en la frente la herida de una espina de la corona de Cristo. Rita entró en el convento luego de que su marido y sus hijos murieran –los niños murieron de peste; el marido, apuñalado–. Así es como Rita pasó por los distintos estados a los cuales Dios la llamó: esposa, madre y consagrada. En todos fue fiel, con una fidelidad que se llama *voluntad de Dios*.

París

Llegué a la *Ciudad Luz* un atardecer, precisamente en medio del tremendo tráfico de la vuelta al hogar, y rápidamente me alojé en el *foyer* sacerdotal de los padres eudistas. Al día siguiente fui con mi amigo y compañero de seminario padre Daniel Zaffaroni a ver parte de París. Así, estuvimos en la Sorbona, fundada en 1523 como colegio para estudiantes pobres. En la iglesia de la universidad se ve la tumba en mármol blanco del cardenal Richelieu. Esta tumba fue violada en 1794 por fanáticos de la revolución; el cuerpo reposa nuevamente allí a partir de 1971.

El Panteón fue construido por Soufflot a pedido de Luis XV, quien habiendo enfermado gravemente hizo el voto de construirlo si se curaba. En la época de la revolución se cerró al culto y se convirtió en lugar de reposo de los cuerpos de los grandes hombres de la época de la libertad francesa, según reza el letrero. Allí están Voltaire y Rousseau entre muchos otros.

Cruzando la calle está la iglesia de St. Etienne-du-Mont, donde está enterrada santa Genoveva, patrona de París. Esta santa, frente al terror de la población provocado por la inminente invasión de Atila, calmó a todos diciendo que la ciudad sería protegida por Dios. Y así fue: los hunos se retiraron hacia Orleáns. Allí están enterrados también Pascal y Racine.

Cerca del mediodía nos dirigimos a un barrio llamado *La Cherche midi* donde me interesaba ver la *Chapelle St. Vincent de Paul* y la de la Medalla Milagrosa. Me emocionó ver la tumba de san Vicente porque su vida me apasionó desde chico. Fue vendido como esclavo en Túnez y ya de regreso en su patria, al cabo de un tiempo hizo voto de consagrar su vida a los pobres. Como no podía llegar a todos, fundó la Congregación de la Misión y luego,

junto con santa Luisa de Marillac, la Congregación de las Hijas de la Caridad.

En la capilla de la Medalla Milagrosa, la Virgen se apareció a una novicia llamada Catalina Labouré, cuyo cuerpo reposa bajo un altar de la capilla. Esto ocurrió en 1830 y en aquella ocasión la Virgen pidió a Catalina que grabara una medalla con el modelo que ella le indicaba, y que ahora todos conocemos: la Medalla Milagrosa, símbolo de la protección maternal de María.

Concluimos el día visitando el cementerio *du Père Lachaise*, que con sus cuarenta y cuatro hectáreas es el más grande y el más interesante de París. Los monumentos de hombres célebres dan a la visita un carácter de peregrinación histórica; allí están los restos de Chopin, Edith Piaf, Oscar Wilde, María Callas, Sara Bernhardt, Ives Montand, entre muchísimos otros.

Terminó nuestro día en Montmartre, la parte más elevada de París, donde, según la tradición, murió san Denis, primer obispo de París, decapitado hacia el año 250 junto con otros mártires.

Ginebra – Calvino

El año pasado había conocido Erfhur, en Alemania oriental, ciudad donde estudió y vivió Lutero. Me interesaba mucho conocer el lugar en el que comenzó el movimiento llamado Reforma. Pero me había quedado la idea de conocer la ciudad de Calvino, otro de los reformadores, y hoy tuve la posibilidad de hacerlo.

En 1536 la Reforma se estableció en Ginebra definitivamente. Calvino la llamaba la Roma protestante y se convirtió en su gobernante; promulgó leyes y acogió a otros reformadores como Marot, Teodoro Bèze o el escocés John Knox. También envió a la hoguera al médico español Michel Servet por disentir con sus ideas.

Conocí una pequeña iglesia llamada *de la Auditoría* donde Calvino enseñaba la doctrina y también lo hacía Knox, según cuentan diversas placas. Tanto esta iglesia como la catedral de San Pedro carecen del Santísimo Sacramento. Sólo hay en el altar una cruz con una Biblia generalmente abierta; como se ve, es la iglesia del Libro y no del Sacramento.

Visité asimismo el monumento de la Reforma, que está adosado a una antigua muralla. Tiene proporciones colosales –más

de cien metros de longitud— y es de una gran austeridad. En el centro, debajo de una divisa que dice *Post tenebras lux*, se ven las estatuas de Farel, Calvino, Béze y Knox. A ambos lados se lee una historia de la Reforma y de sus repercusiones en Europa.

Me hubiera gustado quedarme más aquí para conocer entre otras cosas el centro de la Naciones Unidas, la Cruz Roja y la Oficina Internacional del Trabajo, pero ya caía el sol y quería llegar a Ars.

San Juan María Vianney

Es cierto que ya había estado en Ars otros años, pero aun así me quedaban muchas cosas por conocer; como el río Formans y la estatua que señala el lugar donde según la tradición, el santo, recién nombrado párroco de Ars y queriendo por tanto llegar allí, le preguntó a un pastor cómo hacerlo. Cuando el pastor le hubo contestado, el cura le dijo: *Tú me has mostrado el camino de Ars, yo te mostraré el camino del cielo.*

Durante estos días que permanecí en Ars, de regreso de otros recorridos pasaba cada tarde frente a esa estatua tan sugestiva. El diálogo se palpa en el ambiente; parece que las estatuas tuvieran vida. En la parte trasera del monumento se lee que Antonio Givre —el pastor— murió cinco días después que el cura y según dicen algunos fue durante muchos años su sacristán.

Por supuesto que visité nuevamente la iglesia donde están los restos del santo cura y recordé todo lo que sabía sobre su vida. Volví a ver también sus habitaciones, sus libros... en fin, todo esto lo he contado ya en mi relatos de 1987 y 1991. Aun así, me dio mucho gusto poder ver eso nuevamente.

Paray-le-Monial

En un domingo soleado dejé Ars para ir a la ciudad de santa Margarita María Alacoque, Paray-le-Monial, lugar que por distintos motivos no había podido conocer ninguna de las veces que había estado en Francia anteriormente.

El paisaje del camino era hermoso: valles, pasturas de verdor profundo, pequeños castillos, granjas, *Y por la hermana tierra, que es toda bendición*, dijo san Francisco.

Llegué cerca del mediodía y me dirigí a la basílica. ¡Qué maravilla! Todo empezó con un monasterio fundado en 971 junto al cual se construyó en el siglo XI esta obra maestra del arte románico. Cuando entré, estaba terminando la misa; había bastante gente. Pero yo estaba interesado sobre todo en la capilla de las Apariciones, ubicada a unos cien metros de allí.

En esta iglesia nuestro Señor reveló su corazón a santa Margarita María. Tal es la inscripción sobre la fachada de la Capilla de la Visitación. Al fondo del altar mayor, se ve una pintura que representa la segunda gran aparición (1674): Cristo con los brazos abiertos en cruz, pero resucitado y vestido de un manto de gloria, muestra a Margarita María con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, especialmente la llaga del corazón, que difunde por todas partes su luz de amor. Sin embargo, el rostro de Cristo está impregnado de tristeza: su amor no es correspondido. Margarita María contempló la aparición, acogió el mensaje de Cristo y se dio a ese corazón que tanto había amado.

En un altar lateral está la urna donde reposan los restos de la santa, bajo una efigie que la representa junto a inscripciones de varias de las palabras que Jesús le dijo.

A la salida, vi un audiovisual muy interesante que resume la vida de la santa y describe las apariciones.

Promediando la tarde dejé la *ciudad amada del cielo*, como la llamaba León XIII. Nuevamente aparecieron los valles profundamente verdes, los pueblitos con las torres de las parroquias sobresaliendo, las casitas con sus chimeneas humeantes, los animales pastando, algún río que serpenteaba, las suaves colinas...

Y llegué al Subiaco, lugar importante para mí porque fue donde san Benito, luego de permanecer tres años en una gruta que allí se encuentra, llegó a la idea de la orden que fundaría. De eso ya he hablado bastante en mis viajes anteriores, pero ahora he podido conocer la cueva, así como el convento benedictino, el rosal de san Benito y algunas otras cosas que recuerdan el periplo del santo.

Foros imperiales de Roma

Quise conocer –lo que aún se puede– la ciudad en la que vivieron los primeros cristianos; aquí fue donde poco a poco se

introdujeron en ese mundo pagano, transformándolo de tal modo que hoy Roma es cristiana.

Entré en la zona del foro Romano y del Palatino donde está el imponente arco de Septimio Severo, erigido en el año 203 para celebrar la victoria sobre los partos y la anexión de la Mesopotamia como nueva provincia. También vi la tribuna de los oradores (que en la república no estaba aquí sino en el área de la actual Curia), donde muchos maestros hablaron, entre ellos Cicerón; allí denunció a Marco Antonio en las famosas *Filípicas*; por esto fue perseguido para finalmente morir asesinado por los sicarios de Antonio. Su cabeza y sus manos fueron expuestas en la tribuna. También aquí fue cremado el cuerpo de Julio César. En el lugar se construyó una columna y un altar en su memoria, pero fueron rápidamente destruidos por los adversarios. Al poco tiempo Octavio Augusto construyó un templo consagrado al emperador divinizado.

Frente a lo que queda de él estuve hoy, pensando en los primeros cristianos en Roma, en cómo había aquí una comunidad cristiana aun antes de que Pablo arribara (cerca del año 60).

Probablemente ya había cristianos aquí durante el reinado de Claudio (41-54). Al terminar el siglo, la Iglesia estaba más organizada, aunque permanecía en la ilegalidad. La primera y muy violenta persecución fue obra de Nerón, en el 64 (en ella murieron Pedro y Pablo). Pero hubo muchas otras; entre las más terribles estuvieron la de Decio (249-251), Valeriano (253-260) y Diocleciano (284-305). No fue sino hasta el edicto de Milán (313) y la conversión de Constantino (314) que la Iglesia pudo disfrutar de libertad, por la gracia, la intervención divina y el testimonio de tantos mártires.

Me llamó mucho la atención el santuario de Venus así como el templo de las vestales, vírgenes que custodiaron el fuego público y la figura de la diosa Vesta. Estas vírgenes vivían en una amplia casa hasta el fin de sus días; ellas provenían de familias patricias y eran iniciadas en el culto a los dieciséis años. Tenían férreas reglas: eran sepultadas vivas si violaban el voto de castidad y severamente castigadas si dejaban apagar el fuego sagrado. Pensé cuánto de esto hay en nuestra institución de vírgenes cristianas.

Cuando empezó a caer el sol y a notarse mucho el frío pasé al Palatino, donde vi los restos de la *Domus Augustana* (no es la casa de Augusto sino la residencia privada de los emperadores). Se ven restos de habitaciones y peristilos (patios porticados, con jardines y piscina); todo da una impresión solemne y fastuosa.

También vi la *Domus Flavia*, con el *lararium* o santuario de los dioses lares, así como la sala del trono con estatuas colosales en los lados y la basílica donde el emperador administraba justicia. Desde un balcón del palacio de Tiberio vi el Circo Máximo, lugar donde Nerón comenzó intencionalmente el fuego que se propagó en Roma, con el fin de acusar a los cristianos. Nerón se consideraba a sí mismo un actor: *¡Qué artista muere conmigo!*, dijo al suicidarse.

Catacumbas – San Gregorio Magno

Ahora en el aeropuerto esperando volver a Buenos Aires, escribo y recuerdo. Ayer estuve en la *Via Antica*, donde está la mayoría de las catacumbas; me dirigí a la de San Sebastián, que es la más antigua y conocida. La palabra catacumba designa un cementerio subterráneo formado por distintas galerías, unas arriba de otras. Cuando una galería estaba completamente ocupada, se hacían excavaciones más abajo; por eso es que lo más antiguo es siempre lo de arriba.

En los primeros siglos no existían cementerios cristianos; algunas familias patricias favorables permitían a los cristianos enterrar a sus difuntos en cementerios privados. A comienzos del siglo III nacieron las catacumbas y como en esos siglos se dieron muchas persecuciones, muchos mártires fueron enterrados allí (pero sus cuerpos fueron trasladados posteriormente a distintas iglesias).

Las catacumbas entraron en desuso y fueron abandonadas cuando el cristianismo dejó de ser clandestino, pero la de San Sebastián permaneció siempre como meta de peregrinaciones; allí se ve una de las flechas que lo hirieron, así como los pies de Cristo que quedaron grabados en la piedra, según la leyenda del *Quo Vadis*.

Me dirigí luego a la de Santa Domitila en la que también fueron enterrados muchos mártires y en la que hay asimismo muchos símbolos cristianos como la paloma, el pez y el áncora.

Visité también la iglesia de San Gregorio Magno (construida, según dicen, sobre la casa de Gregorio). Allí pude ver varias de sus reliquias, guiado por un monje camaldulense que luego me regaló libros sobre la espiritualidad de su orden.

Y así, muy agradecido a Dios y a todos los que me ayudaron, terminé mi viaje.

INDIA E INGLATERRA - 1995

Londres

Hace varias horas que llegué de Buenos Aires, en un vuelo en el que tuve como compañeros de asiento a un matrimonio noruego; ella era luterana. Al hablar con ella pensé en la pregunta que le hizo el periodista Vittorio Messori a Juan Pablo II en el libro *Cruzando el umbral de la esperanza*.

Si el Dios que está en los cielos, que ha salvado y salva al mundo, es uno solo y es el que se ha revelado en Jesucristo, ¿por qué ha permitido tantas religiones? ¿Por qué hacernos tan ardua la búsqueda de la verdad en medio de una selva de cultos, creencias, revelaciones, diferentes maneras de fe, que siempre y aún hoy crecen en todos los pueblos?

La respuesta del Papa es que todas las religiones tienen un elemento fundamental en común y una misma raíz, sobre todo en el deseo de un último fin que es Dios. No niega las diferencias, pero va más a lo que nos une que a lo que nos separa.

Nueva Delhi

Tomé el avión a Nueva Delhi, y durante el viaje de ocho horas conversé con un indio tocado con su turbante. Cuando me presenté le dije que era argentino, y el indio me habló de Maradona. Me dijo que en la India no practicaban mucho el fútbol y sí *cricket* y algo de boxeo. Luego me explicó algunas cosas como por ejemplo que la azafata –también india– tenía pintado un punto negro entre las cejas porque practicaba la religión hindú. Él, en cambio,

pertenecía a la *sikhs*, cuyos fieles usan turbante; en el avión había varios con turbantes y también mujeres con vestidos largos y muy coloridos.

En el aeropuerto me encontré con Raj Giriraj, de la casta de los *sharma*, quien iba a ser mi guía en la ciudad, que era su lugar natal. Enseguida, nos dirigimos al centro; me llamó la atención el fuerte contraste entre la pobreza extrema de algunos barrios y el lujo de ciertas casas.

Mi guía me habló de las castas que dividen la sociedad india: en lo más alto, están los *brahmanes*, que se creen dignos de culto cual si fueran dioses. Después de ellos viene la casta de los guerreros, o *kxatrigas*, luego los *vaisyas* –comerciantes y agricultores– y por último los *sudras*, condenados a servir a las castas superiores toda la vida. A estos últimos se los considera impuros y se les encomiendan los trabajos más humildes. Hoy por hoy las dos castas intermedias han desaparecido prácticamente y sólo quedan los *brahmanes* y los *sudras*. Pero dentro de estas dos castas hay no pocas divisiones o castas menores. Algunos *brahmanes* extremistas se consideran deshonrados si un *sudra* se les acerca a menos de veinte pasos.

Muy lejos está tal concepción de vida de la del cristianismo, para el cual todos somos imagen y semejanza de Dios, todos somos criaturas, todos hemos sido redimidos por la sangre de Cristo, quien murió por todos, todos tenemos un padre en común –y por tanto somos hermanos– y todos tenemos un fin en común: *veremos a Dios tal cual es* (1 Jn 3,2).

Mi guía me preguntó por mi profesión, a lo que respondí que era sacerdote católico. También le interesó saber por qué los sacerdotes católicos no se casan, y le dije que todos los ministros ordenados en la Iglesia latina son ordinariamente elegidos entre hombres creyentes que viven como célibes. *Hay eunucos, que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos* (Mt. 19,12). Ellos están llamados a consagrarse totalmente a Dios y a sus cosas. *Yo os quisiera libres de preocupación. El no casado se preocupará de las cosas del Señor y de cómo agradar al Señor* (1 Cor. 7,32). Tras lo cual mi guía me comentó que su abuelo fue sacerdote brahmán.

Tumba musulmana: Minaret. Mezquita musulmana

Estuve frente a la tumba de Humayún, precedente arquitectónico de Taj Mahal. Este Humayún era hijo de quien fundó el imperio mogol en la India, Zahiru de Din Muhámad Báber. Su esposa Hamilda Begun mandó construir este mausoleo.

La tumba data del siglo XVI y la arquitectura es típicamente musulmana. ¡Las pirámides egipcias me parecen una sombra frente a esto!

Vi el minarete más alto que he conocido; tiene unos setenta y dos metros de altura. La mezquita fue edificada con los mismos materiales de los templos hindúes destruidos; quien construyó este complejo se llamaba Iltutmish. Pensé en la religiosidad de los musulmanes: su fidelidad a la oración. La imagen del creyente de Alá que, sin preocuparse ni del tiempo ni del lugar, se postra de rodillas y se sume en la oración es un modelo para los confesores del verdadero Dios, en particular para aquellos cristianos que, desertando de sus maravillosas catedrales, rezan poco o no rezan en absoluto.

Templos brahmánicos. Templos budistas

Al dejar el mundo musulmán de Delhi nos dirigimos al principal templo brahmánico de la ciudad, al que nos introdujimos luego de dejar nuestros zapatos. En un lateral se estaba realizando una boda; los novios se hallaban frente a la imagen de Shiva, el dios destructor y miembro de la trinidad brahmánica; y luego el celebrante les colocó una guirnalda de flores y los ungió entre las cejas con una crema roja. Así terminó la ceremonia, luego de la cual el guía del templo me pidió que saludara al sacerdote, cosa que hice con gusto. Igual que a los novios, el sacerdote me colocó la guirnalda y me ungió con la pasta roja, deseándome la felicidad a través de esas manifestaciones externas.

En la parte principal del templo había otra imagen de Shiva, con una serpiente alrededor del cuello. También había una imagen de Vishnú, el dios conservador de todas las cosas. El dios creador es Brahma, de quien emana todo y con los dos anteriores integra la *Trimurti*, la trinidad hinduista.

Para ellos, el mundo entero es emanación y manifestación del único principio divino hacia el cual es preciso refluir mediante el recogimiento y la anulación total de sí mismo. Los *Vedas* y los *Upanishads* son los libros sagrados.

Nos dirigimos a un templo budista, cuyos sacerdotes vestían túnicas de color amarillo. En el centro del templo había una imagen de Buda, el Iluminado, en actitud meditativa. A un costado, una placa con frases del Buda, alguna de las cuales me tradujo Raj Giriraj: *Ser feliz, tener fe en Dios y lograr el estado de Nirvana*.

El budismo es una doctrina esencialmente negativa y disolvente que puede ser considerada como desintegración de la filosofía brahmánica. Entre sus principios está la negación de la existencia y el ser de las cosas. Todo pasa, todo es devenir, todo es *fieri* (llegar a hacerse). Por lo tanto, no hay Dios, ni yo sustancial, ni inmortalidad del alma. *Todo es vacío, todo insustancial*, dirá Buda. Así, la metempsicosis o transmigración de las almas para el budismo consiste en el devenir, que pasa de una cosa a otra como algo normal.

La *iluminación* experimentada por Buda se relaciona con la convicción de que el mundo es malo, que es la fuente del mal y de sufrimiento para el hombre. Para liberarse de este mal, hay que librarse del mundo; hay que romper los lazos existentes con nuestra realidad externa. Cuanto más nos liberamos de tales cosas, más indiferentes nos hacemos a cuanto es mundo y más nos liberamos del sufrimiento. Hay que llegar a lo que él llama Nirvana (literalmente *desnudez*, metafóricamente *inmortalidad*, *la otra orilla*; la verdad es que Buda nunca aclaró este término). Este Nirvana liberará al hombre del mal de la existencia y del yugo de la transmigración.

Buda atacó el régimen de castas típico del brahmanismo y prescribió la benevolencia universal hasta el punto de prohibir matar a los animales, como vemos con el tema de las vacas sagradas. Impuso el vegetarianismo, la limosna, el perdón de las injurias y la no-resistencia.

Al salir del templo, nos internamos en el tráfico de Nueva Delhi y en los contrastes de la ciudad. India tiene una población de novecientos millones de habitantes, cifra que la convierte en la segunda nación más poblada de la tierra, después de China. En las

aldeas la gente suele tener muchos hijos, así son más las manos para trabajar; por su parte los sabios –así se expresó mi guía– y la gente adinerada tienen pocos hijos.

Visitamos el Fuerte Rojo, un edificio del siglo XVII de estilo mogol, y luego volvimos al hotel.

Jaipur – Maharajá – Templo del dios Krishna

He salido por la mañana de Nueva Delhi en dirección de Jaipur. Fueron doscientos setenta kilómetros por un camino de llanura, flanqueado por campos de trigo y por extensiones tapizadas con las flores amarillas de la mostaza.

En el campo se ven pequeñas granjas, algunas con casas pobres semejantes a los ranchos del norte de nuestro país. De tanto en tanto se ven aldeas apiñadas de gente. Junto al tractor (que sólo transporta gente), se ve la pala de madera para sembrar. Son los contrastes permanentes de la India. Este empleo primitivo de técnicas, la extensión diminuta de la mayoría de las granjas, las dificultades de distribuir los productos del campo en el mercado y la dependencia del monzón para el logro de una buena cosecha, son causa de la muy baja producción promedio por hectárea en el país.

El tráfico en la ruta es caótico; los coches se pasan rozando y transita todo tipo de vehículos: carretas tiradas por camellos, bicicletas, ómnibus, camiones, coches, tractores; todos tratando de pasarse unos a otros con peligro de accidentes. De hecho, vi varios camiones volcados.

Jaipur es la capital de la región de Rajastán, llamada la *ciudad roja* desde que el maharajá Man Singh la mandó pintar de ese color para dar la bienvenida a Eduardo VII, príncipe de Gales. Es una ciudad con dos millones de habitantes, famosa por sus artesanías; se trabaja mucho la piedra y también se confeccionan alfombras y telas estampadas. Me dice el guía que son las artesanías de mayor renombre en el mundo.

Después de visitar un observatorio astronómico fundado por el maharajá Jai Singh, el guía me llevó al palacio de los maharajas de Jaipur. El término maharajá significa *hombre de poder*; eso antiguamente, porque ahora es un título sin más poder que el económico. Vi en el palacio el retrato de un maharajá que tuvo doce

esposas y trescientas cuarenta concubinas; luego el de otro bastante más modesto, que tuvo sólo una esposa y doce concubinas.

Actualmente, el poder ejecutivo del gobierno federal reside en el presidente y en el consejo de ministros, encabezado por un primer ministro. Éste es nombrado por el presidente; es de hecho el jefe de gobierno y es escogido de entre los dirigentes del partido mayoritario en la cámara baja. Hay también una asamblea legislativa central con dos cámaras (cámara del pueblo y cámara alta o consejo de estados). En estos momentos el actual maharajá vive en su palacio, con su única mujer.

La visita al antiguo palacio es larga; me interesan sobre todo las pinturas, por ejemplo una de Kali (diosa de la guerra). También vemos reproducciones antiguas de los *Vedas* y los *Upanishads*.

Va cayendo el sol y nos dirigimos al templo hindú de Jaipur. Algunas partes están siendo remodeladas, por lo que se ve mucha tierra, cemento y cal. Igualmente hay un grupo de unos cincuenta hombres que cantan himnos al dios Krishna frente a una especie de escenario, con un telón cerrado, detrás del cual está el dios. En un momento aparecen tres personas que empiezan a tocar campanas. Así creado el ambiente, se abre el telón y vemos al dios. Un sacerdote sube y baja una tea encendida haciéndole reverencias.

Estoy en la parte trasera del templo; mi guía Sam, devoto brahmán, se mezcla con la gente, que ahora es más numerosa, y reza con ellos en medio del fragor de los cantos y del sonido de las campanas. Ya solo, empiezo a recordar lo que escribe Jacques Maritain en su *Introducción a la filosofía*. Dice que el brahmanismo o hinduismo más que una religión es una filosofía, una creación de la razón, pero revestida de ornamentos sagrados, con el empuje y los atributos de una religión.

El brahmán es una especie de filósofo-sacerdote, que habla de una ciencia última o metafísica según la cual el principio del mundo llamado Brahma o Atman –principio de vida, considerado como principio anímico del hombre y del universo–, es lo que constituye el principio íntimo de toda realidad. De donde se sigue el panteísmo, no en el sentido de que todo se identifica con Dios, pero sí en el sentido de que no hay una distinción absoluta entre

Dios y las cosas. Este principio supremo no tiene personalidad y no podemos aplicarle atributo alguno.

Estoy cavilando estas cosas cuando va concluyendo la ceremonia en el templo brahmán. El sacerdote arroja agua sobre la gente y se va mientras mi guía Sam emerge de la gente.

Fuerte Ámbar – Templo de la diosa Kali

Hoy por la mañana conocimos el Fuerte Ámbar, que es desde hace cuatro siglos residencia de los maharajaes; llegamos montados en elefante. La verdad, nunca había subido a uno de estos animales antes, por lo tanto la experiencia fue muy curiosa. ¡Ciertamente no se caracterizan por su velocidad! Frente al templo del Fuerte una marea de chiquillos pretendía vendernos de todo.

Ya que estamos en este templo haré otras consideraciones sobre la filosofía-religión brahmánica. Para el hindú, toda esta realidad, lo que conocemos por nuestros sentidos, y aun lo que conocemos con nuestro intelecto, es ficción, ilusión, pura apariencia, de ahí la negación de la realidad propia del mundo. A este engaño lo llaman *Maya* (naturaleza), que es esencialmente mala y fuente de todo dolor. Los hindúes dados a la contemplación encaran el mal bajo el aspecto del dolor.

¿Qué es eso que la filosofía hindú enseña a sus fieles? Les enseña a liberarse del dolor y de la ilusión, y para esto, a librarse de toda existencia individual. Los brahmanes profesan la doctrina de la transmigración de las almas; creen que las almas, a la muerte del organismo que anteriormente animaban, pasan a otro, viviendo así sucesivamente en diferentes cuerpos de hombres, animales y plantas.

Le pregunté a Sam por la transmigración y me contestó: *Los cuerpos son cremados en lugares esenciales, pero las almas transmigran; las malas se van reencarnando hasta ir purificándose. Las buenas no sé a dónde van.*

Me quedé perplejo ante la respuesta. De todos modos, sé que en la concepción brahmánica, aquel cuyas acciones en vida han sido buenas renacerá después de muerto en otra forma superior y quizás tenga que esperar millones de años antes de alcanzar la *moksa* (llamada comúnmente Nirvana, aunque esta palabra ven-

ga del budismo). La *moksa* no es el cielo sino sólo el verse libre de nacer nuevamente a la existencia, ya que nacer es ser lanzado al sufrimiento. El castigo de los malos y de los insensatos consiste en continuar sufriendo por tales reencarnaciones la miseria de la existencia individual.

En el Fuerte Ámbar conocimos los dormitorios de las esposas de los maharajaes y de sus concubinas, los patios, las salas de audiencia pública y privada y los sistemas naturales de refrigeración (en Jaipur la temperatura alcanza en verano los 48°C).

Akbar y el sincretismo

Después de cuatro horas de viaje he llegado a Fathepur Sikri, ciudad capital durante el gobierno del emperador mogol Akbar. Este soberano fue hijo de Humayún, cuya tumba visité en Nueva Delhi. A los diecinueve años asumió todo el poder y en 1576, a los treinta y cuatro años, reconstituyó de un mar a otro el imperio más grande que conoció la India después de Asoka.

Fathepur Sikri fue erigida en 1569 a cuarenta kilómetros de Agra. Esta ciudad-palacio, encerrada en un recinto amurallado de once kilómetros de longitud, está totalmente construida con piedra roja esculpida que fue traída de Jaipur. Es imponente la mezquita con un mausoleo de mármol blanco que encierra la tumba del aseta Salim, hombre muy querido por Akbar.

El emperador también mandó edificar la *casa de la Religión*, con la idea de confrontar entre sí las diferentes religiones y mediante debates cotidianos discernir lo que las religiones tienen en común en sus enseñanzas. Así, reunió doctores de todos los cultos: hindúes, paridjaina, cristianos –dos padres jesuitas– y ulemas musulmanes. Los ulemas, inexpertos en estas contiendas, fueron obligados a firmar verdadera abdicación que lo reconocía árbitro en materia de fe y le confería prácticamente el gobierno espiritual. Desde entonces, Akbar, sustituyendo el nombre de Mahoma por el suyo propio, hizo recitar: *No hay más que un Dios y Akbar es su califa*.

Declaró que el *Corán* era obra humana, adoptó la creencia en la metempsicosis, admitió el uso moderado del vino y puso un preceptor cristiano a su hijo Murad ya que había nacido de su es-

posa cristiana. Akbar trató de conciliar el panteísmo de los hindúes con el monoteísmo de los musulmanes, conservando los ritos de unos y otros.

Aunque estaba convencido de que su religión era la única universal, no trató de imponerla por la fuerza o de prohibir las demás, ya que pensaba que era posible adoptarla sin dejar por ello de pertenecer a otra confesión.

Su tendencia sincretista tuvo escaso éxito, pero el experimento respondía a una exigencia de renovación espiritual muy difundida por entonces, como lo confirma el hecho de que precisamente en este período se afirmó en la India, sobre todo entre las clases cultas, un movimiento inspirado por concepciones análogas: el sikhismo, del que fuera maestro Nanak Dev (1469-1538). Su doctrina fundió hinduismo e Islam y se enriqueció con elementos de la religión cristiana. Recordé a mi compañero de viaje Londres-Delhi, quien había dicho que era sikh.

Akbar murió en 1605 y mañana voy a ver su tumba en Agra.

Taj Mahal – Fuerte Rojo de Agra – Tumba de Akbar

Esta mañana me encontré con Crisma, mi guía en Agra. Nos dirigimos a orillas del río Jamnuna para conocer la famosa tumba Taj Mahal.

Fue construida por Shah Zaham, emperador mogol que quiso tanto a su mujer Mumtaz Mahal que tras su muerte durante el decimocuarto parto, le erigió este mausoleo como homenaje. Veinte mil hombres y veintidós años fueron necesarios para levantar este edificio de mármol blanco rodeado de cuatro minaretes. En el centro del Taj están los cenotafios de ella y él; el del emperador es más vistoso que el de su mujer. Los tabiques de mármol que cercan las tumbas están incrustados con lapislázuli, jaspe, turquesa, ágata, granate, diamante, piedra imán, ónice, amatista y zafiro. Sólo esto tardó diez años en hacerse. El cenotafio de Mumtaz lleva inscriptos los noventa y nueve nombres de Alá que aparecen en el *Corán*. Pero las tumbas verdaderas se encuentran un piso más abajo. Mi guía Crisma me comentó que el Taj Mahal fue saqueado durante la ocupación británica de Agra y que muchos de los objetos robados están ahora en museos de Londres.

Es una historia conmovedora y triste a la vez ya que el emperador Shah Zaham fue depuesto por su hijo Aurangzeb y permaneció detenido en el Fuerte de Agra donde pasó el resto de su vida contemplando el monumento perfecto que construyó para su esposa.

Más tarde fui a ver con Crisma cómo se trabaja el mármol. En un taller vimos orfebres de distintas edades faenando el material, cortándolo, haciendo las incrustaciones de lapislázuli, jaspe, ágata y otras piedras preciosas. Este arte se pasa de generación en generación, de padres a hijos. Cuando dejamos el taller fuimos a conocer el Fuerte Rojo, verdadero muestrario de estilos arquitectónicos. Fue empezado por Akbar (con piedra arenisca roja) y terminado por su nieto, Shah Zahan (el mismo constructor del Taj Mahal), que utilizó materiales blancos. Pero a pesar de las adiciones de este último, el fuerte de Agra expresa sobre todo el sentimiento majestuoso imperial de Akbar. Sus imponentes murallas rojas contienen hermosos palacios y mezquitas de mármol, patios agradables, elegantes pabellones y los más exquisitos relieves e incrustaciones.

Hubiese querido visitar la tumba de Akbar, pero quedaba a veinte kilómetros y ya no había tiempo para eso. Sé que la tumba del emperador está cubierta por un paño rojo y adornada con todos los nombres de Alá en delicadas letras árabes. Es un ejemplo más de la influencia musulmana en la India, influencia que comenzó por el año 700 con intentos por penetrar en la India, con los que poco a poco se llegó a dominar parte del país. Con Akbar se consumó la conquista mogol, y aunque él como ya relaté era un sincretista, se puede decir que la India en el siglo XVI-XVII era políticamente musulmana, con las resistencias del caso por parte de los hindúes.

No quisiera terminar este capítulo sin transcribir lo que el Concilio Vaticano dice de los musulmanes: *La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes, que adoran al único Dios, viviente y subsistente, misericordioso y todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres y a cuyos ocultos designios procuran someterse con toda el alma, del mismo modo*

en que se sometió a Dios Abraham, a quien la fe islámica mira con complacencia. Veneran a Jesús como profeta, aunque no lo reconocen como Dios; honran a María, su madre virginal, y a veces también la invocan devotamente. Esperan, además, el día del juicio, cuando Dios remunerará a todos los hombres resucitados. Por ello aprecian la vida moral y honran a Dios sobre todo con la oración, las limosnas y el ayuno. Si en el transcurso de los siglos surgieron no pocas desavenencias y enemistades entre cristianos y musulmanes, el Sagrado Concilio exhorta a todos a que, olvidando lo pasado, procuren sinceramente una mutua comprensión, defiendan y promuevan la justicia social, los bienes morales, la paz y la libertad para todos los hombres.

Khajuraho – Templos brahmánicos eróticos

Desde el avión pude observar el territorio indio, en este viaje desde Agra hasta Khajuraho (que significa *palmera del pueblo*). Miraba sobre todo las aldeas dedicadas a la agricultura. Por una reforma agraria que realizó el gobierno, nadie tiene más de quince hectáreas. En realidad, la mayoría de las parcelas tiene mucho menos, y como además van dividiéndose entre los hijos, se convierten en unidades poco económicas, que no permiten el uso de maquinaria moderna. Por eso es que la agricultura india sigue un sistema milenario, usando arados de madera y dependiendo de los elementos naturales.

Una vez que hube descendido del avión, me dirigí al hotel, para salir al rato a visitar los famosos templos de la localidad, contruidos hace mil años por los reyes candela. De los veintidós templos, hay un gran número dedicado a Vishnú, Parvati, Kali y Shiva. Constituyen los mejores ejemplos de escultura y de obra tallada en paredes y exhiben una colección variada del arte erótico en piedra. Ninfas, jóvenes, mujeres maduras y hombres están representados en posturas de actividad sexual explícita.

Eso realmente me desconcertó, y me preguntaba si reflejaban la moral laxa de una sociedad decadente o si formaban parte de la educación sexual. He conversado mucho con mi guía y he

consultado libros serios sobre la materia, tratando de sacar algunas conclusiones. En cualquier caso, en este complejo de templos se ven escenas de la vida real del hombre, vida familiar, grupos de profesores, de discípulos, músicos y bailarinas. Escenas de ritos y ceremonias. El sexo no es más que un componente del arte escultórico de Khajuraho. Sería como una expresión natural de la vida humana; así como el hombre trabaja, lucha, se esfuerza, etc., también naturalmente tiene sexo.

Hay una explicación mítica para esto, que leí hoy en un libro llamado *Los templos del amor*. La explicación es sencilla y nos lleva a la leyenda de Hamvati con su breve pero apasionado interludio con el dios de la luna, que sólo podía ser perdonado con la ejecución del ritual *Blandya Yama* por parte de su hijo. El ritual incluía la representación de figuras o pinturas eróticas, como confesión de culpa y lección de moralidad. ¿No sería posible que, una vez absuelta Hemvati, los gobernantes de la dinastía recurriesen a las mismas imágenes en sucesivos templos, tanto para recordar al pueblo cómo había nacido la dinastía, como para mantener propicios a los dioses?

¿Será esto una reacción contra el pensamiento de Buda que quiso borrar de la vida de los hombres el amor, el sexo y la belleza? El péndulo se fue al otro extremo. Se resucitaron así los placeres concedidos por siglos de pensamiento y filosofías hindúes, que Buda había prohibido. Se rechazó la frugalidad y la abstinencia y en cambio se privilegió la expresión individual y la sensualidad sancionadas. ¿Qué mejor manera de proclamar tal renacimiento que mediante la representación de amor y placer en las paredes de los templos?

En la India antigua y medieval eran los brahmanes o sacerdotes quienes impartían la educación y lo hacían dentro del templo. Así, las paredes mostraban lecciones de filosofía, religión, mitología, códigos de conducta e incluso de higiene sexual y moralidad. En este contexto, las esculturas pueden verse como formas de impartir educación sexual.

Después de visitar los templos, observé las piedras preciosas de Khajuraho: esmeraldas, lapislázuli, cornamita, etc., con la explicación detallada de un experto, como es mi guía.

Benarés, la ciudad eterna de Shiva

Ayer llegué a Benarés, ciudad sagrada donde visitamos el templo de la Madre India, que, por lo que vi, no tiene nada de templo, sino un gran mapa de la India. Posteriormente me explicaron que ese templo no tiene ninguna divinidad.

Sabemos que el subcontinente indio tiene la forma de un triángulo vuelto hacia arriba, cuya base se extiende por la zona majestuosa de la gran cordillera del Himalaya, mientras que su ápice llega a las aguas azules del mar Índico. La costa occidental está bañada por las aguas del mar de Omán, al tiempo que en la parte oriental se encuentra el golfo de Bengala. Cuenta con más de tres millones de kilómetros cuadrados, un tamaño aproximadamente igual al de Europa. El punto más alto del Himalaya es el Everest, con 8.848 metros.

Dejamos el templo *Bharat Mata* (Madre India) y en medio de un tráfico descomunal llegamos al templo de la diosa Durga quien, según la leyenda, es hija de Parvati y de Shiva. Lo llaman el templo de los monos porque éstos se adueñaron del lugar y están por todas partes.

Desde la puerta principal vimos cómo los hindúes dejaban ofrendas a la diosa; mientras tanto, el sacerdote nos colocaba entre las cejas esa pasta roja que es signo de felicidad.

Alguno podría pensar que yo participaba de un culto idolátrico; no me hago ningún problema, pensando en las palabras de Pablo a los Corintios, que dice que los cristianos deben guardarse de herir al hermano cuya conciencia no es tan clara como para saber que no hay más que un Dios del cual proceden todas las cosas. En suma, libertad y respeto.

Por otra parte, lo que hacía el sacerdote brahmán con su gesto no era otra cosa que desear la felicidad, cosa muy común entre los seres humanos. Nosotros también lo hacemos.

Concluimos el día con la visita a la Universidad de Benarés, la más importante de Asia.

El Ganges – Baños rituales – Cremación de cadáveres

Muy temprano me tuve que levantar hoy, ya que a las seis y cuarto tenía que encontrarme con mi guía para observar los baños rituales y la cremación de los cadáveres en el río Ganges.

Después de recorrer los seis kilómetros que había entre el hotel y el río, embarcamos en un bote. Por el camino fuimos viendo grandes grupos de peregrinos de distintas regiones de la India, con ofrendas que harían flotar en el Ganges. Escuchaba los rezos de centenares de bañistas, los cantos que se elevaban en una plegaria sincera; esto lo digo porque vi sus ojos y sus expresiones. Hacían ofrendas de flores y de lámparas encendidas; rezaban al dios sol, mientras hacían abluciones introduciendo todo su cuerpo en el río.

Vi un sacerdote brahmánico, atendiendo a un peregrino en la ribera; más allá, un hombre viejo levantaba los brazos en una actitud de adoración; luego, un hombre con las piernas cruzadas, en actitud meditativa.

Vino a mi memoria lo que dice el Concilio Vaticano II: *Así en el hinduismo, los hombres investigan el misterio divino y lo expresan mediante la inagotable fecundidad de los mitos y con los penetrantes esfuerzos de la filosofía, y buscan la liberación de las angustias de nuestra condición ya sea mediante las modalidades de la vida ascética, ya sea a través de profunda meditación, o buscando refugio en Dios con amor y confianza.*

Le había expresado a mi guía el deseo de ver también la cremación de cadáveres en el Ganges. Y efectivamente nos fuimos acercando a un lugar de la costa donde se veía abundante fuego y humo. En la costa o en los barcos había troncos de madera amontonados. Se trata del cementerio más conocido de la India, el *Manikarnika Ghat*.

Ya de cerca pude ver cuatro piras ardiendo; en una de ellas, se veían los pies y la cabeza del cadáver. Alrededor de la pira estaban los familiares, que aguardaban que se quemara por completo el cuerpo, cosa que insume dos o tres horas. Bajamos del bote y pudimos ver el cadáver de un hombre de edad que era purificado en el Ganges antes de ser cremado; luego, cuatro hombres lo envolvieron en una sábana blanca y lo colocaron sobre la pira. El que iba a encender el fuego hubo de purificarse también con un baño ritual y vestirse de blanco.

Todo hindú debe ser cremado, excepto los niños y los ascetas. Anoche leía un libro sobre esta ciudad, llamada *la ciudad eterna de Shiva*, y me atrajo la explicación brahmánica sobre la muerte

y la cremación. Decía que la incineración es importante porque es el *antyeshti*, el último sacrificio. El cuerpo es una ofrenda viva al fuego que lo va a consumir.

Para el hindú, el cuerpo humano tiene tres capas: En primer lugar, el *Sthula sharira* o cuerpo grueso, formado por cinco elementos al igual que el resto del universo. Luego, el *Sukshama sharira* o cuerpo sutil, encerrado dentro del cuerpo grueso y compuesto por varias vainas, que se hacen cada vez más suaves y puras. En ese nivel tiene cabida el *prana* (aliento), el *manas* (corazón), el *vignyana* (intelecto) y la *ananda* (felicidad). Y por último, el tercer componente es el *atman*, lo eterno que se halla en nosotros. Durante la incineración, el cuerpo sutil y el *atman* se liberan del cuerpo grueso y emprenden un viaje desde el mundo humano hasta el de los *pitris* (antepasados)

Los rituales de los doce días posteriores a la incineración (hacer ofrendas de bolas de arroz o *pindas*, colgar cacharros de barro llenos de agua del árbol *peepul*, dar comida a un grupo de brahmanes que comen en nombre del difunto) se realizan para ayudar al alma en su viaje al otro mundo. Si estos rituales no se cumplen, puede ocurrir que el alma no pueda llegar a la *Pitraloka* (esfera de los antepasados) y tras vagar a la deriva se convierta en *pishacha* o fantasma.

Una vez que el cuerpo sutil alcanza la *Pitraloka* se procede a la valoración de los actos de la vida. Puede que tenga que pasar una época en el cielo o en el infierno, tras lo cual el cuerpo sutil vuelve a nacer en alguna de las 840.000 especies que viven en el mundo, dependiendo de los hechos de su vida pasada. Y así continúa el ciclo de nacimiento, muerte y renacimiento.

Este ciclo sólo puede romperse alcanzando *Moksa*, que se adquiere cuando el *atman* abandona el cuerpo sutil en la *Pitraloka* y después se une con el Brahmán, el espíritu universal.

Para lograr esta meta, hay tres caminos: la *Bhakti* (perfecta devoción), la *Yoga* (perfecta acción) y el *Guyana* (perfecto conocimiento).

Mientras esto pensaba, comenzaron a prender la pira del cadáver que había sido purificado en el Ganges y nosotros nos internamos en las innumerables callecitas de las orillas.

Junto a una mezquita, vimos un gran templo con cúpula de oro dedicado a Shiva. Y entre los distintos comercios, muchos pequeños templos dedicados a distintos dioses.

Oxford y Stratford – Shakespeare

Después de un agotador viaje desde Calcuta, llegué a Londres muy temprano. Pensaba descansar un poco en el hotel, pero me dijeron que hoy se realizaría una excursión a Oxford y a Stratford (ciudad donde nació y murió Shakespeare), y con ellos salí hacia el nordeste. Durante el viaje el guía nos fue contando costumbres y modalidades de la vida inglesa. Así llegamos a Oxford, una de las cuatro universidades más antiguas de Europa donde el guía anunció que no nos iba a mostrar ninguna aula o cátedra, simplemente porque no existían; después nos explicaría el motivo.

El sistema educativo en Inglaterra comienza a los seis años y concluye en lo básico a los dieciséis. En las escuelas privadas, los estudios se extienden hasta los 18 años. Luego los chicos intentan ingresar a una universidad, pero para asegurarse la entrada envían cartas a seis o siete establecimientos. El nivel para acceder a Oxford debe ser el de sobresaliente con honores. Además, el ingresante ha de pasar un examen y recibir la aprobación del tutor que se le nombra. Éste examina carácter y firmeza, entre otras cualidades. Si lo aprueba, el alumno quedará bajo su cuidado durante los tres años de carrera. Es por eso que no hay clases, sólo el tutor y sus discípulos; práctica que tiene un antecedente en los monjes benedictinos.

Después de visitar algunos colegios más, dejamos Oxford, pasamos por Woodstock (pueblo típico de la región de Costwold) y fuimos al palacio de Blenheim, residencia de los duques de Malborough (descendientes del famoso Mambrú del *Mambrú se fue a la guerra, chiribín-chiribín-chinchín...*).

Atravesando paisajes de suaves colinas y pueblos dormidos llegamos a Stratford-upon-Avon, lugar donde nació y murió el hijo dilecto de Inglaterra: William Shakespeare.

Visitamos su tumba en la iglesia parroquial; desde una barandilla del altar mayor se ve su sepultura y la de algunos miembros de su familia. Hacia la izquierda del altar hay una fotografía

de las páginas del registro parroquial con las inscripciones del bautismo y entierro de Shakespeare. También se puede ver una Biblia, impresa en 1611, cuya lectura escuchó el dramaturgo los últimos cinco años de su vida.

Por la tarde, visitamos a pie el lugar donde murió, en 1616. Actualmente hay un jardín, ya que la casa se quemó.

En la finca donde nació, el guía nos explicó detalles de su vida. Por ejemplo, que su padre era un próspero comerciante de lanas, de modo que William nunca vivió problemas económicos. Tuvo con la que después sería su mujer una hija antes de casarse. Pero la mayor parte de su vida transcurrió en Londres. Regresó a Stratford varias veces y finalmente murió aquí.

Caía la noche y retornamos a Londres.

Abadía de Westminster – Torre de Londres

Hoy fui por segunda vez en mi vida a la abadía de Westminster. Ya he contado en otra parte algunas cosas, pero hoy he visto cosas nuevas. Tuve tiempo por ejemplo para fijarme más en las lápidas. Vi así que Isaac Newton está enterrado aquí, así como Haendel. Este compositor nacido en Alemania vivió mucho tiempo aquí, hasta su muerte. También hay en la abadía un monumento que representa al músico con la partitura de lo que tal vez sea su obra más famosa: *El Mesías*.

La tumba más importante es la de san Eduardo el Confesor, situada en el corazón de la abadía; según dicen, lo que se ve es una sombra de lo que fue en su tiempo. Junto a su sepulcro, recordé a este rey que trabajó por la paz y el bienestar de un país turbulento en aquella época. Célebre por su virtud, se reprochaba no haber sabido suprimir las intrigas de los grandes señores feudales y el uso abusivo de los beneficios eclesiásticos. Fue él quien construyó la abadía, para cumplir una promesa. Y según dicen, su cuerpo permanece incorrupto.

Por la tarde fui a la Torre de Londres, sobre la cual también escribí algo en otra oportunidad, pero quisiera ahora agregar algunas cosas para las cuales no hallé tiempo en ese momento.

Tomás Moro había sido encarcelado durante quince meses, en condiciones cada vez mas duras, por negarse a reconocer al rey

como jefe de la Iglesia en Inglaterra en lugar del Papa. Finalmente, fue condenado por traidor y decapitado en Tower Hill, fuera del perímetro de la Torre de Londres. Fue enterrado en la capilla real San Pedro ad Vincula, según dice en un pequeño opúsculo que compré en la Torre. El encargado a quien pregunté me llevó frente a una tumba negra con los datos del santo. Pero yo por otra parte tengo información de que sólo ha quedado la cabeza, rescatada por Margarita la hija, y los restos se han perdido (esto ya lo he relatado antes). Cualquiera haya sido el destino de su cuerpo, lo cierto es que tanto él como san Juan Fisher murieron por oponerse a la separación del rey de su legítima esposa, Catalina de Aragón; por este capricho de Enrique VIII es que todo un país se apartó de Roma.

Consideraciones sobre el anglicanismo

El anglicanismo está muy cerca del catolicismo, por lo menos en la doctrina.

La Iglesia Anglicana tiene un origen penoso. El rey Enrique VIII (1491-1547), otrora saludado por el Papa como *defensor de la fe* por su amor a la religión y por un escrito teológico contra Lutero, se dejó llevar por la lujuria y por el amor al dinero y consumó la apostasía de su reino. Casado en legítimo matrimonio con Catalina de Aragón (con la cual no tuvo heredero varón), cayó en manos de una cortesana, Ana Bolena, con la cual se casó en connivencia con Tomás Cramer (introducción del luteranismo en Inglaterra).

El papa Clemente VII amenazó con excomulgar al soberano, quien se vengó apartando a la Iglesia de Inglaterra de la jurisdicción de Roma y haciéndose proclamar jefe de la misma.

Uno se pregunta cómo los ingleses podían tolerar un rey que había cometido adulterio al casarse con Ana Bolena; que había saqueado a la Iglesia suprimiendo monasterios y confiscando sus posesiones: un rey culpable de un militarismo agresivo en las guerras contra Francia e Irlanda; que se comportaba como un tirano con la ejecución de Fisher y Moro y que finalmente había tenido la arrogancia de proclamarse *jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra*.

Para entenderlo, hay que considerar que si bien los ingleses eran profundamente religiosos, muchos no pensaban con afecto sobre la curia; se hablaba de iniquidad y corrupción en la Iglesia. Ya en 1393 el rey Ricardo II prohibió apelar al Papa en cuestión de litigios. Y en 1529, Tyndale, un simpatizante del luteranismo, publicó un libro donde decía que era deber del rey reformar la Iglesia y terminar con los abusos. Este libro influyó mucho en Enrique, que se entregó más tarde a la inmoralidad y al crimen: Cuatro de sus seis esposas terminaron en el patíbulo, además de muchos opositores.

Pero Enrique no quiso abrir las puertas al protestantismo y mantuvo la doctrina y la liturgia de la Iglesia Católica; lo único que cambió fue la dependencia de la Santa Sede.

El rey murió en 1547 y lo sucedió Eduardo VI, que era todavía un niño. Entre tanto, María la Católica –la *Bloody Mary*, hija de Enrique y de Catalina de Aragón–, llevó a cabo una represión muy violenta. Le sucedió Elizabeth (hija de Ana Bolena), quien reanudó la persecución contra la Iglesia Católica, favoreciendo la corriente protestante en la línea del obispo Cramer. Por eso se puede decir que Elizabeth es la verdadera fundadora del anglicanismo. Pío V la excomulgó en 1570.

Las dos reinas están enterradas en la abadía de Westminster; comparten un elaborado sepulcro en el pasillo norte de la llamada capilla de la reina Isabel. La inscripción latina dice: *Consortes tanto en el trono como en la tumba, aquí descansan las hermanas Isabel y María, en la esperanza de una sola resurrección.*

La Iglesia Anglicana sufrió a su vez divisiones, entre las que se cuentan puritanos (seguidores del calvinismo puro), presbiterianos (que tienen aversión a la institución episcopal) y congregacionalistas (quieren la autonomía de toda comunidad religiosa), entre otros.

Doctrina anglicana

Recuerdo que en el tiempo en que me ordenaron sacerdote, hace treinta años, en el seno de la Iglesia Anglicana se desarrollaban tres tendencias, que eran las llamadas *Tres Iglesias*:

1. *High Church* (Iglesia alta) de cuño conservador, con su jerarquía episcopal y su organismo sacramental litúrgico.

2. *Broad Church* (Iglesia amplia o abierta), liberal y abierta a las corrientes del pensamiento laico independiente.

3. *Low Church* (Iglesia baja), con tendencia a la izquierda, muy antirromana.

En la *High Church* se desarrolló en este siglo un movimiento llamado *tractasianismo*, emanado desde Oxford, que tenía como representantes máximos a Pusey, Keble y Newman, quien luego se convirtió al catolicismo y fue ordenado cardenal.

Este movimiento contribuyó a aclarar la posición del anglicanismo, orientándolo hacia el catolicismo. Pero la tendencia sufrió un golpe muy fuerte, ya que León XIII declaró inválidas las ordenaciones anglicanas, por la interrupción de la sucesión apostólica de los obispos.

Ahora bien, ¿cuáles son los principios doctrinales del anglicanismo?

El núcleo fundamental es el reconocimiento del rey como jefe supremo de la Iglesia. Es decir que tanto obispos como presbíteros y diáconos están subordinados al rey (actualmente, a la reina Elizabeth II). Pero Jesús no le dio el poder espiritual a César, a Pilatos o a Herodes, sino a Pedro. *Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.*

Si como ya dije la doctrina permaneció igual a la católica en la época de Enrique VIII, luego hubo algunos cambios, venidos del luteranismo:

a) Se afirmó la supremacía de la Sagrada Escritura sobre toda tradición humana, prescindiendo así del magisterio vivo.

b) Se estableció el principio de la justificación por la fe. Sólo basta la fe.

c) La sucesión apostólica fue cortada, ya no viene de Jesús a través de Pedro y sucesores sino del rey. De ahí que León XIII declarara inválidas las ordenaciones.

Pero aparte de esto, todo lo demás nos une. Y los que nacen en esas comunidades surgidas de rupturas tales no pueden ser acusados del pecado de la separación. Por eso, como se dice en *Unitatis redintegratio*, son reconocidos por la Iglesia Católica como hermanos en el Señor.

El anglicanismo hoy

Muchas veces me he preguntado acerca del criterio de unidad de la Iglesia Anglicana.

Ya hemos visto que la autoridad suprema es el rey; sin embargo, los anglicanos se manejan mucho a través de distintas conferencias de obispos, etc.

Tienen una declaración de principios llamada *The Lambeth Quadrilateral*, originada en Norteamérica, con cuatro puntos:

- 1) Sólo la Sagrada Escritura es norma y criterio supremo de la fe;
- 2) Aceptación del Credo de Nicea (Credo Apostólico) –aquí pienso que si se acepta el Credo, hay que aceptar también la tradición porque los credos eran como resúmenes de la Revelación hechos por padres de la Iglesia–;
- 3) Hay dos sacramentos: Bautismo y Eucaristía;
- 4) Ministerio histórico del obispo, del sacerdote o diácono.

Canterbury – Asís

Visité Canterbury y con enorme emoción llegué al lugar donde fue asesinado santo Tomás Becket; recé en ese lugar, señalado por una cruz y cuatro espadas. Este lugar como ya dije en otra parte era lugar de peregrinación; allí estaban su tumba y su cráneo (hasta que Enrique VIII ordenó desenterrarlo y ya jamás se supo su ubicación).

Pasé luego varios días en Asís, donde vi algunas cosas relacionadas con la vida del *Poverello*. Así, la casa donde nació y pasó su infancia, la cárcel donde su padre estuvo preso, el lugar donde dormía en el monasterio, así como el prado (en San Damiano) donde Francisco se inspiró y escribió el *Cántico de las criaturas* que tanto me gusta. También fui a Gubbio, lugar donde sucedió el conocido encuentro de Francisco con el lobo.

En una mañana lluviosa en la Umbría, llegué a Rivotorto, donde Francisco empezó a redactar su regla. Se ven las pequeñas cabañas de las que posteriormente fueron expulsados los primeros franciscanos que se establecieron luego en la Porciúncula.

Entre Terni y Rieti se encuentra la cueva del Greco, donde Francisco escenificó el nacimiento de Jesús. Eran cerca de las trece horas y yo me hallaba rodeado de agua y silencio. Toqué el timbre en una pequeña capilla y me atendió un joven franciscano que me explicó detalles del hecho. En la cueva hay un pequeño altar que lo recuerda.

Me hice un tiempo para ir a Loreto, lugar de peregrinación mariana cerca de Ancona, sobre el Adriático. En esa localidad, dentro de una capilla de mármol, hay paredes de ladrillo que según se dice son de la casa de la Virgen en Nazareth y que fueron traídos por los cruzados. En Tolentino veneré los restos de san Nicolás, muy conocido por su predicación y su amor a los pobres.

Este viaje llega a su fin y me aproximo a Buenos Aires. Por la ventanilla del avión veo salir el sol. *Oh, hermano Sol...*

MÉXICO, GUATEMALA Y HONDURAS - 1996

En viaje a México – Misa en Guadalupe

En una noche apacible, sin frío ni calor, embarqué en Ezeiza con destino final México. Al llegar me alojé en la casa sacerdotal, muy cerca de la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe y por la tarde visité el lugar. Hay en realidad dos basílicas; la vieja, que se inició en 1695 y se concluyó en 1709, y la nueva, que es de estilo moderno y puede acoger a trece mil almas; está sostenida por mil pilares subterráneos, que no se ven desde dentro, por lo que el altar y el manto –tilma– con la imagen de la Virgen de Guadalupe puede verse desde todos los ángulos. En cuanto al viejo edificio, está sometido a costosas reparaciones y permanecerá cerrado hasta que éstas sean terminadas. Posteriormente se planea hacer allí un museo y centro de exposiciones.

Esa tarde concelebré con un grupo numeroso de la diócesis de Zamora, presididos por su obispo monseñor Carlos Suárez. Entramos primero los sacerdotes y el obispo, y luego la peregrinación, con cánticos religiosos típicos, estandartes y otras cosas.

En su prédica, el obispo se refirió a la difícil situación económica del país y a la falta de justicia social; a la distribución inequitativa de los bienes, no sólo materiales sino espirituales. Me gustó sobre todo esta segunda parte, porque puso énfasis en distribuir también los bienes espirituales, cosa que muchas veces olvidamos (la palabra de Dios, consejos, el conducir a los hombres a la fuente de gracia que es Cristo, y así). Así nos enseñó Jesús: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt. 4,4).

El momento de las ofrendas fue muy conmovedor: los fieles traían flores de todo tipo, y frutos de la tierra y del trabajo del hombre, como maíz y harina, entre otras cosas. Las ofrendas a la Virgen son las mismas con que se obsequiaba a la Coatlicue (diosa o soberana de la muerte en la mitología azteca, también llamada *diosa de las flores*). Esa parte de la ceremonia duró una media hora.

Quizás el espectáculo más impresionante para los que visitamos Guadalupe por primera vez sea ese constante afluir de peregrinos que llegan a pie de todas partes del país. Los rostros reflejan el cansancio físico de varios días de marcha; cuando por fin llegan ante la Virgen, se arrodillan y sus caras se iluminan. Estos peregrinos suelen ser humildes campesinos, obreros, empleados, artistas, etc. Unas quince mil personas visitan a la Virgen cada día.

Junto a la basílica está el cerro Tepeyac donde se encontraba el templo pagano dedicado a la diosa Tonantzin; allí también es donde la Virgen se apareció a Juan Diego en cuatro oportunidades.

Una madrugada de diciembre de 1531 salió el pequeño indio Juan Diego de su pueblo de Tolpetoc para asistir a misa en la iglesia de Santiago-Tlaltelolco. Al pasar por el cerro, escuchó una música que venía de la cumbre. Sabía que allí no crecían árboles y que por lo tanto no podía haber aves cantoras. Al dirigir su mirada hacia el sitio de donde provenía la música, notó una pequeña nube y a continuación escuchó que lo llamaban. Comenzó a subir y vio a la Virgen que le expresó sus intenciones: quería que le construyeran un templo allí.

Fue Juan Diego a ver al obispo pero éste no lo creyó sino que lo atribuyó a alucinaciones supersticiosas. Juan Diego volvió por la tarde al cerro y le contó a la Virgen su fracaso. Ella le dijo que insistiera, cosa que hizo. Pero el obispo le pidió una señal para probar que era ella. Nuevamente fue el indio a ver a la Virgen y le transmitió lo sucedido. Ella le dijo que volviera al día siguiente. Pero no pudo cumplir ese pedido porque su tío cayó enfermo; cuando fue a buscar al sacerdote para que le diera la extremaunción, dio la vuelta al cerro para evitar el encuentro con la Virgen porque estaba muy apurado. Pero ella lo esperaba en el camino y le dijo que lo ayudaría. Que fuera a la cima y recogiera flores. Esas rosas creci-

das milagrosamente en el desierto y una pintura de la Virgen que apareció de pronto fueron las pruebas que convencieron al obispo (la pintura está en el altar de la nueva basílica). Ese mismo día la Virgen se apareció al tío de Juan Diego y lo curó; pidió que le dijera al obispo que la llamaran Santísima Virgen de Coatlxopeuh, pero como el obispo no hablaba náhuatl entendió *Guadalupe* y así fue como quedó.

Pude recorrer la zona de las apariciones y también vi la iglesia de los indios, que según la tradición fue construida en el lugar que la Virgen le había señalado a Juan Diego. Subí nuevamente al cerro Tepeyac; en todos esos lugares hay inscripciones que narran la historia tanto en náhuatl como en español.

Cultura azteca – Sacrificios humanos

Otro día, con una mañana soleada, atravesé la ciudad de México por un bosque y así llegué al Museo Antropológico, que exhibe los principales tesoros de la cultura indígena mexicana. Me uní a un grupo con guía, quien nos fue contando que los *mexicas*, también conocidos como aztecas, fueron los fundadores de la ciudad de Tenochtitlán en 1325 y constituyeron uno de los imperios más poderosos de Mesoamérica. Pueblo guerrero y conquistador por excelencia, logró someter a su dominio, en forma directa o a través de la actividad comercial, a pueblos tan distantes como los huastecas de la costa del Golfo y los zapotecas y mixtecos de Oaxaca, etc; así concentraban en Tenochtitlán el tributo que provenía de las más distantes y variadas regiones. Muchos de esos pueblos sometidos fueron los primeros en aliarse con los españoles con el fin de derrotar el imperio azteca.

El guía nos mostró una pieza llamada *piedra de cuauhtlicalli* (vaso de águilas), que es una especie de jaguar con una cabeza de sorprendente ferocidad. En el lomo hay una apertura cilíndrica donde se depositaban los corazones humanos sacrificados, ofrendas que según este pueblo alimentaban a *Huitzilopochtli*, el sol.

Pregunté el porqué de estos sacrificios tan cruentos. Y el guía dio la respuesta, que es la siguiente: En la religión azteca hay que distinguir un sistema religioso más antiguo heredado de los toltecas y otro sistema relacionado con la ideología expansionista

del Estado azteca. Aquél se basaba en un mito solar, centrado en el nacimiento milagroso del dios del sol. Su madre era la diosa terrestre Coatlicue y con anterioridad había dado a luz a las cuatrocientas estrellas del cielo nocturno y a la diosa lunar Coyolxauhqui. Coatlicue quedó fecundada por una pelota de plumas cuando estaba barriendo su templo de Coatepec (montaña serpiente) y así nació Huitzilopochtli. Celosas y enfurecidas, las luminarias nocturnas arrancaron la cabeza a Coyolxauhqui pero el sol consiguió nacer, plenamente desarrollado y armado hasta los dientes. Entonces degolló a sus hermanastras (el mito alude, evidentemente, a la destrucción diaria de la luna y las estrellas por obra de los rayos solares) y comenzó a salir cada mañana, haciendo posible la vida en la tierra. Pero el sol dejaría de salir a menos que fuera alimentado constantemente con corazones y sangre de cautivos valientes. Esta es la razón de los sacrificios.

Lo cierto es que los sacrificios a la divinidad están en la historia de la mayoría de los pueblos, pero en general no eran de humanos. Así los hacía el pueblo de Israel; estos sacrificios fueron derogados por el único sacrificio, ofrecido por Cristo en la Cruz.

El guía nos dijo también que los sacrificios se usaban como arma política: *O me pagas el tributo o si no te mataré arrancándote el corazón.*

Continuó explicando que los aztecas vinieron del noroeste y se establecieron en el valle de México al encontrar una pequeña isla en el centro del gran lago. Decidieron quedarse allí porque vieron un águila parada sobre un nopal (cactus), devorando una serpiente, tal como habían predicho los sacerdotes.

Estuvimos reunidos ante la gran piedra del calendario azteca o piedra del sol, que pesa veinticuatro toneladas y mide tres metros con sesenta centímetros de diámetro. En el centro está el sol, con su lengua hacia fuera. Este monolito era usado para determinar las fechas de siembra, cosechas y festividades; originalmente estaba pintado con brillantes colores.

Los aztecas tenían dos calendarios: uno astronómico de 365 días y otro litúrgico y adivinatorio de 260.

El guía nos hizo observar luego la piedra Tizoc, donde están talladas las conquistas del emperador azteca. En la parte superior tenía un cilindro hueco donde se ponían los corazones de las víctimas.

Le pregunté al guía si los aztecas creían en el más allá, y la explicación que me dio es más o menos esta: los muertos en realidad estaban vivos; solamente habían pasado de un lugar a otro. El cuerpo del hombre común se envolvía en una tela con una caja donde ponían cosas de su vida y otras para el viaje. Luego era cremado y sus cenizas eran puestas en una urna con una pieza de jade. Por su parte, la gente de rango elevado era sepultada.

Los que partían iban con los genios tutelares que los habían protegido en vida; los guerreros y las mujeres valientes iban a la tierra de Tláloc, el dios de la lluvia; también este dios recibía las almas de los ahogados. Las acciones en vida no tenían relación con el grado de inmortalidad, sino que éste dependía del cargo u oficio que se hubiera tenido en vida.

Cultura maya – Chichén-Itzá

Ayer viajé desde ciudad de México a Cancún y de allí a la zona arqueológica de Chichén-Itzá, en la península de Yucatán, asentamiento de los mayas que venían del norte de México. La vegetación es selvática y baja, muy pantanosa. Hay aves exóticas, como el tucán, el faisán y el propio quetzal que es símbolo de Guatemala. Son muy típicos de la zona también el mono araña, así como los jaguares y los ocelotes; de más está decir cuán peligroso es meterse en la selva.

Pero nosotros atravesábamos diversos pueblitos rumbo a las ruinas. Fuimos directamente a la pirámide mayor y subimos sus noventa y un escalones hasta llegar adonde se adoraba a Choc-Mool, el mensajero de los dioses.

Según las creencias mayas, el mundo –creado por un dios invisible llamado Hunabku– se sostenía mediante cuatro dioses llamados Bacobeo, cada uno colocado en un punto cardinal; el cielo se dividía en trece cielos superiores, cada uno regido por un dios (los Oxlahuntiku) y nueve cielos inferiores (con sus dioses Bolontitus).

A la cabeza de los dioses celestes estaba Itzama, señor del cielo, del día y de la noche; le seguían Kinich A'Hzu e Ixchel (sol y luna respectivamente). También adoraban a Kukulcan, la ser-

piente emplumada –asociada al viento y al planeta Venus–, lo mismo que a Xamanek, la estrella polar, que guiaba a los mercaderes en sus viajes.

Relacionados con la vida cotidiana tuvieron dioses como Chac, señor de la lluvia, Yum-Kaak, el dios del maíz, Ik Asalvo, la deidad de los tejedores, Ek Chuak, protector de los comerciantes y dios de la guerra, así como otras divinidades asociadas con la muerte, como Iktab, el dios de los suicidas, y Ah Puch, señor del mundo de los muertos.

Por la tarde, vimos el pozo de los sacrificios llamado cenote, por donde tiraban a las víctimas humanas adornadas con joyas a la boca del inframundo. Si alguna de las víctimas sobrevivía después de varias horas, se la sacaba para que comunicara a los sacerdotes el mensaje de los dioses. Todo esto tan trágico se ve ahora por medio de un maravilloso espectáculo de luz y sonido.

Uxmal

Salí hacia la zona de Dzibilchaltún para ver sus ruinas. Hacía mucho calor, a pesar de ser pleno invierno. Lo más interesante de la zona es el museo. Sobre todo me gustó la explicación acerca de las chozas donde vivían los mayas y en la que ahora viven sus descendientes. Eran muy sencillas, en general se trataba de un solo cuarto hecho de palos de madera entrelazados, con techo de hoja de palma o zacote. El piso era de tierra apisonada. Frecuentemente estaban construidas sobre plataformas, especialmente en lugares con muchas precipitaciones. Dormían en unas pequeñas hamacas, algo parecido a lo que conocemos como hamacas paraguayas.

Y luego llegué a Uxmal, donde pude apreciar el simbolismo que se derrama de las fachadas de las pirámides, templos y palacios; un ejemplo singular del fabuloso esplendor artístico que inmortalizó en la piedra esta notable civilización, sin herramientas metálicas ni bestias de carga y sin conocer la rueda.

El silencio y la soledad que envolvían las ruinas contrastan con la animación que debió tener la metrópoli durante su época de esplendor –en los siglos VII a X después de Cristo–, cuando un grupo selecto de sacerdotes, que a su vez eran jefes especialistas

en astronomía, ingeniería y arquitectura, controlaron política y económicamente el área.

Estuve con Jorge en la parte superior de la pirámide del Adivino. Los sacerdotes que oraban en estas pirámides observaban cuidadosamente las estrellas y planetas para apoyarse en la astrología, fundamento de sus predicaciones y adivinaciones.

Hoy compré el libro sagrado de los mayas, el *Popol Vuh*, y en este lugar sagrado se me ocurrió pensar en una de sus oraciones que me había gustado mucho: *¡Oh tú, hermosura del día! ¡Tú, huracán! ¡Tú, corazón del cielo y de la tierra! ¡Tú, dador de la riqueza y dador de los hijos e hijas! ¡Vuelve hacia acá tu gloria y tu riqueza; concédeles la vida y el desarrollo a mis hijos y vasallos; que se multipliquen y crezcan los que han de alimentarte y mantenerte; los que te invocan en los caminos a la orilla del río, en los barrancos, bajo los árboles, bajo los bejucos!*

Bajamos la pirámide del Adivino y seguimos recorriendo el área. Pasamos por el campo de juego de pelota y llegamos a la gran pirámide, lugar de sacrificios. Para el hombre maya, el año era una sucesión casi continua de ceremonias, sobre todo si se toma en cuenta que antes de cada una había un lapso para los preparativos. Éste tenía una duración variable, pero en él generalmente se ayunaba y se evitaban los contactos sexuales para lograr así la purificación ritual, algo fundamental de lo que dependía el éxito o el fracaso del ceremonial.

Durante las festividades se practicaba el canto y el baile, las plegarias y la quema de incienso. Las mujeres se encargaban de preparar la comida que en muchos casos era especial para la ocasión. Eran muy importantes el autosacrificio, en forma de flagelación, y el sacrificio de animales y de humanos; en el *Popol Vuh* se habla mucho de eso.

Era de noche cuando concluimos nuestro recorrido. Nos fuimos a un pueblito llamado Muna a tomar algo y volvimos a Uxmal para ver en plena noche el espectáculo de luz y sonido: cada noche, bajo las mismas estrellas que gobernaron los destinos de los mayas, hay un espectáculo que transporta a la época gloriosa de Uxmal, reviviendo leyendas en las que el drama y la tragedia aumentan la fascinación del lugar.

A unos ciento quince kilómetros de Cancún se encuentra la zona arqueológica de Tulum. Allí, sobre un acantilado de doce metros de altura, se levanta desafiante el centro ceremonial maya frente al increíble mar Caribe, de playas blancas y agua de colores que van del azul profundo al verde claro.

Los templos, palacios y miradores están rodeados por una fortificación de piedra, testimonio de las frecuentes guerras que hubo en los siglos precedentes a la conquista española.

Lo primero que vi es una plataforma funeraria, en cuyo centro hay una tumba en la que se descubrió un esqueleto rodeado de restos de tiburón, iguana y lagarto, entre otros alimentos sagrados. Luego nos fuimos al templo de los Frescos, donde vimos los restos de un ídolo, omnipresente en Tulum: el *dios descendente*, asociado al planeta Venus, guardián de la costa oriental.

Conocí además la zona arqueológica de Coba, situada relativamente cerca de allí. En una calurosa planicie cubierta por una densa selva en la que habitan monos, venados y jabalíes, se ven los vestigios de una de las mayores urbes mayas. Entre ellos, sobresalen dos pirámides construidas con bloques de piedra, toscamente cortados pero siempre imponentes.

Guatemala

Llegué un domingo por la tarde a Guatemala, un país con diez millones de habitantes de los cuales casi seis viven en la capital; hice una recorrida por el centro y vi entre otras cosas el Palacio de Gobierno que es muy lindo y la catedral, donde se estaba celebrando un casamiento. Al día siguiente muy temprano salí hacia Chichicastenango, famosa ciudad maya situada en el altiplano occidental. Dos veces a la semana los nativos se reúnen allí en un tradicional mercado al aire libre; este era uno de esos días y así pude ver los puestos que vendían todo cuanto pueda imaginarse.

Visitamos la iglesia de Santo Tomás, donde los ritos milenarios de los mayas se ejecutan en el interior y en las gradas exteriores, entrecruzándose con los rituales católicos. En el atrio había indios quemando incienso o *pom* para ahuyentar a los malos espíritus; incluso había una pequeña fogata donde queman una es-

pecie de chala para hacerlos huir. En el interior, los ídolos mayas se mezclaron con santos católicos. En la nave central había rectángulos llenos de velas, donde los descendientes de los mayas rezan por sus muertos.

Las ahumadas paredes de la iglesia escuchan día tras día las imploraciones y los rezos en lengua quiché; hoy piden a Jesús como antes lo hacían a sus múltiples dioses paganos.

Fuimos a visitar luego el ídolo pascual Abaj, al que llegamos luego de subir a pie una montaña durante veinte minutos; allí vimos al sacerdote maya ofrecer sacrificios de pollos y gallinas al ídolo. Una chiquilla que salió de una choza nos contó que los sacrificios se hacen por la mañana y varían de acuerdo a lo que se quiera pedir: dos pollos blancos para la felicidad en el matrimonio, un pollo colorado para pedir lluvia, etc.

Fuimos luego hacia el lago Atitlán, donde hay un ídolo llamado Maximón, mezcla de deidad pagana y semisanto católico, cuya representación está compuesta por atados de ropa, una máscara de madera y varios sombreros. Hasta la fecha no se ha podido saber el verdadero origen de este santo indígena que aparece en público los miércoles de Semana Santa. El Viernes Santo sale de su pequeña capilla y sigue la procesión del Nazareno. Nuevamente, la mezcla de lo pagano y lo cristiano.

Ruinas de Copán – Honduras

Múltiples dificultades encontramos para llegar a las ruinas mayas de Copán en Honduras. Con todo, llegamos y vimos la gran plaza con un monumento pequeño de adoración. Y un poco más allá, la escalinata de los jeroglíficos que llevaba a los grandes centros ceremoniales. La sociedad maya era teocrática, y eso se ve en la estructura de sus ciudades. Aquí en Copán sólo residían los sacerdotes, mientras que la mayoría de la población vivía en pequeñas aldeas vecinas; en ocasión de celebraciones religiosas venían desde sus aldeas para reunirse en la plaza. Asimismo, las representaciones artísticas eran sólo de dioses o de sacerdotes; no había lugar para personajes históricos. La escritura jeroglífica refleja un sistema de profecía por el cual los sacerdotes mayas documentaron las predicciones basadas en observaciones astrológicas.

Fray Bartolomé de las Casas

Volví desde Honduras a Guatemala y de allí a Ciudad de México, y ahora vuelo hacia Buenos Aires.

Me gustaría terminar este relato refiriéndome a un gran apóstol de México y Guatemala llamado fray Bartolomé de las Casas ya que tras la personalidad de este gran dominico está todo el problema de la colonización española.

Era un muchacho aventurero cuando escuchó un sermón que cambió su destino; en ese momento descubrió que él –hijo de un compañero de Colón– y sus semejantes traicionaban a Cristo y a la misión de Dios sobre la tierra. Convertido en otro hombre, pronto fue ordenado sacerdote y se entregó a la obra apostólica y caritativa, denunciando la crueldad y sevicia de los amos, ante quienes se interponía para frenarlos.

Por supuesto que su actitud molestó a los poderosos, que le pusieron todos los obstáculos del mundo. Él sin embargo logró llegar a Carlos V, quien comprendiendo el panorama promulgó las ordenanzas que prohibían la esclavitud y los malos tratos. Pero Madrid estaba lejos y los verdugos eran poderosos en sus lugares. Aun así, Bartolomé no dejó nunca de luchar por ellos en todo lo que pudo. Él fue el padre de los indios, y éstos lo lloraron mucho cuando murió.

LAS REDUCCIONES JESUÍTICAS EN PARAGUAY Y LA ARGENTINA - 1997

En una mesita junto a la ruta que conduce a las reducciones jesuíticas en Paraguay, me pongo a escribir mi paso por Yaguarón. Había concluido de celebrar misa en la iglesia San Buenaventura y al presentarme en la casa parroquial me atendió el padre Wilson, párroco de esa localidad. Le expliqué el motivo de mi visita y enseguida me llevó al templo que había sido construido por los indígenas bajo la supervisión de los padres franciscanos, entre ellos fray Luis Bolaños.

La iglesia de Yaguarón es de estilo barroco y data de 1750 aproximadamente; es una verdadera obra de arte tallada en madera. El altar mayor es un enorme catecismo abierto labrado por los indios. En su parte superior, se ve el Padre Celestial sosteniendo el globo terráqueo mostrando que *Dios creó los cielos y la tierra...*, según relata el *Génesis* en el primer capítulo. En la puerta del Sagrario está representado el Cordero Pascual y un poco más arriba está la imagen de la Inmaculada y por sobre su cabeza, la paloma del Espíritu Santo. Al fondo, Pedro, sentado en la cátedra y con las llaves en sus manos. A la izquierda del altar se ve la imagen de san Buenaventura.

San Ignacio Guazú – Santa María – Santa Rosa

Acabo de visitar lo que queda de estas tres reducciones jesuíticas. En San Ignacio estuve hablando con el padre Fernández, un jesuita de Granada, España. Era mediodía y no pudimos entrar

al museo porque estaba cerrado y el padre no tenía la llave. De todos modos, en la fachada del antiguo colegio de la reducción me explicó algunas cosas. Me mostró por ejemplo una gran placa en donde están grabados los nombres y las fechas de los tres mártires del Paraguay que han sido declarados beatos por la Iglesia: Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo.

Roque González es el más conocido de los tres. Fue nombrado superior de esta primera reducción del Paraguay. Fue un fundador nato; erigió Itapuá, sitio donde actualmente está la ciudad de Posadas, además de la Concepción (1619) y Candelaria (1627), en lo que ahora es territorio argentino.

El 15 de noviembre de 1628, después de celebrar misa en lo que iba a ser la nueva reducción cerca de Caaró (hoy tierra brasileña), fue asesinado a golpes por un cacique de nombre Nezá, indio hechicero que decía ser el *Padre Dios*. El corazón del mártir se encuentra incorrupto en la Capilla de los Mártires, en el Colegio de Cristo Rey, Asunción. Posteriormente murieron mártires sus compañeros, los padres Rodríguez y Del Castillo.

Luego el padre Fernández me dio detalles acerca de las reducciones, cómo se vivía en ellas y qué papel tuvieron los jesuitas.

Su relato –corroborado también con documentación– es el siguiente: Esta experiencia comenzó a principios del siglo XVII y llegó a su perfección entre 1650 y 1720. Los jesuitas encontraron muchas dificultades que finalmente terminaron con su expulsión y allí acabó todo. Una reducción (de *reducir*, agrupar, apartar) era una población en la que no vivían más que indios, bajo la dirección de dos o tres jesuitas. Por concesión especial de los reyes de España tenían los padres una autoridad absoluta sobre aquéllos, no sólo en lo espiritual, sino también en lo material.

En todas las reducciones se seguía el mismo plano urbano: un cuadrado en damero, en torno de una plaza en la que se levantaba la Iglesia y la casa de los padres. Cada familia tenía su casa y su jardín, pero la explotación de las tierras de cultivo era colectiva; los jesuitas proporcionaban las semillas, controlaban el trabajo, almacenaban las cosechas y distribuían a cada familia lo necesario para su subsistencia.

Santa María y Santa Rosa

El pueblito de Santa María me recordó al *far-west*. Hacía mucho calor y después de hablar con la señora encargada de la antigua reducción pensé un poco en esas vidas según lo que había leído en estos días.

La vida de los indios estaba reglamentada, con oficios, confesión y comunión obligatorios; el domingo se cantaba a coro y los jesuitas acompañaban con el violín. Tal fue la vida durante más de dos siglos y medio en las treinta ciudades cristianas (alrededor de cien mil habitantes).

Instaladas en zonas hasta entonces desocupadas, las reducciones gozaban en sus orígenes de una autonomía respecto de las autoridades españolas; el obispo y el gobernador no hacían sino visitas protocolares a estas ciudades y los jesuitas velaban para que ningún blanco penetrara en ellas.

Más tarde hice unos veinte kilómetros hasta llegar a la reducción de Santa Rosa, cuyas ruinas están en lo que ahora es la plaza principal del pueblo.

Al llegar, me atendió el párroco, un jesuita cubano nacionalizado norteamericano. Inmediatamente me conectó con otro jesuita, llamado Silva, que nació en Villa Rica y estuvo mucho tiempo en la Argentina.

Mientras permanecíamos sentados en el despacho parroquial, le pregunté cuáles habían sido las causas que condujeron al fin de las reducciones. Parece que fueron muchas, y me las enumeró: por una parte, el deseo de las autoridades laicas y religiosas de supervisar a los jesuitas; además, la avaricia de mercaderes y funcionarios, que estaban convencidos de que los jesuitas amontonaban el oro. Influyó también la rivalidad entre españoles y portugueses, cuyos acuerdos de límites cortaron en dos el territorio de aquellas repúblicas cristianas. También tenían como enemigos a los comerciantes españoles —a quienes los jesuitas estaban impidiendo el trato abusivo con los indios— y a los cazadores de esclavos *paulistas*, *bandeirantes* o *mamelucos*, que periódicamente capturaban a miles de indios. Por esto es que los jesuitas habían decidido separar a los indios de los europeos y establecer los asentamientos misioneros en áreas no habitadas.

Le compré al hermano un libro sobre las reducciones en Paraguay y luego de despedirme fui a tomar soda con limón a un bar de la plaza.

Trinidad y Jesús

Pasé la noche en Encarnación, frente a Posadas, y por la mañana partí a conocer esas importantes reducciones, situadas a treinta y cinco kilómetros.

Fui primero a la imponente Trinidad; con las casas de los indios, grandes y espaciosas, con paredes de piedra.

Hay que decir que antes de la existencia de las reducciones, los guaraníes vivían en enormes cabañas rectangulares que podían albergar hasta doscientas personas. Esto desde el punto de vista de los jesuitas presentaba inconvenientes de orden moral por la promiscuidad, así como problemas sanitarios.

En las reducciones, en cambio, cada familia tenía habitaciones separadas y saliendo de ellas, había corredores de dos o tres metros de ancho.

La plaza era el centro de la reducción y el eje de la vida social; allí se hacían las procesiones y las manifestaciones corales y musicales.

Entré en la soberbia iglesia, de la cual quedan las anchas paredes, el altar central y los altares laterales. ¡Cuántas veces los sacerdotes habrán ofrecido el Santo Sacrificio en estos altares! ¡Cuántas veces habrán repetido las palabras de Jesús: *Tomen y coman, esto es mi Cuerpo... Beban todos de ella, porque esta es mi sangre, la sangre de la Alianza, que se derrama por muchos para la remisión de los pecados!*

Seguí recorriendo el templo y me encontré con el púlpito, casi en el centro. En el friso del altar se ven ángeles músicos, esculpados en la piedra en alto relieve. Me recordaron a los querubines que cantan la gloria de Dios. Al salir de la iglesia fui al cementerio, lugar sagrado para los indígenas. ¡Esos cuerpos también fueron templos del Espíritu Santo!

Junto a la iglesia está la residencia de los padres y muy cerca, el colegio donde los jesuitas enseñaban catequesis, lectura, escritura y cálculo en guaraní. El español se reservaba a quienes estu-

vieran dispuestos a aprenderlo. Luego de haber aprendido a leer, escribir y calcular, algunos guaraníes se orientaban hacia carreras como inspector, administrador o contador. Todos debían aprender algún oficio que, según sus inclinaciones, podía ser el de panadero, carnicero, carpintero o herrero. Las niñas, siempre separadas de los varones, seguían un régimen análogo, al que además se agregaba el aprendizaje de costura, bordado y cocina.

Pude ver también la huerta, ubicada tras la Iglesia y el colegio.

Dejé Trinidad y por un camino de tierra me dirigí a la localidad de Jesús. El lugar es excepcional, en una altura que le presta una vista magnífica. Pero lo único que queda de la reducción es la iglesia, bastante distinta a la de Trinidad.

Me ha llamado la atención en las reducciones el hecho de que lo más importante parece ser la iglesia, lo primero que aparece, como si fuera la esencia de ellas. Y es que al fin y al cabo, es la casa de Dios, principio y fundamento de todo; alfa y omega. Me pregunto qué tienen que envidiar estas iglesias a las grandes catedrales de Europa. ¡Realmente nada! Son majestuosas y dignas de la gloria de Dios.

Reducciones en el actual territorio argentino – Yapeyú

En otro viaje fui a las reducciones jesuíticas del lado argentino. Con bastante calor, raro en invierno, llegué a Yapeyú, en la provincia de Corrientes. Bajo un templete pude ver las ruinas de la casa donde nació el Padre de la Patria, el General D. José de San Martín. Desde luego, recordé sus triunfos en San Lorenzo, Chacabuco y Maipú; su expedición a Chile y Perú... ¡Cómo no mencionar su renunciamento, luego de la entrevista en Guayaquil!

El pueblito es muy lindo, con sus casas coloniales y con la vista preciosa del río Uruguay y la costa brasileña. Recorrí exhaustivamente el lugar; le pregunté al cuidador del templete de San Martín acerca del Yapeyú guaraní, y me respondió que no había ningún resto o vestigio de la reducción.

De todos modos, sé que Yapeyú formó parte de la empresa de los treinta pueblos jesuíticos, con una población estimada de ciento veinte mil aborígenes y un centenar de jesuitas.

Al atardecer llegué a Posadas, donde gracias a la hospitalidad de los padres me albergué en la parroquia de los Santos Mártires donde, además, me dieron algunos datos sobre las reducciones que iba a ver.

Candelaria y Santa Ana

En algo más de media hora llegué a Candelaria; en esa localidad, lo poco que se ve de las ruinas queda contiguo al penal. Conversé con dos guardias que me dijeron que Candelaria fue capital de Misiones antes que Posadas. En esa reducción residía habitualmente el superior jesuita de las misiones, quien con sus vicesuperiores y sus consultores tenía a su cargo la responsabilidad de todo lo concerniente a la marcha de los pueblos.

Dejé Candelaria y me encaminé hacia la reducción de Santa Ana, donde había mucho para ver e investigar. Santa Ana está en plena selva de guaraní. El padre Furlong explica que el término *guaraní* viene de *guarín*, que significa soldado o guerrero. De la misma manera, el padre Sánchez Labrador sostiene que los guaraníes eran sanguinarios, implacables y crueles en sus desquites; también antropófagos, por simple gula algunas veces y por venganza otras. Según su versión les era indiferente que las víctimas pertenecieran a un pueblo u otro, interesándoles únicamente saciar su rabia.

Vivían en comunidad, en viviendas o chozas que compartían distintas familias, llamadas *tapi* o *maloca*. La poligamia era practicada principalmente por los caciques, no por una mera cuestión sexual, sino por la importancia que revestían para ellos las mujeres y los parentescos sobrevivientes, por ejemplo con los cuñados o *tobey*. Estaban inclinados a lo religioso; hablaban de su búsqueda de la tierra *sin mal*, el lugar donde nunca se acababan los alimentos; en Iguazú he visto urnas donde eran depositados los cuerpos de los muertos, con su ajuar y provisiones, signo de que pensaban en el más allá.

Junto a la iglesia de Santa Ana está el cementerio, que siguió siendo usado tras la expulsión de los jesuitas, sin que nadie se encargara de cuidarlo. Lamentablemente sigue así, todo abandonado.

De pie y mirando todo esto, pienso en las palabras de san Agustín: *Allí descansaremos y veremos; veremos y nos amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí lo que acontecerá al fin sin fin. ¿Y qué otro fin tenemos, sino llegar al Reino que no tendrá fin? (De Civitate Dei 22,30).*

La intensa vida religiosa que impulsaron los jesuitas fue cambiando las costumbres de los guaraníes y así la antropofagia, la poligamia, la promiscuidad de las casas comunales y el embriagarse fueron reemplazados por una concepción monogámica de la familia y por hábitos de responsabilidad y trabajo. Y las palabras de Jesús que predicaron fueron dando nuevo sentido a la búsqueda de *la tierra sin mal*.

Loreto

A unos cuantos kilómetros de Santa Ana está lo poco que queda de la reducción de Loreto, siempre en medio de la húmeda y verde selva.

No había nadie allí. De la misión, sólo se conserva la pared lateral del templo.

Esta reducción fue fundada por el padre Ruiz de Montoya en 1632. Aquí funcionó la prensa con la que se editaron los primeros libros en el actual territorio argentino a partir de 1700.

Vi en una placa que el padre Montoya estaba enterrado allí. Saqué mis notas y empecé a leer:

Iniciada la labor de los misioneros en las regiones del Paraná y Guayrá, muy pronto la fundación de pueblos se fue extendiendo a la cuenca del río Uruguay y luego al Tape y al Itatín.

Los indígenas se “redujeron” rápidamente en grupos numerosos, adoptando junto con las enseñanzas del Evangelio hábitos de trabajo e ideas de organización social.

Pero las prósperas poblaciones de la región del Guayrá no pudieron resistir los continuos ataques y la devastación causada por los mamelucos o “bandeirantes” que venían de San Pablo, cuyo objeto era aprisionar indígenas y venderlos como esclavos. En sólo cuatro años (1627-1631) destruyeron nueve pueblos y aprisionaron como esclavos a unos sesenta mil indios. Esto determinó al insigne misionero y escritor padre Antonio Ruiz de Montoya a organizar el éxodo de los restantes habitantes de esos pueblos.

En 1631, una gran flota de canoas que transportaba por el Paraná más de doce mil almas con sus haciendas, en medio de incontables penalidades y catástrofes, hizo puerto en las márgenes del arroyo Yabebirí, fundando los pueblos de Loreto y San Ignacio Miní, en territorio argentino. A éstos se agregaron otros pueblos más que debieron emigrar por el mismo motivo del Tape (1634-1636) y del Itatín (1669). De este modo se concentró gran parte de las actividades misioneras a lo largo de las márgenes de los ríos Paraná y Uruguay, y se fueron consolidando treinta pueblos organizados con más de 100.000 guaraníes, tanto en el actual territorio argentino como en el paraguayo y el brasileño.

Concluí esta lectura frente a la placa que recordaba a Montoya, en Loreto. El sol se filtraba entre las hojas de los árboles y la vegetación de la selva; era un maravilloso juego de colores ante mi fascinada vista al que se sumaba la música de los pájaros.

San Ignacio Miní

Muy cerquita de Loreto se halla la reducción más grande de la región: San Ignacio Miní. Pude ver allí las casas de los guaraníes, perfectamente conservadas. Sentado en la plaza, grande como en todas las reducciones, saqué los apuntes del padre Furlong que anotan acerca de la vida que allí se llevaba: *A las cuatro de la mañana en verano y a las cinco en invierno, sonaba la campana para los padres. Media hora después iniciaban su oración matinal y, de no interponerse alguna urgente necesidad, celebraban enseguida la misa. Al finalizar ésta, salían a realizar sus múltiples tareas.*

Al mediodía tenían los padres un acto religioso, después del cual almorzaban y descansaban un rato para regresar luego a sus tareas. Dos veces al año, durante tres días, hacían la renovación de sus votos con las prácticas acostumbradas; y una vez al año, durante ocho días, los Ejercicios Espirituales.

Aquí interrumpí por un momento la lectura y me puse a reflexionar sobre la última parte del principio y fundamento de los Ejercicios Espirituales: *No queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga y corta y por consiguiente en todo lo demás; solamente de-*

seando y eligiendo lo que más nos conduce hacia el fin para el que somos creados (San Ignacio).

Seguí con los apuntes del padre Furlong:

Una profunda y cotidiana vivencia religiosa alimentada con fidelidad a la oración asidua y el Misterio de la misa fue seguramente lo que permitió a estos misioneros perseverar heroicamente en su entrega total a sus hermanos guaraníes.

En cuanto a los aborígenes, también su vida giraba en buena medida alrededor del valor religioso. Recibían sólida formación doctrinaria en las clases de catecismo. Pero sin duda la vida litúrgica influyó enormemente en su ánimo. Aunque no era obligatorio, la mayoría participaba diariamente del sacrificio de la misa.

El vasto territorio que comprendían los treinta pueblos dependía administrativamente del superior jesuita residente en Candelaria y éste a su vez del provincial cuyo asiento era Córdoba, el que a su vez recibía órdenes del padre general que tenía su sede en Roma.

Los jesuitas aprovecharon el liderazgo natural de los caciques sobre sus tribus; así es que cada pueblo estaba dirigido por dos o tres sacerdotes, los que se apoyaban en el Cabildo (aquí en San Ignacio, he visto la placa que señala el lugar donde estaba emplazado). Éste estaba constituido por los caciques (jefes) que desempeñaban los cargos de corregidor, teniente de corregidor, alférez real, alcaldes de primer y de segundo voto, alcalde de hermandad, regidores y cuarteles de barrio. Corroboré todo esto en una conversación que tuve con el encargado de una sección del museo de la reducción.

Cataratas

Paisajes de gran belleza, de selva y tierra colorada, de ríos caudalosos, extensas plantaciones de yerba, de pino Paraná y otros árboles para madera... Esto es lo que se ve en la ruta que conduce a las Cataratas.

Con la ansiedad propia del que llega por primera vez a esa maravilla de la naturaleza, me fui aproximando hasta que hacia mediodía llegué al Parque Nacional Iguazú.

Luego de informarme acerca de cómo convenía recorrer las cataratas, comencé en la parte superior. Con el marco de vegetación subtropical y sumido en la nube de finísima lluvia que producen las aguas al precipitarse, nube frecuentemente iluminada por el arco iris, recorrí por las pasarelas esta obra de Dios.

Le pedí a un señor que me sacara una foto con el fondo de las caídas de agua, a lo cual accedió cortésmente. Se trataba de un pastor evangélico de la localidad de San Martín (provincia de Buenos Aires), con quien conversé en la medida en que el tiempo y el incesante flujo de marea humana lo permitieron. ¡Cuántas cosas nos unen!, me dijo. Le respondí que, entre otras cosas, está el misterio de la creación. ¡Y sobre todo, la creación desde la nada! Recordamos los textos del *Génesis*: *Y Dios vio que esto era bueno* (Gen 1,25). La fuerza de la caída de las aguas nos llevó a hablar del poder de Dios. Dijimos con Job: *Sé que eres todopoderoso; lo que piensas, lo puedes realizar* (Job 42,2). Y con los *Salmos*, honramos al Todopoderoso: *El Señor de los ejércitos, el fuerte, el valeroso*.

No quiero terminar mi relato sin recordar a don Álgar Núñez Cabeza de Vaca, el descubridor de las cataratas en su alucinante travesía del año 1541, que comenzó en la costa atlántica en el estado brasileño de Santa Catarina y concluyó en Asunción del Paraguay.

En el curso de ese viaje dio con las cataratas del Iguazú que veían por primera vez los ojos de un hombre blanco, y las bautizó con el nombre de *Saltos de Santa María*. Con el tiempo, éste cayó en desuso, prevaleciendo su nombre indígena, que en guaraní significa *agua grande*.

Anohecía mientras me iba aproximando a Posadas, paladeando interiormente las bellezas de la obra de Dios.

VIAJE POR JAPÓN Y CHINA - 1997

El avión con destino a Japón despegó de Ezeiza y una vez en vuelo recé el oficio del día y leí en la Carta a los Romanos 1,20: *así, después de la creación del mundo, conocemos sus atributos invisibles, aprendidos mediante las Escrituras, tales como su eterna Omnipotencia y su Divinidad.*

Pienso que esta verdad es creída por la mayor parte de los hombres en este mundo; es algo que fluye naturalmente del ser humano. Diría algo más: Dios puso en el hombre esa inclinación de reconocerlo como Creador y no sólo como principio u origen de todo. El hombre debe, pues, afirmar la Omnipotencia y la Divinidad del Creador.

Mi segunda lectura fue la regla monástica de san Basilio Magno. Este padre de la Iglesia me sugiere que *el amor de Dios no es algo que pueda aprenderse con normas y preceptos. Así como nadie nos ha enseñado a gozar de la luz, a amar la vida, a querer a nuestros padres y educadores, así también y con mayor razón el amor de Dios no es algo que pueda enseñarse, sino que desde que empieza a existir este ser vivo que llamamos hombre es depositada en él una fuerza espiritual a manera de semilla, que encierra en sí misma la facultad y tendencia al amor.*

Esta fuerza seminal es cultivada diligentemente y nutrida en la escuela de los divinos preceptos y así con la ayuda de Dios llega a su perfección.

Este texto es claro y no exige mayor comentario.

Luego de cenar me arropé con la frazada y me dispuse a dormir. Fue un vuelo apacible, sin mayores contratiempos y al llegar a Londres, nos saludó la acostumbrada niebla.

Pero luego ya en el avión rumbo a Tokio me siento *incomunicado*, tanto que ni siquiera puedo llegar a saber por qué se retrasó el vuelo una hora y veinte minutos. Estoy afuera del inglés tanto como del japonés.

Llegamos a Tokio por el Pacífico y yo agradecí a Dios que me permitiera conocer un nuevo país; nada menos que el país de las cuatro islas. Amén de saber por mi guía que está formado por cuatro islas, la Hokkaido, la Honsao, la Shikoku y la Kyusho y unos tres mil islotes, sé que Japón es una totalidad montañosa.

Me cuenta la guía que en el país no se piensa de una manera individual; sino en el clan, en la familia y en la sociedad, que es la agrupación de las familias. El símbolo de esa unidad es propiamente el emperador. Es una sociedad en la que los casamientos son más bien tardíos, rozando los treinta años, en ceremonias que se llevan a cabo en hoteles, que tienen pequeñas capillas que se usan tanto para el rito sintoísta como para el cristiano.

Pocos son los hijos que suelen tener, uno, o a lo sumo dos, ya que viven en una gran preocupación material. Laboriosos como son, han logrado ganarle al mar nada menos que la misma ciudad de Tokio. Es la Venecia asiática.

Para nuestras cifras argentinas, las de ellos son asombrosas. Un desempleo de 3 a 5 por ciento. Los pobres se reducen a algunos vagabundos (así los llama la guía) que no quieren trabajar por nada en el mundo.

Torre de Tokio. Palacio Imperial

Un matrimonio japonés, un chileno, un norteamericano de Boston, un señor de Nueva Zelanda y yo fuimos los pasajeros del bus que nos llevó a conocer Tokio. Vimos la torre de acero de trescientos treinta y tres metros, una de las más altas del mundo, y de allí nos llegamos al Palacio Imperial, residencia del emperador Akihito, hijo de Hirohito. El palacio está circundado por fosos con agua y no se puede visitar. Sí pudimos pasear por el parque.

El emperador es para el pueblo el centro de la unidad. Aunque en otros tiempos se creía que descendían de los dioses, hoy su poder es casi protocolar ya que un consejo de ministros y un primer ministro junto a las cámaras del parlamento toman las decisiones.

Templo de la diosa Asakusa Kannon

Asakusa Kannon es la diosa de la misericordia y antes de entrar en el templo que la honra, hay uno sintoísta dedicado a dos pescadores que encontraron la imagen de la diosa. Como en todos los templos sintoístas se encuentra el *Torif*, que es la entrada sagrada donde hay una pila de agua para purificarse las manos, primero la izquierda, después la derecha y luego se sorbe un poco de agua.

También nosotros los católicos nos purificamos tocando el agua; mientras nos santiguamos decimos *purificame ab iniquitate mea*.

Tenemos diferencias sin embargo; el sintoísmo no da explicación al ángel del mal y por tanto ignora algo fundamental que es el pecado de origen; la fuente del mal moral.

En sus oraciones litúrgicas (*borito* las llaman) mencionan una lista de pecados de carácter social, perjudiciales sobre todo a la agricultura: por ejemplo derribar diques de arrozales, obstruir canales de riego o sembrar cizaña. Están mencionados también el incesto y el bestialismo.

Sin embargo, no se mencionan los pecados contra los deberes religiosos para con los dioses (*Kami*), pero eso no quiere decir que los antiguos japoneses no los conocieran; por el contrario, en toda su vida se manifestaba el horror ante la idea de ofender a sus dioses.

Repito que se desconoce el origen del mal moral y no tienen ellos libros sagrados como nosotros tenemos la Biblia. Tampoco tienen obligación de asistir semanalmente al rito sintoísta cuyas ceremonias son celebradas por sacerdotes que pueden casarse.

Vemos una enorme caja de metal donde la gente coloca limosnas, creemos que para el mantenimiento del templo.

Para rezar, la forma más ceremoniosa son dos reverencias; después dan dos palmadas para llamar la atención del dios. Al tener la atención divina, se expresa el pedido y se concluye con otra reverencia que es el agradecimiento por ser escuchado.

Cuando llegamos a esta ciudad estaban en época de exámenes, por lo tanto los templos estaban llenos de jóvenes con el consabido pedido. ¿No son estas actitudes semejantes en nuestro mundo cristiano?

No veo imágenes en el santuario, pero sí veo pasar a los seminaristas vestidos con el alba.

Pegado al sintoísta hay otro santuario budista, éste consagrado a la diosa de la Misericordia. Antes de entrar la gente echa incienso en una caldera; el humo que se desprende purifica y ahuyenta los malos espíritus. Al entrar se ve una cortina roja que guarda la imagen de oro macizo de la diosa custodiada también por imágenes de dragones y ángeles budistas.

En este templo no se golpean las palmas para llamar la atención del dios; los fieles simplemente juntan las manos.

Kioto

Llegué aquí desde Tokio con el tren bala que corrió a 230 kilómetros por hora. A pesar de la ansiedad que me habían provocado los comentarios escuchados, a mí me parecieron un trayecto y una velocidad normales. Hizo 480 kilómetros en menos de tres horas, en un recorrido de llanuras, poblados, colinas y montañas, como el monte sagrado Fuji Yama, de nieves eternas.

El culto a la naturaleza es un punto básico en la fe sintoísta; otro es el culto a los antepasados. A estos elementos se agrega la adoración de las divinidades celestes y la magia —el fetichismo—.

El sol, la luna, la lluvia el viento y las montañas fueron divinidades —*kami*— en tiempos remotos; y, claro, el monte Fuji Yama de casi cuatro mil metros era una de las más importantes. De la misma manera veneraban todo lo que les produjo temor, como las serpientes y los lobos o algunas selvas impenetrables. Pero también veneraron todo lo que les fuera útil, como los cereales y animales con los que se alimentaron.

En los caminos, y no sólo en ellos, se ve una enorme cantidad de pequeños cementerios. Según el rito budista, el cuerpo es cremado —es ley del Estado, además— y luego las cenizas se guardan por cuarenta y nueve días en una casa, ya que ese es el lapso en que se tarda en llegar al cielo. Luego se entierran.

Kioto fue en su tiempo la ciudad imperial. Hoy tiene una ferviente comunidad cristiana, tan ferviente como diminuta, ya que le corresponde el uno por ciento de la población. Tomé contacto con ellos, concelebré misa en la catedral y conocí a su obispo.

Juntos recordamos a san Francisco Javier que evangelizó el sur de Japón. Me encontré con un franciscano holandés que estaba estudiando la causa de aquellos mártires japoneses que murieron en Kioto.

Luego de esto, me adentré en el Japón budista y conocí varios templos... me pregunté entonces ¿cómo entró el budismo allí cuando el fundador es de la India? Parece que por intermedio de inmigrantes chinos y coreanos en el siglo VI, aunque los japoneses no lo tomaron como una filosofía sino como una religión y consideraron que Buda es una divinidad. Podemos decir que el budismo se niponizó y llenó un aspecto del sintoísmo que estaba sin respuestas: qué ocurre después de la muerte.

En Osaka –una de las islas en las afueras de la ciudad– tomé el avión para Pekín, ciudad que me esperaba con temperaturas debajo de cero. Fui, claro, a la legendaria plaza Tiannamen y a la Ciudad Prohibida, erigida allí por los mongoles de la dinastía Yuan en 1279 y terminada de construir en 14010 por Luang-Le, tercer emperador de la dinastía Ming. Las ciento una hectáreas están rodeadas de un foso de cincuenta y dos metros de ancho y se protege con una muralla de más de diez metros de altura. Son seis los palacios principales que la componen, y, junto con otras edificaciones menores, reúnen 9.999 habitaciones. Qué número raro pensé, pero hay una razón para esto, según me dijo Fon, el guía: Los emperadores se consideran hijos del dragón que vive en el cielo en diez mil habitaciones; a ellos, como hijos, les corresponde una menos. El palacio imperial está coronado por quince figuras mitológicas que son dioses, a ellos se les implora protección. ¡Siempre la protección de los dioses! Qué es el hombre sin ella...

También conocí el Templo del Cielo –construido alrededor del año 1410– en donde, en 1913 se celebró la última solemnísimas ceremonia de impetración y agradecimiento.

Parece ser que en los principios la religión china tenía un solo Dios: Shang-Ti; era un dios personal sublime soberano de los pueblos, que mostraba a los hombres la inmaterialidad y la inmortalidad el alma. Esta religión se fue corrompiendo y a partir del siglo XII a.C. se substituyó el concepto *dios* por el del *cielo* mientras se dejaron avanzar por la magia y la hechicería.

Conocí la Gran Muralla con un frío intenso; la muralla fue construida por diversos reinos para impedir la entrada de los nómades que llegaban del norte, y fue restaurada y reforzada a través de las diversas dinastías, principalmente la Ming. Fue una subida dificultosa pero muy bella por el espectáculo del que gozamos. Luego, de allí fuimos a conocer las tumbas Ming, a cuarenta y nueve kilómetros de Pekín. Tal como las *vias sacras* de griegos y romanos, los emperadores llamaron *camino sagrado* al que los llevaba a sus tumbas; aquí hay enterrados trece de los dieciséis que fueron en esa dinastía. Ellos creyeron, sin dudas, en que los espíritus de los antecesores vigilaban los negocios humanos, premiaba y castigaban y exigían a sus descendientes servicio y obediencia. No sólo se les ofrecía sacrificios sino que se los consultaba y se procuraba averiguar su voluntad por medio de la adivinación. El confucianismo dice: *Mientras viven (los padres) sírvelos conforme al ritual; cuando han muerto, entiérralos conforme al ritual y ofréceles sacrificios conforme al ritual.*

Antiguamente era costumbre elegir de entre los nietos vivos representantes de los antepasados que ocupaban los lugares de honor en las fiestas del clan y recibían en nombre de sus representados las plegarias y los sacrificios.

Este culto fue tan importante para ellos que cuando faltaba el heredero varón se adoptaba un niño para asegurar la continuidad de los sacrificios familiares.

El ejército de terracota del emperador Qin Shi Huan

Xian fue la capital de once dinastías y el punto de partida de la milenaria ruta de la seda. ¡Un hermoso lugar! Y como si le faltara, renombre allí se encuentra lo que fue el más relevante descubrimiento arqueológico de los años setenta: la tumba del emperador Qin Shi Huang, custodiado por su ejército de seis mil cuatrocientos guerreros y caballos de tamaño natural. La tumba tiene dos mil años y lo que me resultó más emocionante en esta búsqueda de eternidad que tuvieron ellos, es que cada soldado tiene el rostro real que tuvo en vida; ellos no fueron enterrados vivos, como en otras culturas y tiempos, sino que se moldearon sus rostros en arcilla.

Muchísimos no supieron de la Promesa ni de lo que dice el Apocalipsis: *Ellos contemplarán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Allí no habrá noche y los que viven allí no necesitarán luz de lámpara, ni luz de sol, porque Dios, el Señor, los alumbrará y reinarán por los siglos.* Dios mismo ha puesto en nuestro corazón el deseo de un más allá. ¡Y han sido tantos los caminos que siguió el hombre para asegurarse su eternidad! Este rodearse de un ejército de terracota es un intento tan impactante como conmovedor.

En Xian mismo fuimos a la gran pagoda de la Oca construida hace mil quinientos años, lamentablemente los guardias rojos de Mao la destruyeron en gran parte; hoy se la llama el templo de la Gran Benevolencia.

Pekín

Me encantó la devoción que muestran en los santuarios. Fuimos a un templo de ese gran complejo religioso que es el budismo tibetano en el que la comunidad monástica es su orgullo. Los monjes hacen una vida similar en mucho a Cluny u otros de nuestros monasterios cristianos que podamos mencionar; a las seis de la mañana se levantan y luego de un cuidadoso aseo dedican las horas de la mañana a la meditación. Hacia el mediodía el monje sale en silencio y con los ojos bajos a la calle y mendiga su comida. Su regla lo obliga a llamar a cada puerta y aceptar lo que le den con ademán humilde y los ojos bajos, pero sin agradecer; ya que se considera que el que da es quien se ve favorecido en este acto. El monje vuelve a la celda y se prepara la única comida del día en un lugar solitario. Dedicar el resto de la jornada al estudio de las escrituras, la meditación, las conferencias y la enseñanza de sus discípulos. Ya hacia el atardecer reciben a los laicos para darles enseñanzas espirituales. Hacia el crepúsculo toman un baño y pasan las últimas horas del día en la conversación piadosa con sus discípulos y compañeros. Por otra parte, viven en un riguroso desprendimiento de bienes materiales. Ellos tienen tres piezas de ropa, un cinturón, una aguja, una navaja de afeitar, un filtro, un abanico y la escudilla para mendigar.

Se comprometen a una castidad absoluta, a no matar —ni siquiera a los animales— no robar y no pretender poderes sobrehumanos.

Muy cerca encontré un templo confucionista. Kung Fu Se o Confucio como decimos nosotros nació en el 551 a.C.; fue pues, contemporáneo de Buda, de Pitágoras en Grecia y de algunos profetas en Israel. Era descendiente de una familia imperial pero trabajaba en cuestiones administrativas subalternas y como inspector de campos. A los sesenta y siete años editó seis libros con la compilación de su saber y de sus ideas.

¿Cuál es su concepto de Dios?

Pues bien, en mucho es parecido al nuestro. El centro de su doctrina es el *Cielo*, a quien en los tiempos anteriores se veneraba como el *Supremo*. Confucio purificó de elementos antropomórficos la religión y concibió al *Cielo* como el verdadero dios personal, señor del universo y, sobre todo, guardián del hombre moral. Tiene, entonces, los atributos que nosotros concedemos a la divinidad: creador, omnipotente, bueno y perfecto. Por supuesto, el elemento panteísta que hay en el concepto de Dios como cielo se aleja de nuestra creencia cristiana.

Confucio insiste en la *rectitud* que corresponde al sentido del deber y la *humanidad* que incluye el amor hacia los demás. Estas virtudes hacen *noble* al hombre.

Dijo él de sí mismo: *al llegar a los cincuenta años aprendí a conocer la voluntad del cielo; a los sesenta mis oídos se hicieron dóciles para escucharla y a los setenta la seguía con gusto y sin contradicción.*

Me gustó mucho el resumen de Confucio: *la verdadera sabiduría del hombre consiste en conocer y cumplir la voluntad de Dios, tanto en los días felices como en los amargos.*

Conocí el taoísmo en mi viaje a Guilin, a orillas del río Li, en un marco de belleza y exotismo dado por una gruta de un kilómetro de largo que fue cauce de un río subterráneo y hoy está convertido en un laberinto de stalactitas y stalagmitas. El poeta Han-Yu la describió como aquella en que *el río forma un cinturón verde de seda y las montañas son como aguas de jade azul.*

Lao-Tse, nacido el 604 a.C., se preguntó por el principio de las cosas: ¿Cómo el absoluto que se basta a sí mismo ha podido obrar y manifestarse al exterior? Las respuestas que elabora tienen un perfil panteísta evolucionista, y ese es el fundamento del

taoísmo. El sabio, imitador del Tao, se ha de alejar de todas las cosas. Desligado de las riquezas, de las pasiones, de la experiencia sensible, sabiendo que el mal no es sino apariencia, el sabio se levanta en la soledad, en el silencio y en la humildad hasta un estado de conocimiento perfecto donde nada obra ya si no es por la inteligencia pura.

Aunque insisten en que en China hay libertad de cultos, es ésta una apreciación muy relativa ya que las iglesias no se pueden expresar libremente fuera del recinto del templo. La religión mayoritaria es la budista y le sigue el taoísmo, luego el confucionismo, el Islam y por último hay algunos católicos y protestantes.

De allí fui a Hong Kong donde no puedo decir que haya visto religiosidad alguna, y por fin en Macao conocí el monumento más importante que son las ruinas de San Pablo. Fue diseñado por un jesuita italiano a principios del siglo XVII y construido por artesanos cristianos japoneses. Esto se consideró el mayor monumento del cristianismo en todos los países orientales. En 1853 esta enorme iglesia llamada de la Madre de Dios quedó destruida durante el incendio y hoy quedan solamente la fachada, la escalera y una parte de los muros.

En Macao fuimos a la iglesia de Santo Domingo, un edificio barroco también del siglo XVII. La influencia portuguesa se nota muchísimo y así también en la catedral. Encontré una señora que hablaba portugués y me dijo que san Francisco Javier murió en una isla al sur, a unas seis horas de barco.

Caminé las encantadoras callecitas de Macao y llegué a la iglesia de San Lázaro cuyo párroco es Daniel Cerezo Ruiz, un español de Burgos y miembro de los cambonianos, orden desconocida en la Argentina. Me contó que cuando Macao estaba amurallada, la iglesia quedaba afuera de la ciudad y en los años 1700 alrededor de ella vivían los leprosos. Hoy en Macao solamente se considera católico a un grupo de entre tres y cuatro por ciento de la población. Es lo que se consiguió después de 450 años de la llegada de los jesuitas a misionar.

El padre Cerezo me hizo ver las dificultades de introducir el cristianismo en China. ¡La principal es que los chinos no quieren un Dios que está muerto! Ellos piensan que si Cristo está muerto no es Dios. Son más proclives al Buda sonriente que se les aparece sin ningún vestigio de sufrimiento.

ÁFRICA - 1998

Ciudad del Cabo

Apenas hubimos llegado a ciudad del Cabo, salí con mi compañero de viaje Hugo para echar una primera mirada a la localidad. Estuvimos en el Museo Sudafricano y allí el guía nos explicó los orígenes de los nativos de esta región, mientras nos mostraba distintos objetos. Así, nos contó que los primeros habitantes eran muy pequeños de estatura y muy primitivos también –bosquimanos–. En esta zona siempre hubo migraciones y guerras y así vimos por ejemplo las armas de los zulúes, ya de una época muy posterior. Pregunté al guía acerca de las creencias y me contestó que la fe en un dios supremo creador del universo es prácticamente general en toda África, si bien en las formas más primitivas eran politeístas. Es muy importante para ellos la relación con los antepasados y la búsqueda de la protección de los espíritus que animan el mundo; de ahí el nombre de animismo con que se designa esta religión tradicional.

Al dejar el museo recorrimos el barrio musulmán –es malayo–, con sus mezquitas y minaretes. Estos malayos vinieron desde Yakarta y Java como mano de obra barata.

Abrumados por un terrible calor fuimos al puerto –Waterfront–, lugar donde ancló en 1652 el holandés Juan Van Riebeeck, el fundador de esta ciudad, la más antigua de Sudáfrica. En esa época era común entre los marineros morir de escorbuto por falta de alimentos frescos; por eso Riebeeck se propuso establecer una huerta para paliar las consecuencias de comer alimentos almacena-

dos. Consumada su obra, las embarcaciones mercantiles de todo el mundo que pasaban por allí rumbo a Oriente empezaron a anclar en ese puerto para reponer víveres. Y así la ciudad fue creciendo en importancia.

Cabo de Buena Esperanza

Al día siguiente salimos hacia el Sur, en dirección al Cabo de Buena Esperanza, por un camino que bordea permanentemente la costa atlántica. Y allí el guía mostró una playa donde, hasta hace unos años, los negros debían bañarse en lugares separados de los blancos. Hoy ya no ocurre eso, pero sin dudas aún quedan las heridas del *apartheid*.

Vimos Robben Island, isla donde estuvo encarcelado Nelson Mandela, quien como se sabe fue el líder que enfrentó la segregación. Mandela es una persona muy respetada que supera cualquier contingencia doméstica y partidista. Es presidente desde las elecciones de 1994, en las que obtuvo el 62,6% de los votos. Me espanta pensar en su prisión que duró dieciocho años...

El último día del año en Ciudad del Cabo

Hoy fui nuevamente al Museo Africano, pero esta vez hice el trayecto por Saint George Street. Así pasé por la catedral anglicana, sede del obispo Desmond Tutu, otro gran luchador.

En el museo me enfrasqué en el estudio de las distintas etapas del hombre en África. Vi muchos utensilios y objetos decorativos, entre otras cosas, y también pude leer en las infografías que esto correspondía a la etapa nómada cuando las cuevas eran su refugio.

En África existen tanto sociedades patriarcales como matriarcales; en algunas incluso, la ascendencia se determina bilateralmente. Los sistemas políticos precoloniales eran muy variados: imperios y reinos teocráticos, repúblicas gerontocráticas y democracias populares; en cuanto a la organización social, había algunas sociedades estratificadas que practicaban la esclavitud y otras sin clases. Pese a esa variedad, hay algunas constantes culturales, entre las que se pueden nombrar la música polirrítmica y la danza,

acompañadas sobre todo por el tambor, cuyo sonido escuché a menudo por las calles. Otro rasgo difundido es la religión basada en el culto de los antepasados, poderosos genios tutelares de la familia que garantizan la vida, la fecundidad y la prosperidad de sus descendientes. Y encontré como hábito que puede considerarse casi panafricano la circuncisión de los jóvenes, considerada sobre todo como signo de su paso a la edad adulta.

Tomé un café en el bar del museo mientras descansaba un poco y luego salí a caminar por las calles a ver el mercado, la zona del puerto y las librerías.

Por la noche volví a Waterfront para festejar el Año Nuevo con Hugo. Cenamos pizza con cerveza y a medianoche brindamos con un vino espumante. Eso sí, ¡no hubo champaña! Nos deseamos felicidades en este nuevo año y volvimos al hotel en un taxi.

Situación sociopolítica del África actual

Hoy estuve largo rato en la calle Saint George tomando un café. Por debajo del bullicio y las charlas de los transeúntes, intermitentemente llegaba hasta mí una música en la que se destacaban los golpes de un tambor. Miré pasar la gente: turistas ingleses, estadounidenses y alemanes. También negros vendiendo cualquier cosa que a uno se le ocurra; vi ricos y pobres; un coche último modelo seguido de una viejita negra pidiendo limosna.

Además de mirar y sentir, leía un artículo de la hermana María Rosa Begue titulado *África nos interpela* (publicado en *Iglesia Misionera Hoy*, diciembre 1997-febrero 1998). Allí se habla de la situación real de África y de los desafíos que debe afrontar la Iglesia en este continente. Dice ella que hablar de África de modo global es siempre difícil e inapropiado, ya que las situaciones varían mucho de un extremo al otro. En total, la superficie es de cerca de treinta millones y medio de kilómetros cuadrados y la población es de 758 millones. El panorama religioso se presenta así: 285 millones de musulmanes, 166 millones de religiones autóctonas, 109 millones de católicos, 91 millones protestantes y 29 millones de ortodoxos. En el ámbito político, la situación se caracteriza por guerras, éxodos y matanzas. Esta es la imagen que transmiten los medios: personas famélicas huyendo de sus tierras a

causa de los combates; hacinamiento en campos, la carnicería entre hutus y tutsis, la guerra en el Zaire, guerra civil en Liberia, en Chad, etc., etc. África ostenta el triste récord de producir el mayor número de refugiados en el mundo.

Las luchas tienen un origen interno en las rivalidades étnicas y en la búsqueda de poder de cada facción y son consecuencia de la determinación arbitraria de las fronteras en la época colonial, fronteras que luego heredaron los países en el momento de su independencia y que no respetaban las divisiones naturales entre las etnias: grupos humanos de igual raza, idioma y cultura fueron distribuidos entre dos o tres países, mientras que se concentraron en una misma nación grupos tradicionalmente enemigos y rivales.

Pero hay también un factor externo: es el apoyo directo o indirecto de las potencias occidentales que buscan zonas de influencia en el continente.

Cuando cayó la tarde emprendí rápidamente el regreso, porque a las cinco la gente se retira de la calle y según me advirtieron se vuelve peligroso andar solo.

Cuevas Congo – Criadero de avestruces

Una madrugada partimos hacia las montañas de Outeniqua. Pasamos por Georgetown y pude observar los templos que allí había: la mayoría pertenece a la Iglesia Reformada Holandesa; le siguen en importancia la Anglicana, la Presbiteriana y por último la Católica. Me decía un guía de avestruces argentino llamado Gastón que en la ciudad de Oudtshoor, de los veinte mil habitantes hay sólo sesenta católicos con un único sacerdote. Bien, ¿podrá ser minoría la Iglesia Católica en algunas regiones, pero está en todas partes! ¿No responde esto a su nombre, *católica*, es decir, *universal*?

Al promediar la mañana habíamos cruzado ya las montañas; entramos en zona de desierto y llegamos a las Cuevas Congo, en cuyas amplias cavidades hay curiosas formaciones calcáreas: una maravilla. Visitamos luego un criadero de cocodrilos así como otro de avestruces. Por primera vez en mi vida comí carne de avestruz; me resultó muy parecida a un bife de vacuno. Gastón nos mostró cómo empolla un avestruz: sus huevos son grandes y duros; de hecho me paré sobre ellos y no se rompieron. Cada nidada tiene de

doce a quince huevos y el período de incubación dura seis semanas. Los avestruces comen de todo, incluso piedras, que ayudan a la digestión.

Durban

Este domingo, luego de celebrar misa en mi cuarto con una vista preciosa del mar, hicimos un tour por la ciudad de Durban. Vimos las playas bañadas por el Índico, cuyas aguas están infestadas de tiburones (nos comentaba la guía que el día anterior había muerto un nativo por esta causa). Visitamos también el puerto, que es el más grande de Sudáfrica, paseamos por la zona residencial y desembocamos en la ciudad universitaria y de ahí al mercado de los indios, desde la que alcanzábamos a ver la catedral. Luego de regatear un poco en el mercado, fuimos hacia la catedral. Saludé al obispo, un hombre nacido en Ciudad del Cabo, y pude conversar con él sobre el mapa religioso. Me interesaba mucho lo que tenía para contar de las religiones tradicionales; así me enteré de que éstas no están estructuradas ni unificadas y en una misma familia puede haber algunos hijos que siguen creencias tradicionales, mientras otros son musulmanes y otros cristianos. Por otra parte, hombres y mujeres tan pronto adoptan un conjunto de prácticas y creencias como adhieren a otras distintas, para volver después a las primeras, cuando surgen en sus vidas momentos críticos que parecen verse favorecidos por una u otra religión. Es decir, los africanos consideran la religión con ojos sumamente pragmáticos.

Pese a que en algunas lenguas africanas no hay palabra para expresar el concepto de religión, las creencias son muy importantes y están relacionadas con todas las circunstancias de la vida; todo hecho en la existencia se interpreta como resultado de una causa sobrenatural.

La religión se adquiere al nacer como un derecho de primogenitura. No obstante, si los hombres o mujeres cambian de adscripción social o política, por circunstancias que puede deparar una guerra, una compra o un casamiento, cambian también de religión.

Volvió a hablarme de los principios fundamentales de la fe tradicional; de los sacrificios de animales vivos para aplacar a los muertos-vivos, y de los sacrificios ofrecidos al Dios supremo. El

celebrante puede ser el jefe del clan, o en las ceremonias que acompañan los cultos populares un sacerdote encargado de custodiar el lugar sagrado, esto especialmente al sur de Ghana. Me habló también de figuras que representan antepasados y que indican el lugar donde están enterrados; allí depositan ofrendas. También suelen conservar sus huesos en el altar familiar y cuando beben derraman un poco de cerveza para ellos y se los mantiene informados acerca de las novedades ocurridas en el clan. Cuando ocurre una desgracia o sobreviene una enfermedad, se consulta con el sacerdote para averiguar si se trata de alguno de los antepasados que está enfurecido porque se lo ha dejado en el olvido.

En casi todas las sociedades hay especialistas en materia religiosa, a menudo llamados *médicos brujos*. Sus funciones no consisten en la práctica de la hechicería, sino en descubrir el origen del mal en todas sus formas y en aconsejar acerca de cómo librarse de él. A veces conocen también las virtudes de las hierbas y hacen de curanderos. El mal puede proceder de antepasados desatendidos, de espíritus malévolos o de brujos. Estos últimos son por lo general personas corrientes que forman parte de la comunidad y que pueden haber heredado su poder o haberse convertido involuntariamente, por celos, odio o codicia. Se emplean encantamientos para protegerse de los espíritus del mal, que en África Occidental reciben el nombre de *fetiches* o *jujio*. También se da esos nombres a los representantes de los dioses y espíritus que se colocan en los altares.

Los zulúes

De estudiante había oído hablar en el colegio de los zulúes, más precisamente de sus guerras contra los ingleses. En ese momento, me impresionaron mucho sus flechas y su armamento en general.

Cuando proyecté este viaje, observé en los mapas que los zulúes vivían en la provincia de Natal. Para llegar a Shakaland, su centro, había que hacer unos ciento veinte kilómetros desde Durban. Un zulú nos fue explicando paso a paso la vida de su pueblo, no sin antes pedir para nosotros la protección de los espíritus. Para un zulú, son éstos los que protegen al ser humano, porque el hombre

es muy inferior a Dios y por tanto no se le rinde culto ni se cree que tenga intervención alguna en los asuntos humanos. Tikdosh, un enano maligno que sólo tiene una pierna y una nalga, representa al demonio o la encarnación del mal.

El zulú nos hizo tomar a todos una piedra, escupirla y ponerla donde está enterrado un guerrero zulú. Esta es precisamente la ceremonia: si uno va por el bosque y encuentra un grupo de piedras, debe tomar una, escupirla y volver a colocarla para invocar la protección del guerrero.

Fuimos llevados luego a un lugar donde había una representación en miniatura de lo que eran las casas; su estructura consistía en un entramado de dos aros semicirculares dispuestos de a dos, formando ángulo recto y atados en el punto de intersección. Esta armazón se cubría después con esteras y gruesas capas de hierba seca. Las agrupaciones de vivienda están diseminadas por las ondulantes llanuras del extremo Sudeste. Los zulúes son polígamos y a los varones les toca pagar la dote al padre de la joven (los precios –en cantidad de vacas– varían según el rango de la novia). Tener ganado es importante y cuidarlo es difícil, de ahí que los corrales estén en el centro de las casas.

Nos mostró luego la choza más grande, donde se realizan reuniones, se invoca a los espíritus y se honra a los antepasados. Las casas están en pendiente: así, en caso de ataque, el enemigo tendría que subir, haciéndosele todo más difícil. Además, de esta forma cuando llueve el agua arrastra el estiércol de los animales y abona la huerta.

En épocas de guerra, se refugiaban en lugares subterráneos, debajo del corral.

No existe el matrimonio consanguíneo; los novios deben ser de distintas familias. El noviazgo comienza cuando el hombre va al río y encuentra mujeres que suelen ir a lavar allí. Cortejar a una joven puede llevar seis o más meses; no existe el divorcio así que deben conocerse muy bien antes de casarse. Por su parte, ella se hace desear bastante. Cuando ella acepta casarse, no contesta de palabra, sino que entrega al novio un collar de semillas blancas, que hace las veces de anillo de compromiso. Entonces él va a la casa y pone la bandera. Tras el casamiento, la novia abandona la casa paterna.

Los entierros se hacen fuera de las viviendas, pero al jefe de familia se lo sepulta dentro del corral; sentado, porque si se lo colocara acostado, el espíritu se dormiría y no podría proteger la tumba. Al morir, el cuerpo solía ser envuelto en un cuero de buey y luego sepultado. Hoy colocan el cuerpo en un ataúd, pero siguen matando al animal, cuya piel ponen encima del cajón.

Pasamos luego a una choza donde se proyectaba una película sobre el origen del pueblo zulú, así como sobre el gran Shaka, líder militar y gran administrador que cambió el planteo usual de las guerras y renovó el armamento. Así derrotaron a los ingleses en la batalla de d'Isand Iana.

Vimos luego cómo dos mujeres preparaban cerveza, mientras otras hacían ollas de arcilla. Eran mujeres casadas y por tanto, por respeto a su marido y a su suegro, tenían cubiertos sus pechos y sus piernas; las solteras no tienen que hacer eso.

En otra choza estaba el *sangonas*, o adivinador, que está a cargo de la parte espiritual de la tribu. A menudo trabaja en conjunto con un *inyanga*, especie de boticario.

Estuvimos en presencia del tío del rey actual; todos tenían que permanecer sentados mientras él hablaba, engalanado con todos sus atributos de jefe tribal.

Finalmente, pasamos a una gran choza, donde escuchamos música zulú y contemplamos sus danzas, que tradicionalmente eran preparación para la guerra.

Luego fuimos a almorzar. ¿Y qué comimos? ¡Comida zulú!

Parque Kruger

Llegamos a Johannesburgo desde Durban en un vuelo de cincuenta minutos. Allí nos esperaba Maura, nuestra guía en esta región de Gauteng y Mpumalango. En la combi, camino a Kruger Park –casi quinientos kilómetros– conversamos sobre la vida del hombre africano hoy.

Toda el área de Johannesburgo es muy abundante en oro; ese mineral fue el catalizador que dio vida e identidad a la metrópoli. Sin embargo, hoy la extracción de oro es muy costosa, ya que se encuentra a cuatro kilómetros de profundidad, mientras que su precio ha bajado mucho. Estas circunstancias hicieron que cerrara el

ochenta por ciento de las minas y la desocupación subió al cuarenta por ciento; claro, con sus secuelas de violencia, robos, crímenes y prostitución. La violencia aquí ya no es racial sino social.

Atravesamos el altiplano, zona cerealera con estancias de entre doscientas y mil seiscientas hectáreas. Llegamos luego al área del carbón, que suministra energía a la zona: la abundancia es tal que el mineral es visible sobre la superficie de la tierra.

Después de tomar un capuchino en una estación de servicio, retomamos la marcha y la conversación. Según Maura, los negros son *seudo-cristianos*: reconocen a Cristo como Redentor, pero esta creencia está muy mezclada con supersticiones y brujería. Son animistas, creen en el más allá y que el espíritu del hombre muerto vive; diría más, que esos espíritus interceden ante Dios (como el niño que pide a sus padres). Estos espíritus familiares son consultados y se les ofrece sacrificios de animales. Son también fatalistas, es decir que ven los males como mensaje de los espíritus. Por eso consultan al brujo, al adivino, quien puede comunicarse con los espíritus. En el mundo africano no es posible separar totalmente la magia y la brujería de la religión. En la zona agrícola trabajan en el campo: no ganan mucho pero tienen casa y comida y las campesinas suelen trabajar en la casa del patrón.

El ataque del león

Había mucho pasto en el parque porque según nos dijeron había sido un buen año de lluvias. El fundador de este parque había venido a la zona alrededor de 1890 para ver a todas las personas que habían emigrado a tierras tan lejanas buscando oro; así vio que los que no encontraban oro se dedicaban a la caza indiscriminada y pensó que si eso seguía así, sus nietos no iban a poder conocer lo que él estaba viendo. Ya como presidente, presentó una ley para la conservación de los animales; pero en 1899 estalló la guerra anglo-boer y todo quedó en suspenso. Finalmente se concretó el proyecto del parque Kruger, una reserva natural de más de veintitrés mil kilómetros cuadrados.

Comenzamos una corta recorrida ya que la tarde había avanzado, y al poco tiempo vimos correr a los impalas; son pequeños antílopes ágiles y simpáticos, quizás los más graciosos y encanta-

dores de todos los antílopes. También vimos jirafas y cebras, entre otros animales.

Al día siguiente estuvimos cerca de doce horas explorando; partimos a las cinco treinta, apenas salido el sol. Cruzamos un puente y empezamos a ver hipopótamos, luego nuevamente esbeltas jirafas, de elegante caminar y simpática mirada. Según nos iba contando el guía, estos animales se alimentan principalmente de espinillos y duermen muy poco: quince minutos por día.

De pronto, al fondo del camino vimos un jeep detenido y a su lado un león y una leona. Se armó gran revuelo en nuestra combi y todos preparamos nuestras cámaras. En determinado momento, tuvimos al rey de la selva a dos metros de distancia, con su melena inmensa y sus ojos profundos. Hugo se acercó a la ventanilla para sacarle una foto y el león empezó a acercarse más aun rugiendo de manera muy amenazadora; pero en el medio cambió de idea y se echó al suelo junto a su pareja. ¡Nos volvió el alma al cuerpo!

Seguimos andando en plena selva; sobre las ramas secas de un árbol descansaba un águila africana; más allá, unas gallaretas. Cada tanto, lentas tortugas cruzaban el camino obligándonos a parar; también manadas de jabalíes, más jirafas, muchos monos y un gran rinoceronte blanco.

Yo pensaba en la creación; espinillos, yuyos, arbustos, árboles... algunos recién brotados, otros ya maduros, ramas muertas... Miraba también al grupo contemplar la maravilla, y sólo podía pensar en su Divino Autor... Para mis adentros recitaba las palabras del *Génesis*: *Que la tierra produzca toda clase de seres vivientes: ganado, reptiles y animales salvajes de toda especie...*

Tras almorzar en Skukuza, continuamos el paseo. A poco de andar, nos encontramos con un leopardo. Ya anochecía cuando volvimos.

Johannesburgo – Gold Reef City

Nos dirigimos al sur de Johannesburgo y en el trayecto fui observando la ciudad, muy moderna, con edificios altos, muchas autopistas... Johannesburgo tiene una importante historia, que es la del oro. Todo comenzó cuando, en 1886, un minero australiano descubrió por casualidad el único afloramiento superficial de la

veta de oro de Witwatersrand, justamente al sur de esta ciudad. Hoy en día, como es de suponer, la explotación minera ya no se practica en la zona urbana. Pero a sólo nueve kilómetros hacia el sur hay una localidad que da una idea de los primeros tiempos, durante la fiebre del oro; se trata de Gold Reef City. Allí hay casas con la arquitectura del siglo pasado, así como un parque de diversiones de estilo victoriano, una destilería de cerveza, la antigua bolsa de comercio y un hotel, agrupados todos en torno de una importante mina que funcionó hasta 1977. Esta explotación llegó a ocupar a treinta mil mineros pero hoy está cerrada porque, como dije en otro lugar, el oro se encuentra ahora a demasiada profundidad y su extracción ya no es rentable.

La verdadera atracción del complejo de este *Arrecife del Oro* (eso significa su nombre) es el descenso a la mina: tras una breve explicación histórica, fuimos provistos de un casco y una linterna y en un montacargas descendimos doscientos veinte metros. En el interior pudimos ver vetas de oro de poca densidad y luego asistimos a una demostración de cómo se hacían las perforaciones para colocar los explosivos. Hasta 1925, esta mina carecía de electricidad, por lo que los orificios (de un metro de profundidad) se hacían con pico y martillo; y así, lo que hoy con un taladro lleva unos minutos, en ese entonces demandaba unas ocho horas.

Vimos también la enfermería y un salón, donde los mineros realizaban sus celebraciones, incluso fiestas de casamiento (se casaban en una capillita que está en la superficie).

Ya afuera de la mina, pude presenciar la colada del oro y el proceso que transforma esa piedra, a simple vista sin valor, en un lingote del metal precioso.

Sowetto

En un taxi fui a Sowetto, el barrio negro de Johannesburgo que hasta hace menos de seis años era el *ghetto* donde los gobernantes blancos de Sudáfrica confinaban a la gente de color. Hoy son libres y muestran sus casas con orgullo, pero la pobreza es enorme. Fue muy notorio que —como en otras partes del mundo— hay dos ciudades por conocer: la de los *shoppings* y lujosas mansiones con altísimos paredones y cabinas de seguridad en los por-

tones, y la de las tribus castigadas por las sucesivas colonizaciones y las guerras, cuyos integrantes muchas veces viven en las calles, venden sus artesanías a un precio mínimo y beben hasta morir.

En Sowetto está el domicilio de Winnie Mandela, la ex esposa del actual presidente. Pudimos conocer la casa por dentro, muy sencilla y llena de recuerdos. Hoy Mandela tiene en sus manos las riendas de un país que trata de sanar las heridas del odio, y es inevitable que deba afrontar el problema de dos mundos que tratan de reconciliarse, hasta ahora sin demasiado éxito.

De la casa de Mandela fuimos a una plaza donde hay una iglesia, lugar donde se produjeron los combates más violentos durante el levantamiento de los negros en 1976.

En una especie de museo se ven fotografías que documentan los hechos: cadáveres de negros en las calles, entierros, coches incendiados; me impresionó mucho la foto donde se ve a un adolescente muerto en brazos de otro negro. Ese chico era Peterson, uno de los primeros caídos, cuyo nombre lleva hoy la plaza.

De ahí nos fuimos a conocer un *sheesbeen*, especie de taberna-restaurant cuyo alegre ambiente de baile y conversación me resultó muy interesante.

Por supuesto, en Sowetto hay también divisiones sociales internas, que se reflejan en el tipo de construcción: los profesionales en general viven en casas bastante grandes con jardines al frente, mientras que los de menores recursos viven en casas pequeñas o en villas de emergencia.

Fuimos también a conocer la iglesia católica Regina Mundi, que fue consagrada por quien más tarde fuera el papa Pablo VI. En esta iglesia se refugiaron muchos negros cuando ocurrió el levantamiento; un memorial recuerda allí a todos los que murieron en esos crueles episodios.

Tribus Xhosa y Abasuto

Yo me había propuesto conocer el alma del africano, y en ese plan fui a visitar Lesedi, lugar donde viven grupos tribales descendientes de los bantúes que bajaban del centro de África.

Los xhosas se establecieron en el sur y el este. Mi guía me condujo a una aldea de esta tribu, donde pedimos al jefe permiso

para entrar. Éste era muy simpático y dijo sentirse honrado por la visita; él en persona nos llevó a hacer el recorrido de sus propiedades. Así vimos los corrales de vacas hechos de piedra y las plantaciones de sorgo, poroto y zapallo. También nos mostró su casa, donde no había camas sino sólo esteras en una única habitación; allí duermen todos: el matrimonio y sus tres hijos. Me dijo que sí practicaban la poligamia pero que él tenía una sola esposa porque era cristiano anglicano. Este jefe tan simpático nos mostró los elementos que usan para fumar y nos contó sobre la circuncisión, rito que practican al llegar a la adolescencia. Y también nos enseñó algunas palabras en su idioma.

Fuimos luego hacia el reino de Lesotho, en medio de las montañas de Drakensberg, donde viven los abasutu. También aquí nos recibió muy cordialmente el jefe y nos mostró la aldea, con sus casas de piedra y barro, sus corrales, sus salas de consejo (especie de tribunal donde se dirimen conflictos y el jefe imparte justicia) y nos contó también acerca de sus creencias. Pudimos disfrutar de su música y participamos de su danza. Además, nos convidaron con cerveza de sorgo.

Madagascar

Llegué en avión a Tananarive, la capital de la isla de Madagascar. En el aeropuerto me esperaban la madre Salomé y la hermana Aurora, quienes me llevaron a recorrer la ciudad. En el camino desde el aeropuerto fui viendo muchas plantaciones de arroz, gente pescando en lagunas y riachos, multitud de vendedores de frutas y carne, entre varias otras cosas, carros tirados por bueyes y madres llevando a sus hijos pequeños sobre la espalda.

En primer término fuimos a visitar a una argentina de la congregación de Don Orione, la hermana Carmen. ¡No voy a olvidar el mate correntino y las bananas fritas con las que nos convidó! Entre mate y mate, recordábamos la Argentina y conversamos sobre la situación en Madagascar. La hermana Carmen me comentó que los habitantes tienen en general origen malayo, no africano. Los malgaches tienen un idioma propio y un color de piel más claro que el de los africanos. La población de la isla se estima en trece millones, repartidos entre las ciudades y el campo. La familia

es en general numerosa, con seis hijos en promedio. En la zona agrícola hay mayor influencia de la fe católica que en las ciudades, donde hay muchos protestantes.

Se ven arrozales incluso muy cerca del centro de la ciudad; también algunos cebúes, que son míticos para los malgaches. Raramente lo consideran como algo que se pueda vender o comprar; es el animal nacional y se lo encuentra representado en todas partes.

Mientras caía la tarde nos dirigimos a la casa de las hermanas en Ambodinava, a unos quince kilómetros del centro de Tananarive. En el camino, vi una tumba que desde una elevación dominaba el paisaje; las hermanas me contaron que en el país los muertos son enterrados en tumbas familiares de este tipo y que por eso no hay cementerios tal como nosotros los conocemos.

Ambositra – Misa en la tribu Zafi-Maniri

Antes de la madrugada salí con las hermanas Salomé y Aurora hacia Ambositra, unos trescientos kilómetros al sur de Tananarive, donde nos esperaban las monjas benedictinas. Celebramos misa en la abadía y luego almorzamos. Por la tarde fuimos a ver al padre Couran, misionero jesuita que lleva treinta años en Ambositra. La hermana Aurora le preguntó si podíamos acompañarlo a la misa que celebraría al día siguiente con los miembros de la tribu zafi-maniri.

Así quedó arreglado y a las ocho del día siguiente volvimos a la misión a buscar al padre. Durante el camino hacia lo alto de la colina, fuimos conversando y el padre contó algo de la concepción que tienen los hombres acerca de Dios, del hombre y del universo. Tradicionalmente los malgaches creen en un Dios único, llamado Zanahary, quien ha creado todo el universo. Esta fe facilita la tarea de los misioneros, ya que Zanahary se identifica fácilmente con el Dios cristiano, a quien llaman Andriamanika: *el señor perfumado*. Actualmente, los practicantes del cristianismo entre católicos y protestantes representan el cuarenta y cinco por ciento de la población.

En el trayecto pasamos por pequeñas aldeas y vimos cómo los pobladores hacían varios kilómetros a pie para concurrir a ambas iglesias: la misa católica es a las ocho, y a las diez hay una celebración ecuménica entre las dos iglesias; una semana se realiza

en la iglesia protestante y la semana siguiente en la católica. Cuando la celebración es en sede católica predica el pastor y a su vez el sacerdote católico predica en la iglesia protestante. Me pareció muy apropiado. Por el camino el padre paró varias veces la camioneta para recoger a personas que se dirigían al oficio.

Según nos siguió contando el jesuita, entre los malgaches la relación del hombre con Dios está mediada por almas, *fanaby*, y ancestros, *razana*. A ellos Dios les ha encargado velar por los vivos. Los ancestros controlan la sumisión de sus familiares a la tradición: son los garantes del orden natural establecido por Zanahary; así, pueden bendecir tanto como castigar. Hay también otros espíritus buenos y malos en la naturaleza, que permiten la comunicación con el Supremo: son de dos clases: los *lolo*, que habitan las aguas, y los *biby*, genios de los bosques. Existen piedras, árboles y lagos sagrados.

El camino se hacía más y más angosto y difícil, cuando finalmente llegamos a la tierra de los zafi-maniri. Allí nos recibió el Consejo de la Tribu.

Concelebré con el padre en una pequeña capilla, en la que hubo cantos e incluso danza. Concluida la misa, salimos a la puerta. La comunidad seguía cantando y bailando y nos hicieron participar. Luego nos regalaron langostas y cangrejos, que comimos allí mismo.

Nos despedimos para emprender el camino en descenso. Cuando habíamos andado media hora, el padre paró la camioneta en un bosque y nos invitó a comer. Las hermanas habían llevado queso, pan y frutas.

Mientras comíamos, seguíamos conversando sobre los problemas del pueblo malgache. Especialmente de la pobreza, originada en primer lugar en la gran cantidad de hijos que suelen tener. Por otra parte, está el sistema de agricultura colectivizada, luego de la revolución socialista (1972), que tuvo consecuencias desastrosas: por ejemplo, Madagascar, de ser un país exportador de arroz pasó a tener que importarlo. En los '80 hubo cierta liberación económica, con algunas privatizaciones, promoción de exportaciones, etc.

Con respecto a la vida social, el padre dijo que en Madagascar no hay existencia personal sino colectiva: la integración de la persona en la comunidad, en el cosmos, y con los ancestros es la condición necesaria para que un hombre viva dignamente. Cada falta que se comete tiene un precio en dinero, cuando es leve; pero si es grave, se paga con cebúes.

Isla Santa María – Beata Victoire Rasoamanarivo

Estuve en la isla Santa María, a unos cuarenta y cinco minutos de avión sobre el Índico; ya desde el aire se la ve cubierta en gran parte por selva de helechos, cocos y plantas de ananá. Durante los dos días en los que estuve allí llovió por la mañana y por la tarde, como es costumbre en los lugares donde las precipitaciones son tan frecuentes y abundantes que los nativos construyen sus casas sobre pilotes de madera. Los pobladores viven hoy un poco de la pesca así como de los turistas a quienes prestan diversos servicios como acompañarlos, explicarles y venderles corales. Es una isla llena de encanto y de pasado; aquí solían refugiarse piratas que convivían pacíficamente; se puede ver un antiguo cementerio de piratas.

De vuelta en Tananarive fui a visitar el antiguo palacio de los reyes malgaches en Ambohimanga, así como la catedral, donde en 1989 el papa Juan Pablo II beatificó a Victoire Rasoamanarivo, la primera beata malgache. Vi también la tumba de esta beata y me interesó conocer su vida, que pude leer en un opúsculo que compré.

Victoire nació en un hogar tradicional en Tananarive y poco a poco fue conociendo al Dios de la Revelación. Así se bautizó y también recibió los otros sacramentos, pero no pudo consagrarse a la vida religiosa porque había sido prometida en casamiento. El matrimonio se realizó según las costumbres ancestrales pero poco después fue consagrado por la Iglesia.

El marido era un hombre bueno pero aficionado a la bebida. Sin embargo, ella nunca quiso divorciarse pese a todos los consejos. De a poco fue llevando a su marido a la fe, tal es así que murió –muy joven– bautizado por ella. A raíz de una gran persecución en

la que fueron expulsados todos los misioneros, le fue encomendado ser el ángel de la guarda de la misión católica y el sostén de los fieles. Así, pese a toda oposición, inclusive la de su familia, ella se convirtió en la columna sobre la cual reposó la Iglesia Católica en los años de proscripción. Su historia me conmovió y por eso volví a ver la tumba de Victoire.

Visitamos luego el Seminario Menor y almorzamos en la Congregación del Santo Cenáculo, amenizado todo con guitarras y bailes típicos. Entre nosotros se encontraba el padre Pedro, un argentino que desde hace unos treinta años trabaja en Tananarive construyendo casas para la gente pobre, que después se van pagando poco a poco. También consigue trabajos en las canteras para ellos. Nos contó que tiene un equipo de ciento veinte muchachos que lo ayudan en esto; es una gran obra ya que cuando llegó en los '70 el barrio Manantenaso era un basural donde morían tres a cinco niños por semana. Ahora eso no sucede más: tienen una sala de Medicina sin Fronteras, su escuela y dignas casitas.

Me regaló un libro que resume esos años de obra (el grupo de trabajo se llama *Los Buenos Amigos*) y mientras me lo dedicaba me dijo que cuando había un problema grave reunía a los habitantes para encontrar las soluciones entre todos. Dijo también que las desigualdades son enormes en el país y que no bastaba con sacar a los jóvenes del basurero sino que había que dar un sentido a sus vidas.

Este año, los periodistas malgaches eligieron al padre Pedro como *personaje del año* por su trabajo social; pero Pedro aclaró bien que todo lo que hizo fue por la gracia de Dios.

Me mostró la capilla donde todos los días niños y jóvenes padres de familia leen la palabra de Dios y la explican. Cada día preside un grupo diferente. El padre dijo sentirse realmente conmovido por el hecho de que los niños que habían vivido entre la basura hoy explicaran la palabra de Dios y cantaran. El padre es hijo de un albañil y por esto sabía ya a los catorce años levantar paredes y revocar. Así pudo emprender esta enorme misión, en la cual él funciona sólo como instrumento de Dios, según afirma con humildad.

Este es el resumen de mis días en Madagascar. Ahora estoy en mi cuarto de hotel en Johannesburgo preparándome para regresar mañana a mi país. Cierro los ojos y todo lo que he visto y vivido durante mi estadía en África desfila en mi pensamiento; sé que no lo olvidaré jamás. Y agradezco a todos los que hicieron posible esta aventura.

Y este fue el último viaje por la tierra que hiciera monseñor Barbich...

MEMORIAS

Conocí a José Barbich en el Colegio de La Salle de Buenos Aires, aún niños.

Conocer es una forma de decir. Ese magnífico y querido colegio era entonces una verdadera familia, amorosamente protegida por los “temidos y amados” Hermanos de La Salle.

Y como en toda familia, uno no se conoce sino que parece que sus componentes, padres, hermanos, han estado ahí desde siempre, desde toda la eternidad, éramos, con José y muchos otros, como hermanos.

José era un muchacho de estatura de prócer y buen alumno. Estaba reconocido en la hermandad lasallana como “el arquero”, lugar que amaba y ocupaba en todos los partidos amistosos e intercolegiales. Y era de los mejores, rara vez fallaba.

Muchos años después, en amistosas y distendidas charlas en medio de la “batalla” de San Miguel que se suscitó entre sus hermanos en el Sacerdocio y algunas “ovejas”, pocas, pero peligrosas, impulsadas por ocultísimos motivos del “adversario”, me confió que de no haber sido sacerdote se hubiera dedicado al fútbol y hubiera elegido el puesto de arquero.

Extraña y opuesta elección se podrá pensar. Pero ante la larga historia vivida con José pude ver que la vocación era en realidad única. Un arquero es la última línea de defensa ante el ataque del adversario y aun ante el castigo de los “penales” su valor y habilidad pueden convertir una derrota en triunfo. ¿No es ésta la función de un sacerdote que jugando con un mal equipo de “ovejas perdidas”, como somos todos, ha vencido al “adversario” en incontables partidos, aun ante la situación de “penal”?

Me reencontré con José cuando me llamó a formar equipo en la restauración de San Ramón Nonato de Buenos Aires; allí, como en muchas parroquias con colegio, había mucho por hacer.

Ambos conocimos a una pareja extraordinaria que se ocupaba del cuidado de la iglesia, del colegio, de todo. Ella era la *Negrita*, de escasa formación pero de una voluntad, capacidad de acción y sobre todo fidelidad como José no encontró nunca más en su vida. Había un deterioro general en los ámbitos del colegio, pero eso no era nada comparado con la habitación que ocupaba el matrimonio, eso realmente puede decirse que clamaba al cielo.

Pues bien, lo primero que me pidió José Barbich fue que me ocupara de darles una vivienda adecuada; el resultado fue completamente satisfactorio para la dignidad humana.

Las naves de la iglesia tuvieron que esperar.

No sé muy bien cómo se financió ese trabajo, pero quede en claro para todo lo que queda por decir, que José sin ser un hombre riquísimo heredó de su padre, otro prócer olvidado, una apreciable herencia en campos de Baradero.

En otra charla, también en San Miguel, él que confiaba mucho en los consejos del entonces obispo de Añatuya por los años 70 –cuyo nombre lamentablemente no recuerdo–, me comentaba que le manifestó que pensaba vender todo lo que tenía y repartirlo a los pobres. Este sabio obispo le recomendó que no hiciera tal cosa y que iba a tener oportunidad en el futuro de hacer rendir el fruto de sus mayores, en su actividad pastoral el ciento por uno, como en realidad sucedió, aunque la obra quedó inconclusa.

Otro recuerdo que guardo de la época de San Ramón es el cumplimiento total de su función pastoral, aun a riesgo de la integridad física o la propia vida, en defensa del secreto de confesión ante un desgraciado suceso en que un joven resultó muerto en jurisdicción de su parroquia. Recuerdo todavía hoy su rostro lastimado por los golpes de los que supuestamente querían justicia a cualquier costo sin respetar el compromiso irrenunciable de un sacerdote.

A fines de 1982, fuimos ambos a San Miguel, él a ocupar el puesto de párroco, yo a colaborar ante el increíble problema edilicio y pastoral que había que enfrentar.

Los sucesos de San Miguel son conocidos por muchos y fueron publicados en diversos medios periodísticos.

Hay documentación a la que remito a los que les interese la verdad y la justicia, aun la defectuosa y maltratada “justicia humana”.

De este hombre increíble, lo que tengo siempre presente en los últimos tiempos es la imparable actividad en las veinticuatro horas del día de cada uno de los doce meses de todos los años, dedicados a solucionar necesidades de nuestros hermanos más olvidados. Fue una actividad que desplegó tanto en San Miguel como en el exterior, y tanto con gobernadores, intendentes como con los propios marginados. Y lo más inolvidable es que todos, absolutamente todos, sin importar la *escala social* que establecemos los humanos, recibían su aparición con una sonrisa, un abrazo y un gesto amable, al que él no respondía sino que se *trenzaba* de la misma forma, porque simplemente era el padre José, el amigo, el hermano, el de la mano siempre tendida. Y ante esta acción sencilla y cotidiana, “veía” si así se puede aclarar mejor, cómo el beneficiario del saludo adquiría un cierto brillo que lo enaltecía, y alejado José parecía que se “apagaba”. Era como un subir y bajar de nivel, de lo cual no se percataban, pero a mí me resultaba muy real. Y esto era similar aun con algunos sacerdotes.

Sin embargo, la envidia es y fue poderosa.

Ahora sólo me referiré a un incompleto y un poco desordenado listado de lo que su Abba, su Padre, le pidió a José en esta etapa de San Miguel, la etapa final, y que José aceptó y cumplió con un *sí* sin reservas.

Las obras que emprendió fueron:

La restauración de la catedral de San Miguel, la casa parroquial, el salón de actos, el salón de reuniones del primer piso, la sacristía y el campanario. En general todo estaba sumamente deteriorado, reinaba allí la oscuridad y un gran desorden, con remanentes de excesivos adornos y santos preconciarios dispersos aquí y allá. Por ello, el objetivo primero fue “limpiar”, aclarar y sobre todo reconquistar la luz. Un punto importante fue recuperar una franja de terreno en el lateral izquierdo, perdida por un convenio entre el párroco anterior y el lindero de la esquina. José lo logró y hasta consiguió una donación de este señor que se destinó para hacer la rada de la catedral. El resultado final fue un tono tanto de sencillez como de recogimiento; sin embargo, hoy otra vez está bastante deteriorada por el renovado avance de numerosas imágenes y sobre todo por el ocultamiento del Retablo Angélico.

Otro de los emprendimientos fue la capilla de Nuestra Sra. de Luján. Era una casona abandonada, que requirió la ayuda de comunidades de Alemania para su arreglo; en este caso los aportes fueron malgastados por su primer delegado el P. Balabani y José se vio en la situación de pedir nuevas partidas y explicar lo inexplicable.

Para la capilla de Santa Bernardita se compraron seis lotes de terreno y se llevó a cabo parte de la obra, muros laterales, un tercio del techo, empresa hoy abandonada tras el fallecimiento de José. Merece recuerdo sobre esta obra el hecho de que una vez iniciada y en significativo avance fue objeto de actos verdaderamente terroristas, con el intento de demolerla, y en efecto hubo demoliciones parciales, ya no pudieron con la total. ¿Hace falta aclarar que todo esto se realizaba de noche? ¿Hace falta aclarar que ya en plena campaña de desprestigio, el objetivo era quebrar la voluntad y la esperanza del padre José? Constan estos hechos en las correspondientes denuncias policiales.

Pero no midieron bien la altura de su fortaleza. Sólo lo detuvo el llamado del Padre.

Siguieron las obras de reparación y ampliación del Colegio Parroquial, incluido un proyecto de capilla que no pasó de tal. Se proyectó un hogar infantil en un terreno lindante con el colegio; esto no se realizó pero posteriormente se materializó en la compra de una casa para tal fin.

También, la donación de una ermita en honor a Nuestra Señora de Luján en el lateral de la catedral, hecha por los sacerdotes de la catedral y las capillas que acompañaban a monseñor Barbich en aquellas épocas. Fue demolida luego de su muerte.

A decir verdad, entrar en más detalles de todo lo realizado llevaría páginas y páginas, más si se tiene en cuenta que todo se hizo en medio de una batalla de desprestigio y acusaciones originada en la comunidad de Santa Bernardita; esta batalla, precisamente, terminó con la vida y obra del inolvidable padre José.

Pablo Nieto
Amigo y arquitecto de monseñor Barbich
Buenos Aires, 13 de febrero de 2006

ÍNDICE

Prólogo	7
---------------	---

Los viajes

Europa - 1987	10
Medio Oriente - 1988.....	41
Europa - 1991	73
Tierra Santa - 1991-1992	101
Israel - 1994	129
India e Inglaterra - 1995.....	149
México, Guatemala y Honduras - 1996	171
Las reducciones jesuíticas - 1997	181
Viaje por Japón y China - 1997	191
África - 1998.....	201
Memorias	219